

APULEYO

EL ASNO DE ORO



Lectulandia

La movida y divertida historia de la transformación en asno de Lucio, un joven y acaudalado comerciante corintio, y los trances que padece hasta recobrar su forma humana constituyen el hilo argumental de *El asno de oro*. La novela, única muestra íntegra de este género tardío en la literatura romana, fue compuesta en el período de madurez de su autor, Lucio Apuleyo (Madaura, norte de África, siglo II d. C.). Además de la peripecia desencadenada por la metamorfosis inicial, esta obra abierta incluye multitud de relatos insertos, en los que el elemento maravilloso, reflejo de la afición personal del autor por la magia y los cultos místéricos (piénsese en la célebre fábula de Cupido y Psique, o en la intervención milagrosa al final de la obra de la diosa Isis, que precipita el desenlace), se hilvana con la crueldad, el escándalo e incluso el sexo explícito. Apuleyo vincula la trama de su novela a determinadas creencias mágicas y orientales muy en boga en su tiempo, si bien lo que más interesa al lector es su arte de narrador, sus dotes de observación y su capacidad retratista de una época.

Lectulandia

Lucio Apuleyo

El asno de oro

[Biblioteca Clásica Gredos - 009

ePub r1.0

mandius 27.11.16

Título original: *Asinus aureus*
Lucio Apuleyo, 165
Traducción: Lisardo Rubio Fernández

Editor digital: mandius
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

INTRODUCCIÓN

APULEYO^[1]

1. Datos biográficos

Aunque la Antigüedad no nos ha dejado ninguna biografía de Apuleyo, sin embargo no se ciernen sobre el autor de *El Asno de Oro* las tinieblas insalvables que envuelven al autor de *El Satiricón*. Parte de los escritos de Apuleyo son una preciosa fuente de información sobre el escritor; nos referimos a tres de sus obras: la *Apología*, las *Flórida* y *Las Metamorfosis o El Asno de Oro*. Por lo que atañe a la novela, es indudable que algunos rasgos del héroe, Lucio, convienen a Apuleyo; pero ver en *El Asno de Oro* una autobiografía y aplicar al escritor todas las noticias referidas a Lucio, como lo han hecho Th. Sinko y Enrico Cocchia^[2], es muy aventurado. La prudencia aconseja atenerse a la *Apología* y a las *Flórida*, y no utilizar *Las Metamorfosis* sino en la medida que por otra parte podamos contrastar sus testimonios.

Hilvanando, pues, entre sí los datos fundamentales suministrados por el autor en las dos obras mencionadas, se ha llegado, a veces con aventurada y presuntuosa exactitud cronológica, a reconstruir la biografía de nuestro autor. La resumiremos a grandes rasgos y ateniéndonos a las noticias más seguras.

Apuleyo^[3] es africano (como Frontón y la mayoría de los escritores que han destacado en el siglo II, salvo Suetonio). Nace en Madaura, como ya se creía dando fe a las subscripciones de los manuscritos y a *Las Metamorfosis* (XI 27), y como quedó confirmado por una inscripción descubierta en Argelia en 1818, que dice así: «Al filósofo platónico, gloria de su ciudad, los madaurenses dedicaron esta lápida a expensas del erario público»^[4]. El padre de nuestro escritor era oriundo de Italia y había llegado a África con una expedición de veteranos para repoblar la colonia de Madaura, donde se estableció y pasó por todos los honores hasta alcanzar la suprema magistratura del duumvirato.

No es segura la fecha del nacimiento de su hijo: las deducciones a base de los datos de la *Apología* oscilan entre los dos límites extremos de los años 114 y 125.

El joven Apuleyo recibió una educación esmerada, como correspondía a un hijo de familia distinguida y de brillante posición. Estudió en Cartago, «la venerable maestra de toda la provincia»^[5], y guardó toda la vida perenne recuerdo de gratitud y cariño a la ciudad en que cursó sus primeros estudios: atribuirá a los maestros y tutores de su infancia gran parte de los méritos y éxitos de su carrera literaria.

Coincidiendo con el final de la etapa escolar del joven, sobreviene la muerte de su padre; el joven entra en posesión de una saneada herencia. Y dada esa apasionada e

insaciable curiosidad por aprender y saber cosas, de que nos habla repetidas veces, aprovecha su holgada posición económica para dedicarse a viajar por Oriente, Grecia e Italia. Pasa una larga temporada en Atenas y completa allí sus estudios: «Mis estudios filosóficos, iniciados en Cartago, llegaron a la madurez en la capital ateniense»^[6]. Recuérdese que Atenas había conservado siempre su prestigio secular como centro de atracción intelectual, y que ese prestigio se había incluso renovado y acentuado en el siglo II de nuestra Era por el resurgimiento reciente de su literatura bajo el impulso de los sofistas que recorrían el Imperio y triunfaban clamorosamente en las salas de lectura de Roma; eso sin contar la pléyade de escritores ilustres por otros conceptos que también florecieron entonces, como Plutarco, Apiano, Arriano y Dión Cassio.

En Atenas se familiariza con la filosofía griega. Estudia el aristotelismo y sobre todo el platonismo, de que va a hacer su profesión; se hace iniciar en los misterios entonces en boga en todo el mundo grecorromano, toma parte en toda clase de cultos, «por amor a la verdad y por piadoso deber para con los dioses»^[7].

No menos de diez años duraron estas andanzas que tenían a la vez carácter de peregrinación, de viajes científicos y de excursiones turísticas. Como la etapa de Atenas, fue igualmente muy importante la de Roma, donde nuestro viajero permaneció unos dos años, especialmente dedicados al estudio de la elocuencia y a los ejercicios del foro.

Ya formado, Apuleyo lleva la vida de los sofistas de su tiempo: da conferencias en griego y en latín. Desarrolla su actividad en África y concretamente en Cartago, que será el centro de su gloria.

En un viaje, rumbo a Alejandría, cae enfermo en Oea (Tripolitania). Allí recibe la visita de un amigo llamado Ponciano^[8]: se habían conocido en Atenas, donde habían convivido íntimamente. Ponciano invita a su amigo a alojarse en casa de su madre so pretexto de que allí sería bien atendido y se recuperaría mejor. Aceptada la invitación, pasa una larga temporada con Pudentila: tal era el nombre de la rica viuda, madre de Ponciano. La convivencia entre Apuleyo y Pudentila acaba en boda, a pesar de la notable diferencia de edad: ella tenía cerca de veinte años más que él. Ponciano, que había tenido mucha parte en el arreglo matrimonial, muere; su hermano menor, Pudens, suscita un pleito contra Apuleyo, a quien acusa de haber embaucado a su madre por arte de magia. Apuleyo pronuncia su propia defensa, la *Apología*, y logra un triunfo completo.

Los datos biográficos posteriores al pleito son ya mucho más esporádicos. Varios pasajes de las *Floridas* hacen suponer que vivió principalmente en Cartago, donde goza de fama extraordinaria (se le eleva una estatua y se le nombra sumo sacerdote de la provincia)^[9] y escribe la mayoría de sus libros.

En el año 162, bajo el reinado de Marco Aurelio y Lucio Vero, pronuncia, en honor del procónsul Severiano, un panegírico del que conocemos un fragmento insertado en las *Flórida*^[10]. En el 174 habla ante el procónsul Escipión Orfito^[11], que

es amigo personal de Apuleyo: sin duda se habían conocido y tratado en Roma por los años de su juventud.

En adelante perdemos el rastro de Apuleyo; se cree que alcanzó una edad avanzada y murió en los últimos años del reinado de Marco Aurelio o primeros del de Cómodo. Nunca dejó descansar la pluma, y *El Asno de Oro* sería una de sus últimas obras^[12].

2. Su obra

Los mejores escritores del siglo II son todos bilingües, y no pocos, aunque latinos de nacimiento, abandonan su lengua madre para escribir sólo en griego, como el propio Marco Aurelio. Apuleyo escribe en griego y en latín, en verso y en prosa; es filósofo, retórico y novelista, con una fecundidad extraordinaria en todos los géneros. En una de sus *Flórida*^[13] leemos este párrafo: «Confieso que me gusta componer poemas en todos los géneros, tan apropiados a la batuta épica como a la lírica, tan aptos al borceguí cómico como al trágico coturno; además, sátiras y enigmas, historias variadas, discursos aplaudidos por los doctos y diálogos alabados por los filósofos; todo esto y otros escritos análogos, lo hago tanto en griego como en latín, con el mismo afán, el mismo empeño y parecido estilo».

Y en otra^[14]: «Empédocles compone poemas, Platón diálogos, Sócrates himnos, Epicarmo mimos, Jenofonte historias, Crates sátiras: vuestro Apuleyo abraza todo eso y cultiva las nueve musas con el mismo empeño».

Esos dos textos son muy significativos: nos dan una idea muy exacta del mundo intelectual de Apuleyo y de su tiempo; todo el diletantismo, el filohelenismo, el barroquismo literario y científico que caracterizan al siglo II de nuestra Era, asoman en esas líneas. Nadie encarna la época mejor que Apuleyo.

Nadie, salvo tal vez el propio emperador Adriano. Éste es igualmente apasionado por lo helénico: hablaba y escribía en griego con la misma facilidad que en latín, y reproducía en su famosa villa de Tíbur los lugares célebres de Grecia, como el Liceo, el valle del Tempe, el Pritaneo, etc.; es igualmente diletante, un diletante coronado como Nerón, o, mejor dicho, «un Nerón sin la locura»; es igualmente erudito: a la vez poeta, músico, escultor, pintor, arqueólogo, médico y físico; y, por último, es también, como Apuleyo, un viajero infatigable: pasa la mayor parte de su reinado fuera de Roma; disfruta de los viajes como un turista y los utiliza como un emperador: visita los monumentos famosos del Imperio, caza leones en Libia, hace la ascensión del Etna con un tiempo espantoso; y, para que no falte detalle en el paralelismo que establecemos, se hace iniciar en los misterios de Eleusis^[15].

La producción de Apuleyo fue inmensa. Por referencias del autor en su *Apología*, o por citas de los gramáticos, conocemos cerca de veinte títulos de obras que no han llegado a nuestros días, y unos cuantos títulos más de otras que se le atribuyen y cuya

autenticidad resulta dudosa o totalmente inconsistente^[16].

Lo que de nuestro autor subsiste sin sombras de duda son unos tratados filosóficos, parte de su producción oratoria y la novela de *Las Metamorfosis* o *El Asno de Oro*.

Son cuatro los tratados filosóficos: el *De Platón y su doctrina* (en dos libros), que es un catecismo platónico, tal vez unos apuntes del curso seguido en Atenas por nuestro autor; el *Del mundo*, una adaptación latina del tratado pseudo-aristotélico *Perì kósmos*; el *Perì Hermeneías*, un tratado de lógica formal que, a pesar de su título griego, está escrito en latín; y el *Sobre el dios de Sócrates*, que es una conferencia de divulgación filosófica de las doctrinas sobre los demonios.

Entre las obras oratorias figura ante todo la pieza esencial de su propia defensa en el grave pleito familiar que se le planteó: se titula *De magia o Pro se de magia*, o más comúnmente *Apología*. Es el único discurso judicial de toda la latinidad imperial. Los manuscritos lo han transmitido en dos libros, caso insólito, debido a la excesiva extensión de la apología, que no pudo ser pronunciada en el tiempo reglamentariamente limitado que se concedía a la defensa. El discurso realmente pronunciado tuvo que ser más breve y menos trabajado literariamente. Lo que subsiste es un arreglo posterior a la causa y pensado por el autor para defenderse ante la posteridad. Ante el procónsul no le fue menester disertar tanto.

Junto a la *Apología* van las *Flórida*. Apuleyo reunió y publicó en cuatro libros sus declamaciones. Un autor desconocido, probablemente africano, extractó veintitrés fragmentos de desigual extensión, y eso es lo que, con la *Apología*, subsiste de los discursos de Apuleyo. La colección se titula *Florida*, que se interpreta comúnmente como «Antología» o «Florilegio»; tal vez haya, no obstante, en dicho título una alusión al llamado *genus floridum dicendi*, es decir, al «estilo florido en oratoria», del que es una deslumbrante muestra esta colección de fragmentos.

Pero la popularidad de Apuleyo a través de los siglos no arranca de su producción filosófica o retórica. Son los once libros de *Las Metamorfosis*, y sobre todo el inmortal cuento de Psique y el Amor (IV, 28 - VI, 24), lo que abrió a nuestro autor la puerta grande de la inmortalidad en la literatura universal.

3. «*Las Metamorfosis*» o «*El Asno de Oro*»

3.1. FUENTES. — Para la gente de cultura media, Apuleyo no es sino el autor de «Psique y el Amor» o a lo sumo de *Las Metamorfosis* o *El Asno de Oro*.

Se trata aquí de la mágica metamorfosis de un distinguido mercader de Corinto, llamado Lucio, en un asno que, bajo su apariencia de cuadrúpedo, conserva todas las facultades humanas salvo la voz; así sufre una interminable serie de tribulaciones, a cual más penosa, y a la vez, naturalmente, es testigo de numerosas y emocionantes aventuras o de sensacionales historias de duendes. Vuelve a recobrar la forma humana al oler unas rosas, y, tras esta recuperación, Lucio nos cuenta su

extraordinaria historia.

Ha llegado hasta nuestros días el mismo tema desarrollado en griego; con el título de *Lucio o el Asno* figura entre las obras de Luciano, autor casi rigurosamente contemporáneo de Apuleyo. Ello ha planteado varios y graves problemas.

¿Es auténtico el diálogo de Luciano, o hay que seguir hablando del Pseudo-Luciano? La crítica moderna se inclina con bastante unanimidad por la segunda alternativa. No insistimos en esta cuestión, ya que para nuestro propósito su interés es totalmente marginal.

En todo caso el *Asno* de Pseudo-Luciano y *El Asno de Oro* de Apuleyo presentan múltiples correspondencias literales o casi literales en párrafos enteros: alguna relación ha de existir, pues, entre ambos. ¿Cuál de los dos copia al otro? O ¿hay un tercer autor imitado paralelamente en griego y en latín por Luciano y Apuleyo, respectivamente?

En el parangón directo entre Apuleyo y Luciano salta a la vista la desproporción material en el desarrollo del tema en uno y otro caso: Apuleyo es ocho veces más extenso que Luciano: o mucho abrevia éste, o mucho amplifica aquél, si es que uno de los dos toma al otro por modelo.

No parece verosímil que un autor griego como (Pseudo-) Luciano vaya a buscar su inspiración en un autor latino: normalmente la corriente fluye en sentido inverso. Además, Apuleyo afirma que su tema es originariamente griego: «aquí empieza una fábula de origen griego»^[17].

Tampoco cree nadie que Apuleyo haya seguido a Luciano: el autor latino da la impresión de traducir o adaptar una materia preexistente; las numerosas y clarísimas coincidencias textuales con Luciano (sea cual fuere el modelo seguido o transcrito) muestran que la originalidad no era preocupación esencial de nuestro autor; en cambio, si detrás de *Las Metamorfosis* no hubiera más que el breve opúsculo de Luciano, la novela latina tendría más de creación que de adaptación.

Lo más verosímil, como hoy suele admitirse, es postular un original griego perdido, como fuente común para Luciano y Apuleyo^[18].

A favor de tal conjetura viene a sumarse un precioso testimonio de Focio, patriarca de Constantinopla en la segunda mitad del siglo IX. Focio en un libro titulado *Biblioteca*^[19] da a su hermano noticias de 280 obras antiguas que ha leído; entre ellas cita «unas Metamorfosis de Lucio de Patras en varios libros» y plantea ya el problema de la relación existente entre Lucio de Patras y Luciano. Aunque con cierta sombra de duda, se inclina a creer que la paternidad del tema ha de atribuirse al escritor de Patras, donde Luciano «recortó la materia» a su antojo, suprimiendo lo que no interesaba a sus propósitos.

El testimonio de Focio parece disipar todas las dificultades: hubo una novela griega en varios libros; llevaba el título de Metamorfosis y era obra de Lucio de Patras; de ella salieron, paralelamente, el *Asno* de Luciano y el *Asno de Oro* de Apuleyo.

Sin embargo no acaban aquí las dudas. Si Focio parece resolver una dificultad, a la vez plantea otras nuevas. Es problemática la existencia de Lucio de Patras, ya que no hay la menor alusión a tal escritor fuera del texto de Focio. «Lucio» es precisamente el nombre del asno protagonista y a la vez el supuesto narrador de la propia historia: ¿no habrá confundido Focio al narrador y al autor como les pasa a los modernos que identifican a Apuleyo con el héroe de su novela, a la que atribuyen un valor personal y autobiográfico? Si el códice del patriarca carecía de nombre de autor, sería fácil equivocarse, pues el título sería: «Metamorfosis de Lucio»; y este «Lucio» podría interpretarse indiferentemente como el nombre del autor de *Las Metamorfosis* o del personaje que las sufre.

Aún relegada al mundo de los mitos la existencia de Lucio de Patras, lo que sí queda firmemente establecido por el testimonio de Focio es la existencia en el siglo IX de una novela griega con las metamorfosis de un asno. Y por ello se ha lanzado nuevamente la crítica en busca del auténtico autor de esas Metamorfosis griegas, autor que para unos^[20] sería el propio Apuleyo (en tal caso nuestro autor se imitaría a sí mismo en la obra que ahora traducimos), y para otros^[21] sería el propio Luciano (que se resumiría a sí mismo en el consabido opúsculo).

3.2. TÍTULO DE LA NOVELA. — En la actualidad no suele dudarse sobre el título que llevó en un principio el libro de Apuleyo. El único título auténtico sería el de *Metamorfosis*. El códice Laurenciano 68, 2 (siglo XI), que está en la base de la tradición manuscrita^[22], repite ese título en cada suscripción y no conoce ningún otro. Después de lo dicho anteriormente sobre las fuentes, es de creer que Apuleyo conservó el título del original griego, aunque, como salta a la vista de cualquier lector, lo de «las metamorfosis» en plural no responde muy bien al contenido, ya que la mayor parte de las historias de nuestra novela no son precisamente metamorfosis; en realidad sólo hay una metamorfosis, la del asno, y ésta, sólo en cierto modo y como marco externo, envuelve el contenido de la obra.

Apropiado o no el pretendido título original, el libro se ha vulgarizado ya desde la antigüedad como *El Asno de Oro*; la primera cita con esta denominación «vulgar» (?) es de san Agustín^[23].

Evidentemente —se dice— el adjetivo latino *aureus* o su correspondiente traducción «de oro», cuando se aplica a un asno de carne y hueso como aquí, es una especificación encomiástica; se añade al cuadrúpedo excepcional que piensa y razona como el hombre; «el asno de oro» es, pues, «el asno que vale el oro que pesa», «el asno incomparable». Metáforas como «edad de oro», «libro de oro», «boca de oro», «corazón de oro», etc., son frecuentes tanto en latín como en castellano y otras lenguas. El mismo Apuleyo llama «niño de oro»^[24] al prodigioso niño que Psique lleva en su seno, y «mansión de oro»^[25] a la fastuosa morada de Venus.

Sin embargo, en un trabajo reciente de R. Martín^[26] se nos da, con nuevos y bien

fundados argumentos, una nueva interpretación del adjetivo *aureus* aplicado al curioso asno. *Asinus aureus* no es el «asno de oro» como quiere la tradición, sino el ὄνος πυρρός («el asno pelirrojo»), que, según Plutarco, era para los fieles de Isis la encarnación del pecado y de las fuerzas del mal.

Visto el problema desde esta nueva perspectiva, *Asinus Aureus* parece el único título admisible para la obra de Apuleyo, y el precioso testimonio de san Agustín cobra nuevo valor; san Agustín conocía perfectamente a su paisano Apuleyo, como lo conocían los paganos contemporáneos, cuando lo oponían a Jesucristo, según escribe el mismo Agustín; ahora bien, en *La Ciudad de Dios* (XVIII 18) se consigna explícitamente que Apuleyo dio a su obra el título de *Asinus Aureus: libri quos «Asini Aurei» titulo Apuleius inscripsit*. ¿No merece mayor crédito este testimonio temprano y formal de una reconocida autoridad que el suministrado seis siglos más tarde por el manuscrito *Laurentianus* ?

Aún se lee en ciertas ediciones antiguas otro título, el de «*Milesias* de Apuleyo», inspirado por el propio autor, que inicia su relato con estas palabras: «Lector, quiero hilvanar para ti en esta charla milesia una serie de variadas historias...».

Los términos «cuentos milesios», «charlas milesias», o simplemente «milesias» a secas, son denominaciones frecuentemente aplicadas en la literatura grecorromana a ciertas creaciones literarias de la fantasía que servían de marco a cuadros de costumbres y no encajaban entre los grandes géneros literarios catalogados en los trabajos de retórica. Las milesias tenían por denominador común la facilidad y la ligereza del estilo, así como la variedad de incidentes y episodios sin unidad intrínseca; la característica más destacada de los cuentos milesios era lo escabroso de los temas tratados y la libertad del lenguaje en su desarrollo, libertad que no retrocedía ante la más cruda obscenidad; Ovidio llama a las milesias de Arístides de Mileto «crónica escandalosa» y «diversiones libertinas»^[27]. Plutarco^[28] dice que las milesias halladas entre los efectos de un oficial romano caído en el campo de batalla frente a los partos escandalizaron el pudor del rey bárbaro. Y el emperador Septimio Severo echa en cara a Clodio Albino su afición empedernida por las «milesias púnicas» de su compatriota Apuleyo^[29].

El género había nacido en Mileto, ciudad de costumbres notoriamente relajadas. El creador del prototipo de esta literatura fue un tal Arístides, cuyo libro titulado «*Milesíacas*» alcanzó gran difusión y fue traducido al latín por el conocido historiador Cornelio Sisenna (120? - 67).

3.3. CARACTERIZACIÓN.— En su estilo milesio, Apuleyo hilvana historias y anécdotas para «acariciar con grato murmullo el oído de todo lector benévolo»: duendes, hechiceras, bandoleros, charlatanes captarán sucesivamente nuestra atención; crónicas macabras, juicios sensacionales, espectáculos fastuosos, historias románticas, resurrecciones de difuntos, apariciones de divinidades, execraciones, maldiciones, fervorosas plegarias, iniciaciones místicas se seguirán a lo largo de la

novela en variada e imprevisible ordenación. La misma anécdota resultará con frecuencia alegre y triste a la vez, real y maravillosa, pícaro y sentimental; con sin igual destreza se mezclarán los tonos y episodios más dispares, sin que resulte nunca demasiado violento el tránsito entre situaciones orgánicamente incoherentes. La única constante que asegura a la obra al menos cierta unidad extrínseca es el héroe, Lucio, es decir, el asno que ha vivido, visto u oído los acontecimientos que se narran.

¿Hay fuera de esto algún tipo de unidad interna, artística o moral? La cuestión no está decididamente zanjada ni mucho menos. Sin embargo, predomina hoy la respuesta negativa. *Las Metamorfosis* no son un símbolo religioso o moral orientado a mayor gloria de Isis y a la edificación del lector, aunque es cierto que Lucio se regenera en el último libro por obra y gracia de Isis. El libro XI, con toda la transfiguración material y moral que se quiera, no basta para contrarrestar los efectos del lodo —por no decir las lecciones de libertinaje— que el lector ha de salvar en los libros precedentes. En conjunto, *Las Metamorfosis* tienen mucho más de escandaloso que de edificante.

Tampoco es el libro una novela previamente concebida como sátira, aunque es evidente que abundan los rasgos satíricos contra la avaricia (de Milón), contra la depravación del clero (sacerdotes de la diosa Siria), o contra la corrupción de las costumbres (tantos y tantos maridos burlados por sus esposas, y viceversa). *Las Metamorfosis* son a la vez obra de edificación, obra satírica, novela erótica y símbolo religioso: Apuleyo desborda cualquier fórmula única en que se quiera circunscribir su talento^[30]. Lo hemos visto vanagloriarse de cultivar por igual las nueve Musas, y parece haberse empeñado en que se admirara el coro de las nueve Musas en esa producción extraña y única que son *Las Metamorfosis*^[31].

3.4. EL CUENTO DE PSIQUE Y CUPIDO. — Entre las aventuras novelescas narradas en *Las Metamorfosis* destaca por su extensión (Libros IV 28 - VI 24), por su estilo, por su altura moral, por su fantasía tan deliciosa como irreal, ese prototipo de los cuentos de hadas que es la fábula de Psique y Cupido. Sin duda remonta a las tradiciones primitivas de Grecia, como lo dan a entender tantos monumentos del arte antiguo. Resulta misterioso que no la haya hecho suya ningún poeta conocido. ¿Cómo ese cantor armonioso de los amores del Olimpo que es Ovidio no dedicó unos versos a los amores del Amor en persona? Psique permanece misteriosamente muda durante siglos en sus representaciones iconográficas: camafeos, medallones, terracotas, sarcófagos (paganos y cristianos), pinturas; sólo en las postrimerías del paganismo, ya en plena expansión cristiana, se le ocurre al africano Apuleyo, y sólo a él, transmitirnos la mítica alegoría. Ello sería motivo suficiente para incluir *Las Metamorfosis* entre los libros más preciosos del mundo clásico.

Son legión los artistas, poetas y filósofos que posteriormente se han inspirado en la fábula de Psique; pero, siempre que a través de los siglos se ha intentado descubrir el valor simbólico del mito —suponiendo que la fábula arrojase alguna idea

trascendente—, siempre ha salido una interpretación personal, adecuada a la mentalidad del comentarista. Tal vez radique ahí la gran virtud de la inmortal historia, en su adaptación a todos los gustos.

Ya a finales del siglo V, Fulgencio^[32], el obispo africano, da la primera interpretación cristiana del cuento: la ciudad en que se desarrolla la fábula es el mundo; el rey y la reina de la ciudad son Dios y la carne; sus tres hijas son la carne, la libertad y el alma; etc.

Y ¿cómo no recordar aquí a nuestro gran Calderón? Para el poeta de los autos sacramentales, en «la alegoría de Psiquis y Cupido», Cupido o «Dios de amor» es Cristo; Psiquis es el alma fiel que aspira incesantemente hacia él; el himeneo de los dos amantes es la unión mística del hombre con Dios en la Eucaristía.

En el sentir filosófico, la interpretación menos extraña (y más en consonancia con el filósofo platónico de Madaura) ve en Psique la personificación del alma que, atormentada y desgraciada en ausencia del místico esposo, logra la suprema perfección de su ser y alcanza la plenitud de su felicidad en la unión del amor.

Si la sagacidad de los comentaristas no da con una interpretación objetiva y razonable, tal vez sea porque no existe el sentido oculto que se supone. Sin duda el mito abrigaba originariamente una idea; pero sobre el núcleo de la idea primitiva debió sedimentar todo el fondo de la tradición escrita (si es que la hubo y se perdió) o de la tradición oral que en todo caso ha de admitirse ante las innumerables representaciones de las artes figurativas; la forma ha debido prevalecer insensiblemente bajo los añadidos de maravillas siempre nuevas que irían diluyendo la idea primitiva subyacente, en la misma medida que iban dando cuerpo al incomparable cuento de hadas tal como lo recogió, sin preocupaciones filosóficas, la pluma de Apuleyo: nos hallamos ante un brillante juego de la imaginación más que ante un velo prestado a la verdad.

3.5. ESTILO. — En cuanto al estilo de nuestro autor, son unánimes los elogios desde San Agustín y Sidonio Apolinar hasta los tiempos modernos; los humanistas pregonan sin excepción y siempre con entusiasmo los méritos de Apuleyo como escritor; para Pío V, *Las Metamorfosis* «son un libro sin par, un verdadero lingote de oro»; en opinión de Felipe Beroaldo —el primero de los comentaristas de *Las Metamorfosis*—. «si las Musas quisieran hablar en latín, les gustaría hacerlo en el estilo de ese libro».

En cambio, la elocuencia arrebatadora, «atronadora»^[33] que admiraban San Agustín y Sidonio Apolinar, resulta demasiado estridente a los oídos de nuestros contemporáneos. Se dice que el estilo de Apuleyo es demasiado barroco, duro, afectado; se le acusa de atormentar la lengua en busca de la novedad, de amordazar las palabras para adaptarlas a significaciones inauditas; no se concibe «una degradación» tan rápida en los pocos años que separan a Apuleyo de los Plinio y Tácito. Pero ¿es legítimo medir a un autor del siglo II con la medida de los cánones

clásicos?

Se han buscado en el estilo de Apuleyo influencias púnicas o libias, y ello con tanto mayor empeño cuanto que el propio autor inicia el libro de *Las Metamorfosis* pidiendo perdón por los barbarismos que pudieran escapársele; pero África no ha sido hallada en los escritos de Apuleyo ni por los críticos antiguos ni por los modernos. Lo que hay en *El Asno de Oro* es una brillantísima muestra del estilo imperial. Lo africano está en el vigor y fascinación del autor, en la inquietud espiritual que respira, en la necesidad de agitar a las multitudes, que se observa en él como en todos los escritores africanos.

3.6. INTERÉS. — Aunque se discuta el valor estilístico de *Las Metamorfosis*, no decae el interés por el libro: sigue siendo considerado como una alhaja de las letras: a él deben las artes el mito de Psique; es la única novela antigua íntegramente conservada y la muestra esencial del género de las famosas milesias; por último, y sobre todo, *El Asno de Oro*, con *El Satiricón*, serán siempre el insustituible manual de quien pretenda conocer la vida real del Imperio; Apuleyo quiso ante todo distraer la ociosidad de sus contemporáneos con bonitas historias, halagar sus oídos con música agradable. Ahora, la lejanía de los siglos añade un interés más sustancial, pues si no cabe mayor inventiva y fantasía en el cuento, tampoco cabe mayor veracidad y realismo en los detalles que integran sus cuadros. *El Asno de Oro* pone ante nuestros ojos el diario vivir de nuestros antepasados, el retrato, captado al natural, de toda la sociedad del siglo II con su confusa e indigesta mezcla de astrología, metafísica y mitología; con los contrastes entre la opulencia de unos sectores y la rudimentaria economía de otros; en *Las Metamorfosis* vemos la audacia de los salteadores de caminos, la insolencia de los soldados bajo un régimen totalitario, la crueldad de los amos y la miseria de los esclavos, la lucha diaria del hombre que, en un mar de tribulaciones, busca la felicidad sin dar con ella en este mundo, y que por último se acoge a la fe y a la esperanza para lograr la paz interior. Aquí nos hallamos ya en las fronteras del cristianismo.

3.7. EL TEXTO DE «LAS METAMORFOSIS». EDICIONES. TRADUCCIONES CASTELLANAS. — La tradición del texto de *El Asno de Oro* está actualmente bien dilucidada. Se conocen unos cuarenta manuscritos; todos ellos derivan más o menos directamente del *Laurentianus* 68, 2 (siglo XI). En este manuscrito se basan, pues, las ediciones críticas de la obra; sólo cuando no está claro el testimonio del *Laurentianus* 68, 2, se acude a sus descendientes y, en primer lugar, a otro *Laurentianus*, el 29, 2, que es la copia más antigua y por lo tanto efectuada cuando el 68, 2 estaba menos deteriorado por efectos del tiempo y retoques posteriores^[34].

La edición *princeps* fue la de Roma (1469). Buenas ediciones modernas son: la de G. F. Hildebrand (dos volúmenes, Leipzig, 1842), con las notas de Oudendorp; la de R. Helm (3.^a ed., Leipzig, 1931; reimpresión en 1968); la de C. Giarratano (Turín,

1929, 2.^a ed. revisada por P. Frassinetti, Turín-Paravia, 1960); la de D. S. Robertson, P. Vallette (tres vols., «Les Belles-Lettres», 1940-1945) y la de P. Scazzoso (Florenca, 1971).

Léxico: W. A. Oldfather, H. V. Canter, B. E. Perry, *Index Apuleianus*, Middleton, Connecticut, 1934.

En Barcelona ha publicado M. Olivar *Les Metamorfosis* (texto latino y traducción catalana en dos volúmenes, I, 1929 y II, 1931, colección «Bernat Metge»). En castellano siempre se ha leído *El Asno de Oro* en la versión del arcediano de Sevilla Diego López de Cortegana (Sevilla, 1513): tiene, entre otros méritos, el de haber sido la primera de las versiones vernáculas de *El Asno de Oro*; reproducida muchas veces en los siglos siguientes, citemos, entre las reediciones más recientes, la de la «Biblioteca Clásica» (1890 y 1914), la de la «Colección Universal» (Madrid, 1920), la de la «Biblioteca Mundial Sopena» (Buenos Aires, 1939), y la de «Obras Maestras» (Barcelona, 1955). Una extraña y pobre traducción (¿de Jaime Uyá?) apareció en Barcelona, 1969, en la colección «Podium: Obras significativas», bajo el título *Apuleyo: El Asno de Oro; Turmeda: Disputa del Asno*.

Nuestro colega A. Ruiz de Elvira ha dado una elegante versión del cuento de Psique en *Estudios Clásicos*, Suplemento, Serie de Traducciones, 5 (1953) 55-85.

En nuestra traducción hemos seguido el texto de D. S. Robertson - P. Vallette, citado líneas más arriba.

NOVELA LATINA Y LITERATURA ESPAÑOLA

He aquí, para concluir esta introducción, algunas observaciones sobre la novela latina en la literatura española.

El tema general de la literatura latina en su relación con la española no ha merecido la debida atención de nuestros hombres de letras. M. Menéndez y Pelayo es una notabilísima excepción; pero, en el caso concreto de la novela latina, se inclina a creer que no ha dejado claras huellas en nuestras letras, y su opinión ha contribuido sin duda a desalentar entre nosotros ulteriores investigaciones sobre el tema. Oigamos al autor de *Los Orígenes de la Novela*: «Petronio ha influido muy poco en la literatura moderna... Apuleyo, en quien la obscenidad es menos frecuente y menos inseparable del fondo del libro, ha recreado con sus portentosas invenciones a todos los pueblos cultos, y muy especialmente a los españoles e italianos, que disfrutaban desde el siglo XVI las dos elegantes y clásicas traducciones del arcediano Cortegana y de Messer Agnolo Firenzuola; ha inspirado gran número de producciones dramáticas y novelescas, y aun puede añadirse que toda novela autobiográfica y muy particularmente nuestro género picaresco de los siglos XVI y XVII, y su imitación francesa el *Gil Blas*, deben algo a Apuleyo, si no en la materia de sus narraciones, en el cuadro general novelesco, que se presta a una holgada representación de la vida

humana en todos los estados y condiciones de ellas».

«Tal es la herencia, ciertamente exigua, que la cultura greco-latina... pudo legarle en este género de ficciones...»^[35].

Y, en otro lugar, dice todavía Menéndez y Pelayo: «El cuadro autobiográfico de *El Asno de Oro* tiene analogía remota con el de nuestra novela picaresca, sin que por eso haya que admitir imitación ni reminiscencia... Imitación directa de Apuleyo, no encontramos ni en el *Lazarillo* ni en sus continuaciones, ni mucho menos en el *Guzmán de Alfarache*»^[36].

Siguen poco después otros párrafos que reflejan las mismas dudas con ciertas matizaciones: «*El Asno de Oro*, traducido al castellano por Diego López de Cortegana, fue libro muy popular en España durante los siglos XVI y XVII. Así lo testimonia, entre otros, el autor de *La Pícaro Justina* (1605), cuando dice en su prólogo hablando de los libros de que se valió, que «no hay enredo en *Celestina*, chistes en *Momo*, simplezas en *Lázaro*..., cuentos en *Asno de Oro*..., cuya nota aquí no tenga, cuya quinta esencia no saque». A pesar de tal declaración, ningún cuento de Apuleyo encontramos en la parte hoy conocida de *La Pícaro Justina*, pero acaso estaría en los varios tomos que el supuesto Licenciado de Ubeda tenía compuestos, prosiguiendo su obra, cuyo estilo por otra parte, en lo enrevesado y artificioso, no deja de tener algún parentesco con el de Apuleyo»^[37].

Por último hemos de recordar que nuestro gran polígrafo no se atreve a negar de plano que los pellejos de vino sobre los que Don Quijote descarga la ira de su lanza tengan su precedente en los tres odres que degüella Lucio cuando, al regresar de una cena, se apresta a entrar en casa de Milón (*Asno de Oro*, II 32); también reconoce que hay varias reminiscencias confesadas en Gonzalo de Céspedes y Meneses (*El Soldado Píndaro*).

H. Cortés se ha atrevido, a pesar de lo dicho por Menéndez y Pelayo, a rastrear la influencia de Apuleyo en nuestra literatura y ha visto sus huellas en los libros de caballería, en Cervantes, en Lope de Vega, en Tirso de Molina, en *La Pícaro Justina* y en Baltasar Gracián^[38].

Que el mito de Psique y Cupido ha inspirado a muchos de nuestros escritores es evidente; ya hemos mencionado antes el auto sacramental de Calderón; José M. de Cossío se refiere al éxito que tuvo el mito entre los poetas sevillanos: «La traducción de *El Asno de Oro*, de Apuleyo, por el arcediano Diego López de Cortegana, personaje tan ilustre e influyente, atrajo la atención de los poetas hacia la fábula de Psique... (El mito de Psique y Cupido) gustado a través de la prosa de Cortegana es el que casi unánimemente han de cantar los poetas sevillanos del siglo XVI». Sigue la serie de dichos poetas: Gutierre de Cetina, Fernando de Herrera, Juan de Malara, etc.^[39].

Por nuestra parte sentimos la tentación de pensar que el autor de *La Pícaro Justina* conoció no sólo *El Asno de Oro*, sino también *El Satiricón*. En *La Pícaro*

Justina se define un ideal artístico demasiado parecido al de Petronio, que hemos señalado en su lugar; he aquí ahora los correspondientes párrafos de la novela española: «Antes pienso pintarme tal cual soy, que tan bien se vende una pintura fea, si es con arte, como una muy hermosa y bella». — «Y tan bien hizo Dios la luna, con que descubrir la noche, como el sol con que se ve el claro y resplandeciente día. En las plantas hacen labor las espinas, etc.»

Y otro tanto cabe decir de Mateo Alemán. Las expresivas reflexiones de Guzmán sobre la pobreza como «inventiva sutil» podrían ser un eco de esta frase de Petronio (capítulo 135): «Yo admiraba el ingenio de la pobreza y su habilidad hasta en los más mínimos detalles». Y podría servir de lema al mismo Guzmán otro párrafo de Petronio (capítulo 125): «¡Dioses y diosas del cielo! ¡Qué malo es vivir fuera de la ley! Siempre está uno esperando el castigo merecido».

Sin embargo, es posible que, más que en detalles concretos, haya de buscarse la influencia latina en las estructuras y atmósfera general de ciertas obras maestras de nuestras letras. En un artículo de la *Hispanic Review* se señalan las semejanzas entre el *Lazarillo* y *El Asno de Oro*; para el autor de dicho artículo la novela latina «es fuente más que probable» de la novelita española^[40].

También nos parece fuente más que probable para el *Guzmán de Alfarache*:

1) En ambos casos el protagonista narra sus aventuras en primera persona.

2) Muchos rasgos de la vida de Apuleyo y Alemán han pasado a sus respectivas novelas, sin que en un caso ni en otro sea fácil discernir lo que es autobiográfico de lo que no lo es.

3) En ambas obras se intercalan varias novelitas cortas y se destaca una particularmente extensa y sentimental: a la historia de Psique y Cupido corresponde en el *Guzmán* la historia de Ozmín y Daraja.

4) También en ambos casos cortan el hilo de la narración toda clase de cuentos y anécdotas variadas.

5) Guzmán y Lucio tienen la misma afición a plasmar su filosofía en refranes.

6) En ambos casos hay la misma mezcla de trazos edificantes en contraste con un fondo esencialmente descarado y amoral. Al *Asno de Oro* puede aplicarse con toda propiedad el juicio de Cejador sobre el *Guzmán*: «*El Guzmán de Alfarache* es obra de crítica moral o sátira social por el fondo, y novela picaresca por la forma o envoltorio; es filosofía y arte, ambas tan bien casadas, que no hay herramienta de tan fina hoja que acierte a despartirlas»^[41]. Recuérdese lo dicho en su lugar sobre *El Asno de Oro*.

7) Por último, el fatalismo y básico pesimismo que pesa sobre el pícaro Guzmán tiene la más exacta correspondencia en la «implacable Fortuna» que persigue a Lucio, cuyo estribillo a lo largo de *Las Metamorfosis* son esta u otras palabras similares: «los rudos asaltos de la Fortuna», «la ceguera de la Fortuna», «mi Fortuna siempre inhumana», «la Fortuna siempre encarnizada con mi desgracia», etc. (cf. VI 28; VII 16 y 25; VIII 24; XI 15; etc.). Incluso la liberación final de Lucio es obra de la

Fortuna, pero una Fortuna que esta vez tiene los ojos muy abiertos y lo mira con compasión (XI 15).

Traduciendo a Petronio y Apuleyo nos ha venido muchas veces a la mente otro capítulo importante de nuestra literatura: el de la hechicería. En la novela latina ya vemos a las hechiceras pidiendo ayuda a los seres superiores del cielo y del infierno, ya vemos sus ensalmos y, «en el sobrado alto de la solana», vemos un laboratorio bien surtido donde no falta ningún instrumento o ingrediente para realizar en la mayor soledad (la Celestina también ha de estar a solas para formular su conjuro) las más sorprendentes maravillas; en Apuleyo ya «vuelan» las brujas, ya saben someter a su voluntad el mundo sobrenatural, el mundo de los astros y los elementos de la naturaleza; pero ante todo saben dominar los sentimientos del corazón y aplican su arte fundamentalmente al servicio del amor^[42].

NOTA BIBLIOGRÁFICA

I. LA NOVELA EN LA ANTIGÜEDAD CLÁSICA

Véase en esta misma colección el correspondiente apartado bibliográfico de nuestro volumen dedicado a Petronio, *El Satiricón*.

II. APULEYO

A) TEXTO

Editio princeps, Roma, 1469.

R. HELM, *Apuleius I, Metamorphoseon libri XI*, Leipzig, 1968 (= 1931).

G. F. HILDEBRAND, L. *Apulei opera omnia*, Leipzig, 1842.

D. S. ROBERTSON - P. VALLETTE, *Apulée, les Métamorphoses*, «Les Belles-Lettres», 3 volúmenes, 1956 y 1958.

P. SCAZZOSO, *Apuleio, Metamorfosi*, Florencia, 1971.

Léxico

W. A. OLDFATHER, H. V. CANTER, B. E. PERRY, *Index Apuleianus*, Middleton, 1934.

B) ESTUDIOS

M. J. ASENSIO, «Más sobre el *Lazarillo de Tormes* », *Hispanic Review* (1960), 245-250.

M. BERNHARD, *Der Stil des Apuleius von Madaura*, Stuttgart, 1927.

G. BIANCO, *La fonte greca delle Metamorfosi di Apuleio*, Brescia, 1971.

E. COCCHIA, *Romanzo e realtà nella vita e nell'attività letteraria di Lucio Apuleio*, Catania, 1915.

H. CORTÉS, «Algunas reminiscencias de Apuleyo en la Literatura Española», *Rev. de Filología Española* (1935), 44-53.

—«Apuleyo y el *Asno de Oro* en la Literatura Española», *Studium* 2 (Bogotá, 1952), 245-258.

P. GRIMAL, «L'originalité des *Métamorphoses* d'Apulée», *L'Information Littéraire*, París (1957), 156 y sigs.

E. H. HAINHT, *Apuleius and his influence*, Nueva York, 1927.

- M. HICTER, «L'autobiographie dans *l'Âne d'Or* d'Apulée», *L'Antiquité Classique* (1944), 95-111.
- B. LAVAGNINI, «Il significato e il valore del romanzo di Apuleio», *Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa* (1923).
- R. MARTIN, «Le sens de l'expression 'asinus aureus' et la signification du roman apulien», *Rev. des Études Latines* (1970), 332-354.
- M. MENÉNDEZ PELAYO, *Bibliografía Hispano-Latina*, I, Edición Nacional, Madrid, 1950, 85-184.
- J. MOLINO, «El *Lazarillo de Tormes* et les *Métamorphoses* d'Apulée», *Bulletin Hispanique* (1965), 322-333.
- E. PARATORE, *La novella in Apuleio*, Palermo-Roma, 2.^a ed., 1942.
- B. E. PERRY, *The Metamorphoses ascribed to Lucius of Patrae, its content, nature and authorship*, Princeton, 1920.
- «The significance of the title in Apuleius' *Metamorphoses*», *Classical Philology* (1923), 229-238.
- A. SCOBIE, *The dating of the earliest printed Spanish and French translation of Apuleius' Metamorphoses*, 1972.
- P. SCAZZOSO, *Le Metamorfosi di Apuleio: Studio critico del significato del romanzo*, Milán, 1951.

LIBRO I

Presentación del protagonista y presunto narrador (1). — Lucio emprende el camino de Tesalia, la tierra de la magia. Primeros relatos maravillosos, como introducción al mundo de la hechicería (2-20). — Llegada a Hipata: Lucio se aloja en casa de Milón (21-26).

1. Lector, quiero hilvanar para ti, en esta charla milesia^[1], una serie de variadas historias y acariciar tu oído benévolo con un grato murmullo; dígnete tan sólo recorrer con tu mirada este papiro egipcio escrito con la fina caña del Nilo^[2] y podrás admirar a criaturas humanas que cambian de forma y condición, y, viceversa, que posteriormente recobran su primitivo estado. Empiezo.

¿Quién te habla? Muy brevemente, entérate.

El ático Himeto, el istmo de Efirea y el espartano Ténaro, tierras felices, celebradas para siempre por una literatura todavía más feliz, son la antigua cuna de mi raza. Allí aprendí el griego, primera conquista de mi infancia.

Trasladado luego a la capital del Lacio para seguir los estudios de los ciudadanos romanos, tuve que emprender el estudio de su lengua nativa con ímprobo trabajo y sin la dirección de un maestro.

Ya de antemano te pido perdón, si luego, narrador sin gracia, tropiezo y uso algún giro exótico o extraño. Por lo demás, este mismo cambio de idioma concuerda con la materia que cultivo: el arte de las metamorfosis.

Empieza una fábula de origen griego. Atención, lector: te gustará.

2. Iba yo camino de Tesalia. — Pues también, por línea materna, soy oriundo de allí y es para nosotros título de orgullo contar entre nuestros antepasados al célebre Plutarco^[3] y luego a su sobrino el filósofo Sexto. — Iba yo, pues, a Tesalia por cuestión de negocios. Tras recorrer altas montañas, húmedos valles, frescas praderas y campos de cultivo, mi caballo, un caballo del país y todo blanco, se hallaba extenuado; cansado yo también de ir sentado, quiero estirar las piernas y echo pie a tierra: seco el sudor de la caballería con unas hojas, doy un cuidadoso masaje a su frente, acaricio sus orejas, le quito los frenos, me pongo a caminar muy despacito para darle tiempo a disipar su cansancio descargando su vientre según natural necesidad. Mientras la caballería con la cabeza gacha y de lado busca en movimiento su pasto sobre las praderas recorridas, me sumo, como tercero, a dos compañeros de ruta que casualmente iban delante a muy poca distancia. Al prestar oído por captar su conversación, uno de ellos, estallando de risa: «Ahórrate — exclama— unas mentiras tan absurdas, tan disparatadas».

Al oír esta exclamación y, además, sediento de novedades, interrumpo: «Ponedme al tanto de vuestra conversación; no soy un entrometido, pero me gustaría saberlo todo o, al menos, todo lo posible; al propio tiempo, la ruda

pendiente que iniciamos se aliviará con la amenidad de una bonita historia».

3. El primer interlocutor: «¡Sí, mentira todo eso! —dice—; tan verídico como si alguien pretendiera afirmar: basta un mágico murmullo... y los ríos vuelven rápidamente hacia atrás, es posible encadenar e inmovilizar a los mares, adormecer el soplo de los vientos, detener la marcha del sol, atraer el rocío de la luna, arrancar del cielo las estrellas, suprimir el día y alargar la noche».

Yo, entonces, tomo la palabra con mayor libertad: «Oye, amigo, tú que habías iniciado la historia, no te acobardes; por favor, complétala». Y, dirigiéndome al otro: «¿No estás acaso rechazando con tus oídos sordos, tu entendimiento obtuso, lo que puede ser exacta realidad? 2

»Por Hércules, no pecas de listo: los peores prejuicios hacen ver mentiras en lo que uno nunca ha visto u oído simplemente porque ello sobrepasa el alcance de nuestra inteligencia; un examen algo detenido te convencerá de que tales hechos son no sólo evidentemente ciertos, sino hasta de fácil ejecución. 3

4. »Así yo, ayer por la tarde, desafiando a mis comensales, me afanaba por engullir un trozo demasiado grande de torta con queso, cuando la pasta blanda y pegajosa me quedó adherida a las paredes inferiores de la garganta interceptándome las vías respiratorias de tal modo que nada me faltó para morir. Y, no obstante, últimamente en Atenas y ante el pórtico del Pecilo, con este par de ojos que tengo, vi a un malabarista tragarse un sable de caballería horriblemente afilado. Después, animado por alguna exigua moneda, se hundió hasta el fondo de las entrañas y por la parte mortífera una lanza de cazador. Más todavía: sobre el mango herrado del arma, que sobresalía por encima de la cabeza, un chiquillo de graciosas y suaves formas comienza a trepar y a exhibirse en acrobáticas volteretas como si no fuera de carne y hueso, ante la admiración unánime de los asistentes; parecía la hermosa serpiente que con móviles articulaciones abraza el caduceo del dios-médico al enroscarse entre sus nudos y ramas mal cortadas^[4]. Pero, bueno, tú prosigue ya, por favor, la historia iniciada. Yo te creeré por este otro y por mí; y en la primera taberna en que podamos parar, repartiré contigo mi merienda. He aquí el premio que te espera». 2 3 4 5 6

5. «Yo —replica— aprecio tu oferta en su justo valor; ciertamente he de volver al principio de la historia ya iniciada. Pero antes, te lo juro por este divino Sol que todo lo ve, yo no refiero nada cuya exactitud no pueda comprobarse. Y se desvanecerán vuestras dudas en cuanto lleguéis a la primera ciudad de Tesalia, pues allí no habla de otra cosa la gente sino de estos hechos, desarrollados en pleno día. 2

»Pero previamente debéis saber de dónde soy y quién soy. Me llamo Aristómenes, soy de Egio; enteraos también de cómo me gano la vida: soy corredor de miel, queso y mercancías similares servidas en las tabernas por todos los rincones de Tesalia, Etolia y Beocia. Enterado, pues, de que en Hipata, la ciudad más importante de Tesalia, se vendía, a precio muy arreglado, un queso fresco de exquisito sabor, acudí rápidamente con intención de adquirir toda la partida. Pero, como suele ocurrir, me puse en ruta con mala sombra, y la esperanza del negocio me ha salido fallida: la víspera, en efecto, Lupo, un comprador al por mayor, había adquirido toda la mercancía.

»Cansado, pues, de correr inútilmente, al caer de la tarde, me dirigía con calma a unos baños.

6. »De pronto veo a mi camarada Sócrates. Estaba sentado en el suelo, medio desnudo, con un manto viejo y roto, casi desconocido por su palidez, desfigurado y demacrado; parecía uno de esos miserables que, abandonados de la suerte, piden limosna por las calles. En estas condiciones, aunque era íntimo amigo mío y perfectamente conocido, me fui acercando a él con mis dudas: ‘Oye —le digo—, querido Sócrates, ¿qué pasa? ¡Qué aspecto! ¡Qué infamia! En tu casa ya te lloran muerto y enterrado; tus hijos ya tienen tutores, asignados por decreto del juez provincial^[5]; tu mujer, después de cumplir sus últimas obligaciones con relación a ti y de consumirse mucho tiempo en el duelo y abatimiento hasta el extremo que, a fuerza de llorar, ha perdido casi por completo la vista, ahora se ve obligada por la propia familia a animar su casa desolada con la alegría de un nuevo matrimonio. Tú, en cambio, para mayor deshonra nuestra, apareces aquí como un alma en pena’.

»‘Aristómenes —contestó él—, tú ignoras, bien se ve, las volubles peripecias de la fortuna, sus caprichosas sorpresas, sus sucesivos vaivenes’. Al hablar así, cubrió con sus harapos entrecosidos su rostro, ahora ruborizado, de tal modo que dejó al descubierto el resto de su cuerpo de la cintura para abajo.

»No pude soportar ya más tan lamentable y mísero espectáculo, y le tiendo la mano para ayudarlo a levantarse.

7. »Pero él, así como estaba, es decir, con la cabeza tapada: ‘Deja —decía—, deja que la Fortuna disfrute por más tiempo del trofeo que ella misma se ha erigido’.

»Logré que me siguiera. Y al propio tiempo, me quito una de mis dos túnicas, se la pongo apresuradamente para vestirlo, o, mejor dicho, para abrigo; acto seguido lo conduzco al baño; yo mismo le preparo el perfume y las toallas; a fuerza de frotar, hago desaparecer la roña espesa que lo

recubre. Cuando ya está bien limpio, lo llevo a la fonda, sosteniendo a duras penas, por hallarme igualmente cansado, sus miembros desfallecidos; le preparo buena cama, lo reanimo con buena comida y buena bebida y lo distraigo contándole historias.

»Ya le entran ganas de hablar, de reír, hasta de gastar bromas y hacer chistes, cuando, emitiendo de lo más hondo de su corazón un suspiro desgarrador y golpeándose la frente con su mano enloquecida, exclama: «¡Desgraciado de mí! Por correr tras el placer de un renombrado espectáculo de gladiadores he caído en esta pesadilla. Efectivamente, como muy bien sabes, había salido hacia Macedonia por un lucrativo negocio; después de nueve meses de trabajo regresaba con un bonito beneficio; poco antes de llegar a Larisa, había tomado un atajo para ver ese espectáculo, cuando, en un valle solitario y accidentado, me veo rodeado por unos horribles salteadores: despojado de todo, salgo justo con vida; y en esta situación extrema voy a refugiarme a la taberna de cierta Meroe, mujer entrada en años, pero todavía muy galante; le cuento los pormenores de mi largo viaje, del angustioso regreso con el horrible atraco. Empieza por tratarme con las máximas atenciones, comparte conmigo, gratuitamente, su excelente mesa, y luego, en un exceso de pasión, su propia cama. Aquí mismo empieza mi desgracia: una sola noche a su lado, una sola, y heme aquí ya víctima de una interminable y nauseabunda convivencia; hasta los harapos que la generosidad de los atracadores me había dejado para cubrirme, fueron a parar a sus manos; le di hasta el mísero salario que ganaba arrastrando sacos cuando todavía era capaz de hacerlo; tú mismo acabas de ver a qué estado me han reducido mi excelente esposa y mi mala suerte».

8. »«Por Pólux —le contesté—, bien merecido tienes el peor de los castigos, si no obstante pudiera haber otro peor que tu última aventura: ¿cómo has podido, por los vulgares placeres del amor, por una vil prostituta, sacrificar tu hogar y tus hijos?»

»«¡Silencio, silencio!», me replica llevándose el índice a los labios, atónito, aterrorizado. Y, mirando a su alrededor para ver si era posible hablar sin riesgos, añadió: «¡Cuidado! Es una mujer con virtudes sobrenaturales; podrías atraerte algún disgusto con palabras imprudentes».

»«Oye, dime, por favor; al fin y al cabo, ¿qué clase de mujer es esa poderosa reina de las cantineras?»

»«Es una hechicera, una adivina capaz de rebajar la bóveda del cielo, de suspender en los aires la tierra, de petrificar las aguas, de disolver las montañas, de invocar a los poderes infernales, de hacer descender sobre la tierra a los dioses, de oscurecer las estrellas o iluminar hasta el Tártaro».

»«Por favor, te lo ruego, retira ese cuadro trágico, dobla ese lienzo teatral y

háblame en términos usuales’.

»‘¿Quieres enterarte de uno o dos, o de un montón, de sus prodigios? Lograr que se enamoren locamente de ella los habitantes de la comarca y hasta los indios y los etíopes de ambas Etiopías^[6] es el preludio de su ciencia y un mero pasatiempo. Escucha lo que hizo en presencia de muchos testigos. 6

9. »‘Uno de sus amantes había tenido la osadía de ir con otra: con una sola palabra, lo cambió en castor: para que corriera la suerte de este animal salvaje, que, por temor a la cautividad, se libra de los cazadores seccionándose los genitales. 2

»‘A un cantinero, vecino suyo y que por lo tanto le hacía la competencia, lo cambió en rana; ahora el pobre viejo aquel nada en un tonel y, sumergido en las heces del vino, saluda cortésmente con su ronca voz a los antiguos clientes. 3

»‘Un tercero, un abogado, había hablado contra ella: lo transformó en borrego, y ahora ahí tenéis al borrego aquel defendiendo pleitos. 4

»‘La mujer de cierto amante suyo se había permitido aludir a ella con algún gracioso sobreentendido; esa desgraciada estaba encinta; ella encerró en su seno el fruto que llevaba, paralizó su normal desarrollo, la condenó a un embarazo permanente; y, según cómputo general, ahí la tienes en el octavo año de su gravidez: pobrecita, está hinchada como si hubiera de dar a luz a un elefante. 5 6

10. »‘Al sumarse a ésta otras muchas víctimas, fue en aumento la indignación pública y se acordó una vez que al día siguiente se la castigaría con toda severidad bajo una lluvia de piedras. Ella se adelantó a este proyecto con la virtud de sus encantamientos; y así como la famosa Medea^[7], tras conseguir de Creón el breve aplazamiento de un día, consumió en el incendio provocado por una corona en llamas a toda la familia del anciano rey, incluida su hija y él mismo, así también Meroe, valiéndose, sobre una fosa, de ciertas devociones sepulcrales, como últimamente me lo ha explicado ella misma en un momento de embriaguez, retuvo a todos, por la fuerza misteriosa de los seres sobrenaturales, encerrados en sus respectivas casas. Durante dos días completos fue imposible forzar las cerraduras, arrancar las puertas y hasta perforar las paredes. Por fin, resignándose mutuamente, todos a una proclamaron y juraron, comprometiéndose por el más sagrado de los juramentos, que ninguno de ellos le pondría la mano encima y que le prestarían ayuda y protección si a alguien se le ocurriera pensar otra cosa. En estas condiciones se dejó aplacar y liberó a toda la ciudad. En cuanto al cabecilla de aquella manifestación, a altas horas de la noche, con su casa entera y verdadera (es decir, paredes, solar y cimientos) cerrada como estaba, 2 3 4 5

lo transportó a cien millas de distancia, a otra ciudad situada en la cúspide de una roca abrupta y, por lo tanto, sin agua. Más todavía: como la densidad de la población no dejaba sitio para el nuevo huésped, Meroe arrojó la casa ante la puerta de la ciudad y se largó’.

11. »‘Me estás contando, amigo Sócrates, cosas tan maravillosas como horribles. Tanto es así que ya me has preocupado bastante a mí también, o, mejor dicho, asustado; has hecho que me sienta acribillado no ya por remordimientos, sino por puntas de lanza: ¡si de un modo análogo, por algún poder sobrenatural, lograra la vieja aquella enterarse de nuestra actual conversación! Acostémonos cuanto antes y, cuando el sueño haya aliviado nuestra fatiga, sin esperar el día, huyamos de aquí, alejémonos lo más posible’.

»Aún estaba yo dando consejos, cuando el bueno de Sócrates, vencido por los efectos del vino —al que no estaba acostumbrado— y por una larga fatiga, roncaba ya profundamente dormido.

»Yo entonces cierro la puerta, echo el pestillo, corro el camastro hasta aplicarlo al mismo gozne, y me tumbo encima. Al principio el pánico me mantiene un rato despierto; después, sobre la media noche, pego un poco el ojo.

»Acababa de dormirme, cuando, bruscamente, con una sacudida demasiado violenta para atribuirle a los ladrones, se abre la puerta, o mejor dicho, se hunde hacia el interior con los goznes rotos o arrancados de cuajo. El camastro, por lo demás cortito, falto de pie y apolillado, se derrumba ante la violencia del choque; yo también salgo despedido, rodando, y, al recaer al suelo la cama, me cubre y aprisiona.

12. »Entonces comprobé que ciertas emociones se manifiestan por efectos naturalmente contradictorios. Pues, como es muy frecuente que se llore de alegría, yo en aquel momento de terrible angustia no pude contener la risa al verme convertido de Aristómenes en tortuga. Y cuando, aplastado en el sucio suelo, resguardado por la inteligente protección del camastro, miro de reojo a ver qué pasa, me veo a dos mujeres ya entradas en años; una llevaba una lámpara encendida, la otra una esponja y una espada desenvainada. Con este equipo rodearon a Sócrates, que dormía muy tranquilo. La que tenía la espada habla así: ‘Aquí tienes, hermana Pantia, a mi querido Endimión^[8], mi adorado tormento, que día y noche se ha burlado de mi corta edad; aquí tienes al que, menospreciando mi amor, me deshonra con sus calumnias y, además, se prepara a huir. Por lo visto, a mí me espera, cual nueva Calipso abandonada por el astuto Ulises, llorar mi eterna soledad’.

»En esto, extendiendo su brazo para señalarme a su amiga Pantia, añade:

‘En cuanto a este otro, el bueno de Aristómenes, el consejero que tuvo la iniciativa de la evasión y que ahora mismo va a morir, postrado en tierra y acostado bajo su camastro está viendo todo esto y se figura que van a quedar impunes las ofensas que me ha dirigido. Un día... no, pronto, mejor aún, en este preciso instante, le haré arrepentirse de sus sarcasmos de ayer y de su curiosidad presente’.

13. »Al oír esas palabras, pobre de mí, me siento inundado de un sudor frío, me tiritan las entrañas de tal modo que hasta el camastro, agitado por mis sobresaltos, bailaba sobre mi espalda. La amable Pantia contestó: ‘Dime, pues, hermana, ¿empezamos por despedazar a éste a la manera de las bacantes^[9], o lo atamos debidamente para mutilar su virilidad?’

»Entonces Meroe —pues la misma realidad me hacía comprender que, dadas las referencias de Sócrates, ése era su nombre—: ‘No —dijo—; que sobreviva ése al menos para amontonar un poco de tierra sobre el cuerpo de este desgraciado’; e, inclinando la cabeza de Sócrates, le hundió por la izquierda del cuello su espada, hasta la empuñadura, y recogió cuidadosamente en un exiguo odre la sangre que brotaba, sin que la menor gotita salpicara el escenario. Esto lo he visto yo con mis propios ojos. Y, sin duda para que no faltara detalle al ritual del sacrificio, introduciendo la mano derecha por la herida aquella y rebuscando hasta el fondo de las entrañas, la dulce Meroe retiró el corazón de mi pobre compañero. Él, al cortarle el cuello el golpe de la espada, dejó escapar a través de la herida un grito, o mejor dicho, un vago silbido, y expiró.

»Pantia, cubriendo con una esponja la enorme herida entreabierta, dijo: ‘Atención, esponja, ten cuidado: eres hija del mar, no pases por el río’. Terminada esta operación y retirándose ya, dan un empujón a mi camastro, se ponen a caballo sobre mi cara y alivian su vejiga, inundándome de un líquido terriblemente inmundado.

14. »Apenas habían cruzado el umbral, las puertas se levantan intactas por sí solas y recobran su primitiva posición: los goznes se colocan en sus respectivos huecos, las barras de refuerzo buscan sus puntos de apoyo, los pestillos vuelven a sus esarpas. Pero yo seguía allí, como estaba, extendido en el suelo, sin fuerzas, desnudo, helado, remojado como un recién nacido al venir al mundo; mejor dicho, estaba medio muerto, me sentía como un superviviente de mí mismo, un póstumo o por lo menos un aspirante a morir en cruz^[10].

»‘¿Qué será de mí —me decía— cuando por la mañana aparezca este hombre degollado? ¿A quién parecerá verosímil mi relato, aunque sea la pura verdad? Podías al menos haber gritado en petición de auxilio si, con ser todo

un hombre, no podías resistir a una mujer. ¿Degüellan a un hombre en tu presencia y te callas? Además, ¿cómo no fuiste víctima del mismo atentado? ¿Por qué su feroz crueldad perdonó al testigo del crimen? ¿Acaso buscándose una denuncia? Bien: antes has escapado a la muerte, ahora vuelve a ella’.

»Mientras yo daba vueltas a esos pensamientos, la noche se desvanecía ante la llegada del día. Así, pues, me pareció que la mejor solución era escapar furtivamente antes del alba y ponerme en ruta aunque fuera a tientas. Cojo mi paquetito, introduzco la llave y retiro el pestillo; pero aquella puerta de incorruptible lealtad, que por sí sola había saltado de noche, a duras penas logra abrirse entonces a fuerza de porfiar con la llave.

15. »‘Oye, tú, ¿dónde estás? —pregunto—. Ábreme la puerta del corral; quiero salir antes del alba’. El portero, acostado en el suelo de la entrada y todavía medio dormido, me dijo: ‘¿Qué? ¿Ignoras que los caminos están infestados de atracadores, para ponerte en ruta a tan altas horas de la noche? Si tienes algún crimen sobre tu conciencia y quieres morir, mi cabeza no es una calabaza para morir en tu lugar’. ‘No falta ya mucho para ser de día —le contesto—. Además, ¿qué pueden quitar los salteadores al más pobre de los viajeros? ¿Ignoras acaso, imbécil, que ni diez atletas pueden desvalijar al que va desnudo?’. Entonces el portero, cayéndose de sueño y medio inconsciente, dando media vuelta, dijo: ‘¿Quién me asegura que no pretendes darte a la fuga después de degollar a tu compañero de viaje, al hombre aquel que anoche acompañaste aquí?’

»En aquel momento, me parece recordarlo todavía, vi la tierra abrirse bajo mis pies y, en el fondo del Tártaro, al Can Cérbero hambriento y dispuesto a devorarme. Y se me ocurrió que sin duda la dulce Meroe no me había perdonado la vida por compasión, sino que, por crueldad, me había reservado para la cruz.

16. »De vuelta, pues, al dormitorio, pensaba en el procedimiento más expeditivo para quitarme la vida. Como la Fortuna no me había dejado a mano otra arma que el camastro: ‘Querido camastro —dije—, camastro de mi alma, que has escanciado en mi compañía tantas copas de amargura, tú que conoces y has presenciado lo que esta noche ha pasado aquí, único testigo que puedo citar en defensa de mi inocencia, proporcióname una arma saludable para volar a los infiernos’. Al propio tiempo me pongo a desenredar la cuerda que formaba la red del camastro; ato uno de sus extremos sobre una vigueta que, bajo la ventana, sobresalía hacia el exterior; por la otra punta hago un fuerte nudo; luego, subiendo sobre la cama y estirándome para asegurar mi muerte, introduzco el cuello en el lazo. Pero, al empujar con el pie el punto de apoyo con el fin de que el propio peso apretara la soga al cuello y me cortara

la respiración, inesperadamente se rompe la cuerda, ya vieja y apolillada; yo caigo en el vacío, justo encima de Sócrates, que yacía junto a mí, y ruedo al suelo con él.

17. »Y he aquí que el portero, en ese preciso momento, irrumpe en el departamento gritando desaforadamente: ‘¿Dónde estás, tú que a altas horas de la noche tenías tanta prisa por salir y ahora estás roncando entre las mantas?’

»Entonces, despertándose tal vez por el golpe de mi caída, tal vez por los gritos ensordecedores de aquel hombre, Sócrates es el primero en levantarse y dice: ‘No en vano detestan todos los viajeros a tales mesoneros. Este impertinente entra aquí en el momento más inoportuno, sin duda por afán de robar algo, y con sus clamorosos chillidos, cuando más cansado estoy, me saca del más profundo de los sueños’.

Me levanto alegre y feliz, rebosando de esta felicidad inesperada. ‘Aquí tienes, portero incorruptible, aquí tienes a mi compañero y hermano, al que esta noche, según tus calumnias en medio de la borrachera, yo había dado muerte’. Y mientras se lo decía, besaba y abrazaba a Sócrates. Pero él, captando el olor nauseabundo con que me habían infectado las brujas aquellas, me rechaza duramente: ‘Fuera de aquí, asqueroso, hueles peor que la más inmundada cloaca’. Y se pone a indagar con interés la marca del perfume aquel. Pero yo, inventando en buena hora una broma absurda, para distraerlo y cambiar de tema, le echo la mano encima diciendo: ‘¿Por qué no nos vamos y disfrutamos el encanto de una marcha matutina?’

»Cojo mi paquetito, pago al mesonero el importe de nuestra estancia y emprendemos la ruta.

18. »Habíamos caminado un buen trecho; el sol acababa de salir y lo iluminaba todo con sus rayos. Yo examinaba con curiosa atención el cuello de mi compañero por el lado en que había visto clavarle la espada, y me decía a mí mismo: ‘Necio de ti, has debido de estar sumido bajo los efectos del vino para soñar tales disparates. Ahí tienes a Sócrates intacto, sano y salvo. ¿Dónde está la lesión? ¿Dónde la esponja? ¿Dónde, finalmente, la huella de tan profunda y reciente herida?’ Y, dirigiéndome a él: ‘No en vano —le dije— afirman médicos dignos de crédito que un estómago atiborrado de comida y bebida sueña con tragedias y pesadillas; así yo, por no haber tenido ayer cuidado en el beber, pasé una noche espantosa representándome cuadros horribles y truculentos; aún ahora me figuro salpicado y manchado de sangre humana’.

»Él, entonces, sonriendo, replicó: ‘No, hombre; de sangre, no; di, más bien, de un líquido infecto. Por mi parte, también he soñado: creía que me

degollaban; me dolía aquí, en el cuello, y pensaba que me arrancaban el corazón; y aún ahora se me corta la respiración, me tiemblan las piernas, pierdo el equilibrio y siento necesidad de comer algo para reanimarme’.

»Toma, aquí tienes a punto el desayuno —le digo descolgando la alforja de mi espalda; le ofrezco rápidamente pan con queso, y añadido—: Sentémonos junto a este plátano’.

8

19. »Hecho esto, tomo yo también un bocadillo igual y, cuando estaba observando el excelente apetito que él tenía, veo que su cara se desencaja, que se desmaya y se pone pálido como un boj.

»Hasta tal punto había cobrado un color cadavérico, que, asustado e imaginándome otra vez a las brujas de la noche, se me atravesó en la garganta el primer bocado de pan, aunque menudo del todo, y no lo podía hacer pasar ni en un sentido ni en otro. Y lo que colmaba mi pánico era la falta de transeúntes^[11]. ¿Quién iba a admitir la muerte de uno de los dos compañeros sin la culpabilidad del otro?

2

3

4

5

»Sócrates, no obstante, tras ventilar abundante comida, empezaba a sentir una sed irresistible; había devorado con avidez la mitad del delicioso queso, y, no muy lejos del pie del plátano, se deslizaba suave y perezosamente un arroyo tan apacible como un lago, cuyo colorido competía con el de la plata o el vidrio. ‘Oye —le digo—, sacia tu sed con las puras aguas de esta fuente’. Se pone de pie, busca un punto en la orilla al nivel del agua, se arrodilla y, sediento, se inclina para beber. Apenas había tocado con la punta de los labios la superficie del agua, cuando la herida de su cuello se abre en profunda brecha y sale por ella de repente la esponja acompañada de una ligera hemorragia. Su cuerpo inánime se hubiera desplomado sobre el río si yo no lo hubiera retenido por un pie y arrastrado a duras penas sobre la orilla. Allí, después de llorar a mi pobrecito compañero, como aconsejaban las circunstancias, lo cubrí de una tierra arenosa, su eterna morada en la proximidad del río. En cuanto a mí, tembloroso y en extremo preocupado por mi suerte, emprendí la huida por caminos apartados y solitarios; como si tuviera sobre mi conciencia un asesinato, abandoné mi patria y mi hogar en busca de un destierro voluntario. Ahora vivo en Etolia, donde he contraído nuevo matrimonio».

6

7

8

9

10

11

12

20. He ahí la historia de Aristómenes. Pero su compañero, que ya desde el principio se había obstinado en no dar crédito a sus palabras, persistía en su actitud: «Nada más fabuloso —le dice— que esta fábula; nada más absurdo que esta mentira». Y, dirigiéndose a mí, me dice: «¿Y tú, tú que tienes aspecto y modales de persona culta, te crees este cuento?»

2

«Yo, ciertamente —le contesto—, opino que no hay nada imposible; que

3

todo en la vida de los mortales discurre según decretos del destino: a mí, a ti, a todos los hombres nos ocurren muchas cosas extrañas y poco menos que inauditas: si se las cuentas a un ignorante, no te cree. Por mi parte, doy crédito, te lo juro, a las palabras de tu compañero y le quedo muy agradecido por habernos distraído con el encanto de una preciosa historia; yo, al menos, he recorrido esta ruda y larga cuesta sin cansarme ni aburrirme. Creo que hasta mi caballería se felicita de esta suerte, pues he llegado, sin cansarla, a la puerta de la ciudad cabalgando, no sobre su lomo, sino sobre mis propios oídos».

21. Aquí termina nuestra conversación y nuestro viaje en común. Pues mis dos compañeros giraron a la izquierda, hacia una humilde casa de campo próxima.

Yo, dirigiéndome a la primera hospedería que encontré, pregunto directamente a la cantinera —una mujer ya mayor—: «¿Es Hipata esta ciudad?» Dice que sí con una inclinación de cabeza. «¿Conoces a Milón, uno de los primeros ciudadanos?» Se echó a reír, diciendo: «Sin la menor duda, Milón, aquí es el primero, y vive fuera del recinto de la aglomeración urbana». «Déjate de bromas, excelente abuela, y dime, por favor, quién es y dónde vive». «¿Ves —contesta— allá al fondo, aquellas ventanas abiertas que miran hacia la ciudad, y, del otro lado, una puerta que en sentido opuesto da a la callejuela próxima? Allí vive tu Milón, persona de mucho dinero y ricas posesiones, pero de mala fe por su extrema avaricia y su miserable tacañería; practica la usura con bonito interés, garantizando sus operaciones con hipotecas en oro y plata. Confinado en su humilde hogar y siempre pendiente de su pasión por el dinero, allí vive con una esposa que comparte su miseria. No tiene más que una sola y única sirvienta y va siempre vestido como un mendigo».

Ante tal retrato, me echo a reír, diciendo: «Mi amigo Demeas ha velado por mí con previsorá bondad, cuando, al partir, me recomendó a tal personaje: un huésped en cuya mansión no habría de temer ni el humo del hogar ni el olor de la parrilla».

22. Y, hablando así, recorro el corto trayecto y me acerco a la entrada, cuya puerta estaba sólidamente cerrada con buen cerrojo; doy golpes, llamo. Por fin sale una jovencita y me dice: «Oye tú, que tan estrepitosamente has golpeado a la puerta, ¿qué garantía ofreces por el empréstito? ¿Serías acaso el primero en ignorar que aquí no se presta a no ser con el empeño de oro y plata?» «No seas tan mal pensada —le contesto— y dime más bien si tu amo está en casa». «Sí —añade—; pero ¿cuál es el motivo de tu visita?» «Le traigo una carta que le manda Demeas, de Corinto». «Mientras te anuncio —dice—,

espérame ahí, donde estás». Sin terminar de hablar, corre otra vez el cerrojo y se dirige al interior. Al cabo de un instante vuelve y abre diciendo: «Te manda pasar».

La sigo y lo encuentro recostado en un mísero camastro, a punto de empezar a cenar. A su lado estaba sentada su mujer^[12]. La mesa estaba lista, pero sin nada encima; señalándola: «He ahí —me dice— la hospitalidad que puedo ofrecer». «Muy bien», le digo, y a la vez le entrego la carta de Demeas. Tras ojearla rápidamente, añade: «Encantado con que mi querido Demeas me haya enviado un huésped tan distinguido».

23. Y, pronunciando esas palabras, invita a su mujer a cederme el sitio y a mí a sentarme en su lugar; como yo, por cortesía, no me daba prisa, él cogió la orla de mi manto para ayudarme: «Siéntate —dice— a mi lado. Pues el miedo a los salteadores no nos permite adquirir sillas y un mobiliario adecuado». Así lo hice. Y prosiguió: «De tus elegantes modales y de tu compostura verdaderamente virginal yo podría ya deducir sin más la nobleza de tu estirpe, aunque la carta de mi amigo Demeas no proclamara tus méritos. No menosprecies, por favor, la modestia de mi humilde choza. Mira, el dormitorio inmediato será tu digna habitación. Séate grata la estancia entre nosotros. Pues mi casa será en adelante una casa grande por verse honrada con tu presencia; y será para ti un título de gloria el haber sabido imitar, contentándote con mi modesta morada, las virtudes del gran Teseo, el homónimo de tu padre, que no desdeñó la humilde hospitalidad de la anciana Hecale»^[13]. Después, llamando a la joven sirvienta: «Fotis —le dice—, encárgate del equipaje de nuestro huésped y colócalo en lugar seguro en esa habitación; a la vez, saca en seguida del armario aceite para la loción, toallas para secarse, todo lo necesario para el aseo, y acompaña a mi huésped al baño más próximo; debe de estar cansado por el duro y largo viaje».

24. Al oír esas palabras, teniendo en cuenta el carácter y tacañería de Milón y deseando granjearme más a fondo su simpatía: «No necesito nada —le digo—; todos esos enseres de aseo me acompañan siempre en mis viajes. En cuanto al balneario, me será fácil preguntar por él. Mira, lo más esencial con mucho para mí es mi caballo, que me ha traído valientemente hasta aquí; toma, Fotis, estas monedas; cómprale heno y cebada».

Arreglado este asunto y dispuestas mis cosas en la habitación, me dirijo yo mismo al baño, con la precaución de pasar antes por el mercado para abastecernos^[14] de alimentos. Veo allí en venta un delicioso pescado; pregunto el precio; me dicen que cien sestercios; hago además de dejarlo y lo saco por veinte denarios^[15]. Justamente, al salir de allí, me encuentro con Pitias, mi discípulo de Atenas; quedó un poco parado al reconocerme, me

asaltó efusivamente y, entre besos y abrazos: «Querido Lucio —dijo—, hace un siglo que no nos hemos visto; por Hércules, desde que dejamos la escuela de Clitio. ¿Cuál es el motivo de este viaje?» «Mañana lo sabrás —le contesto—. Pero, ¿qué es esto? Mi enhorabuena. Te veo con ordenanzas, con fascios, con todo el boato propio de un magistrado». «Estoy encargado de la sección de abastos, soy edil^[16]. Si te apetece algo, lo tendrás en seguida». Le doy las gracias: había asegurado suficientemente mi cena con la compra del pescado. Pero Pitias, al ver mi cesta y sacudirla para ver mejor el pescado: «¿Cuánto —me pregunta— te han costado estos boquerones?» «Me costó trabajo —le digo— para sacárselos al pescadero por veinte denarios».

25. Al oírme, me coge del brazo en el acto y, metiéndome de nuevo en el mercado: «¿A quién —me dice— has comprado aquí este saldo?» Le señalo a un pobre viejo, sentado en un rincón. Inmediatamente, con sus prerrogativas de edil, increpándolo con la mayor rudeza: «Ahora —dice— ya no tenéis consideración ni para nuestros propios amigos ni, en general, para ningún forastero; ponéis un alto precio al pescado más ruin y, con la carestía de los víveres, reducís esta ciudad, la flor y nata de Tesalia, a la condición de un desierto o de un picacho solitario. Pero ello no pasará impunemente. Yo me encargaré de mostrarte, bajo mi administración, cómo se ha de reprimir a los desaprensivos». Y, vaciando en el suelo la cesta, manda a su oficial pisotear los pececillos y triturarlos todos hasta el último. Después, satisfecho de su severidad, mi amigo Pitias me invitó a salir : «Querido Lucio, me conformo con dar una lección como ésta al pobre viejo».

Consternado y estupefacto por esta escena, vuelvo a emprender el camino del balneario, viéndome ya, por obra y gracia de mi listo condiscípulo, sin dinero y sin cena; después del baño regreso a casa de mi huésped y me retiro a mi habitación.

26. Se me presenta entonces Fotis y me dice: «Tu huésped pregunta por ti». Pero, enterado ya del régimen de abstinencia de Milón, me disculpé cortésmente; para disipar el cansancio del viaje me parecía más conveniente el sueño que el alimento. Cuando recibe el recado, viene él personalmente y, echándome la mano encima, trata amablemente de arrastrarme. Yo me hago rogar, resistiéndome por cumplido: «No me iré —dice— si no me acompañas». Lo dice y lo jura; su obstinación me obliga ya a obedecer; él me lleva, a pesar de mi resistencia, hasta su camastro, donde me hace sentar: «¿Cómo está —dice— nuestro amigo Demeas?, ¿y su mujer?, ¿y sus hijos?, ¿y toda la gente de su casa?» Le doy noticias detalladas de todo. Se informa luego con mucho interés del motivo de mi viaje. Cuando se lo hube explicado con exactitud, se pone a interrogarme muy minuciosamente sobre mi patria,

sobre las principales familias de mi país y hasta sobre el mismísimo gobernador. Se dio cuenta de que al cansancio de un duro viaje se estaba añadiendo ahora la fatiga de una prolongada conversación; que yo me quedaba dormido en medio de una palabra, que intentaba en vano un vago balbuceo sin lograr articular por mi estado de postración; entonces, por fin, me permite retirarme a dormir. Acabé por escapar a ese viejo impertinente, anfitrión locuaz y famélico; me pesaban los ojos por efecto del sueño, no el estómago por efecto de la cena, pues mi cena había consistido únicamente en cuentos; y, entrando en mi habitación, me entregué al anhelado descanso.

LIBRO II

Primera salida de Lucio por la ciudad: encuentro casual con su aya Birrena; advertencias que ésta le hace (1-5). — Lucio conquista a Fotis, la sirvienta de su huésped Milón (6-17). — Birrena invita a Lucio a cenar en su casa: historia de Telifrón; una velada fúnebre (18-31). — Grave incidente al regresar Lucio a casa de Milón: topa con tres maleantes, a los que da muerte (32).

1. En cuanto se disipó la noche y el sol trajo un nuevo día, desperté y salté de la cama, impaciente y lleno de curiosidad por conocer cosas raras y maravillosas. «Heme aquí —pensaba— en, el corazón de Tesalia, la tierra universalmente célebre como cuna de la magia y de los encantamientos; en el recinto de esta ciudad ocurrió la aventura aquella de mi excelente compañero Aristómenes». Suspenso así entre la impaciencia y la curiosidad, observaba cada cosa con el mayor interés. Nada de cuanto veía en la ciudad me parecía ser lo que aparentaba; todo se me figuraba alterado y transformado por una fórmula infernal: si veía una piedra, me imaginaba que era un hombre petrificado; si oía aves, también eran personas cubiertas de plumas; los árboles que rodeaban el recinto de la ciudad eran igualmente personas cargadas de follaje; las aguas de las fuentes manaban de algún cuerpo humano. Creía que en cualquier momento las estatuas e imágenes echarían a andar, que las paredes se pondrían a hablar, que los bueyes y otros animales análogos anunciarían el porvenir, que del propio cielo y de la órbita radiante del sol bajaría de pronto algún oráculo.

2. Con esta obsesión, o, mejor dicho, con esta fiebre producida por el deseo que me atormentaba, lo iba recorriendo todo sin descubrir no obstante el más leve indicio o el menor rastro de mis sueños. Como quien se ha entregado a los excesos del vino, yo iba rondando de puerta en puerta, cuando, de pronto y sin saber cómo, me encuentro en el mercado; y he aquí que en ese preciso instante pasaba una señora acompañada de nutrida servidumbre; acelero el paso para alcanzarla; el oro de sus alhajas y de su indumentaria —como engarce en un caso, como tejido en el otro— anunciaba ciertamente una gran dama.

A su lado iba un anciano, cargado de años, que al verme: «Sí, por Hércules —dice—, es Lucio». Y me da un beso. Acto seguido susurra al oído de la señora unas palabras que no pude captar: «¿Qué esperas —añade— para acercarte a saludar a tu madre?» «No me atrevo —contesto—, no conozco a esta señora». Sin más, todo sonrojado, me quedo cabizbajo e inmóvil. Pero ella, volviendo sobre mí su mirada: «He ahí —dice— el sello de familia, la modestia de la dignísima Salvia, su madre; y en todos sus rasgos físicos es un maravilloso y vivo retrato suyo: estatura proporcionada, musculosa esbeltez, color matizado, cabellera rubia y sin artificios, ojos azules, pero despiertos y con la viva mirada del águila, un rostro con la lozanía de la flor, un porte lleno

de gracia y naturalidad».

3. Luego, añadió: «Soy yo, querido Lucio, quien con mis manos te acogí al nacer. ¿Cómo no, unida como estaba a tu madre por los lazos de la sangre y del común alimento? Efectivamente, ambas somos de la familia de Plutarco, juntas nos criamos con la leche de la misma nodriza y juntas crecimos conviviendo como hermanas. Sólo nos separa la posición social: pues tu madre se casó con un hombre de brillantísima carrera, yo con un simple ciudadano. Yo soy aquella Birrena, cuyo nombre tal vez recuerdes haber oído pronunciar a menudo entre los encargados de tu educación. Acepta, pues, con confianza mi hospitalidad; mejor dicho: toma posesión de tu propia casa».

Durante este discurso tuve tiempo de disipar mi sonrojo: «De ninguna manera —le digo—; no podría abandonar la hospitalidad de Milón sin que haya ningún motivo de queja; pero en todo lo que no esté reñido con los deberes de la cortesía, me tendrás totalmente a tu lado. Cuantas veces tenga ocasión de volver por aquí, no dejaré de parar en tu casa».

Mientras intercambiamos estas y otras palabras del mismo estilo, recorreremos apenas unos pasos y llegamos a la casa de Birrena.

4. El atrio era una verdadera preciosidad: en cada uno de sus cuatro ángulos se elevaban sendas columnas rematadas con estatuas de la Victoria. La diosa, con las alas desplegadas, no caminaba, sino que rozaba ligeramente con las plantas sonrosadas de sus pies el inestable punto de apoyo de una esfera en movimiento; no descansa en equilibrio, más bien parece emprender el vuelo. Un mármol de Paros, cincelado con los rasgos de Diana, ocupa exactamente el centro de la estancia; era una obra de radiante perfección: la diosa, con su túnica desplegada al viento y en viva carrera, parecía salir al encuentro de los visitantes; su majestad inspiraba veneración. Unos perros forman a ambos lados su escolta; también los perros eran de piedra; tenían una mirada amenazadora, las orejas tiesas, las fosas nasales dilatadas, la boca dispuesta a devorar; si en la vecindad se dejaba oír algún ladrido, te figurarías que salía de aquellas fauces de mármol. El maravilloso escultor aquel se había superado a sí mismo en un detalle: mientras los perros, erguidos de cuerpo y cuello, descansan en sus patas traseras, parecen correr con las delanteras. A espaldas de la diosa se yergue una roca en forma de gruta con musgo, césped, hojas, varitas, pámpanos por aquí, arbustos por allí, una verdadera flora nacida en la piedra. En el interior de la gruta destaca la sombra de la estatua sobre la blancura del mármol. En la cornisa de la roca cuelgan frutas y racimos de tan acabada perfección, que el arte, compitiendo con la naturaleza, supo crearlos con el mismo aparente realismo. Se diría que, cuando el otoño, con su aroma de mosto, los acaricia para darles el color de la madurez, se

podrían recoger y comer; y, si uno se inclinaba para ver la fuente que mana en suave ondulación a los pies de la diosa, se imaginaba que, como a los racimos colgados de la viña en el campo, tampoco a éstos les falta siquiera la ilusión del movimiento entre otros detalles de realismo. En medio de la enramada, un Acteón de piedra se adelanta hacia la diosa con indiscreta mirada; medio cambiado ya en ciervo, se le ve a la vez en la piedra de la roca y en el agua de la fuente acechando la entrada de Diana en el baño^[17].

5. Mientras examino estos detalles y me deleito a mis anchas: «Todo cuanto ves —dice Birrena— es tuyo». Y, al mismo tiempo, ordena que se retiren todos los demás para charlar a solas conmigo. Cuando salieron todos, me dice: «Por esta diosa aquí presente, oh querido Lucio (pues me tienes gravemente preocupada y deseo prevenirte a tiempo como a un hijo querido), estate alerta, pero muy alerta, para no ser víctima de las peligrosas mañas y los criminales atractivos de Pánfila, la mujer de Milón, de quien, según dices, eres huésped. Se la tiene por una hechicera de primer orden y una maestra en toda clase de encantamientos sepulcrales. Le basta soplar sobre unas simples varitas, unas menudas piedras u otras chucherías por el estilo, para sumergir toda la luz de este mundo sideral en el fondo del Tártaro y el antiguo Caos.

»En cuanto ve a un joven bien parecido, se enamora de su belleza y ya no tiene ojos ni corazón a no ser para él. Le prodiga caricias, conquista su simpatía y lo encadena para siempre con los lazos de un amor insaciable. Luego, a los menos complacientes y a los que, por su frialdad, caen en desgracia, en un abrir y cerrar de ojos los transforma en piedras, en borregos o en un animal cualquiera; otros en cambio son limpiamente eliminados. Ya ves lo que me inquieta en tu caso y me decide a ponerte en guardia. Pues la llama del amor jamás se extingue en su corazón, y con tu juventud y tu hermosura eres buen partido para ella».

Así me habló Birrena, sensiblemente angustiada.

6. Pero yo, con mi curiosidad habitual, en cuanto oí nombrar el objeto permanente de mis deseos, es decir, el arte de magia, lejos de ponerme en guardia ante Pánfila, sentí al contrario el vivo y espontáneo deseo de ingresar, al precio que fuera, en tal escuela y precipitarme a sabiendas y de un salto en pleno abismo. Apresuradamente y perdiendo la cabeza me libero de la mano de Birrena como de una importuna atadura, le digo un rápido adiós y corro en un vuelo al domicilio de Milón. Acelerando el paso como un loco: «Bueno, Lucio —me decía—, ten mucha vista y no te distraigas. Ahí está la ocasión soñada; tu viejo anhelo se realiza: podrás saciar tu pasión por los cuentos maravillosos. Deja a un lado los temores infantiles, enfréntate decididamente y cara a cara con la realidad. No te enredes en ninguna intriga amorosa con la

patrona que te hospeda; respeta religiosamente el lecho nupcial del honrado Milón; sin embargo, puedes lanzar toda tu artillería contra la sirvienta Fotis: pues es bonita, salada y vivaracha. Anoche todavía, cuando te caías de sueño, te acompañó amablemente al dormitorio, te arregló con cariño en la cama, te arropó con evidente ternura y, después de besar tu frente, se veía en sus ojos con qué sentimiento se retiraba; y, finalmente, volviéndose muchas veces, se paraba a mirarte. Acompáñete la suerte y, aunque la aventura sea arriesgada, hay que intentar la conquista de Fotis».

7. Deliberando así en mi fuero interno, llego a la puerta de Milón, y, como dice el proverbio, me adhiero a mi propia opinión. No encuentro en casa ni a Milón ni a su esposa, sino únicamente a mi querida Fotis: preparaba para los amos un plato de embutido troceado y picadillo de carne cocida en la propia salsa; por lo que el olfato daba ya a entender, un guiso de lo más sabroso. La muchacha, lindamente vestida, con una túnica de lino, ceñida con un cinturón rojo oscuro casi a la altura de los pechos, daba con sus preciosas manos vueltas y más vueltas a la sartén; al compás de este rápido movimiento circular, bailaba todo su cuerpo con suave deslizamiento de los miembros y contoneándose en las más vivas y graciosas ondulaciones sus vibrantes caderas y hasta la espalda en toda su extensión. Ante tal espectáculo quedé inmóvil, asombrado, embelesado. Mis sentidos, tranquilos hasta entonces, se inflamaron al instante. Por fin le dirijo la palabra: «¡Qué gracia y salero tienes, querida Fotis, para armonizar el movimiento del puchero y el de tus caderas! ¡Qué delicioso guiso estás preparando! ¡Feliz, mil veces feliz, quien consiga de ti permiso para meter la punta del dedo!»

Entonces, la simpática y traviesa chiquilla: «Vete de aquí —me dice—, pobre desgraciado; aléjate lo más posible de mi fogón. Si te alcanzara la más leve chispa, te abrasarías hasta la médula de los huesos y nadie más que yo podría extinguir tu incendio, yo que, como buena cocinera, sé sacudir con la misma gracia una olla o una cama».

8. Al hablar así, se volvió hacia mí y se puso a sonreír. Yo, sin embargo, antes de irme, tuve buen cuidado de pasar revista de arriba abajo a toda su persona. Pero ¿para qué mencionar otros detalles, si nunca me he fijado más que en la cabeza y el pelo? Es lo primero que contemplo en la calle y lo que me deleita posteriormente en casa. Y esta preferencia se funda en buenas y sólidas razones. Esta parte esencial del cuerpo, siempre al descubierto y bien visible por su posición, es la primera que se ofrece a la mirada. El resto del cuerpo está favorecido por los alegres colores de un vestido estampado; en cambio, la cabeza tiene un encanto natural. Finalmente, no pocas mujeres, para lucir su atractivo natural, desechan toda indumentaria, prescinden de

todo velo y se complacen en presentar al desnudo sus encantos, esperando mayor éxito del sonrosado color de su cutis que del oro de sus trajes. Y, al contrario (voy a decir una horrible blasfemia que ojalá nunca se vea realizada), por extraordinaria que sea la hermosura de una mujer, si se le corta el pelo al rape y se le priva del natural esplendor de su rostro, ya puede haber bajado del cielo, ser hija del mar criada entre las olas; ya puede ser la propia Venus rodeada por el cortejo en pleno de las Gracias, escoltada por un enjambre de Amores, ceñida de encantos, exhalando el perfume del cinamomo y destilando bálsamo: si está calva, no podrá gustar ni a su pobre Vulcano.

9. ¿Qué hay comparable al delicioso colorido de una cabellera? Su brillo se acentúa a medida que se ilumina: refleja los rayos del sol concentrándolos o, al contrario, amortiguando su luz para matizar colores opuestos entre sí; unas veces resplandece como el oro para ir difuminándose hasta alcanzar el tono mate de la miel; otras veces, un negro azabache compite con las medias tintas azuladas de un cuello de paloma. Y cuando se perfuma el cabello con esencia de Arabia y, con los dientes de un delicado peine, se arregla en forma de cola, es para el enamorado como una especie de espejo donde le gusta contemplar la propia imagen. ¿Qué más? Otras veces, en gruesas trenzas, el pelo sirve de remate a la cabeza, o, libremente suelto, cubre la espalda en amplia cascada. En una palabra, el arreglo del peinado es tan esencial, que ya puede una mujer presentarse cargada de oro, de bellos ropajes, de piedras preciosas y todos los demás inventos de la coquetería; a pesar de ello, si no se distingue por su peinado, nunca podrá pasar por mujer elegante.

Mi querida Fotis no había estudiado su peinado; y no obstante, su pelo desordenado era un encanto más. Pues su nutrida cabellera, suavemente echada hacia atrás y atada con un lazo sobre la coronilla, caía luego a lo largo de la nuca hasta cubrirle el cuello y terminar gradualmente en graciosos bucles que le rozaban el borde de la túnica.

10. Ya no pude aguantar más el suplicio de tan encendida complacencia; me incliné sobre ella, y en el punto preciso en que el pelo sube a enlazarse sobre la coronilla, le apliqué el más dulce de los besos. Ella entonces, volviendo la cabeza y guiñándome el ojo con mirada arrebatadora: «Oye, tú, estudiantillo —me dice—, estás saboreando una fruta agrídulce. Ten cuidado: la dulzura de esta miel puede acarrearle eterna amargura de hiel».

«¿Qué quieres decir, encanto? —le pregunto—. Yo estoy dispuesto, reconfortado antes con un beso tuyo, sólo uno, a dejarme asar, extendido en esa hoguera». Y, al decírselo, la estreché más fuertemente en mis brazos y la cubrí de besos. Mi pasión despertó su ternura y pronto correspondió a mi

amor con idéntico cariño. Sus labios entreabiertos exhalaban un delicioso aroma, un néctar de amor que me embriagaba: «Me muero —le digo—, mejor dicho, ya estoy muerto si no te compadeces de mí». En esto, ella, besándome una vez más: «Ten confianza —me dice—, comparto tus sentimientos; soy tu esclava, y nuestra pasión no habrá de esperar demasiado. A la hora de encender las lámparas, acudiré a tu habitación. Vete, pues, y prepárate; pasaremos la noche entera en animosa y alegre liza».

11. Con el intercambio de estas palabras y otras fórmulas cariñosas, nos despedimos. Sobre el mediodía, Birrena me envía, como regalos de bienvenida, un cerdo bien cebado, cinco pollitos y un cántaro de exquisito vino añejo. Llamé entonces a Fotis y le dije: «He aquí a Baco que espontáneamente se ofrece para animar a Venus y prestarle sus armas. Hemos de beber este vino hasta la última gota para que ahogue la cobardía del recato y comunique alegre vigor a nuestro amor. El navío de Venus no necesita más abastecimiento que éste; para pasar una noche en vela, ha de abundar el aceite en la lámpara y el vino en la copa».

El resto del día fue dedicado al baño y después a la cena. Pues, a invitación del bueno de Milón, había ocupado mi sitio en su acogedora mesita. Sin olvidar las advertencias de Birrena, evitaba con las máximas precauciones la mirada de su mujer, cuyo rostro inspiraba a mis ojos el mismo pánico que me inspiraría el lago Averno. Me vuelvo en cambio continuamente para mirar a la camarera, Fotis, y recobrar así ánimos. Entretanto, había llegado la noche; Pánfila, mirando a la lámpara, dice: «¡Qué día de lluvia tendremos mañana!» Y, al preguntarle su marido cómo lo sabía, contestó que la lámpara se lo estaba anunciando. Milón se echó a reír, diciendo: «Mantenemos a una ilustre sibila en esta lámpara: desde su candelero, como observatorio, contempla todos los fenómenos del firmamento hasta la altura del sol».

12. Interviniendo yo entonces: «Ahí no tenemos —le digo— más que nociones elementales en las artes adivinatorias. Nada tiene de extraño que esta llama, aunque insignificante y encendida por manos humanas, guarde el recuerdo del otro fuego de mayor magnitud, el fuego celeste que en cierto modo la ha engendrado; nada tiene de extraño, pues, que ella sepa y nos anuncie con divina presciencia lo que aquel fuego prepara en las etéreas alturas. Así también estos días, en mi patria, en Corinto, hay un individuo, de nacionalidad caldea^[18], que tiene alborotada a toda la ciudad con sus sorprendentes oráculos y se gana la vida divulgando los secretos del destino: señala la fecha que garantiza un indisoluble matrimonio o una fundación perdurable, la que es apta para una operación financiera y la que asegura un

viaje feliz por vía terrestre o marítima. A mí mismo, al preguntarle lo que me ocurriría en este viaje, me anunció una serie de cosas altamente maravillosas y muy diversas: que conocería una gloria inmarcesible y que sería el héroe de una gran historia, de una leyenda inverosímil, de una obra en varios libros».

13. En esto, Milón se echó a reír, preguntándome: «¿Qué aspecto tiene el caldeo ese y cómo se llama?» «Es alto, algo moreno —le contesto—, y se llama Diófanos». «El mismo —replica—, no puede ser otro. También aquí, entre nosotros, anunció a no poca gente muchos oráculos semejantes logrando con ello no un poco de calderilla, sino crecidas retribuciones, hasta que la Fortuna le volvió la espalda o, mejor dicho, interceptó cruelmente la carrera del desgraciado. Efectivamente, un día, rodeado de un nutrido corro de personas, distribuía sus profecías a la galería de espectadores. Entonces se acercó a él un mercader llamado Cerdón^[19]; quería saber la fecha adecuada para cierto viaje. Diófanos había señalado ya el día; Cerdón había soltado la bolsa, sacado el dinero y contado los cien denarios para pagar la consulta del adivino; en esto, un joven de buena familia, acercándose por detrás, coge al agorero por el manto y, al volverse, lo estrecha fuertemente entre sus brazos y se pone a besarlo. Diófanos, correspondiendo a su efusión, le hace sentarse a su lado; desconcertado por este encuentro imprevisto y olvidándose del negocio que estaba realizando en aqyel preciso instante, se dirige al recién llegado: «¡Cuánto tiempo he suspirado por ti! ¡Por fin has llegado» «Sí, ayer, al anochecer —replicó el joven—. Cuéntame tú también, hermano, cómo has realizado el viaje por mar y por tierra desde que saliste precipitadamente de Eubea».

14. Ante la pregunta, Diófanos, nuestro ilustre caldeo, sin pensar en nada y fuera de sí todavía, empieza: «¡Recaiga sobre los enemigos de nuestro pueblo y sobre nuestros enemigos personales un viaje tan funesto! Una auténtica *Odisea*. La nave que nos transportaba, azotada por el oleaje de las tormentas, tras perder ambos timones^[20], fue arrastrada violentamente hacia la costa opuesta y luego hundida. Nosotros, después de perderlo todo, logramos a duras penas salvarnos a nado. Lo que pudimos luego reunir gracias a la compasión de personas desconocidas o a la amabilidad de nuestros amigos, todo cayó en manos de una pandilla de atracadores. Hasta mi único hermano Arignoto, que pretendió rechazar el ataque, cayó, el pobre, degollado ante mis propios ojos».

Aún estaba él contando su triste historia, cuando ya Cerdón, el mercader, había barrido las monedas destinadas a pagar el importe de la predicción y se había dado precipitadamente a la fuga. Y ahora sí que acabó Diófanos por recobrar el sentido y darse cuenta del desastre en que imprudentemente había

incurrido, sobre todo al ver que todos nosotros, de pie a su alrededor, soltábamos una ruidosa carcajada.

«No obstante, ilustre amigo Lucio, ojalá, en tu caso al menos, tenga razón el caldeo: ojalá te acompañe la suerte y puedas proseguir el viaje sin tropiezos».

15. Mientras Milón continuaba charlando sin parar, yo suspiraba en silencio y me maldecía no poco a mí mismo por haber iniciado la serie de cuentos inoportunos, perdiendo así una buena parte de aquella tarde y de su fruta más sabrosa. Finalmente, tragándome la vergüenza, digo a Milón: «Allá se las haya Diófanos con su suerte; que aventure una vez más por tierra o por mar los despojos de las gentes. A mí, molido todavía del viaje de ayer, permíteme retirarme ahora mismo a dormir». Dicho y hecho; me dirijo a mi habitación y allí encuentro dispuesta la más linda de las cenas. Se habían tendido las mantas de los esclavos en el suelo, en el rincón más alejado de mi puerta, sin duda para evitar testigos a la juerga nocturna. A mi lecho iba adosada una mesita; encima estaban las sobras de una cena en regla y muy decente y unas copas de respetable tamaño llenas de vino hasta media altura; sólo faltaba añadirles el agua de la mezcla^[21]; al lado había una garrafa, cuya boca, destapada a golpes de cincel^[22], se abría cómodamente a quien quisiera servirse: en una palabra, el digno aperitivo de la lucha amorosa.

16. Acababa de acostarme, cuando mi querida Fotis, que ya había acostado a la señora, se me acerca, sonriente, con una guirnalda de rosas y con la falda también llena de pétalos de rosas. Luego, besándome con ternura, ciñéndome la cabeza con una guirnalda y cubriéndome de flores, echa mano a una copa, añade el agua caliente y me la ofrece para que beba; sin darme tiempo a apurarla, me la quita suavemente y saborea poco a poco el resto en múltiples y ligeros sorbos, mirándome con cariño. Una segunda, una tercera copa y muchas más van y vienen entre nuestras manos. En medio de la embriaguez, el desorden de mi imaginación alcanzaba ya a mis sentidos y a toda mi persona; quise mostrar a Fotis la impaciencia sobresaltada de mi amor: «Ten compasión —le digo—, acude en mi ayuda, date prisa. Ya lo ves, estoy en tensión desde la primera escaramuza de esta batalla que tú me declaraste sin intervención del fecial^[23]; en cuanto sentí el flechazo del cruel Cupido herirme en lo más íntimo del corazón, tendí mi arco, y con tal vigor que temo ver romperse el nervio excesivamente tenso. Si quieres hacerme plenamente feliz, deja suelta tu cabellera, que tus rizos ondulados caigan libremente, y dame abrazos cariñosos».

17. Sin demora, Fotis retira al instante la vajilla; se despoja de todos sus

velos y, con el pelo suelto, en gracioso desorden, deliciosamente transfigurada, se presentó a mí con los rasgos de Venus avanzando sobre las olas del mar. Sus encantos quedaban parcialmente en la penumbra sobre el ademán de sus dedos de rosa; había en ello más coquetería que alarma del pudor. «Al asalto —dice—, al asalto, y con valor, pues no cederé terreno ni volveré la espalda; adelántate si eres hombre, y lucha cara a cara; mata o muere: hoy habrá guerra sin cuartel». Al hablar así, subió a la cama, se recostó poco a poco sobre mí y en rápida y lasciva agitación de su torso dio con su vaivén plena satisfacción a mi amor, hasta que, embriagado el espíritu y agotadas nuestras energías, caímos uno en brazos del otro para confundir nuestras almas mutuamente rendidas. Estas peripecias del torneo y otras análogas nos mantuvieron despiertos hasta el amanecer; acudíamos al vino de vez en cuando para reanimar nuestras fuerzas agotadas, estimular nuestro ardor y renovar el placer. Con el precedente de este encuentro, organizamos otros muchos de la misma manera.

18. Casualmente, un buen día Birrena pretendió con mucha insistencia que fuera a cenar a su casa; aunque yo multiplicaba las disculpas, no accedió a admitirlas. Así, pues, hube de acudir a Fotis y asesorarme de su consejo, como auspicio. Ella, disgustada de verme lejos, aunque sólo fuera a la distancia de una pulgada, accedió no obstante amablemente a darme unas breves vacaciones en el servicio del amor. Pero: «Oye, tú —me dijo— no te distraigas, vuelve pronto de la cena. Pues una pandilla de locos, jóvenes de las mejores familias, perturban la tranquilidad pública; podrás ver, al pasar, gente degollada en plena calle, y las escasas fuerzas de policía son incapaces de proteger a la ciudad contra tan grave desastre. En tu caso, tu brillante fortuna y, además, el poco miramiento que se tiene con un forastero pudieran acarrearle una emboscada».

«No te preocupes —le digo—, querida Fotis. Pues, sin contar que a todos los banquetes del mundo yo hubiera preferido las delicias de tenerte a mi lado, además volveré temprano para ahorrarte estos motivos de alarma. Por otra parte, no iré solo y sin escolta. Pues con la fiel espada que ciñe mi costado, yo mismo montaré la guardia de mi seguridad personal».

Con dichas precauciones, salgo a cenar.

19. Había allí numerosos invitados y, como es de suponer, con la aristocrática señora estaba la flor y nata de la ciudad. Mesas lujosas en que resplandece el alerce y el marfil, lechos cubiertos con tejidos de oro; grandes copas de un arte tan variado en su elegancia como único en calidad. Aquí, un vidrio artísticamente tallado; allí, una cristalería sin el menor defecto; más allá, la plata reluciente y el oro deslumbrante, el ámbar maravillosamente

vaciado y hasta piedras, para beber: todo lo más inverosímil está allí reunido. Camareros bastante numerosos, espléndidamente uniformados, hacían las porciones y servían con gracia los abundantes platos; unos jovencitos de rizada cabellera^[24] y elegante túnica ofrecían continuamente vino rancio en piedras preciosas vaciadas para servir de copa. Ya se traen las luces: la conversación de los comensales se anima; entre ellos se multiplican las risas, los chistes y las bromas de buen gusto.

Birrena, entonces, me dirige la palabra: «¿Te encuentras a gusto en nuestra tierra? Si no me equivoco, nuestros templos, nuestros baños y demás edificios públicos dejan muy atrás a los de todas las demás ciudades; además disponemos de todas las comodidades de la vida diaria. Están aseguradas la libertad y la paz; un forastero activo encuentra aquí la animación de Roma, y un huésped tranquilo, el sosiego del campo; en una palabra: somos, para la provincia entera, la plácida zona de recreo».

20. Yo añadí en el mismo sentido: «Tienes razón; por lo que a mí toca, en ningún rincón del mundo creo haberme sentido más libre que aquí. Sin embargo, me invade un serio temor ante las invisibles e inevitables trampas de la ciencia mágica. Pues, según dicen, ni siquiera está segura la paz de los muertos en sus tumbas; al contrario, se acude a los hornos crematorios y los sepulcros en busca de ciertos residuos y de trozos de cadáveres para trágica perdición de los vivos. Viejas brujas, durante la marcha del fúnebre cortejo, en rápido vuelo, se adelantan a instalarse en la sepultura ajena».

A mis palabras añade un tercero: «Más todavía: aquí ni para nadie de los vivos hay la menor consideración. No sé quién ha sido víctima de una desventura análoga: lo mutilaron hasta desfigurarle completamente el rostro».

En esto, los comensales, sin excepción, sueltan francas carcajadas y todos a una vuelven sus miradas sobre un hombre recostado aparte en un rincón. Él, cohibido ante la insistente mirada de todos, murmuró unas palabras de despecho e intentó levantarse para salir. «No, querido Telifrón —le dijo Birrena—, espera un poco y, con tu característica amabilidad, vuelve a contarnos tu historia, para que también mi hijo Lucio tenga el gusto de oír tu amena narración».

«Tú, señora —replicó él—, tú eres siempre la misma, muy buena y servicial; pero hay personas cuya insolencia es intolerable». Tal era su excitación. No obstante, la insistencia de Birrena, que lo apremiaba y conjuraba por su vida, acabó por vencer su resistencia.

21. Entonces, apilando las mantas para apoyar en ellas el codo, con el cuerpo medio erguido, extiende la mano derecha en ademán oratorio —esto es, cierra los dos últimos dedos, mantiene en posición natural los dos que

siguen, y apunta amenazadoramente con el pulgar—, y con indulgente sonrisa empieza a hablar Telifrón:

«Era yo todavía menor de edad, cuando salí de Mileto para asistir a los Juegos Olímpicos y visitar, de paso, estas regiones en que nos hallamos y que tanto renombre dan a la provincia. Había recorrido toda la Tesalia cuando, en mala hora, llegué a Larisa. Iba recorriendo todos los rincones; como mi presupuesto de viaje tocaba a su fin, acudía a todos los medios para aliviar mi falta de recursos. Entonces veo en medio de la plaza a un viejo de elevada estatura. Subido a una piedra, gritaba con voz potente: ‘¡Quien quiera guardar a un muerto, ponga precio al servicio!’

»Dirigiéndome a un transeúnte: ‘Qué significa esto? —le digo—. ¿Es frecuente en este país que los muertos escapen?’

»‘Cállate —respondió el otro—. Bien se ve que eres un crío o un extranjero de tierras lejanas para ignorar que te encuentras en Tesalia, donde las brujas desgarran corrientemente a mordiscos la cara de los muertos en busca del ingrediente que complementa su ciencia mágica’.

22. »Yo pregunto con insistencia: ‘Por favor, dime: ¿en qué consiste esta guardia fúnebre?’ ‘En primer lugar —me contestó— hay que estar en vela toda la noche ininterrumpidamente, con los ojos bien abiertos y sin pestañear clavados sobre el cadáver; no hay que distraer la mirada sobre ningún otro objeto, ni siquiera de reojo. Pues esas malditas brujas, bajo la apariencia de cualquier clase de animal, se deslizan tan furtivamente que les es fácil burlar hasta la vigilancia del Sol y de la Justicia; toman en efecto la forma de aves, de perros, de ratas y hasta la de moscas. Luego, con sus terribles encantamientos, infunden irresistible sueño a los guardianes. No, nadie podría enumerar los tenebrosos ardidés que se inventa la fantasía de esas malditas mujeres. No obstante, por tan peligroso servicio no se paga más que de cuatro a seis monedas de oro. ¡Ah! Y casi olvidaba un detalle: si por la mañana uno no entrega el cadáver intacto, todo lo que en él falte o esté deteriorado, hay que reponerlo con piezas recortadas de la propia cara’.

23. »Bien informado ya, me armo de viril arrojo y me acerco decididamente al pregonero: ‘Deja ya de desgañitarte —le digo—. Aquí está, a punto, el guardián; a ver tu oferta’.

»‘Mil sestercios —dice— te están esperando. Pero, oye, joven, fíjate bien: es el hijo de uno de los principales ciudadanos: has de guardar debidamente su cadáver de esas infames harpías’.

»‘Déjate de tonterías y puras bagatelas —le replico—. Aquí tienes a un hombre de hierro, que no duerme, más penetrante que el propio Linceo o que Argo: en una palabra, soy todo ojos’.

»Aún no había terminado, me acompañó en el acto a una casa cuya entrada principal estaba cerrada; me invita a entrar por la puertecita trasera; entramos en una habitación oscura, por estar cerradas las ventanas, y, mostrándome a una señora llorosa y vestida de luto, a cuyo lado se detiene: ‘He aquí —dice— a un hombre que se ha comprometido a guardar fielmente el cadáver de tu marido’. Ella, separando hacia ambos lados los cabellos que le caían sobre la cara y poniendo al descubierto un rostro de radiante hermosura a pesar del dolor, levanta la vista y me dice: ‘Por favor, procura cumplir tu misión con la mayor vigilancia posible’.

»‘No pases cuidado —le contesto—; preocúpate tan sólo de preparar una buena propina’.

24. »De acuerdo, pues, ella se levanta y me conduce a otra sala, donde estaba el cadáver, cubierto con un espléndido sudario; introduce a siete personas en calidad de testigos, descubre personalmente al difunto; reclinada sobre él llora un buen rato y luego, invocando la lealtad de los presentes, les va mostrando, angustiada, cada miembro según la fórmula adecuadamente preestablecida; un hombre levanta acta en las tablillas^[25]:

»‘Mirad —dice— la nariz: intacta; los ojos, indemnes; las orejas, bien conservadas; los labios, perfectos; la barbilla, entera.

»‘Dad fe de todo ello, honorables Quírites’. En el acto, se firman las tablillas, y ella se retiraba. Pero yo, llamándola: ‘Señora, manda que me traigan todo lo necesario para el caso’. ‘¿Qué quieres decir?’, replica. ‘Una lámpara bastante grande, aceite suficiente para toda la noche, agua caliente^[26] con unas jarras de vino y un vaso, y una fuente bien arreglada con las sobras de la cena’.

»Ella, entonces, moviendo la cabeza: ‘Vete a paseo, impertinente —me dice—. En las fúnebres circunstancias de esta casa, hablas de comer y reclamas tu parte, cuando llevamos ya una porción de días sin ver ni el humo del hogar. ¿Crees acaso que has venido aquí a celebrar un banquete? ¿No sería más oportuno que te pusieras a tono con las circunstancias de luto y de lágrimas?’ Pronunciando esas palabras, se volvió hacia una joven sirvienta y le dijo: ‘Mirrina, tráele rápidamente una lámpara y el correspondiente aceite; luego, encierra al guardián y salte en seguida de la habitación’.

25. »Me quedé, pues, solo en compañía del cadáver, me froté los ojos, armándome contra el sueño, y me puse a cantar para animarme.

»Ya había llegado el crepúsculo de la tarde, luego la noche verdadera, luego la noche tenebrosa, después las altas horas de la noche y por fin la noche profunda y silenciosa. Mi pánico se iba acumulando por momentos, cuando, de repente, vi aparecer una comadreja que se detuvo frente a mí y me

clavó una mirada tan penetrante, que este diminuto animalito, con su desproporcionada arrogancia, me causó una auténtica preocupación. Por fin le llamo la atención: ‘¿Quieres irte, bestia maldita, y esconderte con tus hermanas las ratas? ¿O prefieres probar ahora mismo la violencia de mis golpes? ¿Por qué no te vas?’ 4

»La comadreja da media vuelta y, en un trote, desaparece de la estancia. De pronto, un profundo sueño me hace desvanecerme como si cayera al fondo de un abismo: ni al propio dios de Delfos le hubiera sido fácil distinguir, entre los dos que allí estábamos tendidos, cuál era el verdadero muerto. En actitud inconsciente y falto yo mismo de un guardián, estaba allí, en cierto modo, sin estar. 5 6

26. »Ya la región de los gallos rompía con su sonora orquesta la tregua nocturna. Por fin, despierto y bajo el más espantoso pánico, corro a ver el cadáver; acerco la luz, descubro la cara y la examino detalladamente según los artículos del contrato; precisamente entonces irrumpe la desgraciada esposa, bañada en lágrimas y acompañada por los testigos del día anterior; angustiada, se arroja sobre el cadáver y, tras muchos y prolongados besos, hace un reconocimiento perfecto a la luz de la lámpara. Luego, volviéndose, llama a su administrador, Filodéspoto, y le ordena que, sin demora, pague al excelente guardián; al efectuarse inmediatamente la entrega, ella añade: ‘Joven, te quedamos sumamente agradecidos, y por este concienzudo servicio declaro solemnemente que en adelante te contaremos entre nuestras amistades’. 2 3 4

»Colmado de alegría ante esta inesperada ganancia y extasiado ante las relucientes monedas de oro que yo hacía sonar repetidas veces en la mano: ‘Di más bien, señora —le contesto—, entre tus servidores, y cuantas veces necesites mis servicios, no tengas reparo en darme órdenes’. 5

»Apenas había concluido la frase, los amigos de la viuda, cargándome de execraciones como a maldito agorero^[27], echan mano a las primeras armas que encuentran y se lanzan tras de mí: uno me golpea las mandíbulas a puñetazos, otro la espalda a codazos, un tercero me hunde las costillas con mano furibunda; me dan patadas, me arrancan el pelo, me rasgan la ropa. Así, como el joven y orgulloso Aonio o el cantor inspirado de Pieria^[28], me echan de la casa magullado y hecho trizas. 6 7 8

27. »Cuando en la calle inmediata, reponiéndome del susto, caía —demasiado tarde— en el sentido nefasto de mis imprudentes palabras, y reconocía que bien merecidos tenía aquellos palos y muchos más, he aquí que ya habían concluido las últimas lamentaciones y el supremo adiós. El ataúd estaba en marcha. Por tratarse de un personaje aristocrático, las honras fúnebres eran oficiales y el cortejo pasaba por el foro. Un anciano vestido de 2 3

negro, triste, deshecho en lágrimas y arrancándose su noble pelo canoso, sale al encuentro; abraza fuertemente el ataúd y con voz potente, aunque entrecortada por los sollozos, exclama: ‘Ciudadanos, apelo a vuestra buena fe, a la bondad del pueblo: vengad la muerte de un hermano vuestro, imponed un duro castigo a esta nefasta y maldita mujer, culpable del mayor de los delitos. Ella es, en efecto, ella y nadie más, la que ha envenenado a este desgraciado joven, hijo de mi hermana; y lo ha hecho para complacer a un adúltero y captar una herencia’.

»El anciano aquel, a voz en grito, iba repitiendo a uno tras otro sus lastimosas quejas. La masa, entretanto, se irritaba y la verosimilitud de los hechos iba ganando adeptos para el acusador. Se oyen voces reclamando antorchas, se buscan piedras, se incita a los chiquillos contra la mujer. Ella, con lágrimas bien estudiadas, jurando por todos los dioses con la mayor solemnidad, rechazaba la gravísima acusación.

28. »El anciano entonces replica: ‘Remitámonos a la divina providencia para conocer la verdad. Aquí está un egipcio llamado Zatclas, profeta de primer orden. Hace tiempo hemos llegado a un acuerdo él y yo (buenos dineros me ha costado) para sacar del infierno un instante al espíritu del difunto y dar vida a este cadáver, con permiso de la muerte’.

»Pronunciadas estas palabras, presenta públicamente a un joven vestido con túnica de lino, calzado con sandalias de fibra de palmera; su cabeza estaba afeitada al rape. El anciano colma de prolongados besos su mano y hasta abraza sus rodillas: ‘Piedad —dice—, oh pontífice, ten piedad de nosotros: ¡por los astros del cielo, por las divinidades del infierno, por los elementos del universo, por el silencio de las noches, por los santuarios de Coptos, por los desbordamientos del Nilo, por los misterios de Menfis y por los sistros^[29] de Faros! ¡Que goce un instante de la luz del sol! ¡Da un rayo de luz a estos ojos cerrados para siempre! No oponemos resistencia a los designios del destino, no negamos a la tierra lo que es suyo; sólo pedimos unos instantes de vida para tener el consuelo de la venganza’.

»El profeta, atendiendo propicio la plegaria, aplica cierta hierba a la boca del cadáver y otra a su pecho. Luego, mirando a oriente, invoca en silencio al sol en su majestuosa carrera; con este venerable ritual, hizo subir al máximo la expectación de los asistentes ante el prodigioso milagro que se iba a operar.

29. »Me mezclo a la masa de los acompañantes, y, justo detrás del ataúd, subiéndome a una piedra bastante elevada, lo contemplo todo con vivo interés. Ya su pecho se dilata y respira; ya late el pulso; ya se llena de vida todo su cuerpo: el cadáver se levanta y el joven se pone a hablar: ‘Por favor, saciado ya de las aguas del Leteo y en plena navegación sobre las lagunas del

Estigio, ¿por qué se me llama de nuevo a los quehaceres de una efímera existencia? Basta ya, te lo ruego, basta; déjame en mi remanso de paz’.

»Tales fueron las palabras que pronunció aquel cuerpo; pero el profeta, con mayor calor, le dice: ‘¡No! Has de hablar; has de poner en claro ante el pueblo todo el misterio de tu muerte. ¿Crees acaso que mis encantamientos carecen de virtud para invocar las Furias y atormentar tus miembros agotados?’

»El resucitado toma entonces la palabra y, con profundos suspiros, se dirige al pueblo en estos términos: ‘Los culpables artificios de mi nueva esposa fueron la causa de mi muerte; víctima de una pócima mortal y sin dar tiempo a que mi lecho se enfriara, hube de traspasarlo a un seductor’.

»Entonces, la excelsa esposa, armándose de audacia y serenidad, rechaza con sacrílegos argumentos las acusaciones de su marido. El pueblo se alborota con división de opiniones: para unos, no cabe mayor infamia en una mujer y hay que enterrarla viva con el cuerpo de su marido; para otros, no hay que dar crédito a las mentiras de un cadáver.

30. »Pero las dudas se disiparon al continuar hablando el joven. Efectivamente, con un suspiro todavía más profundo, añade: ‘Os daré, sí, os daré pruebas palpables de mi incorrupta veracidad; y os señalaré circunstancias que nadie, absolutamente nadie, conoce o sospecha’. Entonces, señalándome a mí con el dedo, explica: ‘Mientras el guardián que aquí veis velaba mi cadáver con toda su perspicacia y atención, unas viejas brujas pretendieron arrebatarme mis despojos; con dicho propósito se disfrazaron muchas veces y siempre en vano; al no poder burlar la actividad y vigilancia del guardián, como último recurso extendieron sobre él un vaho soporífero sepultándolo en un profundo sueño. Luego, se pusieron a llamarme por mi nombre y no dejaron de gritar hasta que mi cuerpo rígido y mis helados miembros, con perezoso esfuerzo, empezaron a obedecer por arte de magia. Ahora bien, este hombre que aquí veis, en realidad estaba vivo, y, de muerto, tan sólo tenía el sueño. Pero, como era mi tocayo^[30], al oír su nombre, sin caer en la cuenta del caso, se levantó y, avanzando como un fantasma, fue a dar contra la puerta de la sala; aunque la puerta estaba cuidadosamente cerrada, por un agujerito le arrancaron primero la nariz y luego las orejas: me substituyó a mí como víctima para sufrir la amputación^[31]. Y, para que su astucia pasara inadvertida, con el modelo de las orejas cortadas, moldean en cera otras orejas y se las aplican exactamente; también le arreglan la nariz por el mismo procedimiento. Y ahora aquí está a mi lado el pobre desgraciado: lo que ha cobrado no es el importe de su trabajo, sino el de su mutilación’.

«Asustado por esas palabras, me pongo a comprobar la realidad de mi rostro. Me cojo la nariz: se me queda en la mano; me toco las orejas: se me

caen. Los asistentes me apuntan con el dedo, todos concentran sobre mí su mirada para señalarme. Cuando su risa empezaba ya a ser incontenible, me escabullo, bañado en un frío sudor, entre las piernas de la gente que me rodeaba. 8

»Después, así desfigurado y condenado al ridículo, no pude ya volver al hogar paterno. Dejo caer el cabello por ambos lados para ocultar las cicatrices de las orejas; y en cuanto a la nariz, disimulo bastante bien mi deformidad, gracias a este pañito que llevo pegado con un ungüento». 9

31. En cuanto Telifrón terminó su historia, los convidados, animados con el vino, reanudan otra vez sus carcajadas. Y, mientras reclaman para el dios de la risa las libaciones habituales, Birrena se dirige a mí en los siguientes términos: «Mañana es día grande para esta ciudad, el aniversario ininterrumpidamente celebrado de su fundación. En este día, es típico y exclusivo de nuestro pueblo el invocar al augusto dios de la Risa con un ritual alegre y divertido. Tu presencia acentuará para nosotros la alegría de esta fecha. Y ojalá tu propia alegría pueda inspirarte algún recurso para honrar a nuestro dios: así será más completa nuestra ofrenda en honor de tan alta divinidad». 2 3

«Muy bien —le contesto—; se cumplirán tus órdenes. Y me gustaría ciertamente descubrir algún tema que diera al gran dios de la Risa ocasión de manifestarse a rienda suelta». Después de esto, mi esclavo me recordó que era ya de noche; además, mi estómago estaba ya a punto de reventar con la bebida. Me levanto al instante, me despido rápidamente de Birrena y con paso inseguro me pongo en marcha, camino de casa. 4

32. Pero al enfilear la primera calle, un brusco vendaval apaga la luz que nos guiaba, y trabajo nos costó salvar aquella repentina oscuridad en plena noche; con los dedos de los pies magullados contra las piedras, volvíamos a casa agotados de fatiga. Cuando, cogidos del brazo, ya íbamos a entrar, he aquí que tres individuos vigorosos y corpulentos se precipitan con todas sus fuerzas sobre nuestra puerta; sin intimidarse un tanto así por nuestra presencia, al contrario, multiplican sus asaltos y rivalizan en violencia. Nos parecieron, y, por razones obvias sobre todo a mí, verdaderos salteadores y de los más rabiosos. Al punto desenvaino la espada que llevaba oculta bajo la ropa para tales menesteres y, con el arma en la mano, sin titubear, me lanzo sobre los forajidos; y, a medida que se me van presentando para resistir, los voy apuñalando sin piedad hasta que acaban expirando a mis pies acribillados de terribles heridas. Tal combate y el consiguiente alboroto habían despertado a Fotis: al ver la puerta abierta, me lanzo dentro de casa, jadeante y bañado de sudor. Mi combate frente a los tres asaltantes, como nuevo asalto a Gerión^[32], 2 3 4 5 6 7

me había dejado agotado. Acostarme y dormirme fue todo uno.

LIBRO III

Lucio se ve apresado por homicida; solemne juicio público en el teatro de Hipata; asiste toda la ciudad en pleno; las presuntas víctimas de Lucio son... tres odres: Hipata celebraba, a expensas de Lucio, la fiesta del dios de la Risa (1-14). — La mujer de Milón es gran hechicera: Fotis, la sirvienta, introduce a Lucio en los secretos de su arte (15-23). — Una manipulación imprudente en el laboratorio de Pánfila convierte a Lucio en asno (24-27). — Unos bandoleros asaltan la casa de Milón y se llevan este asno con las otras caballerías (28-29).

1. La Aurora, agitando sus brazos de rosa, cabalgaba por el cielo sobre corceles enjaezados de rojo, cuando la noche, arrancándome a la tranquilidad del sueño, me entregó al ajetreo del día. La fiebre invadió mi alma al recordar la hazaña de la tarde anterior; con una pierna sobre otra, las manos juntas sobre las rodillas y los dedos entrecruzados, sentado sobre la cama, lloraba a lágrima viva figurándome ya el foro, el tribunal, la sentencia y hasta al propio verdugo. «¿Podría tocarme en suerte un juez tan suave, tan benévolo, capaz de proclamar mi inocencia a pesar de ser culpable de un triple asesinato y estar salpicado con la sangre de tantos ciudadanos? He aquí el famoso viaje que me profetizaba el infalible caldeo Diófanes». Tales eran las reflexiones que yo me hacía; y lamentaba entre sollozos mi triste suerte.

Entretanto, llaman a la puerta; en medio de un estruendoso griterío se fuerza la entrada.

2. Sin más, irrumpen en tropel, por la entrada ya libre del recinto, los magistrados, sus acólitos y una masa de personas de todas clases: lleno completo. Inmediatamente, dos lictores, por orden de los magistrados, me detienen y me llevan, sin hallar en mí la menor resistencia. Apenas habíamos salido y andado unos pasos, cuando ya la ciudad entera se había echado a la calle y nos seguía en apretado y extraño cortejo. Y aunque yo iba cabizbajo, mirando tristemente al suelo, o, mejor dicho, a los mismísimos infiernos, no obstante, al volver lateralmente la vista, observé un detalle que me causó la más viva sorpresa: en aquel oleaje en que bullían tantos miles de personas no había absolutamente nadie que no se riera a carcajadas. Finalmente, después de recorrer todas las calles y de llevarme por todos los rincones de la ciudad como a esas víctimas que en las procesiones lustrales y expiatorias están destinadas a conjurar las amenazas de algún nefasto agüero, así también acabo yo en el foro, ante el tribunal de justicia. Ya los magistrados habían tomado asiento en su elevada tribuna, ya el pregonero reclamaba silencio, cuando, de repente, todos los espectadores al unísono elevan la siguiente petición: en vista de la aglomeración y del peligro de atropello derivado de tanta afluencia, el solemne juicio debiera celebrarse en el teatro. Sin más, el pueblo se dispersa en todas las direcciones y corre a ocupar con increíble rapidez el recinto del teatro: hasta los pasillos y el tejado se habían llenado a tope;

muchos trepan abrazados a las columnas, otros se cuelgan de las estatuas, algunos asoman por las ventanas o buhardillas: la pasión por contemplar el espectáculo les hacía olvidar a todos el mortal peligro que corrían. Los ujieres de la ciudad me hacen avanzar en medio del escenario, como a una víctima, y me colocan en el centro de la orquesta.

9

3. Entonces, a la potente cita del heraldo, se levanta el acusador; era persona de edad avanzada. Para medir la duración de su discurso, echó agua en una vasija parecida a un embudo, con un fino agujero por donde caía el líquido gota a gota^[33]; y se dirigió al pueblo en los siguientes términos:

«Muy honorables ciudadanos: El caso de que se trata es trascendente: de él depende muy especialmente la tranquilidad de todos los ciudadanos; ha de constituir un saludable precedente de severidad. Por lo cual es muy conveniente que individual y colectivamente, según aconseja el honor cívico, colaboréis eficazmente para que no salga impune un infame asesino culpable de tantos y tan crueles homicidios. Y no os figuréis que, instigado por particulares resentimientos, me irrita un odio personal. Soy capitán de la guardia nocturna y no creo que hasta la fecha tenga nadie quejas de mi actuación como vigilante. Os voy a exponer ya fielmente la causa en sí, los hechos acaecidos la noche pasada.

2

3

4

5

»Sobre la media noche poco más o menos, hacía yo la ronda por la ciudad inspeccionando de puerta en puerta todos los rincones con escrupulosa atención; de pronto veo a este joven sanguinario, con la espada desenvainada, sembrando la muerte a su paso; ya eran tres los ciudadanos degollados por su crueldad; las víctimas yacían a sus pies, respirando todavía y palpitando en un mar de sangre. Él, aterrado y con razón ante la magnitud de un crimen conscientemente cometido, huyó rápidamente deslizándose a favor de las tinieblas hacia una casa donde permaneció oculto toda la noche. Pero la divina providencia no permite la impunidad de los criminales: antes de que él pudiera escapar por alguna salida secreta, me puse al acecho temprano y me encargué de traerlo ante vuestro augusto y sagrado tribunal. Así, pues, ahí tenéis al acusado, culpable de varios asesinatos, un acusado cogido en delito flagrante, un acusado que no es del país. No tengáis reparo en condenar a un extranjero por un crimen que castigaríais severamente incluso en uno de vuestros ciudadanos».

6

7

8

9

4. Terminado el alegato, mi terrible acusador contuvo su formidable vozarrón. Y al punto el ujier me invitó a tomar la palabra por si acaso tenía algo que decir en mi defensa. Pero yo en aquel instante no sabía más que llorar; y más que asustado por la feroz acusación, me sentía torturado por el remordimiento de conciencia. Sin embargo, una inspiración del cielo me dio

2

ánimos para replicar en los siguientes términos:

«No ignoro, en presencia de los cadáveres de tres ciudadanos, cuán difícil es la posición de quien está acusado de asesinato: aunque diga la verdad y hable él también de acuerdo con los hechos, le será difícil convencer de su inocencia a tan nutrida asamblea. No obstante, si la bondad del pueblo me concediera una breve audiencia, poco me costaría demostraros que, si mi vida está en peligro, no es por culpa mía; que circunstancias fortuitas hacen recaer sobre mí vuestra legítima indignación así como todo el odio provocado por un crimen que no he cometido.

5. »Yo había cenado fuera, yolvía a casa un poco tarde y bastante bebido por añadidura (ahí está el crimen auténtico y propiamente mío, lo reconozco). Ante la misma puerta de la casa en que me hospedaba (es decir, la de Milón, vuestro honorable conciudadano) veo a unos terribles malhechores que planeaban un asalto e intentaban ya forzar la puerta arrancando los goznes. Ya habían hecho saltar violentamente todos los sistemas de cierre, aunque se había tenido la precaución de asegurar todo con el mayor cuidado; los malvados ya deliberaban entre sí sobre el asesinato de los que allí moraban. Uno de ellos, más decidido y más corpulento que los demás, arenga a sus camaradas con las siguientes consideraciones: ‘¡Vamos, muchachos! Con la virilidad y el ardor de los valientes, ataquemos mientras duermen. Lejos de nuestro corazón el menor titubeo o cobardía: con el puñal desenvainado, recorra la muerte todos los rincones de la casa. Quien esté durmiendo en la cama, muera degollado. Quien intente resistir, sucumba bajo el golpe. Sólo en un caso podremos salir con vida: si no dejamos con vida a nadie en la casa’. Lo confieso, ciudadanos, ante esos desenfrenados forajidos, creí cumplir un noble deber cívico, aunque en extremo preocupado por mis hospitalarios amigos y por mí mismo, eché mano al puñal (me acompaña siempre en previsión de casos como éste) e intenté ahuyentarlos asustándoles. Pero esos bárbaros, esos salvajes, lejos de huir al verme armado, me oponen audaz resistencia.

6. »Se entabla una batalla campal. El jefe, el abanderado del grupo, me ataca con todo su arrojo: con ambas manos me agarra del pelo y me dobla la cabeza hacia atrás en un intento manifiesto de aplastármela con una piedra. Mientras pide insistentemente que le alarguen una, tengo la suerte de asestarle un certero golpe y abatirlo. Luego, otro se tira sobre mis piernas a mordiscos: yo centro tranquilamente el golpe sobre la espalda y elimino al tercero, alcanzándolo de lleno en el pecho cuando corría, sin precaución, a mi encuentro.

»Restablecida así la calma, protegida la casa que me alojaba y asegurada

la tranquilidad general, me creía que, lejos de sufrir un castigo, se reconocería oficialmente mi heroísmo; máxime teniendo en cuenta que jamás he sido citado en justicia por ninguna sombra de sospecha; al contrario, mi vida había sido intachable en mi país y siempre había preferido la inocencia a cualquier partido ventajoso. Y no logro comprender cómo se me somete hoy a juicio por dejarme llevar de una legítima venganza frente a execrables atracadores. Añádase que nadie puede sospechar enemistades personales entre nosotros, ni siquiera que yo los conociera anteriormente o que hubiera alguna presa en perspectiva por cuya posesión pudiera atribuírseme tan horrendo crimen».

7. Después de estas palabras volvieron a saltarme las lágrimas y, con los brazos extendidos en actitud de súplica, imploraba tristemente a unos y a otros en nombre de la pública clemencia y de sus seres más queridos. Ya creía haberlos enternecido totalmente y movido a compasión con mi llanto; tomaba por testigos la clarividencia del Sol y la Justicia, y me recomendaba en medio de mi infortunio a la divina providencia; entonces, elevando un poco la mirada hacia la multitud, veo... que todos reventaban de incontenible risa: hasta el bueno de Milón, mi padre hospitalario, se retorció como el primero entre carcajadas. Entonces pensé en mi fuero interno: «¡He ahí su buena fe, he ahí su escrupulosidad de conciencia! Yo salvo al que me hospeda, y, por ello, se me llama asesino; por celo, se reclama para mí la pena de muerte; él ni se acercó para alentarme y encima, como si eso fuera poco, se ríe de mi triste suerte».

8. En esto se adelanta corriendo por el centro del teatro una mujer hêcha un mar de lágrimas, vestida de negro y con un niño en brazos. Otra la seguía: una vieja cubierta de horribles harapos e igualmente llorosa. Ambas agitaban ramos de olivo^[34]. Se pusieron a los lados del lecho en que yacían, bien cubiertos, los cadáveres de las víctimas, para exteriorizar su dolor entre lúgubres lamentaciones: «En nombre de la compasión pública —dicen—, por los más elementales derechos humanos, tened compasión de esos jóvenes indignamente sacrificados, y, en nuestra soledad de viudas, dadnos el consuelo de la venganza. Socorred al menos el infortunio de estos niños, huérfanos a tan temprana edad; que la sangre de ese atracador corra en desagravio de vuestras leyes y de la moralidad pública».

Tras este incidente, se levanta el magistrado de más edad y se dirige al pueblo en los siguientes términos: «Por de pronto, que el crimen reclama un severo castigo, ni el propio autor deja de reconocerlo; pero todavía nos falta una diligencia, aunque accesoria: la de localizar a los demás cómplices de tan horrible fechoría. Pues no es verosímil que un individuo haya podido, él solo, dar muerte a tres hombres jóvenes tan vigorosos. Así, pues, hay que acudir a

la tortura para arrancarle la verdad. Desde luego, el esclavo que lo acompaña se ha esfumado misteriosamente y no queda ahora otro remedio sino someter este hombre a un interrogatorio para que delate a sus criminales cómplices: sólo así será posible exterminar radicalmente esta pandilla de terroristas sin piedad».

7

9. Acto seguido, según clásico procedimiento de los griegos, se trae el fuego, la rueda y toda clase de látigos^[35]. Mi angustia se intensifica, o, mejor dicho, se duplica al verme privado del derecho a morir al menos sin previa mutilación. Pero la vieja aquella que, con sus llantos, había causado la conmoción general, habló así: «Dignísimos ciudadanos, antes de clavar en cruz al infame asesino de estos desgraciados hijos de mi corazón, permitidme mostraros al descubierto los cadáveres de las víctimas, para que a la vista de su gallardía y su juventud crezca más y más vuestra justa indignación y procedáis con un rigor proporcionado a la magnitud del crimen».

2

3

4

Sus palabras son acogidas con aplausos; y, al punto, el magistrado ordena que yo mismo destape los cadáveres previamente colocados en el lecho mortuario. Como yo me resistía y me negaba reiteradamente a renovar por tal exhibición la trágica escena del día anterior, los lictores, por orden de los magistrados, me apremian con la máxima insistencia y finalmente cogen a viva fuerza el brazo que yo tenía pegado al cuerpo y lo estiran, para desgracia mía, sobre los cadáveres. Vencido ya, me rindo ante lo inevitable y, muy a pesar mío, retiro el manto que cubría los cadáveres. ¡Dios mío! ¡Lo que veo! ¡Qué prodigio! ¡Qué rumbo imprevisto en mi destino! Aunque era ya propiedad de Prosérpina y miembro de la familia del Orco, de pronto me siento sobrecogido e inmóvil ante el nuevo cariz de la situación. No hay palabras adecuadas para expresar mis sentimientos ante aquel inaudito espectáculo. Los cadáveres de las víctimas degolladas eran tres odres hinchados, agujereados en varios puntos y, según mis recuerdos del combate nocturno, los boquetes coincidían por su posición con las heridas que yo había infligido a los atacadores.

5

6

7

8

9

10. Entonces, la risa que ciertos espectadores habían contenido maliciosamente unos momentos, estalló en plena libertad hasta contagiar a la masa. A fuerza de reír, unos armaban un guirigay de gallinero alborotado, otros se oprimían el vientre con ambas manos para paliar el dolor de la risa. En medio de una alegría desbordante y abandonando el teatro, todos se vuelven para mirarme. Por mi parte, en la posición que tenía al llevar la mano al sudario, quedé inmóvil y frío como una piedra más entre las estatuas o columnas del teatro. No résucité de entre los muertos hasta que Milón, mi huésped, se acercó y me puso la mano encima; venciendo amablemente mi

2

3

resistencia, me arrastró consigo entre frecuentes sollozos acompañados de nuevas lágrimas, y, por discretos rodeos, en busca de calles solitarias, me llevó hasta su casa. Con toda clase de consideraciones trata de levantar mi abatimiento y disipar el susto de que todavía no me había recobrado; pero no consiguió en modo alguno suavizar mi indignación ante una afrenta grabada en lo más profundo de mi corazón.

11. De pronto, hasta los magistrados en persona y con las insignias de su cargo se presentan en nuestra casa; con el mayor interés procuran tranquilizarme; me dan la siguiente explicación: «No ignoramos, señor Lucio, ni tu mérito personal ni la gloria de tus antepasados; pues el renombre de tu ilustre linaje se extiende por todos los ámbitos de la provincia. Te amargas demasiado por la broma de que has sido objeto: no se ha pretendido ofenderte. Olvida esta tristeza que ahora te llena el corazón, echa fuera la amargura de tu alma. Estas diversiones que año tras año celebramos solemnemente en la ciudad en honor del amabilísimo dios de la Risa deben su éxito a los recursos siempre nuevos de la inventiva. Tú has sido el autor y el protagonista de la fiesta: el favor y amistad de ese dios te acompañarán en toda circunstancia; no permitiré que tu alma conozca el dolor y bendecirá tu frente derramando sin cesar la paz y la alegría. Además, la ciudad entera, para agradecer tu colaboración, ha decretado a tu favor honores extraordinarios; pues te ha inscrito entre sus protectores y ha acordado elevarte una estatua de bronce».

En contestación a este discurso, tomo la palabra: «Ciudadanos de la muy ilustre e incomparable ciudad de Tesalia: mi gratitud está a la altura de los altos honores que me tributáis; no obstante, os invito a guardaros vuestras estatuas e imágenes para personajes más dignos y más grandes que yo».

12. Después de esta modesta intervención, con la cara iluminada por una ligera sonrisa y esforzándome todo lo posible por aparentar alegría, saludo cortésmente a los magistrados al despedirse de mí. Entonces he aquí que entra corriendo un servidor de Birrena: «Tu madre —dice— pregunta por ti y te recuerda que se acerca la hora del banquete, cuya invitación aceptaste ayer por la tarde». Yo, asustado ante el trance y huyendo horrorizado ante el solo nombre de esa casa, contesto: «Tendría sumo gusto, madre, en acceder a tus deseos si mis compromisos me lo permitieran. Pero mi querido Milón, en cuya casa me hospedo, conjurándome por la divinidad especialmente honrada en este día, me ha hecho comprometerme a cenar hoy con él; más todavía: ni él se aparta de mí ni consiente en que yo me aparte de él. En consecuencia aplacemos la invitación para más tarde».

Aún estaba yo hablando, cuando Milón me echa encima su robusta mano y, mandando llevarnos todos los artículos de aseo, me conduce al balneario

más próximo. Yo evitaba las miradas del público; y, para no dar ocasión a que los transeúntes volvieran a reírse de mí como antes, iba caminando pegado a su costado. ¿Cómo me bañé? ¿Cómo me sequé? ¿Cómo volví de nuevo a casa? Tan abochornado estaba, que ni pude enterarme; todos me señalaban con la vista, con el gesto, con la mano: yo quedé aturdido y sumido en estúpido letargo. 6

13. Por fin liquidé rápidamente la mísera cena del pobre Milón y, alegando un fuerte dolor de cabeza como consecuencia de mi llanto prolongado, me fue fácil conseguir permiso para retirarme a descansar; acostado ya en la cama, iba recordando todos los penosos detalles de lo ocurrido, cuando, finalmente, mi querida Fotis, que acababa de acostar a la señora, se me presenta en un estado que en modo alguno encajaba con su modo de ser: había perdido su fisonomía risueña y el tono burlón de su voz; su frente profundamente arrugada denotaba seria preocupación. Con vacilación y timidez tomó por último la palabra: «Yo —dijo—, yo misma, lo confieso, soy yo la culpable de tu desgracia»; y, sacando de su seno una especie de correa, me la ofreció diciendo: «Tómala, por favor, y véngate de la perfidia de una mujer; inflígale a tu gusto un suplicio tan severo como te plazca. Pero no creas, te lo ruego, que te amañé a sabiendas esta angustiada escena. ¡No quieran los dioses que por mi culpa sufras el más leve daño! Y si alguna desgracia amenaza tu cabeza, ojalá mi sangre sirva de rescate total. Pero lo que yo hice, cumpliendo órdenes y con otra intención, recayó en perjuicio tuyo por una mala suerte mía». 2 3 4 5 6

14. Yo, entonces, recobrando mi curiosidad natural y con el ardiente deseo de poner en claro el fondo de la cuestión, tomo la palabra: «No hay en el mundo correa más infame y audaz que la que tú has elegido para tu propio suplicio; saldrá de mis manos cortada y hecha añicos antes que pueda rozar tu piel suave como la pluma y blanca como la leche. Pero háblame con franqueza: ¿qué has hecho para dar a la fortuna la ocasión de volverse cruel y fatalmente contra mí? Pues, lo juro por tu querida cabeza: por mucho que se me asegure, ni tú ni nadie me haría creer que hayas pensado siquiera en causarme daño. Ahora bien, cuando la intención es buena, las consecuencias fortuitas, incluso si acarrearán perjuicios, no pueden imputarse como crimen». 2 3 4

Al terminar de hablar así veía que la mirada de mi querida Fotis se humedecía y temblaba; yo acariciaba sus ojos lánguidos y entreabiertos hasta devorarlos ávidamente entre besos apasionados. 5

15. Ella recobró así su buen humor y dijo: «Por favor, ante todo, déjame cerrar bien la puerta de la habitación: si alguna de mis palabras filtrara al exterior, me sentiría culpable de una profanación y un gran escándalo». Al

mismo tiempo echó el pestillo, enganchó sólidamente la barra y volvió a mi lado. Abrazando mi cuello con ambas manos, me dijo con voz tenue, casi imperceptible: «Tengo miedo, me asusta descubrir lo que sigilosamente se oculta en esta casa y revelar los misteriosos secretos de mi señora. Pero confío plenamente en ti y en tus principios: sin contar con el sentimiento del honor que has heredado, sin contar con la altura espiritual que te caracteriza, estás además iniciado en varios cultos y conoces, no lo dudo, la sagrada ley del silencio. Así, pues, todo cuanto yo pueda confiar al piadoso santuario de tu corazón, por favor, has de guardarlo dentro de este impenetrable reducto y has de corresponder a la franqueza de mis revelaciones con una discreción a toda prueba. Hay cosas que yo sola sé en el mundo; y el amor que por ti siento me impulsa a revelártelas. Vas a enterarte de todo lo que hay en esta casa, vas a conocer los maravillosos y secretos recursos de mi señora para que los manes le obedezcan, para que los astros cambien de rumbo, para que se le rindan las voluntades de los dioses y para que los elementos naturales se pongan a su servicio. Y nunca acude a sus artificios con mayor pasión que cuando algún joven de agraciado físico atrae su complaciente mirada, como por cierto suele ocurrir no pocas veces.

16. »Así, ahora mismo, por estar locamente enamorada de un joven beocio guapísimo, ha puesto en febril movimiento todas las baterías de su arte, todo su aparato de guerra. La oí por la tarde, sí, oí con mis propios oídos cómo amenazaba al mismísimo sol con sepultarlo bajo una nube de oscuridad entre eternas tinieblas, porque el sol no se había dado bastante prisa a bajar del cielo y a ceder el paso a la noche en que ella pudiera entregarse a sus mágicos encantamientos. Ayer, al volver del baño, vio casualmente a dicho joven sentado en la barbería; me mandó ir a recoger furtivamente el pelo que al paso de la tijera había caído al suelo. Aunque yo lo recogía con cuidadoso disimulo, lo advirtió el barbero, y, como por otra parte, es del dominio público nuestra infamante profesión de hábiles hechiceras, me agarró, increpándome sin piedad: ‘Oye, tú, desperdicio, ¿puedes dejar ya de robar el cabello de nuestros clientes más jóvenes y apuestos? Si no renuncias a esas prácticas criminales, te pondré sin compasión en manos de la justicia’. Y pasando del dicho al hecho, alarga la mano para registrarme y en un arrebató de ira me saca el pelo que tenía escondido en mi seno. Me sentía muy afectada por lo sucedido; y, pensando en el humor de mi señora, que suele enfurecerse bastante por semejantes contratiempos y desahogarse sobre mis espaldas con soberbias palizas, yo me disponía ya a emprender la fuga, pero, acordándome de ti, deseché al instante el proyecto.

17. »Me iba, pues, de allí muy decaída por volver con las manos

completamente vacías; entonces observé a un hombre que estaba esquilando con sus tijeras unos pellejos de cabra; vi cómo los cosía cuidadosamente, los hinchaba y luego los colgaba; el pelo caído al suelo era rubio y por lo tanto muy parecido al del joven beocio; recojo, pues, un poquito y, tergiversando la verdad, lo entrego a mi señora. Así, pues, a las primeras horas de la noche, antes de que tú regresaras de la cena, mi Pánfila, fuera ya de sí, subió a una terraza cubierta de tablas, situada detrás del edificio y expuesta a todos los vientos; desde allí la vista se extendía sin obstáculos hacia oriente y casi en todas las direcciones; es lugar adecuado a las operaciones mágicas, y Pánfila lo frecuenta en secreto. Empieza por organizar el infernal laboratorio con su equipo habitual: se llena el escenario de aromas de todas clases, láminas cubiertas de escrituras indescifrables, restos de navíos perdidos en el mar, innumerables fragmentos de cadáveres recientemente llorados y enterrados; por un lado hay narices y dedos, por otro clavos con trozos de carne colgando, más allá guarda la sangre de personas degolladas y los cráneos mutilados que ha podido arrebatarse a la voracidad de las fieras.

18. »Luego, pronuncia palabras mágicas sobre las entrañas aún palpitantes y prepara el sacrificio derramando varios líquidos: primero agua de la fuente, luego leche de vaca, después miel silvestre y, finalmente, hidromel. Entonces hace unas trenzas con aquel pretendido pelo, las anuda unas a otras y, con abundantes esencias, las echa sobre ascuas para que ardan. En ese preciso instante, por una irresistible virtud de la ciencia mágica y por la ciega sumisión de las divinas voluntades puestas a su servicio, los pellejos, cuyo pelo crepita entre nubes de humo, recobran un alma humana, tienen sensibilidad, oyen y echan a andar; van a donde les lleva el olor de sus propios despojos en combustión y, como lo haría el joven beocio, asaltan la puerta con ansias de entrar. He aquí el momento en que, mareado todavía por la bebida, te dejaste engañar por la súbita oscuridad de la noche: echaste valientemente mano al puñal, armándote como Áyax en su locura^[36]: pero Áyax atacó animales vivos y despedazó un rebaño entero; tu hazaña es más heroica; tú has dejado sin aliento a tres odres de piel de cabra y bien hinchados; has abatido a tus enemigos sin mancharte de una gota de sangre; déjame que te abrace, ya que no eres homicida, sino odricida».

19. Esta broma de Fotis me hizo sonreír y, continuando ya en el mismo tono, le digo: «Así, pues, ya puedo contar esta hazaña como mi primer título de gloria y compararla a uno de los doce trabajos de Hércules: tres odres muertos valen tanto como el triple cuerpo de Gerión o las tres cabezas del Can Cérbero^[37]. Pero si quieres que te perdone sinceramente y de corazón el gran delito que me ocasionó tantas angustias, has de proporcionarme una cosa que

anhelo con toda el alma: muéstrame a tu señora en el momento en que se entrega a alguna operación de su ciencia divina; quiero verla cuando invoca a los dioses o, por lo menos, cuando cambia de forma, pues siento verdadera pasión por conocer directamente los secretos de la magia. Además me parece que tú misma, en este orden de cosas, estás lejos de ser una inexperta aprendiz. Sí, lo sé y me doy perfecta cuenta de ello; pues yo hasta ahora siempre había desdeñado las caricias de las manos femeninas, aun de las manos aristocráticas; en cambio tus ojos chispeantes, tus rojas mejillas, tu resplandeciente cabellera, tus ávidos besos, tu seno perfumado me han conquistado y han hecho de mí como un esclavo voluntariamente entregado a tu servicio. Tanto es así, que ya no me preocupo de mi hogar ni preparo el regreso a casa ni hay para mí nada comparable a una de tus noches».

20. «¡Qué más quisiera yo, Lucio —replicó ella—, que satisfacer tu deseo! Pero sin hablar ya de sus habituales celos, mi señora busca siempre la soledad y tiene por norma realizar sus manipulaciones secretas tan sólo cuando sabe que ningún testigo la observa. No obstante, sacrificaré mi seguridad personal ante tu petición; y en consecuencia me pondré al acecho del momento favorable y haré lo posible por darte gusto, con la sola condición que ya te indiqué al empezar: guarda fielmente el secreto que requiere la gravedad del asunto».

En esta animada conversación, un mutuo deseo despierta a la vez nuestras mentes y nuestros sentidos. Despojándonos de toda indumentaria, sin mantas y desnudos, como bacantes en delirio, nos entregamos al amor; y cuando yo me sentía ya rendido, Fotis aún supo añadir generosamente un complemento de felicidad. Finalmente, el sueño se adueñó de nuestros ojos cansados de velar y nos inmovilizó hasta una hora avanzada del nuevo día.

21. De la misma manera transcurrieron algunas noches más de placer. Un buen día, Fotis, nerviosa y muy preocupada, se me presenta corriendo; como los demás recursos, me dice, no han tenido el menor éxito en los asuntos del corazón, su señora pensaba aquella noche cubrirse de plumas como una ave y emprender así el vuelo hacia su amado; en consecuencia debía prepararme, extremando precauciones, para observar el gran acontecimiento. En las primeras horas de la noche, de puntillas, sin hacer el menor ruido, ella misma me conduce hacia aquella estancia superior y me invita a contemplar por una rendija de la puerta la escena que allí se desarrollaba. Pánfila empieza por desnudarse por completo; luego abre una arqueta y de allí saca unas cuantas cajas; destapa una, y con la pomada que contiene se frota mucho rato con ambas manos, se unta todo el cuerpo, desde las uñas de los pies hasta la coronilla; habla con su lámpara muy detenidamente en voz baja; agita con

leves sacudidas sus miembros. Y, tras un imperceptible movimiento ondulatorio, apunta una suave pelusa que se desarrolla al instante y se convierte en recias plumas; la nariz se le encorva y endurece; las uñas se convierten en poderosas garras. Pánfila es ya búho. Hace resonar un graznido de dolor y, para comprobar su nuevo estado, se pone a revolotear progresivamente; luego, lanzándose al exterior, gana altura y desaparece en pleno vuelo. 6

22. Así, por virtud de sus artificios mágicos, Pánfila se había metamorfoseado libremente; pero yo, sin hechizos ni encantamientos, y sólo por el asombro ante lo que había presenciado, quedé tan sobrecogido que creía ser cualquier cosa menos Lucio: se desplomó mi iniciativa; mi enajenamiento rayaba en locura, creía soñar despierto; me frotaba insistentemente los párpados para cerciorarme de que no era un sueño. Cuando, por fin, recobré el sentido de la realidad, cogí la mano de Fotis y, acercándola a mis ojos, le dije: «Concédeme, por favor, ahora que el instante es propicio, una prueba clara y única de tu cariño: dame un poquito de ese unguento, te lo pido, dulce vida mía, por estos ojos míos, que son tuyos. Asegúrame para siempre a tu servicio, como esclavo, con un favor que nunca podré pagar: haz de mí un alado Cupido para revolotear alrededor de mi Venus». Ella replicó: «¿Sí? Eres zorro tan astuto como amable galán: ¿pretendes que voluntariamente me pegue con el hacha en las piernas? Desarmado como estás, me cuesta trabajo preservarte de esas lobas de Tesalia^[38]; si te pusiera alas, ¿a dónde te podría buscar y cuándo te volvería a ver?» 2 3 4 5 6

23. «El cielo me libre de tal ingratitud —le contesto—; aunque recorriera todo el cielo en vuelo tan audaz como el del águila, como mensajero fiel del soberano Júpiter o portador feliz de sus rayos, a pesar de todo, después de mi brillante carrera aérea, aterrizaría sin tardanza en mi delicioso nido. Te lo juro por el lazo encantador de tu cabellera, que me ha cautivado el alma: no hay para mí en el mundo mujer preferible a Fotis. Además, se me ocurre ahora otra cosa: en cuanto use el unguento y tome así forma de ave, tendré que evitar acercarme a cualquier casa. ¿Qué hermosura y qué atractivo puede tener un búho para cautivar a las mujeres? ¡Pobres aves nocturnas! Cuando entran en alguna casa, hay que ver el cuidado que se pone en cazarlas para clavarlas en la puerta y hacerles expiar con este sacrificio las desgracias que su infausto vuelo presagia a la familia. ¡Ah! Por poco olvidaba informarme de un detalle: ¿Qué he de decir o hacer para despojarme del plumaje y recobrar mi propia personalidad, esto es, para volver a ser Lucio?» «Estáte tranquilo — me dijo— por lo que a ese cuidado respecta; mi señora me ha mostrado todas 2 3 4 5 6

las recetas que, después de tales metamorfosis, sirven para recobrar nuevamente la forma humana. Y no creas que esta información es fruto de un poco de amabilidad desinteresada por su parte; tan sólo ha pretendido tener en mí a su regreso un saludable remedio. Y observa ahora qué sencillas y comunes son las hierbas con tan prodigiosa virtud: se añade al agua de una fuente un poquito de eneldo con unas hojas de laurel, y ya está listo el baño y la pócima».

24. Insistiendo en la veracidad de estas informaciones y sumamente agitada, entra en la estancia y saca del cofre la cajita; yo recojo esta cajita con ambas manos y la cubro de besos; en primer lugar la conjuro para que me otorgue el favor de un vuelo feliz; al instante me despojo de toda mi indumentaria y meto ansiosamente las manos dentro; saco un poco más de unguento y me froto a fondo todos los miembros de mi cuerpo. El ardiente deseo de parecer un ave me lleva a mover alternativamente mis brazos; no aparece el menor síntoma de pelusa ni de plumas; la clara realidad es que mis pelos se endurecen como cerdas; mi suave cutis adquiere la rigidez del cuero; en mis extremidades no se pueden ya contar los dedos, pues cada miembro termina en uno solo con una sola uña; y en la última vértebra me sale una larga cola. Mi rostro pierde toda proporción: me crece la boca, se me ensanchan las narices, me cuelgan los labios; de la misma manera se cubren de pelo y se desarrollan exageradamente las orejas. En la triste metamorfosis, como único consuelo, veo que, si bien ya no puedo tener a Fotis en mis brazos, se abrían para mí nuevas posibilidades naturales.

25. Sin saber cómo salir del trance, al fijarme en todos los pormenores de mi persona y ver que no era un ave sino un asno, me pongo a maldecir la conducta de Fotis; pero me faltaba ya el gesto y la palabra de las personas; tan sólo podía dejar caer el labio inferior y reclamar en silencio mirándola con los ojos húmedos. Ella, al verme en tal estado, empezó a golpearse desesperadamente la cara con ambas manos y exclamó: «¡Pobre de mí, estoy perdida! El miedo y la precipitación han hecho que me equivocara; el parecido de las cajas ha originado mi confusión. Por suerte es bastante fácil hallar un remedio a esta metamorfosis: pues te bastará masticar unas rosas y dejarás de ser asno para volver a ser en el acto mi querido Lucio. ¡Ojalá hubiera seguido esta tarde mi costumbre de ir a buscar unos ramos de flores! Así no hubieras tenido que esperar ni el transcurso de esta noche. Pero en cuanto amanezca, tendrás el remedio a tu disposición».

26. Así se lamentaba Fotis. Aunque yo era un asno perfecto y una acémila había sustituido mi personalidad de Lucio, no obstante conservaba la sensibilidad del hombre. En mi fuero interno deliberé mucho tiempo y muy a

fondo si debía matar a aquella abominable malhechora haciendo recaer sobre ella una lluvia de coces y atacándola a mordiscos. Una reflexión más sensata me hizo desistir del peligroso proyecto: si mataba a Fotis para castigarla, eliminaría también la posibilidad de salvarme con su ayuda. Con la cabeza gacha y en movimiento, me puse a rumiar las circunstancias de mi humillación y, doblegándome ante el inexorable trance, me dirijo a la cuadra para hacer compañía a aquel caballo que había sido mi dignísima montura; allí encontré también instalado a otro asno, el de mi antiguo huésped Milón. Y si por un sentimiento secreto y natural hubiera entre los animales, aunque sin poder expresarse, alguna relación sagrada de hospitalidad, yo me figuraba que el caballo aquel, al reconocermé, me acogería con simpatía y me daría un trato de preferencia como huésped. Pero, ¡oh Júpiter hospitalario! ¡Oh secretos designios de la Buena Fe! Mi noble corcel susurra al oído del asno y ambos conciertan inmediatamente mi ruina. Temen sin duda por su ración al verme acercarme al pesebre; y, con las orejas gachas, se lanzan rabiosos contra mí a coces despiadadas. Me echaron muy lejos de la cebada que la noche anterior habían servido mis propias manos a aquel queridísimo servidor.

27. Maltratado de este modo y condenado a la soledad, me había quedado arrinconado en un extremo de la cuadra. Yo reflexionaba allí sobre la impertinencia de mis colegas y preparaba la venganza que iba a tomar contra el pérfido caballo al día siguiente, cuando por obra y gracia de las rosas volviera yo a ser otra vez Lucio. En esto me fijo en el pilar central que sostenía la techumbre de la cuadra; justamente a la mitad de su altura había una imagen de la diosa Epona^[39], colocada en un nicho cuidadosamente adornado con coronas de rosas recién cogidas. Al reconocer en ellas la receta saludable, me dejé llevar en alas de la esperanza; extendiendo mis patas delanteras en busca de un punto de apoyo, me estiro vigorosamente, alargo el cuello y los labios todo lo que dan de sí y hago un supremo esfuerzo por alcanzar las coronas. Pero es evidente que no cabe peor suerte que la mía: inesperadamente me sorprendió en la tarea mi lacayo, que siempre había tenido a su cargo el cuidado del caballo; se levanta indignado y exclama: «¿Hasta cuándo hemos de aguantar a ese burro maldito? Hace un momento se tiraba a la comida de nuestros animales y ahora hostiga hasta las imágenes de los dioses. Basta ya: voy a triturarlo, voy a molerle las patas a ese sacrílego». Y al punto, buscando un arma, topa casualmente con un haz de leña que allí había, elige una frondosa fusta, la mayor de todas, y se pone a sacudirme sin compasión; no hubiera parado si no hubiera oído golpes en la puerta con fuerte griterío y prolongado estrépito; había cundido la alarma entre el vecindario que gritaba: «¡Ladrones!» El lacayo huyó asustado.

28. Al instante se abre la puerta violentamente: una escuadra de ladrones invade todo el recinto; una sección armada rodea cada pabellón de la morada mientras otros, desplegados en guerrilla, hacen frente a la gente que de todas partes acude en socorro. Provistos todos ellos de espadas y antorchas, la noche se ilumina, el fuego y el hierro resplandecen como el sol naciente. Había un almacén protegido por sólidas paredes y gruesas cerraduras; ocupaba la parte central del edificio y en él se amontonaban los tesoros de Milón; abren una brecha sirviéndose de potentes hachas. Después de forzar la entrada, se llevan todas las riquezas empaquetándolas y repartiéndoselas rápidamente entre todos. Pero el peso de la mercancía superaba al número de brazos disponibles para el transporte. El exceso de botín los pone en el mayor de los aprietos; por lo cual nos sacan de la cuadra a mí, al otro asno y a mi caballo; nos cargan a más no poder con los bultos más pesados y, bajo la amenaza de sus garrotes, nos hacen salir de la casa ya limpia; dejan allí a uno de los suyos, como observador, para tener noticias de la investigación a que dará lugar el suceso y, bajo una lluvia de latigazos, nos llevan en un trote por las sendas solitarias de la montaña.

29. El enorme peso de la carga, la acentuada pendiente del monte y la considerable distancia recorrida me habían colocado en el mismísimo umbral de la muerte. Entonces tomé muy en serio, aunque un poco tarde, aquello del recurso a que tiene derecho un ciudadano: reclamar ante su majestad el príncipe para liberarme de tanto infortunio. Cuando ya en pleno día cruzábamos cierta populosa aldea, muy concurrida por ser día de mercado, entre aquellas multitudes griegas intenté invocar, en el castizo idioma de los romanos, el augusto nombre de César; sólo pude articular elocuente y claramente el «¡Oh!»; pero lo demás, la palabra «César», no la pude emitir. Los ladrones, sin querer oír mi voz discordante, se ensañaron sobre mi pobre piel dejándola inservible hasta para fabricar una zaranda. Por fin el gran Júpiter me ofreció un medio de salvación que yo no me esperaba. Pues al pasar ante muchas casitas de campo y viviendas acomodadas, observé a cierta distancia un jardincito bien arreglado; en él había, entre otras plantas decorativas, unas rosas cuya inmaculada frescura resplandecía bajo el rocío de la mañana. Suspirando por ellas, me acerqué contento y feliz ante la esperanza de mi liberación; ya la boca se me hacía agua y mis labios las iban a tocar, cuando una inspiración bastante más feliz acudió a mi mente: abandonar la forma de asno y recobrar la personalidad de Lucio, evidentemente significaría hallar la muerte en manos de aquellos ladrones, pues verían en mí un hechicero o por lo menos un espía capaz de denunciarlos algún día. Así, pues, muy a pesar mío, me abstuve de tocar las rosas y, resignado de momento con

mi suerte, me puse a comer hierba como un perfecto asno.

LIBRO IV

El viaje de Lucio (el asno) hasta llegar a la cueva de los ladrones. Descripción de la cueva (1-7). — Varios asaltos de los bandoleros (8-22). — Captura de una doncella de ilustre familia que traen a la cueva como rehén (23-27). — Comienza *el cuento de Psique*: Un rey y una reina tenían tres hijas, las tres muy hermosas, pero la menor, Psique, era una auténtica encarnación humana de Venus. Los hombres abandonan los santuarios de Venus para ir a contemplar a la Venus de carne y hueso. En venganza, la diosa, celosa, se ensaña contra la doncella; ésta, cual estatua, es simplemente admirada, pero no encuentra pretendientes y llora su soledad. El oráculo de Apolo manda al padre exponer a su hija en un tálamo de muerte, sobre la elevada cumbre de una montaña. La doncella obedece y acepta el sacrificio (28-35).

1. A eso del mediodía, agobiado ya por los ardientes rayos del sol, nos detenemos en un poblado y entramos en casa de unos viejos, conocidos y amigos de los ladrones. Así me lo daban a entender, por muy asno que yo fuera, los primeros saludos, la efusiva conversación y los mutuos abrazos. Los ladrones iban cogiendo algunas cosas de mi espalda y se las iban regalando; les dicen algo en secreto, indicándoles sin duda que todo era fruto del robo. Luego, acabaron de descargarnos y nos dejaron sueltos, paciendo libremente en un prado colindante. La compañía del otro asno y de mi caballo, que pacían a mi lado, no logró interesarme; además aún no me había acostumbrado a desayunarme con hierba; entonces vi, precisamente detrás de la cuadra, un huertecito y, sin titubeos, ya muerto de hambre, me decido a entrar. Aunque las legumbres estaban crudas, me doy una panzada a reventar; e, invocando a todos los dioses, inspeccionaba todos los alrededores por si en los huertos colindantes hubiera casualmente algún rosal florido. Pues el lugar era solitario y ello me infundía buenas esperanzas: si, apartado del camino y escondido en la enramada, tomaba el remedio saludable, podría dejar la humilde forma de animal cuadrúpedo inclinado hacia el suelo; y, sin que nadie me viera, me levantaría, recobrando así la dignidad humana.

2. Así, pues, mientras yo navegaba en ese agitado mar de reflexiones, veo a cierta distancia un valle sombreado por un frondoso bosque; entre diversas plantas, que formaban una deliciosa alfombra verde, resplandecía el rojo vivo de unas rosas preciosas. Mi instinto, que no era exactamente el de una bestia, ya me decía que debía estar consagrado a Venus o a las Gracias un bosque a cuya sombra misteriosa la flor de las solemnidades lucía sus mejores galas. Entonces, invocando al Éxito, divinidad alegre y propicia, me lanzo a galope tendido y con tal velocidad que, por Hércules, ya no creía ser un asno, sino más bien un caballo de carrera. Pero aquella agilidad, aquel magnífico esfuerzo no lograron adelantarse a mi mala suerte. Pues al acercarme al sitio, no estaban aquellas frescas y delicadas rosas que, empapadas de rocío y néctar divinos, brotan de la zarza feliz entre benditas espinas; ni siquiera el valle aparecía por parte ninguna; tan sólo veo un cauce fluvial marginalmente delimitado por un espeso arbolado. Estos árboles, cuyo abundante follaje

recuerda el del laurel, echan una especie de flor inodora con cáliz alargado y ligeramente rojizo: esas flores no exhalan el menor perfume; el vulgo ignorante del campo las llama rosas de laurel y son un veneno mortal para todo animal que las coma. 8

3. En tan fatal coyuntura, hasta había perdido las ganas de vivir; con verdadero gusto y a sabiendas iba a tomar aquel veneno de las rosas. Pero al acercame sin prisas a cogerlas, llega un joven; era, por lo visto, el hortelano cuyas legumbres había echado a perder en su totalidad; al ver el grave perjuicio, acudió furioso, armado de una estaca enorme, me sujetó y me trilló a palos de arriba abajo hasta hacer peligrar mi propia vida: pero en esta situación extrema supe socorrerme a mí mismo. Levantándome en ancas y descargando sobre él una lluvia de coces con las patas traseras, lo dejé malherido y tendido en el suelo junto a la vecina loma; yo me puse a salvo huyendo. Pero en aquel preciso instante, una mujer, evidentemente su esposa, desde una altura, lo vio en el suelo y medio muerto; y se lanzó en su dirección dando gritos angustiosos. Está claro: sus lamentos pretendían que se acabara conmigo en aquel mismo instante. Efectivamente, todos los campesinos, alarmados por su llanto, llaman a sus perros, los lanzan en mi persecución por todas partes y excitan su rabia para que me despedacen. Así, pues, no parecía ya dudoso que mi muerte era inminente, al azuzar contra mí una manada de perros que, por su número y tamaño, podrían dar la batalla a osos y leones. Aconsejándome de las circunstancias, renuncio a la idea de huir y, dando la vuelta, me dirijo otra vez al trote hacia la cuadra en que antes habíamos parado. Los campesinos logrando, no sin dificultad, mantener a raya sus perros, me cogieron y me ataron a una argolla con una buena correa para propinarme nueva paliza; ciertamente hubieran acabado conmigo si mi panza, contraída por los dolorosos golpes y bien rellena de aquellas legumbres crudas, no hubiera soltado violentamente un chorro que llegó a rociar a unos mientras su olor infecto alejaba a los demás de mis espaldas ya trilladas. 2 3 4 5 6 7 8 9 10

4. Muy pronto, al avanzar el día y decaer el sol, los ladrones nos cargan otra vez —a mí concretamente mucho más que antes— y nos sacan de la cuadra. Ya habíamos hecho una buena parte del camino; yo estaba agotado por el recorrido, planchado bajo el peso de la carga, deshecho por los latigazos; cojeaba además por el desgaste de mis cascos, no me tenía en pie. Por fin llegué junto a un arroyo cuyas aguas serpenteaban suavemente; creyendo que la ocasión era propicia y única, pensaba en dejarme caer de plano doblando hábilmente las patas, firmemente decidido a no levantarme y no echar a andar por muchos golpes que me dieran, dispuesto incluso a morir molido a latigazos o, si era preciso, acribillado a puñaladas. Me figuraba que, 2 3 4

sin fuerzas ya ni para respirar, bien merecía un permiso de convalecencia; o, en todo caso, que los ladrones, sin paciencia para esperar tanto como por afán de acelerar la fuga, distribuirían la carga de mi espalda entre las otras dos acémilas y me abandonarían a mí, por toda venganza, como pasto de lobos y buitres. 5

5. Pero una maldita aventura hizo abortar el hermoso proyecto. Pues el otro asno, adivinando mi pensamiento y adelantándose a ponerlo en práctica, fingió cansancio y se dejó caer con toda su carga; tendido en el suelo como muerto, ni los látigos ni los agujones, ni el estirarle en todas direcciones el rabo o las orejas o las patas, nada promovió un intento de levantarse. Por fin los ladrones, cansados de pelear sin un asomo de esperanza, deliberan entre sí: para no retrasar la fuga preocupándose tanto de este asno muerto o, mejor dicho, convertido en estatua, distribuyen sus fardos entre el caballo y yo, desenvainan sus espadas, le seccionan los tendones de las patas, lo arrastran a un lado del camino y lo precipitan, vivo todavía, desde una inmensa altura al fondo del valle inmediato. La suerte de mi pobre camarada me hizo reflexionar; opté por renunciar a engaños y fraudes, comportándome como un asno leal y útil a los amos. Además, prestando atención a sus comentarios, había comprendido que haríamos muy pronto una parada y que el largo viaje tocaba ya a la tranquila meta donde ellos tenían su habitual residencia. Dejando, pues, atrás una suave pendiente, llegamos al punto de destino; allí nos retiraron todos los fardos para guardarlos en el interior; y, libre ya de toda carga, me puse a revolearme en el polvo, a modo de baño, para disipar el cansancio. 2 3 4 5 6 7

6. El tema y las circunstancias del momento requieren una descripción del paisaje y de la caverna habitada por aquellos ladrones. Será un ensayo de mi talento y, a la vez, os daré la oportunidad de poder juzgar clara y directamente si también mi inteligencia y mi sensibilidad eran de borrico. Había una montaña impresionante; la cubría con su sombra un espeso arbolado, y su altura era extraordinaria. En toda la extensión de sus faldas, un cinturón de rocas agudas —y por lo tanto inaccesibles— y unas depresiones con profundas cuevas cubiertas de impenetrables matas de espinos, sin posible entrada por parte ninguna, formaban una defensa natural a su alrededor. En la cumbre brotaba en inmensos borbotones un caudaloso manantial cuyas aguas, al deslizarse por la pendiente, se desparramaban en cascadas de plata para dividirse luego en múltiples riachuelos que regaban las hondonadas con tranquila corriente o las cubrían en toda su extensión como un mar cerrado o un perezoso río. Al pie mismo de la montaña estaba la boca de una cueva dominada por un elevado torreón natural; una sólida empalizada formaba 2 3 4 5

recintos seguros adecuados a la estabulación del ganado. Los corrales se prolongaban paralelamente hasta terminar ante la boca de la cueva en un estrecho callejón, como si se tratara de un recinto amurallado: auténtico pórtico de una guarida de ladrones por cierto; ya lo podéis jurar por mi cabeza. 6

Por los alrededores sólo había una mísera choza cubierta de groseros cañizos; luego, me enteré de que allí se apostaban para montar guardia de noche algunos ladrones designados por sorteo.

7. Estirando todo su cuerpo, allí se deslizaron uno por uno, después de atarnos a nosotros con una sólida correa ante la misma entrada. Una vieja, encorvada bajo el peso de los años, parecía ser la única encargada de cuidar y arreglar a tantos jóvenes; ellos la interpelan rudamente así: «Oye tú, cadáver retirado a última hora de la hoguera fúnebre, oprobio insigne de este mundo y repudio inaudito del otro, ¿vas a entretenerte siempre así sentada en casa e inactiva sin prepararnos, aunque muy tarde, un refrigerio que alivie nuestra dura y peligrosa tarea? Noche y día, no sueles tener más afán que el de hacer rebosar de vino puro el abismo insaciable de tu estómago». 2 3

A esas palabras, la vieja, temblorosa y tímidamente, contesta con su vocecita aguda: «Perdón, mis heroicos y leales jóvenes protectores tienen todo a punto: carnes muy bien guisadas, succulentas, pan en cantidad, copas bien limpias, vino para llenarlas a rebosar; y el agua caliente está dispuesta para daros el habitual chapuzón». 4

Al terminar de hablar la vieja, se despojan rápidamente de sus vestiduras, reaniman sus cuerpos desnudos al calor de una buena hoguera, toman el baño caliente, se frotan con aceite y se instalan en aquellas mesas copiosamente servidas. 5

8. Estaban ya cómodamente instalados, cuando he aquí que se presenta otro grupo de jóvenes, más numeroso que el primero. Era fácil reconocer en ellos igualmente a otros ladrones. Pues también ellos traían su botín: monedas de oro y plata, vasijas, tejidos de seda con bordado de oro. Después de tomar un baño reparador, como los primeros, pasan a ocupar un sitio en el comedor entre sus camaradas; designan por sorteo a los que han de servir la mesa. Comen y beben sin orden ni concierto: montañas de carne, montañas de pan, hileras de copas, todo lo consumen. Chillan, juegan, cantan estrepitosamente, riñen entre bromas: en una palabra, todo como en el banquete de los lapitas (medio bestias) y los centauros (medio hombres). El más robusto de todos ellos tomó entonces la palabra: «Nosotros, los que tomamos en un valiente asalto la casa de Milón en Hipata, además del copioso botín que debemos a nuestro valor, pudimos regresar al campamento sin una sola baja; y, por si este 2 3 4 5 6

detalle tiene algún valor, volvimos sobre nuestras propias piernas y con ocho patas más por añadidura. Vosotros en cambio, los que llevabais como objetivo las ciudades de Beocia, habéis regresado con sensibles bajas, entre ellas la de vuestro jefe, el valiente Lámaco, cuya vida tendría evidentemente a mis ojos mayor precio que todos estos fardos que habéis traído. Como quiera que sea, a él lo perdió su excesivo valor; un héroe como él tendrá su sitio en la historia al lado de los reyes ilustres y los generales más aguerridos. En cuanto a vosotros, sois unos ladrones muy discretos; como los esclavos, no pasáis del oficio de vulgares rateros: jugáis tímidamente al escondite arrastrándoos por los balnearios y por los tugurios de las viejas».

9. Uno de los hombres del otro equipo le replica: «Sólo tú ignoras que cuanto más importante es una casa, tanto más fácil resulta darle el asalto. Es cierto que hay mucho servicio en sus amplias salas; pero cada cual mira más por la propia vida que por salvar los bienes del dueño. En cambio, la gente modesta y de vida retirada esconde celosamente su fortuna, poca o mucha, y la defiende con valor, arriesgando en ello incluso la propia vida. Los hechos te demostrarán cumplidamente la verdad de mis palabras.

»Apenas llegamos ante la Tebas de las siete puertas^[40], indagamos con exactitud la situación económica de los habitantes: es, en nuestra profesión, lo primero que se ha de saber; no escapó a nuestras pesquisas un tal Crísero^[41], banquero y dueño de grandes capitales, que, por miedo a las obligaciones y cargas públicas, en su magnífica pero disimulada opulencia, se excedía en la habilidad de no excederse en liberalidades. Vivía solo y retirado, satisfecho en su casita, modesta pero bien fortificada, sucio y además cubierto de andrajos; sus colchones eran sacas de oro. Se decidió, pues, que nuestro primer ataque fuera contra él, dando por descontado lo sencillo de la operación frente a un adversario aislado; esperábamos apoderarnos tranquilamente de todos sus tesoros sin el menor percance.

10. »Sin perder tiempo, a la caída de la noche, nos ponemos al acecho ante su puerta. Pero no nos parecía conveniente apalancarla, forzarla, y menos todavía romperla: era de temer que el ruido de los paneles despertara a todo el vecindario para desgracia nuestra. Entonces, nuestro ilustre jefe Lámaco, dejándose llevar de su reconocido valor, metió poco a poco la mano por el agujero destinado a introducir la llave: pretendía hacer saltar la cerradura^[42]. Pero Crísero, el bípedo más infame de este mundo, estaba alerta y había observado cada uno de nuestros movimientos. A paso lento y sin hacer el menor ruido, se acercó suavemente y, armado de un enorme clavo, sorprendió con un violento golpe a nuestro jefe, cuya mano queda clavada a la madera de la puerta; luego, dejándolo cruelmente clavado al patíbulo, Crísero sube al

tejado de su tugurio y desde allí, con toda la fuerza de sus pulmones, chilla y pide auxilio a sus vecinos, llamando a cada uno por su nombre y recordándoles que está en juego la vida de todos; difunde la noticia de que un violento incendio se ha apoderado de su casa. Así, cada uno se alarma ante la proximidad del inminente peligro y todos corren angustiados a prestar socorro.

11. »Entonces, en la peligrosa alternativa de dejarnos aniquilar o de abandonar al compañero, al tenor de las circunstancias y de acuerdo con el jefe, se nos ocurrió una solución enérgica: cortamos parte del brazo, de un golpe bien calculado a la altura del húmero, precisamente por su articulación, y, dejando allí el antebrazo, taponamos la herida con un gran vendaje para que las gotas de sangre no sirvieran de rastro, y a toda velocidad nos llevamos lo que quedaba de Lámaco. Todavía bajo la angustia de la terrible solución, nos apremia un tumulto amenazador; el miedo del inminente peligro precipita nuestra huida; entonces, sin poder correr bastante aprisa ni retrasarse sin riesgo, aquel hombre sublime, aquella alma de valor sin igual, nos exhorta repetidas veces, nos conjura con insistencia, invocando el brazo de Marte y la santidad del juramento, que liberemos del suplicio a la vez que del cautiverio a un buen compañero de armas como él. ¿Para qué querría un salteador valiente sobrevivir a su brazo, si ya no ha de seguir saqueando y degollando? Él sería muy feliz con el gusto de caer bajo el golpe de una mano amiga. Como ninguno de nosotros se dejaba convencer para prestarse al parricidio consentido, él mismo, con la mano que le quedaba, cogió su espada, la cubrió de besos y de un terrible golpe se la clavó en medio del corazón. Entonces, nosotros, rendidos de admiración ante el heroísmo de nuestro gran caudillo, envolvimos con cariño lo que quedaba de su cuerpo y confiamos su guardia a los abismos del mar. Ahora nuestro Lámaco tiene por sepultura el líquido elemento en toda su extensión. Ha coronado su carrera con la muerte que correspondía a sus virtudes.

12. »En cambio, Alcimo, a pesar de sus ingeniosas iniciativas, no pudo vencer el sino aciago de su suerte. Había forzado el tugurio de una pobre vieja mientras ésta dormía; al subir al piso superior del dormitorio, hubiera debido empezar por estrangularla; prefirió ir arrojando por la amplia ventana todos los objetos, uno a uno, para que nosotros los fuéramos recogiendo. Ya lo había desvalijado todo con presteza y le dolía dejar la cama en que dormía la vieja; la hizo rodar al suelo y tiró de las mantas, disponiéndose a arrojarse como lo demás; la maldita mujer aquella, echándose a sus pies, se puso a suplicar; Dime, hijo mío, ¿por qué regalas esta miseria, estos harapos de una pobre vieja a los ricos vecinos que tienen su casa frente a mi ventana?’ Estas

palabras astutas hicieron caer en la trampa a Alcimo; pues creyendo que hablaba con sinceridad, temió que efectivamente todo lo que ya había tirado y lo que se disponía a tirar fuera a caer no en manos de sus compañeros, sino en el recinto del vecino; convencido de su error y dispuesto a subsanarlo, se asomó a la ventana para explorar concienzudamente los alrededores y, sobre todo, para apreciar la riqueza de la casa colindante, según indicación de la mujer aquella. Su postura era atrevida, pero imprudente; mientras él, sin la menor precaución, iba a lo suyo, el vejestorio aquel realizó su hazaña: mientras él estaba en equilibrio, pendiente de lo que podía ver, ella, de un empujón tan suave como repentino e inesperado, lo tiró de cabeza. Era demasiado la altura y, por añadidura, fue a estrellarse sobre una enorme piedra que allí había. Se le rompieron y desencajaron todas las costillas; sus entrañas vomitaban ríos de sangre; nos contó lo que había pasado y murió sin prolongar su suplicio. Como buen seguidor de Lámaco, lo agregamos a su tumba repitiendo el mismo ritual.

13. »Entonces, encajando el golpe de la doble pérdida, renunciamos ya a nuestro trabajo en el escenario de Tebas y subimos a Platea, la ciudad más cercana. Allí vimos que no se hablaba más que de un tal Demócares: se disponía a dar un combate de gladiadores. Era un hombre de ilustre familia, de extraordinaria fortuna y de rara liberalidad: organizaba públicos festejos, cuyo esplendor alcanzaba la altura de sus posibilidades. ¿Qué talento, qué elocuencia podría hallar términos adecuados para describir, en todos sus aspectos, la variedad de los preparativos? Aquí gladiadores famosos por la destreza de su brazo, allí cazadores de probada agilidad, más allá malhechores sin ninguna clase de esperanza y destinados a servir de pasto succulento a las fieras; se montan máquinas con piezas prefabricadas, torres de maderas ensambladas, parecidas a casas móviles, con jaulas para la cacería prevista y una decoración pictórica muy llamativa. Además, ¡qué cantidad y qué variedad de animales! Pues había tenido particular empeño en traer los animales del extranjero para sepultar en la pura sangre de sus entrañas a los condenados a muerte.

»Pero sobre los demás recursos del fantástico espectáculo destacaban unos osos enormes que él compraba en cantidad, agotando con ellos todas las posibilidades de su hacienda. Pues a los que él mismo había capturado en sus cacerías particulares, a los que había adquirido en costosas compras, se añadían los que, a porfía, le regalaban de todas partes sus amigos. El sostenimiento de esos animales era costoso y él les daba una alimentación esmerada.

14. »Pero tanto lujo y esplendor en los preparativos de un festejo público

no podía escapar a la maligna mirada de la Envidia. Pues la prolongada cautividad restó vigor a los osos; además adelgazaron con el calor estival; y a esto añádase el decaimiento producido por la inmovilidad e inacción. De pronto cogieron una peste y no sobrevivió casi ninguno. Se podían ver, a cada paso, por las calles, algunas de esas corpulentas fieras tumbadas y moribundas, como restos de un naufragio. Entonces, el vil populacho, que en su abyecta miseria, extenuado de hambre, no selecciona los víveres y se ve obligado a recoger en los basureros algún alimento complementario y gratuito, acude de todas partes a esa comida tirada por el suelo.

»Las circunstancias nos inspiraron a Eubulo, aquí presente, y a mí una ingeniosa ocurrencia. Había un oso que superaba en tamaño a todos los demás; nos lo llevamos a nuestro escondrijo como si fuéramos a aderezarlo y comerlo; le sacamos la piel con cuidado; conservamos hábilmente las garras en toda su integridad; también conservamos intacta la cabeza del animal hasta la nuca; rascamos a conciencia todo el interior de la piel para afinarla y, después de espolvorearla con ceniza fina, la pusimos al sol a secar. Mientras se desengrasa bajo las ardientes vaharadas del cielo, nosotros nos reconfortamos con las carnes del animal en un succulento banquete y bajo juramento organizamos así la siguiente operación: uno de nosotros, el mejor de todos, teniendo en cuenta menos el vigor físico que el arrojo moral, y que como primera condición debía prestarse voluntariamente a ello, se pondría aquella piel y, así disfrazado de oso, se dejaría llevar a casa de Demócares; luego, aprovechando oportunamente las horas silenciosas de la noche, nos facilitaría la entrada a los demás por la puerta grande.

15. »No pocos de mis heroicos colegas, ante la ingeniosidad de la celada, se hubieran encargado a gusto del papel principal. Entre todos ellos, la pandilla prefirió y designó a Trasileón^[43]; él fue quien corrió el riesgo de la peligrosa estratagema. La piel estaba ya lista y convenientemente curtida. Trasileón se enfunda en ella sin inmutarse. Luego, con finas puntadas, unimos adecuadamente los bordes; como es visible la línea de la costura, aunque muy fina, la disimulamos reajustando el abundante pelo que cuelga alrededor. Estirando hacemos coincidir la cabeza de Trasileón con la faringe del oso, exactamente en el punto que su cuello había sido seccionado; para que pueda respirar y ver, disponemos unos pequeños agujeros a la altura de las narices y de los ojos. Nuestro heroico camarada quedaba hecho un verdadero animal feroz; luego, lo introducimos en una jaula adquirida por poco dinero; él mismo, con energía y decisión, se apresura a meterse dentro.

»Terminados los preparativos antedichos, pasamos a la fase siguiente de la estratagema.

16. »Habíamos averiguado el nombre de un tal Nicanor, oriundo de Tracia, que mantenía estrechísimas relaciones de amistad con Demócares; inventamos una carta en la que Nicanor, como buen amigo consagraba las primicias de su caza para contribuir al realce de los juegos. Avanzada ya la tarde y al amparo de las tinieblas, presentamos ante Demócares la jaula de Trasileón con la carta apócrifa; él quedó admirado ante el tamaño del animal y encantado de la oportuna generosidad de su amigo; manda que de sus arcas se nos entreguen al contado y en el acto diez monedas de oro como mensajeros de su felicidad —así se lo creía—. Como la curiosidad humana corre siempre tras las novedades y los sucesos, así, también entonces, se aglomeraba la gente en masa para admirar al animal; pero nuestro amigo Trasileón, a fuerza de saltos y amenazas, mantenía muy hábilmente a raya las miradas indiscretas. Toda la ciudad, con voz unánime, celebraba la felicidad y suerte de Demócares, que, tras el terrible desastre de sus fieras, gracias al nuevo refuerzo podía en cierta medida resistir al infortunio. Él manda que, sin tardanza y con toda clase de precauciones, se transporte el animal a sus parques. Yo tomé entonces la palabra:

17. »«Ten cuidado, señor —le dije—; el calor del día y el largo viaje han cansado al animal; no debes soltarlo entre los demás si son muchos y si, como oigo decir, están enfermos. ¿Por qué no le buscas en tu casa un lugar despejado y bien ventilado, a ser posible junto a algún estanque que refresque el ambiente? ¿Ignoras acaso que esta clase de animales se guarecen siempre entre bosques, en húmedas cavernas y en la proximidad de aguas cristalinas?»

»Estos consejos impresionaron a Demócares; ante el recuento de sus pérdidas, se adhirió a nuestro parecer sin suscitar dificultades y nos permitió que colocáramos la jaula a nuestro gusto. ‘Además —le dije—, nosotros estamos dispuestos a velar de noche aquí mismo ante la jaula para cuidar a este animal agobiado de calor y cansado del viaje; le daremos la comida a su debido tiempo y la bebida que le es habitual’.

»«No hace falta que os toméis esa molestia —respondió él—; casi toda mi servidumbre tiene experiencia en la alimentación de los osos’.

18. »Saludamos, pues, y nos retiramos. Al salir por la puerta de la ciudad, vemos un monumento fúnebre lejos del camino, en un lugar retirado y poco visible. Allí había ataúdes corroídos, tan antiguos que ya estaban medio destapados; eran la morada de unos muertos convertidos ya en polvo y cenizas; destapamos algunos al azar para ocultar en ellos nuestro futuro botín; luego, según la disciplina de nuestro gremio, aprovechamos el momento de la noche sin luna, cuando el sueño se presenta en su primer asalto para conquistar y rendir los corazones de los mortales; entonces nuestra cohorte,

armada de puñales, forma ante la misma puerta de Demócades como acudiendo a una cita de saqueo. Con la misma puntualidad, Trasileón, por su parte, aprovecha el momento propicio al pillaje nocturno; sale de su jaula y degüella en primer lugar a los guardianes que a su lado descansaban medio dormidos, sin dejar uno solo; después, al propio portero; le ocupa la llave y nos abre la puerta de par en par; nosotros acudimos en un vuelo; ya estamos en el interior de la casa; Trasileón nos muestra un granero en donde su ojo avizor había visto esconder la víspera gran cantidad de plata. Sin pérdida de tiempo, un esfuerzo colectivo derriba la puerta de este granero; yo ordeno a cada uno de nuestros compañeros que se lleven todo el oro y plata que puedan, que oculten el botín en la morada de los muertos, cuya discreción es segura, y que vuelvan corriendo a cargar otra vez con nueva remesa. En interés de todos, yo me quedaría solo a la puerta de la casa observando atentamente el panorama mientras volvían los demás.

»Por otra parte, contaba con un oso suelto en medio de la casa para hacer morir de miedo a cualquier esclavo que casualmente pudiera despertarse. Parecía cosa muy oportuna. En efecto, por valiente y atrevido que uno fuera, ante un oso de tamaño tan descomunal, y de noche por añadidura, ¿quién podría dejar de echar a correr y encerrarse en su celda con cerrojo, temblando de pánico?

19. »Todo estaba, pues, dispuesto con la seguridad de la más correcta estrategia, cuando sobrevino un fatal contratiempo. Yo acechaba con oído atento el regreso de mis camaradas; un esclavo menudo, a quien había desvelado sin duda el ruido o, más probablemente, alguna inspiración del cielo, sale despacito, y, al ver al animal que anda paseando en libertad por las diversas partes del recinto, da la vuelta en contenida y silenciosa actitud informando a todos —no sé cómo— de lo que ha visto en casa. Sin hacerse esperar, la numerosa servidumbre se reúne y llena por completo la morada. Antorchas, lámparas, velas, candelas y todo el servicio de alumbrado nocturno iluminan la oscuridad. Y entre tanta gente nadie sale sin armas: cada cual viene con su garrote, su lanza o su espada desenvainada para prohibir el paso. No faltan los perros de caza con sus orejas tiesas y su pelambre erizada; los azuzan contra el animal para dominarlo.

20. »Yo, mientras el tumulto va todavía en aumento, me alejo de la casa batiéndome en discreta retirada, sin perder de vista, no obstante, a Trasileón y escondiéndome detrás de la puerta para observar su maravillosa resistencia frente a los perros.

»Aunque rozaba los umbrales de la muerte, no olvidaba sin embargo su dignidad, ni la nuestra, ni su honroso pasado: ya entre los dientes de Cérbero,

y a punto de ser tragado por él, Trasileón seguía luchando. Representando hasta la muerte el papel que voluntariamente había asumido, unas veces retrocedía, otras veces hacía frente, hasta que, tras mil posturas y movimientos acrobáticos, logró finalmente escabullirse y salir de casa. 3

»Sin embargo, aunque había alcanzado la libertad y se veía en la calle, no le fue posible salvarse huyendo. Pues todos los perros del barrio circundante, tan rabiosos como numerosos, se mezclan en manada con los perros de caza que precisamente acababan de lanzarse a la calle en persecución de la misma presa. ¡Lamentable y funesto espectáculo! Vi a nuestro Trasileón cercado y bloqueado por multitudes de perros enfurecidos, lo vi acribillado, desgarrado a mordiscos. Finalmente, sin poder ya contenerme ante tan doloroso espectáculo, me mezcló a los grupos de la multitud en movimiento y, como único medio de socorrer a mi buen compañero sin delatarnos, trato de desorientar a los directores de la cacería diciendo: ‘¡Qué lástima! ¡Qué tremenda monstruosidad! Perdemos ahí un animal estupendo, un ejemplar extraordinario’. 4 5 6 7

21. »De nada sirven al infortunado joven los artificios de mi elocuencia; un individuo alto y fornido sale corriendo de su casa y, sin titubear, clava su lanza en pleno pecho del oso; otro lo imita; y muchos más, perdido ya el miedo, se arriman a porfía y lo acribillan con sus espadas. Así, pues, Trasileón, insigne gloria de nuestra corporación, alma grande, digna de la inmortalidad, sucumbió por fin en la batalla, sin que el sufrimiento le hiciera proferir una queja, un simple aullido susceptible de traicionar la fe del juramento. Desgarrado a mordiscos, despedazado por el hierro, continuaba mugiendo y rechinando como animal salvaje, aguantaba su suerte con heroica resistencia: se conquistó la gloria abandonando su vida al destino. 2 3

»Sin embargo, fue tal el terror, tal el pánico que infundió a aquella masa de gente, que hasta el amanecer, o, mejor dicho, hasta muy entrado el día, nadie se atrevió a tocar, ni con la punta del dedo, el animal aquel, a pesar de verlo ya en el suelo y sin vida. Por último, entre incertidumbres e indecisiones, un carnicero algo más atrevido abrió el vientre al animal y quitó al heroico salteador su disfraz de oso. Así acabó Trasileón; nosotros lo hemos perdido, pero su gloria será imperecedera. Nos apresuramos, pues, a empaquetar lo que los muertos, de incorruptible lealtad, nos habían estado guardando. Y, apretando el paso, al abandonar el territorio de Platea, nos íbamos haciendo las siguientes reflexiones: sobran razones para que en este mundo no se encuentre la Buena Fe: aburrida de nuestras perfidias, ha emigrado ya a los infiernos; se halla entre los muertos. 4 5 6

»Así, pues, totalmente agotados por el peso de la carga y las asperezas de la ruta, con la añoranza, además, de los tres camaradas perdidos, ya veis el 7

botín que hemos traído».

22. Concluido este discurso, ofrecen en copas de oro libaciones de vino puro en memoria de sus camaradas fallecidos; luego, entonan algunos himnos en honor del dios Marte y se retiran a descansar un poco. En cuanto a nosotros, la vieja aquella nos distribuyó, sin medir, cebada fresca en abundancia; tanto es así, que mi caballo, ante tan copiosa ración —aunque él solo pudo con todo—, creía estar en un banquete de sacerdotes salios^[44]. Yo, en cambio, como nunca había comido la cebada cruda, sino bien triturada y en papilla cocida a fuego lento, al divisar un rincón donde se amontonaban los mendrugos de pan que habían sobrado a toda aquella gente, me retiro a probar allí resueltamente la destreza de mis mandíbulas entumecidas por un largo período de hambre y cubiertas ya de telas de araña.

A una hora avanzada de la noche, he aquí que los ladrones se despiertan y trasladan el campamento. Su atuendo varía: unos van armados con espadas, otros disfrazados de fantasmas; desaparecen a toda velocidad. Yo, sin embargo, continué comiendo a dos carrillos y sin desmayar; ni el sueño que ya se apoderaba de mí pudo hacerme parar. Y aunque antes, cuando yo era Lucio, con uno o dos panes tenía bastante y me retiraba de la mesa, ahora, ante las exigencias de mi vientre tan profundo, iba ya por la tercera cesta y seguía rumiando. En esta tarea, con gran asombro mío, me sorprendió la clara luz del día.

23. Por fin, atendiendo a la característica sobriedad de los asnos, pero con hartío sentimiento, salgo de aquel lugar y voy a aliviar mi sed en el riachuelo inmediato. En aquel preciso instante regresaban los ladrones, increíblemente angustiados y preocupados; no traían el menor botín, ni siquiera el más vil harapo; con todas sus espadas, con toda la fuerza de sus brazos, con toda clase de precauciones, el equipo completo conducía simplemente a una joven de aspecto distinguido, cuyos modales de gran dama hacían pensar en la aristocracia del país. La chiquilla —una tentación, os lo aseguro, hasta para un asno como yo— lloraba, se arrancaba el pelo, se rasgaba las vestiduras.

Cuando la tuvieron en el interior de la cueva, los ladrones, quitando importancia a los motivos de sus penas, le hablan en estos términos: «No peligran ni tu vida ni tu honor; ten un poco de paciencia para facilitar nuestra empresa. La dura ley de la pobreza nos ha reducido a este oficio. Tus padres, al contrario, tienen montañas de riquezas y, por avaros que sean, no tardarán en disponer el debido rescate de su sangre».

24. Con estas y otras palabras similares que le repetían al oído, trataban en vano de calmar a la muchacha. ¡Muy natural! Pero ella, con la cabeza entre las rodillas, se deshacía en lágrimas. Ellos, entonces, mandan entrar a la vieja

para que haga compañía a la niña y la consuele con las más cariñosas palabras; luego, se van a las tareas propias de su profesión. Pero nada de lo que decía la vieja lograba cortar el llanto de la niña; al contrario, se lamentaba con mayor desesperación entre vivas convulsiones e ininterrumpidos sollozos, hasta el punto de hacerme saltar las lágrimas a mi también. Decía: «¡Qué desgraciada soy! Con una casa como la mía, con tanto servicio, con esclavos tan familiares y queridos, con padres tan adorables, heme aquí abandonada, víctima de un rapto cruel: he perdido mi personalidad. Cual esclava encerrada en esta cárcel de roca, en esta sala de tortura, sin ninguna de las comodidades que rodearon mi nacimiento y mi niñez, sin estar segura de salir con vida entre tantos y tan temibles ladrones, en una población de horribles asesinos, ¿cómo puedo dejar de llorar? ¿Cómo puedo incluso soportar la existencia?»

Tales eran sus lamentaciones. Al sufrimiento moral se unía la irritación de su garganta y el agotamiento de todo su cuerpo. Ya rendida, cerró sus ojos tristes y se durmió.

25. Apenas había dado tiempo a que sus párpados se cerraran, cuando de repente se despierta como si hubiera enloquecido, y vuelve a mortificarse con redoblada amargura: empieza a golpearse rudamente el pecho con ambas manos y abofetea su cara encantadora. Como la viejecita le preguntaba con la mayor insistencia el porqué de este nuevo y redoblado disgusto, ella, suspirando cada vez más angustiada, contesta así: «¡Ay! Ahora sí que estoy perdida del todo, ahora ya me he despedido de toda esperanza de salvación. Un lazo corredizo, tal vez un puñal, o más probablemente un precipicio, he ahí sin la menor duda la suerte que me espera».

Al oír sus palabras, la vieja, un tanto irritada y con mirada más severa, le pregunta: «¿Me vas a decir por qué, ¡diablo!, tienes que llorar? Después de caer en profundo sueño, ¿por qué, de repente, vuelves a dar libre rienda a tu llanto? Me parece que está claro: tú pretendes que se malogre el bonito ingreso que mi gente espera de tu rescate. Si persistes en tu actitud, con lágrimas y todo (los ladrones hacen normalmente muy poco caso de las lágrimas) voy a hacerte asar viva».

26. La jovencita se asustó al oírla, y, besándole la mano: «Perdón, madrecita —dice—; mi desgracia es muy grande; muéstrate compasiva y humana; ten un poco de paciencia. No puedo creer que en la avanzada madurez de tu vida, bajo tu venerable cabello blanco, se hayan secado por completo los sentimientos de compasión. Acaba por fijarte en el cuadro de mi desgracia. Había un apuesto joven, distinguido entre los de su clase, a quien proclamó la ciudad entera como hijo adoptivo, primo mío por añadidura, que me llevaba tan sólo tres años. Se había criado conmigo; desde su más tierna

infancia había crecido a mi lado bajo el mismo techo, o, mejor dicho, en la misma habitación, en la misma cama. Se había comprometido conmigo y sentíamos ambos la sagrada ternura del mismo cariño; el matrimonio debía consagrar las promesas de antaño; teníamos el consentimiento de nuestros padres que, en acta oficial, lo habían reconocido como mi esposo. Rodeado de una nutrida multitud de parientes y allegados, ofrecía ya en los templos y santuarios públicos los sacrificios de la boda; en toda la casa, tapizada de laurel y profusamente iluminada con antorchas, resonaba el himno nupcial. Mi pobre madre, estrechándome en sus brazos, se complacía en arreglarme con el equipo de novia y, prodigándome los más dulces besos, soñaba ya con la esperanza de la futura descendencia que sus votos anhelaban. Entonces, de improviso, hacen irrupción unos hombres armados con espadas; aparece el cruel espectro de la guerra blandiendo el hierro desnudo y amenazador: no se lanzan a matar ni a saquear, sino que en apretada formación invaden la habitación que nosotros ocupábamos. Ninguno de los nuestros pensó en el contraataque, ni siquiera en oponer la mínima resistencia. ¡Pobre de mí! Muerta de miedo, presa de horrible pánico, me arrancaron del seno mismo de mi madre. Así quedó interrumpida y dispersada mi boda, como ocurrió con la de Attis o la de Protesilao^[45].

27. «Pero resulta que acabo de tener un sueño horrible, y en él he revivido mi desdicha o, más exactamente, he visto colmada la medida de mis males. Pues he creído verme arrancada violentamente de mi casa, de mi habitación, de mi propio lecho; me llevaban por parajes solitarios e intransitables, e iba invocando el nombre de mi infortunado marido. Él, al verse privado de mis brazos, recién perfumado y todavía coronado de flores, seguía mi rastro mientras yo corría huyendo sobre unas piernas que no eran las mías. Y como él lamentaba a voz en grito el rapto de su bella esposa y pedía auxilio al pueblo, uno de los ladrones, indignado y harto de esta molesta persecución, coge a sus pies un morrillo enorme y de un golpe mata al desgraciado joven que era mi marido. Despavorida y angustiada por tan espantosa visión, me desperté de mi funesto sueño».

Entonces, la vieja, impresionada a su vez por las lágrimas de la joven, le dice suspirando: «Ten confianza, reina mía, y no te dejes asustar por las vanas ilusiones de los sueños. Pues, según dicen, son engañosas las visiones que tenemos cuando soñamos de día; e incluso las que tenemos de noche anuncian a veces lo contrario de lo que representan. Así, llorar, recibir una paliza y, a veces, verse degollado son augurios de suerte en los negocios y prosperidad; y, al contrario, reír, hartarse de golosinas o entregarse a las delicias del amor significará que se va a ser víctima de la tristeza, la enfermedad o cualquier otra desgracia. Ahora voy a distraerte ya con una de las bonitas historias que

cuentan las viejas». Y empieza:

28. «Había en cierta ciudad un rey y una reina; tuvieron tres hijas y las tres llamaban la atención por su belleza. Por muy agradable que fuera el aspecto de las dos mayores, el lenguaje humano podía celebrar dignamente, al parecer, la gracia de su hermosura. Pero la perfección de la más joven era tan extraordinaria, tan maravillosa, que la voz humana no tenía palabras para expresarla ni ponderarla adecuadamente. Muchos ciudadanos y no pocos extranjeros, que acudían en masa atraídos por la fama de la excelsa maravilla, quedaban atónitos ante esta belleza sin par y, llevándose a la boca su mano derecha con el dedo índice colocado sobre el pulgar erecto, veneraban a la joven con devota adoración, como si fuera la diosa Venus en persona. Ya se había extendido la noticia por las ciudades vecinas y por las regiones circundantes: la diosa, decían, engendrada en las profundidades azuladas del Océano y formada con la sutil espuma del oleaje, prodigaba ahora su divina presencia asociándose a las colectividades humanas; o, más probablemente, por un nuevo efecto de la influencia creadora del rocío del cielo, la tierra —y no ya el líquido elemento— había producido otra Venus agraciada con la misma flor de virginidad.

29. «Así, de día en día, se extendía hasta el infinito esta creencia: la fama en aumento va recorriendo las islas próximas, luego, sobre el continente, la gran mayoría de las provincias. Son ya muchos los mortales que, recorriendo largos caminos y surcando profundos mares, afluyen para ver la gran maravilla del siglo. Nadie navega hacia Pafos, nadie hacia Cnido, ni siquiera hacia la misma Citera^[46] para contemplar a la diosa Venus. Sus sacrificios quedan interrumpidos, sus templos se arruinan, sus almohadones^[47] son pisoteados, su culto abandonado; ya no llevan coronas sus estatuas y la fría ceniza ensucia sus altares solitarios. La jovencita es el centro de las súplicas; se quiere aplacar a la augusta divinidad de Venus en su encarnación humana. Cuando por la mañana sale la virginal doncella, se ofrecen víctimas propiciatorias y banquetes sagrados a Venus, invocando su nombre aunque esté ausente; y cuando la joven cruza una plaza, la gente se aglomera para implorar su protección ofreciendo guirnaldas y flores.

»Este exagerado traspaso de honores divinos a favor de una simple mortal inflamó de violenta cólera a la verdadera Venus, que, sin poder contener su indignación y moviendo la cabeza con profunda rabia, pensó así en su fuero interno:

30. «‘Yo pues, la primitiva madre de la naturaleza, el origen y germen de los elementos, la Venus nutricia del universo, ¿he de verme reducida a

compartir con una joven mortal los honores debidos a mi majestad? Y ¿ha de profanarse con la suciedad de la tierra mi nombre que está consagrado en el cielo? ¿Puedo tolerar que el culto de un nombre en común para las dos motive confusiones entre mis adoradores y los de una sustituta? ¿Ha de representarme entre los hombres una joven destinada a la muerte? En vano el famoso pastor, cuya justicia e imparcialidad obtuvo la aprobación del gran Júpiter, me habrá preferido a excelsas diosas por mis encantos sin igual^[48]. Pero esta criatura, como quiera que sea, no ha de continuar triunfando y usurpando mis honores: le haré lamentarse hasta de esa seductora hermosura’.

»Inmediatamente llama a su hijo, el niño alado y atrevidillo que, menospreciando la moralidad pública, armado con antorchas y flechas, recorre de noche las casas ajenas, malquista todos los matrimonios y comete impunemente los peores escándalos sin hacer nunca nada de bueno. Aunque él es ya insolente por connatural desvergüenza, ella lo incita además con sus palabras, lo acompaña a la mencionada ciudad y le presenta a Psique (tal era el nombre de la joven).

31. »Le explica cómo la rivalidad a que da lugar la hermosura de la joven es tema de todas las conversaciones; su indignación estalla en suspiros de rabia: ‘Te lo conjuro —exclama— por los lazos del cariño materno, por las dulces heridas de tus flechas, por el delicioso fuego de tu antorcha: venga a tu madre, que sea completa la venganza, y castiga sin compasión a esta terca hermosura; concédeme tan sólo una cosa, y con esta sola cosa me doy por enteramente satisfecha: haz que esta joven se enamore perdidamente del último de los hombres, un maldito de la Fortuna en su posición social, en su patrimonio y en su propia integridad personal; en una palabra: un ser abyecto que no pueda hallar en el mundo entero otro desgraciado comparable a él’.

»Dio fin a su discurso; y con sus labios entreabiertos, cubriendo de largos y cálidos besos a su hijo, se dirige al punto más próximo de la costa, donde mueren las olas; entonces, pisando con sus pies de rosa la cresta espumosa de las aguas que se mecen, he aquí que se sienta y deja llevar sobre la serena superficie del profundo mar. Apenas asoma en ella un deseo, al punto, como si hubiera dado órdenes con mucha antelación, las divinidades marinas se apresuran a servirla: allí aparecen las hijas de Nereo cantando en coro, Portuno con su barba azul y erizada, Salacia con la falda cargada de peces, y Palemón, el pequeño auriga, en su delfín; también invaden el horizonte marino, a saltos, los Tritones en tropel: uno sopla suavemente en su concha sonora, otro con un tejido de seda quita a la reina el sol que le molesta; los demás van nadando uncidos a su carro por parejas. Tal es la escolta que acompaña a Venus en marcha hacia el Océano.

32. »Entretanto, Psique, con todo el esplendor de la hermosura, no saca la menor ventaja de sus atractivos. Todos la contemplan, todos la ensalzan, pero nadie, ni rey, ni príncipe, ni siquiera algún plebeyo, se presenta con ganas de pedir su mano. Se admira, ciertamente, su aspecto digno de una diosa, pero como se admira siempre a una estatua de acabada perfección artística. Hacía tiempo que las dos hermanas mayores que ella, sin que ningún pueblo celebrara su corriente hermosura, habían sido prometidas a pretendientes de sangre real y habían conseguido matrimonios. Pero Psique, doncella condenada a la soltería, se queda en casa llorando su abandono y soledad; la enfermedad física se une a las heridas del corazón, y, aunque es el encanto de todas las gentes, odia la hermosura de que está dotada. 2 3 4

»El padre de la infortunada princesa está desesperado y sospecha que es víctima de la maldición divina. Por temor a la ira del cielo, consulta el antiquísimo oráculo del dios de Mileto^[49]; con oraciones y sacrificios pide a tan alta divinidad una boda, un marido para la doncella sin pretendientes. Apolo, aunque griego jónico, como atención al autor de una composición de estilo milesio, formuló el siguiente oráculo en latín: 5 6

33. »*‘Sobre una roca de la alta montaña, instala, ¡oh Rey!, un tálamo fúnebre y en él a tu hija ataviada con ricas galas. No esperes un yerno de estirpe mortal, sino un monstruo cruel con la ferocidad de la víbora, un monstruo que tiene alas y vuela por el éter, que siembra desazón en todas partes, que lo destruye todo metódicamente a sangre y fuego, ante quien tiembla el mismo Júpiter, se acobardan atemorizadas las divinidades y retrocen horrorizados los ríos infernales y las tinieblas del Estigio’.* 2

»El rey, feliz en otros tiempos, al conocer la respuesta del oráculo divino vuelve desmoralizado y triste a su palacio y explica a su esposa lo que prescribe el aciago destino. La desolación, las lágrimas, los lamentos duran varios días. Pero llega ya el tétrico momento de cumplir la cruel sentencia del destino. 3

»Ya se dispone para la desgraciadísima doncella toda la pompa de la fúnebre boda. La llama de las antorchas se apaga entre cenizas y negras humaredas; la música de la flauta nupcial es sustituida por el triste ritmo de las modulaciones lidias; y el alegre canto de Himeneo acaba en lúgubres llantos; y la joven contrayente se enjuga las lágrimas con su propio velo de novia. La ciudad entera se asociaba al dolor de esta familia afligida por un triste destino, y el dolor del pueblo se traduce en unánime e inmediato duelo general. 4 5

34. »Sin embargo, la ineludible necesidad de obedecer a las órdenes del cielo reclamaba a la pobrecita Psique para el suplicio que le estaba destinado.

Ultimado, pues, en medio de una profunda tristeza, el solemne ceremonial de este himeneo de muerte, se pone en marcha el cortejo fúnebre para enterrar a una persona en vida; la población en masa toma parte en la comitiva. Psique, bañada en lágrimas, no asiste a la propia boda, sino a las propias exequias. Y cuando sus padres, acongojados, sucumben en tan doloroso trance sin resolverse a consumir la inhumana monstruosidad, es su misma hija quien los anima con las siguientes palabras:

»‘¿Por qué os atormentáis en los últimos años de vuestra existencia llorando sin parar? ¿Por qué agotáis las energías de vuestra vida (más mía que vuestra) en ininterrumpidos sollozos? ¿Por qué afeáis con lágrimas inútiles vuestros rostros, que para mí son adorables? ¿Por qué irritáis mis ojos con la irritación de los vuestros? ¿Por qué os arrancáis vuestra blanca cabellera? ¿Por qué zaherís, uno ese pecho, la otra ese seno que yo tengo por sagrados? He ahí la gloriosa recompensa que os ha valido mi incomparable hermosura. La envidia cruel os asesta un golpe mortal: os enteráis demasiado tarde.

»‘Cuando los pueblos de diversas naciones nos rendían honores divinos, cuando con voz unánime me llamaban la nueva Venus, entonces era el momento de gemir y llorar, entonces debíais de haberme guardado luto como si ya me hubierais perdido. Ahora me doy cuenta, ahora veo claro: el nombre de Venus ha sido la única causa de mi perdición. Llevadme, colocadme sobre la roca que el destino me ha asignado. Tengo ganas de que llegue el momento feliz de esa boda, tengo ganas de conocer el noble marido que me corresponde. ¿Por qué lo hago esperar, por qué he de evitar su encuentro? Ya está llegando el que ha nacido para ruina del universo entero’.

35. »Así habló la joven. Luego, se calló y con paso decidido se incorporó a la multitud que la acompañaba. Se llega a la roca designada, sobre la abrupta montaña; se coloca la joven en lo alto de aquella cumbre y la dejan completamente sola. Allí mismo apagan con sus propias lágrimas las antorchas nupciales que habían servido para iluminar la marcha y allí las dejan tiradas. Cabizbajos, se disponen a regresar a sus casas. Sus desgraciados padres, agotados por tan sentida pérdida, se encerraron en el fondo de su palacio condenándose a una noche eterna. Psique, temblando de miedo en la cúspide de su roca, se deshacía en lágrimas; en esto, el dulce aliento del céfiro que la acariciaba agitando en ondulaciones alternas el borde de sus faldas, acaba hinchando todo el vuelo de sus vestiduras; Psique se eleva gradualmente y se ve transportada por los aires en suave descenso a lo largo de la roca, hasta un profundo valle que había al final: aterriza con suavidad y se ve sentada en un lecho de césped florido.

LIBRO V

El cuento de Psique (continuación). — Cupido se enamora de Psique y en alas del viento la baja de la cumbre solitaria y, sin darse a conocer, se la lleva a su maravilloso palacio para hacerla su esposa. Pasado algún tiempo recibe la visita de sus dos hermanas mayores; Psique las manda cargadas de valiosos regalos. Nace la envidia en el corazón de las dos hermanas, que intentan acabar con Psique aunque hayan de matarla. Logran convencerla de que ha de dar muerte al monstruo que la ama o ha de identificar al menos su personalidad (era condición de la felicidad de Psique que no se arriesgara a contemplar el rostro de su esposo); lo identifica, en efecto, pero entonces Cupido se da a la fuga, según dice, para siempre. Psique, irritada ante la maldad de sus hermanas, las engaña a su vez y las lleva a un precipicio, donde ambas perecen despeñadas (1-31).

1. »Sobre la espesa capa de verdura, Psique, cómodamente recostada como en un lecho de césped, recobró, tras la violenta conmoción, la serenidad de su mente y se entregó a un suave descanso. Bastante repuesta, se levanta tranquila de su plácido sueño. Ve un bosque de árboles altos y frondosos, ve una fuente cuyas aguas tenían la transparencia del cristal; entre los árboles, y precisamente en el centro del bosque y junto a la corriente del agua, había una mansión real: en su construcción no había intervenido la mano del hombre, sino el arte de la divinidad. Bastaba acercarse a la entrada para darse uno cuenta de que tenía ante sí la lujosa y plácida resistencia de alguna divinidad. Los artesanados, allá en lo alto, esculpidos en tuya y marfil, descansan sobre columnas de oro; las paredes, completamente cubiertas de bajorrelieves de plata, representan a los ojos del visitante animales salvajes y otros por el estilo. Sólo un artista maravilloso, mejor dicho, un semidiós, o más exactamente un dios auténtico, podía con las sutilezas de un arte consumado infundir la vida de las fieras a tanta cantidad de plata. En el mismo pavimento, diminutas piedras preciosas y labradas oponen su colorido en variadas representaciones pictóricas: ¡felices, una y mil veces felices, aquellos que andan sobre perlas y piedras preciosas! Las demás estancias de aquella mansión, en toda su anchura y profundidad, son de incalculable valor; las paredes están revestidas de arriba abajo con chapas de oro macizo y brillan con el resplandor propio del oro; esta casa tendría luz propia si el sol le negara la suya: tales son, en efecto, los haces luminosos que desprenden las habitaciones, las galerías y hasta las mismas puertas. El mobiliario es de una riqueza adecuada a la magnificencia del edificio; parece muy verosímil que el gran Júpiter se ha construido este paraíso como palacio en la tierra para vivir con los hombres.

2. »Atraída por los encantos del lugar, Psique se acerca cada vez más; va cobrando confianza y se aventura a cruzar el umbral; luego, cediendo al deleite de la curiosidad ante tan maravilloso espectáculo, lo examina en todos sus detalles; ve al otro lado del palacio los almacenes, de una arquitectura grandiosa, donde se amontonan grandes tesoros. Si algo falta allí es porque no

existe. Pero si había mucho que admirar entre tantas riquezas, lo más sorprendente era que ninguna cadena, ninguna valla, ningún guardián custodiaba aquel tesoro que reunía todas las maravillas del mundo. Cuando Psique se complacía con sumo deleite a la vista de todo ello, he aquí que oye la voz de un ser invisible: ‘¿A qué, señora —le dice—, a qué viene este asombro ante tanta opulencia? Todo esto te pertenece. Entra, pues, en tu habitación, ponte a descansar de tus fatigas en una de esas camas y, cuando gustes, di que se te prepare el baño. Nosotras, cuya voz estás oyendo, somos tus doncellas; henos aquí prontas a servirte con esmero, y, en cuanto estés arreglada, no se hará esperar el regio banquete organizado en tu honor’.

3. »Psique reconoció en esta felicidad un efecto de la divina providencia; dócil a los consejos de aquella voz sobrenatural, se entregó primero al sueño y luego en el baño acabó de disipar su cansancio; al ver muy a punto a su lado una tarima semicircular^[50] y dándole a entender el conjunto que se trataba de la comida preparada para hacerle reponer fuerzas, se instala allí muy a gusto. Inmediatamente aparecen vinos deliciosos como el néctar, fuentes con variados y abundantes manjares; sin que nadie sirva la mesa, todo viene solo como por impulso sobrenatural. Ella no podía ver a nadie; tan sólo oía palabras caídas del cielo y las voces eran su único servicio. Después del opíparo banquete, entró alguien y se puso a cantar, sin dejarse ver; otro tocó la cítara, y hasta la cítara era invisible; después deleitó su oído un número de conjunto, ejecutado por numerosas voces; aunque no se veía a nadie, era evidente que se trataba de un coro humano.

4. » Tras estas deliciosas amenidades, la hora avanzada de la tarde aconsejaba a Psique que fuera a dormir; así lo hizo.

»Entrada ya la noche, un ligero ruido llamó su atención. Temiendo por su honor en medio de tan profunda soledad, se asusta, se horroriza y, más que cualquier desastre, le inquieta lo desconocido. Ya estaba a su lado el marido misterioso; subió al lecho, hizo de Psique su esposa, y, antes de que volviera la luz del día, había desaparecido apresuradamente. Sin demora, las voces, que esperaban ante la alcoba, prestan sus cuidados a la recién desposada, cuya virginidad había sucumbido. Así continuaron las cosas por algún tiempo. Según ley natural, el hábito le fue haciendo agradable su nuevo estado y el timbre de aquella voz misteriosa era un consuelo para su soledad.

»Entretanto, sus padres envejecían sin cansarse de llorar y penar. La noticia de lo ocurrido se había divulgado a otras latitudes y sus dos hermanas mayores se habían enterado de todo; tristes y llorosas, abandonaron sin tardanza sus hogares y, rivalizando de celo, acudieron a ver a sus padres y a hacerles compañía.

5. »Aquella noche, el esposo, dirigiéndose a Psique —pues aunque era invisible no dejaba de oírlo y de tocarlo como muy presente y real—, le habló en los siguientes términos: ‘Psique, adorable y querida esposa, estás en peligro de muerte, te persigue la Fortuna con acentuada crueldad; has de ponerte en guardia con la mayor cautela. He ahí mi consejo. Tus hermanas, alarmadas, te creen ya muerta y buscan tu rastro; pronto llegarán a la consabida roca. Si, dado el caso, oyeras sus lamentos, no contestes; más todavía, no vuelvas la mirada en su dirección; de lo contrario, a mí me acarrearías el más vivo dolor y a ti te esperaría la mayor de las desgracias’.

»Psique accede y se compromete a actuar según las instrucciones de su marido; pero como él se esfumó al disiparse las tinieblas de la noche, la pobrecita se pasó todo el día entre lágrimas y suspiros, repitiendo que esta vez sí que era desesperada su situación: pues encerrada en esta cárcel feliz, sin poder hablar con ningún mortal, ahora que sus hermanas lloran su desaparición, ni siquiera puede darles una palabra de consuelo o verlas un instante. Sin tomar el baño, sin probar alimento, sin darse el menor alivio, llorando amargamente se fue a dormir.

6. »Al poco rato, su marido, adelantándose algo a su horario habitual, se acuesta a su lado; la abraza todavía inundada de lágrimas y le pide explicaciones: ‘Son ésas las promesas que me hiciste, querida Psique? ¿Cómo voy a contar ya contigo, aunque soy tu marido? ¿Qué puedo esperar? De día, de noche, y hasta entre los brazos de tu esposo, no paras de atormentarte. ¡Basta ya, haz lo que quieras, sigue tus gustos, aunque sea para perderte! Recuerda tan sólo mis serias advertencias cuando un día empieces a arrepentirte’.

»Ella, entonces, a fuerza de súplicas y bajo la amenaza de que en ello está en juego su vida, arranca el consentimiento de su marido para darse el gusto de ver a sus hermanas, mitigar sus lágrimas y hablar con ellas. Él accede, pues, a los ruegos de la recién casada y, además, le permite llevarles todo el oro y todos los collares que quiera regalarles. Pero le recomienda con insistencia y con reiteradas y tremendas amenazas que no ceda a los perniciosos consejos de sus hermanas y que nunca intente averiguar cómo es su marido; sería una curiosidad sacrílega, que echaría a perder tantos motivos de felicidad y la privaría para siempre de sus abrazos.

»Psique dio las gracias a su marido y, ya más alegre, le dijo: ‘Antes morir mil veces que perder la felicidad de nuestra unión; pues estoy locamente enamorada de ti y, seas quien seas, te quiero tanto como a mi propia vida: ni el propio Cupido me parece comparable a ti. Sin embargo, te lo suplico, concédeme todavía un favor: ordena a Céfiro, tu servidor, que me traiga aquí

a mis hermanas por el mismo procedimiento que me ha traído a mí'. Y cubriéndolo de persuasivos besos, entre palabras cariñosas y estrechos abrazos, lo halaga además con frases como éstas: 'Dulzura de mi vida, adorado esposo mío, tierno encanto de tu Psique'. La fuerza y hechizo del lenguaje amoroso acabó rindiendo al esposo, a pesar suyo. Prometió hacer todo lo que se le pedía y, como ya iba a amanecer, se esfumó entre los brazos de su esposa.

9

7. »Sus hermanas se habían informado sobre la roca y el lugar en que Psique había sido abandonada. Inmediatamente se presentaron allí; y allí se pusieron a verter torrentes de lágrimas, a golpearse el pecho, de modo que el eco de sus reiterados gemidos hacía que las rocas y las montañas resonaran con el mismo dolor. Llamaban por su nombre a la hermana desgraciada. Al oír los gritos penetrantes de su voz angustiosa que bajaba hasta el valle, Psique, temblorosa y fuera de sí, se lanza al exterior del palacio y dice: '¿Por qué os atormentáis en vano con tan tristes lamentos? Me lloráis a mí: aquí me tenéis. Dejaos ya de lúgubres lamentaciones, secad ya vuestras mejillas demasiado tiempo bañadas de lágrimas, pues ya podéis abrazar de nuevo a la que estabais llorando'.

2

3

»Entonces llama a Céfiro y le comunica la orden de su marido. Sin hacerse esperar, y cumpliendo en el acto el mandato recibido, Céfiro, de un suavísimo soplo, eleva a las dos hermanas y las transporta sin causarles el menor daño. Ya son felices entre mutuos abrazos e impacientes besos: las lágrimas, que ya se habían calmado, vuelven a correr, pero esta vez son fruto de la alegría. 'Alegraos ya —dice Psique—, entrad bajo mi techo, ved nuestro hogar y, en compañía de vuestra Psique, recread vuestras almas doloridas'.

4

5

6

8. »Tras estas palabras les enseña los inmensos tesoros de su casa dorada, les hace oír la multitud de voces que la sirven, y, para reparar sus fuerzas, les ofrece un baño suntuoso y todos los refinamientos de una mesa digna de los Inmortales. Tanto es así que ellas, al verse saciadas con esta profusión de manjares, auténticas riquezas del cielo, empezaron a sentir y fomentar la envidia en el fondo del corazón.

2

»Una de las dos acabó por preguntarle con mucho interés e indiscreción quién era el dueño de aquellas divinas maravillas, cómo se llamaba o qué era su marido. Psique, no obstante, no infringe en modo alguno las prescripciones de su esposo ni deja escapar el secreto de su corazón; inventa un cuento de circunstancia: dice que es un apuesto joven cuyas mejillas se acaban de poblar de suave barba, que dedica la mayor parte de su tiempo a la caza por el campo y el monte. Si la conversación se prolongaba, temía que se le fuera la lengua y traicionara su propósito de callar; por ello, después de cargarlas de objetos de

3

4

5

oro y de collares de piedras preciosas, llama a Céfiro y le manda que se las lleve inmediatamente.

9. »La orden fue cumplida al instante. Las ilustres hermanas volvían a casa corroídas por la enconada hiel de la envidia y mantenían entre sí una estruendosa y animada conversación: ‘¡Hay que ver lo ciega, lo cruel, lo injusta que eres, Fortuna! ¿Te parece bien que, siendo como somos auténticas hermanas por línea paterna, y materna, sigamos destinos opuestos? A nosotras que somos mayores que ella, nos han casado con extranjeros para ser sus criadas; lejos del hogar natal y hasta de nuestra misma patria y nuestros padres, vivimos como desterradas; ella en cambio, el último vástago, el fruto tardío de una fecundidad que con ella se ha agotado, está en posesión de inmensas riquezas, con un dios por marido; y ni siquiera sabe usar correctamente de tanta abundancia. Ya has visto, hermana, qué de collares, y de qué calidad, andan rodando por su casa. ¡Qué ropas más lujosas! ¡Qué deslumbrantes joyas! Y además, ¡qué cantidad de oro bajo los pies a cada paso que allí se da!

»‘Y si por añadidura tiene un marido tan guapo como dice, no hay en el mundo entero mujer más feliz. Si la intimidad sigue su curso y se afianza el amor, no me extrañaría que su divino marido hiciera de ella también una diosa. Así es, no cabe duda; ya tenía el aspecto y los modales de una diosa. Ya pone sus miradas en el cielo; ya se presiente a la diosa en esta mujer que tiene voces por doncellas y da órdenes a los mismos vientos. A mí, en cambio, me tocó en suerte un marido, en primer lugar, más viejo que mi padre, y, encima, más calvo que una calabaza: un retaco de hombre con menos apariencia que un niño, y que me lo guarda todo en casa bien cerrado con llaves y cadenas’.

10. »La otra replica: ‘Pues yo tengo que aguantar a un marido todo arrugado y jorobado por efectos de reuma articular; la consecuencia de su enfermedad es que muy rara vez se fija en mis encantos. Paso casi todo mi tiempo en dar masajes a sus dedos deformados y duros como piedras; me quemo mis preciosas manos a fuerza de aplicarle compresas malolientes, paños sucios y repugnantes cataplasmas; hago el penoso papel de una enfermera más bien que el de una hacendosa ama de casa. Y ya veo, hermana (voy a decirte con franqueza lo que pienso), ya veo con qué paciencia o, mejor dicho, con qué servilismo soportas esta situación; pero yo no puedo aguantar por más tiempo tanta prosperidad en manos de quien no se la merece. Recuerda con qué aires de soberbia y arrogancia nos ha tratado. Hasta sus prisas en la impertinente exhibición denotaban el morboso orgullo que respira; y, de tantas riquezas, nos ha tirado a la cara unos desperdicios, y a regañadientes; acto seguido, molesta por nuestra presencia, manda que se nos

eche fuera y se nos ventile entre silbidos. Renuncio a mi condición de mujer, renuncio a la misma vida, si no la derribo de tan opulenta posición. Y si también tú, como es natural, estás resentida de nuestra afrenta, concertemos entre las dos una acción enérgica. En primer lugar, no enseñemos a nadie lo que traemos, ni siquiera a nuestros padres; ignoremos incluso cuanto de su vida sabemos. Basta que nosotras hayamos visto lo que no quisiéramos haber visto; no vayamos, encima, a pregonar ante nuestros padres y ante el mundo entero su incomparable felicidad. El hombre no es feliz cuando nadie tiene noticias de sus riquezas. Nuestra hermana ha de aprender que nosotras no somos sus criadas, sino sus hermanas mayores. Y, de momento volvamos con nuestros maridos, vayamos a nuestras casas, modestas pero muy ordenadas; cuando hayamos madurado y afianzado nuestras ideas, volvamos más pertrechadas a castigar su orgullo’.

11. »Las dos hermanas malas dan por bueno lo que es un mal pensamiento. Ocultan todos sus preciosos regalos y, arrancándose los cabellos, desgarrándose las mejillas (bien merecido lo tienen), renuevan su fingido llanto. Reavivan así el dolor de sus padres, a quienes hacen perder toda esperanza; luego, henchidas de furiosa rabia, emprenden el camino de su casa para organizar la trampa detestable o, mejor dicho, el asesinato de su inocente hermana.

»Entretanto, el misterioso marido da a Psique nuevas instrucciones en sus conversaciones nocturnas: ‘¿No ves —le dice— el grave peligro que te amenaza? La Fortuna organiza sus guerrillas en la lejanía, y si no tomas con tiempo serias precauciones, pronto te habrás de enfrentar con un asalto cuerpo a cuerpo. Unas pérfidas lobas concentran todo su esfuerzo en disponer contra ti criminales emboscadas; la fundamental consiste en convencerte de que averigües qué cara tengo; pero como yo te lo he dicho muchas veces, si ves una vez mi cara ya no la volverás a ver. Así, pues, si con el tiempo vinieran aquellas malditas brujas con las armas de sus dañinos designios (y vendrán, lo sé), no cruces una palabra con ellas; y si, con tu cándida sencillez y tu buen corazón, no puedes evitarlo, al menos en lo referente a tu marido no hagas caso de nada ni nada les contestes. Pues vamos a tener familia: tú, que hasta ahora eras una niña, llevas ya en tu seno otro niño, que será un dios si sabes callar y guardar nuestro secreto; si lo profanaras, nuestro hijo será un simple mortal’.

12. »Esta noticia hizo que Psique irradiara felicidad; aplaudía ante la consoladora esperanza de su descendencia divina, suspiraba con impaciencia por el glorioso fruto que esperaba y se sentía feliz con el título de madre que le iban a dar. Cuenta ansiosamente los días que pasan y los meses

transcurridos; en su estado de gravidez, y sin ciencia ni experiencia, se admira de que una leve picadura pueda dar lugar a tan voluminoso desarrollo de su vientre. Pero ya aquellas pestíferas y abominables Furias, exhalando su veneno de víboras, navegaban con toda la velocidad de su impaciencia impía. Entonces, una vez más, el marido de las horas nocturnas pone en guardia a su querida Psique. ‘¡Ya ha llegado el último día y el momento decisivo! Un adversario de tu sexo y de tu sangre ha empuñado las armas, ha puesto en movimiento sus huestes, las ha dispuesto para la batalla y la trompeta ha dado la señal de ataque; tus abominables hermanas, con la espada desenvainada, ya apuntan a tu garganta. ¡Ay, Psique, vida mía, qué desastres se nos vienen encima! Ten compasión de ti y de nuestra suerte común; impónete una escrupulosa reserva y líbranos así de la catástrofe que amenaza a nuestra casa, a tu marido, a ti y a nuestro futuro hijito. Aquellas mujeres son unas criminales, sienten por ti un odio asesino y han pisoteado los lazos de la sangre que os es común: ya no las puedes llamar hermanas. No consientas en verlas ni oírlas cuando, a la manera de las Sirenas, se asomen a la roca y hagan resonar la montaña con sus funestas llamadas’.

13. »La contestación de Psique, entre sollozos y lágrimas, es apenas inteligible: ‘Hace tiempo, me parece, has podido apreciar la fidelidad y discreción de que he dado pruebas; y ahora vas a ver igualmente la firmeza de mi carácter. Basta que mandes otra vez a nuestro Céfiro cumplir con su deber; y, ya que me deniegas la contemplación de tu rostro sacrosanto, en compensación, déjame ver al menos el de mis hermanas. Por tu melena perfumada y suelta, por tus suaves y finas mejillas, parecidas a las mías, por tu pecho que me abrasa con una llama desconocida, por el deseo que tengo de conocer al menos el retrato de tu cara en la del hijo que esperamos: accede al ruego de mi angustiada súplica permitiéndome el gusto de dar un abrazo a mis hermanas: reanima a Psique con esta alegría, a Psique cuyo corazón se consagra y se entrega a ti sin reservas. No, ya no quiero saber nada más de tu rostro; ya no hay sombras para mí en las mismas tinieblas de la noche: te tengo a ti para iluminarme’.

»Hechizado por estas palabras y los dulces abrazos, el marido, enjugando con la propia cabellera las lágrimas de Psique, le prometió hacer lo que pedía. Luego, desaparece sin dejarse sorprender por la luz del naciente día.

14. »La pareja aquella de las dos hermanas que habían pactado la conjura, sin ir a ver siquiera a sus padres, desembarcan y van directamente a la roca en desenfundada carrera; sin esperar que soplara el viento que las había de transportar, se lanzan al vacío con insolente temeridad. Céfiro, atento al edicto de su rey, aunque de muy mala gana, las acoge en el seno de sus suaves brisas

y las deposita en el suelo. Ellas, sin titubear y apretando el paso, entran en casa, abrazan a su víctima, se proclaman sus hermanas —¡mentirosas!—, cubren con rostro risueño el teatro de perfidia que encierra su corazón y halagan a Psique con estas palabras: ‘Así, pues, Psique, ya no eres la niña de antaño; ya eres madre tú también. ¿Te das cuenta del tesoro que nos reserva el nido de tu seno? ¡Qué inmensa alegría vas a dar a toda nuestra familia! ¡Qué felicidad para nosotras criar a esa joya de niño! Si, como es de esperar, heredara la hermosura de sus padres, va a nacernos un auténtico Cupido’.

15. »Con este cariño fingido conquistan insensiblemente el corazón de su hermana. En seguida ella les ofrece asiento para que descansen, les procura el alivio de un baño de agua tibia, las instala en un magnífico comedor, deleita su paladar con maravillosos y deliciosos manjares, con los bocados más refinados. Da una orden a la lira: y la lira deja oír sus acentos; manda actuar a las flautas: y las flautas se ponen a tocar; dice al coro que cante: y se le oye cantar. Toda esta música, sin que se viera a ningún ejecutante, llegaba con deliciosa armonía al alma embelesada del auditorio.

»Sin embargo, la perversidad de aquellas malditas mujeres no se dejaba ablandar y calmar por aquellos acentos más dulces que la miel. Pendientes en todo instante del lazo que su malicia ha tendido, orientan la conversación en ese sentido con disimulada habilidad: empiezan a preguntar a Psique quién es su marido, a qué familia pertenece y en qué situación se halla. Ella, con increíble candor, olvidándose de lo que anteriormente había dicho, inventa un nuevo cuento: su marido, dice, es de una provincia próxima, tiene entre manos grandes negocios, alcanza la edad madura y ya peina alguna rara cana. Y, sin insistir más en el tema, vuelve a cargarlas otra vez de suntuosos regalos y las manda al aéreo transbordador.

16. »Ahora bien, al volver a sus casas en alas de las suaves brisas de Céfiro, van cambiando impresiones en estos términos: ‘¿Qué te parece, hermana, la monstruosa mentira de esa impertinente? Ayer su marido era un adolescente cuya barbilla estaba apenas poblada de suave vello; hoy es un hombre de mediana edad con cabellera blanca y plateada. ¿De quién puede tratarse? ¿Quién, en tan breve intervalo, habrá llegado tan repentinamente a la vejez? No cabe, hermana mía, más que esta doble alternativa: o la miserable nos inventa mentiras, o ignora cómo es su marido; como quiera que sea, hay que desalojarla cuanto antes de su brillante posición. Si no conoce a su marido, es que indudablemente se ha casado con un dios, y un dios es el fruto que nos reservan su entrañas. Ahora bien, si (¡no lo quiera dios!) fuera proclamada madre de un niño divino, me ataría una soga al cuello y me colgaría en el acto. Por el momento volvamos a casa de nuestros padres y

preparemos nuestra próxima entrevista hilvanando argucias con visos de la más perfecta realidad’.

17. »En este estado de excitación, y tras un saludo de compromiso a sus padres, se pasan la noche nerviosas y en vela; por la mañana, desenfrenadas, suben en un vuelo a la consabida roca; desde allí, con la habitual ayuda del viento y la misma rapidez, bajan en otro vuelo; y frotándose los párpados para provocar forzadas lágrimas, se dirigen a la joven con estas palabras capciosas: 2
‘Eres muy feliz; sólo la ignorancia de tu misma desgracia asegura tu beatífica tranquilidad; no te preocupas del peligro que te acecha; somos nosotras quienes, en permanente alerta, velamos por tus intereses y nos torturamos lamentablemente por los desastres que te afectan. Pues lo sabemos de buena 3
fuente y, por compartir, naturalmente, tu dolor y tu desgracia, no te lo podemos ocultar: una horrible serpiente, un reptil enroscado en mil nudos, con un cuello que destila un veneno sanguinolento y mortal, con una boca terriblemente abierta en toda su profundidad, he ahí el marido que, al amparo 4
de la oscuridad, descansa a tu lado. Recuerda ahora el oráculo de la Pitonisa que proclamó tu destino como esposa de un monstruo cruel. Muchos agricultores, muchos cazadores de esta zona, casi todos los habitantes del contorno lo han visto cuando, por la noche, vuelve del pasto y cruza a nado el río inmediato.

18. »‘No durará mucho tiempo (todos lo dicen) esta sobrealimentación que él te procura regalando tu paladar con finos manjares; en cuanto se cumpla el plazo de tu gravidez y alcances tu plenitud, te devorará como sabrosa y sazonada fruta. Ahora te corresponde a ti tomar la adecuada 2
solución: ¿quieres hacer caso a tus hermanas, que tiemblan por tu preciosa vida? ¿Quieres escapar a la muerte y vivir con nosotras exenta de peligros, o prefieres verte enterrada en las entrañas de un monstruo cruel? Si, en estos 3
campos solitarios, la compañía de simples voces, los amores clandestinos tan repugnantes como peligrosos y los abrazos de una serpiente venenosa te hacen feliz, nosotras en todo caso habremos cumplido con nuestro piadoso deber de hermanas’.

»Entonces, la pobre Psique, alma sencilla y sin dobleces, se siente aterrada 4
por revelación tan espantosa. Enajenada, fuera de sí, se olvida por completo de todas las advertencias de su marido y de sus propias promesas, precipitándose así en un abismo de desgracias. Temblorosa, pálida, lívida, con 5
voz apagada, murmura unas palabras entrecortadas, diciéndoles:

19. »‘Ya lo veo, queridas hermanas mías; vosotras, como no podía ser menos, permanecéis fieles al deber de la piedad fraterna; y los que os afirman esos horrores no me parecen inventar ninguna mentira. Pues nunca he visto el

rostro de mi marido; ni siquiera sé de dónde es. Sólo de noche puedo oír el murmullo de su voz; estoy aguantando a un marido de sospechosa personalidad, que desaparece irremisiblemente ante la luz del día; ha de ser un monstruo, tenéis razón en decirlo; estoy completamente de acuerdo con vosotras. Tiene particular interés en asustarme cuando lo quiero ver, y me amenaza de un gran desastre si manifiesto curiosidad por conocer los rasgos de su cara. Si podéis acudir en saludable ayuda de vuestra hermana en peligro, ahora es la ocasión de socorrerla; pues si, a un primer momento de previsión, sucede luego la indiferencia, se malogran las ventajas de aquella previsión'. Encontrándose ya abiertas de par en par las puertas de la plaza y viendo al descubierto el alma de su hermana, aquellas criminales criaturas, sin disimulos y renunciando al empleo de sus mecanismos secretos, echan mano a la espada para consumir el crimen y conquistar violentamente el alma angustiada de la cándida jovencita.

20. »Una de las dos toma la palabra: 'Los vínculos de la sangre, cuando está en juego tu seguridad, nos impiden reparar en ninguna clase de peligros: para ti sólo hay un medio de salvación, y, después de pensarlo mucho y muy despacio, te lo vamos a indicar. Coge una navaja de afeitar bien afilada, afínale el filo repasándola suavemente en la palma de la mano y escóndela secretamente en la parte de la cama que tú sueles ocupar. Procúrate una lámpara manejable, llénala de aceite para que dé buena luz y ocúltala tapándola bajo un celemín; rodea todos estos preparativos del más impenetrable secreto. Cuando el reptil se haya arrastrado surcando el suelo, cuando haya subido al lecho como de costumbre, cuando se haya estirado y veas, por su respiración, que está profundamente dormido bajo los efectos del primer sueño, entonces escúrrete de la cama; descalza, de puntillas, despacito, sin alargar el paso, saca la lámpara del rincón de su cárcel tenebrosa y aprovecha las indicaciones de su luz para ver el momento propicio a tu valiente empresa; sin titubear, levanta primero el brazo derecho con el arma de doble filo y asesta un golpe tan violento como te sea posible, corta el nudo que une la nuca a la cabeza de la maligna serpiente. Nuestra ayuda no ha de faltarte; estaremos a la expectativa muy alertas, y en cuanto hayas asegurado tu vida con su muerte, acudiremos de un brinco a tu lado; nos apresuraremos a llevarte a ti, y contigo llevaremos todos tus tesoros; y, ya que eres mujer, te uniremos a un marido de condición humana como tú lo anhelas'.

21. »Con esas palabras provocan un violento incendio en las entrañas ya ardientes de su hermana, a quien al instante dejan sola, pues nada temían tanto como hallarse en la zona de la gran tragedia. En alas del viento, como siempre, se plantan en lo alto de la roca; de allí se lanzan en veloz carrera,

embarcan y desaparecen.

»Psique, en cambio, se ha quedado sola, con la agravante de que no está sola, puesto que despiadadas Furias la atormentan: lucha como entre las olas de un mar de tristeza. Aunque es firme su decisión, aunque está empeñada en el intento, sin embargo, cuando se trata de poner manos a la obra, titubea y, sin saber qué hacer, se siente arrastrada entre los sentimientos opuestos que provoca su desastrosa situación: impaciencia, indecisión, audacia, inquietud, desconfianza, cólera; y, lo que es ya el colmo, odia al monstruo y ama al marido aunque constituyen la misma unidad física. Sin embargo, al llegar la tarde con la oscuridad de la noche, se decide de una vez y dispone los preparativos del nefasto crimen. Había entrado la noche; también estaba allí ya el marido; tras una primera escaramuza en amoroso combate, había caído en profundo sueño.

22. »Entonces Psique, falta de valor físico y moral, pero sostenida por la voluntad cruel del destino, cobra fortaleza: va en busca de la lámpara y echa mano a la navaja: la debilidad de su sexo se convierte en audacia.

»Pero al acercarse la luz e iluminarse la retirada alcoba, Psique ve al más dulce y amable de los animales salvajes: era Cupido en persona, el dios de la hermosura, graciosamente recostado; ante su aparición hasta la lámpara avivó su alegre resplandor y la navaja se horrorizó de su filo sacrílego.

»Psique, por su parte, se siente desfallecer ante la maravillosa aparición y, sin poder contener la emoción, lívida, descompuesta y temblorosa, se deja caer de rodillas y trata de esconder el arma, pero hundiéndola en su propio seno; ciertamente lo hubiera conseguido si el acero, horrorizado ante tamaño atentado, no se le hubiera escapado deslizándose entre sus manos temerarias. Agotada ya y sin esperanza de salvación, al contemplar una y otra vez la hermosura de aquel divino rostro, vuelve a recobrar los sentidos. Admira su cabeza rubia, su noble cabellera perfumada de ambrosía, su cuello blanco como la nieve, sus mejillas de púrpura, surcadas de rizos en gracioso desorden: unos le caían hacia adelante, otros hacia atrás, y su vivísimo resplandor hacía palidecer la llama de la misma lámpara; en las espaldas del dios volador se destacan sus alas blancas y resplandecientes como flores cubiertas de rocío; aunque están en reposo, el fino y delicado plumón que las ribetea se agita sin cesar en caprichoso revoloteo; el resto de su cuerpo era tan liso y brillante que no podía pesarle a Venus el haberlo traído al mundo. Al pie de su lecho estaban el arco, el carcaj y las flechas, armas propias de su divino poder.

23. »Psique, sin poder saciar los deseos de su excesiva curiosidad, examina, maneja y admira las armas de su marido: saca una flecha del carcaj

y se arriesga a probar su aguda punta apoyándola en el dedo pulgar; al temblarle el pulso y apretar más de la cuenta, se pincha y brotan a flor de piel unas gotitas de sangre sonrosada. Así, sin enterarse y por propio impulso, Psique se enamora del Amor. Arde en ella con creciente intensidad la pasión por el dios de las pasiones, y, dejándose caer sobre él locamente enamorada, lo cubre en un instante de irresistibles y palpitantes besos, aunque le contenía el temor de abreviar su sueño. Pero, mientras ella se embriaga de tanta felicidad, como la honda herida del corazón le hace perder el equilibrio, he aquí que la lámpara aquella —ya sea por vil perfidia, ya por celos criminales, ya por ganas de tocar ella también aquel hermoso cuerpo y besarlo a su manera— soltó de su mecha luminosa una gotita de aceite hirviendo sobre el hombro derecho del dios. ¡Oh lámpara audaz y temeraria, ruin servidora del amor! ¿Te atreves a quemar al dios de todo amor ardiente, cuando tú misma, como bien sabes, eres el invento de algún enamorado que quería seguir disfrutando del objeto de su amor hasta altas horas de la noche? El dios, por efecto de la quemadura, se despertó sobresaltado y, al ver que su secreto había sido divulgado y profanado, sustrayéndose a los besos y abrazos de su infeliz esposa, sin decir palabra, levantó el vuelo.

24. »Ahora bien, Psique, en el preciso instante en que él iniciaba su ascensión, se cogió con ambas manos a su pierna derecha; la desgraciada pretende acompañarlo en su carrera por los aires y, así colgada, quiere seguirlo entre las nubes hasta el fin del mundo; agotada por fin, se deja caer al suelo.

»Su divino amante no la abandona al verla postrada en tierra. Fue a posarse en un ciprés próximo y, desde la cima del árbol, le habló así con profunda emoción:

»‘Eres el colmo de la simpleza, Psique; yo, sin tener en cuenta las órdenes de mi madre Venus, en lugar de esclavizarte como ella quería con el amor del último y más desgraciado de los hombres, en lugar de ligarte con un indigno matrimonio, he preferido volar a tu lado y ser yo mismo tu amante. He obrado con ligereza, lo confieso; paso por famoso saetero, y me he alcanzado a mí mismo con mi propia flecha: te he convertido en mi esposa y ya ves el resultado: ¡me has tomado por un monstruo! Tu mano ha pretendido cortarme esta cabeza cuyos ojos te adoran. Creía que te había puesto suficientemente en guardia contra todo ello, que en todo ello te había aconsejado con cariño. Pero tus insignes asesoras me van a pagar en seguida el precio de sus perniciosas lecciones. En cuanto a ti, me daré por satisfecho con dejarte’. Pronunciando la última palabra, agitó las alas y desapareció en el espacio.

25. »Postrada en tierra y pendiente del vuelo de su marido mientras éste

estuvo al alcance de su vista, Psique se desgarraba el corazón llorando desesperadamente. Pero cuando, en rápido vuelo, su marido se perdió para ella en la inmensidad del espacio, Psique corrió hacia el río inmediato y se tiró al agua de cabeza. Mas el río, sin duda en atención al dios que suele inflamar hasta las mismas aguas, y evitando el propio peligro, la acogió cariñosamente al instante, y un remolino, sin hacerle daño, la depositó sobre el césped florido de la orilla. 2

»Casualmente, Pan, el dios rústico, estaba en aquel momento sentado en la cima de una loma, al borde del río; tenía en sus brazos a Eco, la diosa de las montañas, y le enseñaba a repetir las tonadas más diversas; en el contorno, por la ribera, estaba diseminado su rebaño de cabras, que jugueteaban mientras pacían segando el verde del río. El dios con pies de macho cabrío vio la dolorosa situación de Psique y su agotamiento; y, como no ignoraba sus cuitas, la llamó bondadosamente y la consoló con estas palabras amables: 'Hija mía bonita, verdad es que soy un campesino y un pastor de cabras; pero, gracias a mis muchos años, tengo una rica experiencia. Si acierto en mi conjetura (precisamente eso mismo que en boca de la gente sabia se llama arte de adivinación), tus pasos vacilantes, tus frecuentes tropezones, la palidez de tu cuerpo, tus constantes suspiros y, ante todo, tus ojos lánguidos, denotan un sufrimiento motivado por un gran amor. Pues bien, hazme caso: no vuelvas a tirarte a ningún precipicio ni acudas a ningún procedimiento violento para quitarte la vida. Seca tus lágrimas, calma tu dolor; y, al contrario, invoca con humilde súplica a Cupido, el mayor de los dioses; como es joven, voluptuoso y sensible, una dulce sumisión por tu parte te reconciliará con él'. 3
4
5
6

26. »Así habló el dios pastor; Psique no le contestó; tan sólo lo adoró como a divinidad protectora y continuó su ruta. Pero, después de recorrer en penosa marcha un largo camino —era la hora del atardecer—, un atajo que ella no conocía la llevó a cierta ciudad donde reinaba el marido de una de sus hermanas. Al enterarse de ello, Psique manifiesta el deseo de anunciar su llegada y presentarse ante su hermana: se le hace pasar en seguida. Intercambiados los abrazos y saludos mutuos, su hermana le pregunta el motivo de la visita. Psique empieza así: '¿Recuerdas el consejo que me disteis?: me dijisteis que un monstruo, con el falso nombre de marido, pasaba las noches conmigo; me convencisteis de que lo matara con un arma de doble filo antes de dejarme engullir, pobre de mí, por su voracidad. 2
3

»'También a mí me parecía buena la decisión. Pero en cuanto, con la complicidad de la lámpara, descubrí su semblante, me vi ante un espectáculo maravilloso y verdaderamente sobrenatural: nada menos que el propio hijo de la diosa Venus, Cupido en persona, estaba allí dormido en apacible sueño. Extasiada frente a tan delicioso espectáculo, se me iba el sentido por exceso 4
5

de felicidad y sufría de no poder agotarla; en esto, por un desgraciado accidente, la lámpara vertió sobre su espalda una gota de aceite hirviendo. El dolor lo despertó bruscamente y, al verme armada con el fuego y el hierro, dijo: “Por tu horrendo crimen, aléjate inmediatamente de mi lecho, llévate todo lo que te pertenece^[51]; ahora me casaré con tu hermana —añadiendo el nombre que tú tienes—, y con todo el ceremonial de un solemne matrimonio”. Acto seguido mandó a Céfiro que de un soplo me sacara del recinto de su casa’.

27. »Aún no había concluido Psique la frase y ya su hermana, bajo el estímulo de una pasión desenfrenada y de unos celos criminales, inventa oportunamente una mentira para engañar a su marido: so pretexto de que le han llegado vagas noticias con la muerte de sus padres, se embarca al instante y se va derecha a la consabida roca; aunque soplaban un viento distinto, pendiente de su ciega esperanza, se precipita en inmenso salto diciendo: ‘Acógeme, Cupido, como tu digna esposa, y tú, Céfiro, sostén a su soberana’. Sin embargo, ni aun después de muerta pudo llegar a su destino. Pues fue desgarrándose y desparramando sus miembros a través de las aristas del despeñadero; tuvo la suerte que merecía: hecha pedazos, sus carnes sirvieron de pasto inesperado a las aves de rapiña y a las fieras.

»La segunda parte de la dura venganza tampoco se hizo esperar. Efectivamente, Psique, reemprendiendo su marcha al azar, llega a otra ciudad donde, en condiciones análogas, vivía su segunda hermana. Con la misma facilidad cayó ésta también en la misma trampa fraterna: la fiebre por suplantar a su hermana en un matrimonio criminal la llevó rápidamente a la roca, donde cayó y murió de la misma manera.

28. »Entretanto, mientras Psique recorría ansiosamente el mundo en busca de Cupido, éste, resintiéndose de la herida de la lámpara, sufría y guardaba cama en la habitación de su propia madre. Entonces, aquella ave de inmaculada blancura cuyas alas acarician en su vuelo las olas del mar, la gaviota, se sumerge veloz en el profundo seno del Océano. Allí estaba precisamente Venus, bañándose y nadando; la gaviota se posa a su lado y le dice que su hijo ha sufrido una quemadura, que su herida es grave y dolorosa, que está muy decaído, que guarda cama, que su estado es alarmante, que en boca de todos los pueblos del mundo corren ciertos rumores maliciosos, que las malas lenguas tienen en entredicho a toda la familia de Venus: ‘Dicen que ambos habéis desaparecido, él para seguir a una mujer cualquiera en la montaña, tú para dedicarte a la natación en el mar; que por eso se acabó ya la vida placentera, la gracia, la amabilidad, y que, al contrario, todo se ha vuelto feo, burdo, desagradable; que no hay matrimonios fecundos, no hay vida

social, no hay cariño entre los hijos, la corrupción no tiene límite, decaen las instituciones entre el hastío y el aburrimiento’.

»El pájaro aquel, tan dicharachero como indiscreto, cacareaba así al oído de Venus, desprestigiando el buen nombre de su hijo. Ahora bien, Venus, hondamente indignada, exclamó interrumpiéndolo: ‘¿Así, pues, el bueno de mi hijo tiene ya un amor? Dime en seguida (tú eres la única que me sirve con cariño), dime el nombre de la que ha corrompido a ese menor tan cándido e inocente: ¿Es alguna de las incontables Ninfas? ¿Una de las numerosas Horas? ¿Forma parte del coro de las Musas? ¿O es una de las Gracias que me sirven?’.

»El pájaro parlanchín no pudo callarse: ‘No lo sé, señora —contestó—; creo que la niña, si mal no recuerdo, se llama Psique; dicen que está locamente enamorado de ella’.

»Entonces, Venus, indignada, exclamó con la máxima excitación: ‘¿De verdad? ¿Está enamorado de Psique, mi rival en hermosura, la usurpadora de mi nombre? Es decir, el renacuajo ese me ha tomado por una alcahueta y se ha imaginado que yo le presenté a la niña para que la conociera’.

29. »Chillando así, remonta al instante sobre la superficie de las aguas y se va directamente a su rica morada; y encontrando a su hijo enfermo —como se le había anunciado—, ya desde el umbral de la puerta se pone a gritar a pleno pulmón: ‘¡Bonito comportamiento el tuyo —le dice—, digno de nuestra familia y de tu virtud! ¡Tenías que empezar pisoteando las órdenes de tu madre, y, lo que es más, de tu reina! No quisiste mortificar a mi enemiga con amores inmundos: y, por añadidura, a tu edad, cuando eres todavía un niño, con precoz atrevimiento ya te unes a ella como si pretendieras imponerme esa enemiga como nuera. Sin duda te figuras, bribón seductor y antipático, que tú solo guardas la virtud de nuestra raza y que yo, a mis años, ya no puedo tener descendencia. Pues bien, has de saber que voy a tener otro hijo, y será mucho mejor que tú; además, para mayor vergüenza tuya, voy a adoptar a uno de los esclavos criados en casa y le voy a dar tus alas, tu antorcha, tu arco y tus flechas, es decir, todo ese equipo que es mío y que yo te había entregado para fines muy distintos. Pues nada de lo que has heredado procede de los bienes de tu padre.

30. »‘Pero tú has sido malcriado desde tu más tierna infancia; tienes manos muy ligeras y has maltratado muchas veces a tus mayores sin el menor respeto; hasta tu propia madre, sí, yo misma me veo diariamente al descubierto por tu culpa; eres un parricida; me has pegado muchas veces; me desprecias como mujer abandonada por su marido y ni sientes el menor respeto por tu padrastro, el heroico y sin par guerrero^[52]. ¿Qué puedo esperar

si, para tormento de mi vida de enamorada, Marte tiene ya en ti su habitual proveedor de jovencitas? Pero yo te haré arrepentir pronto de tus travesuras, yo te haré sentir la acidez y amargura de tu matrimonio. 2

»‘Pero de momento he quedado en ridículo. ¿Qué puedo hacer? ¿Qué partido he de tomar? ¿Por qué procedimiento podría dominar a este astuto camaleón? ¿Pediría auxilio a mi enemiga la Sobriedad, a quien tantas veces he ofendido por satisfacer las exigencias de ese niño? Además, me da horror visitar a esa mujer tosca y sucia. Pero no he de menospreciar el consuelo de la venganza, proceda ésta de donde proceda. A esa mujer he de acudir, sí, a ella y a nadie más; ella castigará con todo rigor a ese bribón, le vaciará el carcaj, le quitará las flechas, deshará el nudo de su arco, apagará la llama de su antorcha y, en una palabra, frenará todos sus impulsos con enérgicos remedios. Me daré por satisfecha de esta ofensa cuando la Sobriedad haya rapado esa cabellera que mis manos frotaron tantas veces con lociones de oro, cuando haya trasquilado esas alas que mi seno ha perfumado con caudales de néctar’. 3 4 5 6

31. »Después de esas palabras, se lanza al exterior, furibunda, con la bilis exaltada, ¡la bilis de Venus! Muy a punto se encuentran con ella Ceres y Juno; al ver su rostro congestionado, le preguntan el motivo de aquella mueca truculenta que restaba tanta gracia a sus chispeantes ojos. Ella les contesta: ‘Llegáis en el preciso momento; no lo dudo: queréis dar a mi corazón ardiente la satisfacción que reclama. Haced todo lo posible, os lo suplico, por descubrirme a esa Psique que vuela por el espacio huyendo de mí. Pues no dejaréis de conocer la sonada infamia de mi casa ni las hazañas del que ya no merece llamarse hijo mío’. 2

»Las diosas, bien enteradas de lo ocurrido, intentaron calmar así la violenta furia de Venus: ‘¡Qué delito tan grande ha debido cometer tu hijo, cuando tú pones tal empeño en contrariar sus impulsos y hasta ansías la perdición de la mujer que él ama! ¿Qué hay de malo, dinos, en que a tu hijo le guste sonreír a una muchacha bonita? ¿Ignoras acaso que es un varón y que es joven? ¿O te has olvidado de los años que tiene? ¿Acaso te sigue pareciendo un niño por conservar la gracia de la infancia? Tú eres madre y, además, mujer sensata: ¿Vas a inspeccionar siempre de cerca las diversiones de tu hijo, echarle en cara sus galanterías, contrariar sus amores y condenar en esa preciosidad de hijo tus mismos métodos y tus propios encantos? ¿Qué dios, qué mortal podría tolerar que tú sigas sembrando pasiones por el mundo cuando en tu propia casa prohibes el amor a los Amores y les cierras una escuela que está abierta para todos: la del mundo femenino y sus debilidades?’ 3 4 5 6

»He ahí cómo las diosas, por temor a las saetas de Cupido y para 7

congraciarse con él, defendían su causa y halagaban al ausente. Pero Venus, indignada de verlas tomar a broma las ofensas de que era objeto, las deja plantadas y se va a la suya. Acelera el paso en dirección al mar.

LIBRO VI

El cuento de Psique (fin). — Psique, en su desgracia, va por todo el mundo en busca del esposo perdido. Invoca a Ceres, a Juno, a cuantas divinidades encuentra a su paso, pero ninguna la socorre por no disgustar a Venus. Por último se presenta a la propia Venus: ésta la somete a duras pruebas por ver si se desespera y pone fin a sus días. Pero la piedad y la bondad de la joven enternecen al cielo. Venus acaba perdonándola y el Olimpo celebra con gran solemnidad la boda de Psique y Cupido (1-24).

Lucio y la doncella cautiva intentan escapar: en su huida topan con los ladrones, que los vuelven a su cueva y deliberan sobre la venganza que han de tomar (25-32).

1. »Psique, entretanto, corría a la ventura, noche y día, en busca de su marido; su corazón inquieto sentía un creciente deseo, si no de aplacar su cólera con las caricias de una esposa, al menos de desarmarlo con los ruegos de una esclava. Viendo a lo lejos un templo en la cima de un abrupto monte, dijo: ‘¿Quién sabe si no vive allí mi rey?’ Y allá dirige sus apresurados pasos. Cuando, a pesar del sostenido esfuerzo, aminora la marcha, en seguida le vuelve a dar aliento la esperanza y la vehemencia de su pasión. Ya había alcanzado briosamente la elevada cumbre y se hallaba en el santuario al pie de la estatua. Ve espigas de trigo dispuestas en montones o trenzadas formando coronas; también ve espigas de cebada. Había igualmente hoces y todo un equipo de segador, pero todo tirado por el suelo al azar, en descuido de los trabajadores cansados. Psique recoge con cuidado los objetos, pone cada cosa en su sitio y todo debidamente ordenado: sin duda piensa que no debe descuidar el templo ni el culto de ninguna divinidad y que, al contrario, ha de implorar la benévola compasión de todas ellas.

2. »Mientras así arregla las cosas con solícito cuidado, la diosa nutricia, Ceres, la sorprende en la tarea y, en una larga y espontánea exclamación, le dice: ‘¿Cómo? ¡Infeliz de ti! ¡Venus, hondamente irritada, recorre ansiosamente el mundo entero en busca de tu rastro: te reclama para el último suplicio y pone en juego todo el poder de su divinidad para vengarse de ti; tú, entretanto, velas por mis intereses, piensas en todo menos en tu salvación!’

»Psique, entonces, arrodillándose a los pies de la diosa, bañándolos en copiosas lágrimas y barriendo el suelo con la cabellera, implora su gracia con las más fervientes oraciones: ‘Te conjuro por tu mano que derrama frutos sobre la tierra, por el ritual alegre de la recolección, por los inviolables secretos de tus cestas, por la carroza alada de los dragones que te sirven, por los surcos de los campos de Sicilia, por el carro que arrebató a Prosérpina, por la tierra que se resiste a soltarla, por su desaparición para contraer un tenebroso matrimonio, por el regreso de tu hija hallada gracias a la luz de tus antorchas, por todos los demás misterios que guarda en silencio el santuario de la ática Eleusis^[53], acude en auxilio de la infortunada Psique que te invoca

con toda su alma. Permíteme esconderme, aunque sólo sea por unos días, bajo este montón de espigas, justo para dar tiempo a que se calme la desbordada ira de la eminente diosa, o al menos para que mis fuerzas agotadas por largo ajetreo tengan el alivio de un intervalo de paz’.

3. »Ceres le contesta: Tus lágrimas, tus súplicas me conmueven; es mi deseo ayudarte. Pero Venus es parienta mía y, además, cultivo con ella una antigua y estrecha amistad; por añadidura es buena persona y no puedo ofenderla. Vete, pues, en seguida de mi templo y date por muy satisfecha con que no te detenga y te meta en la cárcel’.

»Defraudada en su esperanza y bajo el peso de una doble desolación, Psique se da media vuelta y continúa su marcha a través de un bosque sagrado medianamente claro y situado en una hondonada; entonces ve a lo lejos un templo de bella arquitectura. No quiere perder ninguna ocasión, por dudosa que parezca, de mejorar su suerte; ha de solicitar el favor de cualquier divinidad; se acerca a la puerta sagrada. Ve allí ofrendas de alto valor; entre ellas había, colgando de las ramas de los árboles y de las jambas de la puerta, unas telas con inscripciones de oro donde se consignaba el agradecimiento por el favor recibido y el nombre de la diosa a quien iban dedicadas las ofrendas. Psique, postrándose de rodillas, abrazando el altar tibio aún del sacrificio y enjugándose previamente las lágrimas, pronuncia la siguiente oración:

4. »‘¡Hermana y esposa^[54] del gran Júpiter! Ya habites tu antiguo templo de Samos, que se atribuye la exclusiva gloria de haberte traído al mundo, haber oído tus vagidos y haberte amamantado; ya frecuentes las felices moradas de la altiva Cartago, que te honra como Virgen y celestial viajera montada sobre un león; ya te halles en las riberas del Inaco, que te proclama esposa del señor del trueno, reina de los dioses y protectora de las ilustres murallas de Argos; tú, a quien todo Oriente venera con el nombre de Zygia^[55] y a quien todo Occidente invoca como Lucina^[56], sé para mí la Juno Salvadora en mi desesperada situación; me hallo cansada, agotada de tanto pensar; líbrame del inminente y espantoso peligro. Tengo entendido que sueles acudir gustosa en auxilio de las mujeres encinta cuando las ves en peligro’.

»Tal era su súplica, cuando, sin hacerse esperar, Juno en persona se le aparece en toda la majestad de su augusto poder y le dice: ‘¡Qué más quisiera yo, tenlo por seguro, que poder acceder a tus ruegos! Pero las conveniencias me impiden ir contra la voluntad de Venus, mi nuera, a quien siempre he querido como a una hija. Además hay leyes que me prohíben dar refugio al esclavo fugitivo con perjuicio de su amo’.

5. »Ese nuevo golpe del destino acaba de agotar a Psique. Sin poder alcanzar ya a su marido alado, y abandonando toda esperanza de salvación, delibera así en su fuero interno: ‘¿Qué más puedo intentar en mi desgracia? ¿A quién he de acudir si ni las mismas diosas, a pesar de su buena voluntad, han podido ayudarme? Si me envuelven tantas redes, ¿a dónde he de dirigir mis pasos? ¿Qué refugio, qué tinieblas pueden ocultarme para escapar a la ineludible vigilancia de la poderosa Venus? ¿Por qué no te armas ya de varonil energía, renuncias heroicamente a ese resto de vana esperanza, te entregas voluntariamente a tu soberana y, aunque tarde, procuras calmar con humildad su exacerbado furor? ¿Quién sabe, además, si la persona que tanto tiempo llevas buscando no está allí, en casa de su madre?’ Así, determinada a afrontar la arriesgada capitulación, o, mejor dicho, la ruina inevitable, ella pensaba en el preámbulo de su futura súplica. 2
3
4

6. »Venus, sin embargo, renunciando a proseguir su investigación por vía terrestre, se remonta al cielo. Manda equipar el carro que el maravilloso orfebre Vulcano había fabricado con todo el esmero de su arte y le había ofrecido como regalo de boda antes de consumar el matrimonio: era un admirable trabajo de lima, al que la herramienta había ido poniendo valor en la misma medida que iba desgastando el oro. Cuatro palomas blancas, entre las muchas que anidan en torno al tálamo de su reina, se adelantan en alegre ademán y, doblgando sus cuellos de matizadores colores, se uncen al yugo de piedras preciosas y emprenden felices el vuelo llevándose a su reina. Los gorriones acompañan el carruaje de la diosa formando un séquito juguetón y estrepitoso; y las demás aves, de armonioso canto, lanzando suaves y dulces melodías, anuncian la llegada de la diosa. Las nubes se retiran, el Cielo abre las puertas ante su hija, y el Éter, en la suprema altura, acoge con júbilo a la diosa; el cortejo armonioso de la gran Venus no se asusta ante los garfios de las águilas o de los gavilanes que pasan a su lado. 2
3
4

7. »Venus se dirige directamente al real palacio de Júpiter y, en tono soberbio, le reclama los servicios de Mercurio, el dios de la voz sonora, para un asunto importante. El negro entrecejo de Júpiter no se opone a la solicitud. En el acto, Venus triunfante desciende del cielo en compañía de Mercurio y, hondamente preocupada, deja caer estas palabras: ‘Bien sabes, hermano arcadio^[57], que tu hermana Venus nunca hizo nada sin la asistencia de Mercurio; tampoco ignoras cuánto tiempo llevo buscando en vano a esa esclava desaparecida. Ya no me queda más solución que divulgar por tu ministerio de heraldo la promesa de una recompensa para quien la descubra. Apresúrate, pues, a cumplir mi encargo; indícame qué señales permitirán identificarla con seguridad para que, si alguien se hiciese responsable de 2
3
4

encubrimiento ilegal, no pueda alegar ignorancia en la defensa'. Al mismo tiempo ella le entrega una ficha con el nombre de Psique y otros detalles. Acto seguido se retira directamente a su palacio. 5

8. »Mercurio no faltó a la obediencia. Corre de pueblo en pueblo por el mundo y cumple la misión encomendada con el siguiente pregón: 'Si alguien puede detener a la hija del rey, la esclava desaparecida de Venus, llamada Psique, o indicar dónde se oculta, que ese tal se presente ante el heraldo Mercurio, tras las columnas murcianas^[58], para recibir, como premio de su denuncia, siete dulces besos de Venus en persona y uno más, que será pura miel, con la puntita de la lengua'. 2 3

»Tal fue el anuncio de Mercurio; el deseo de tan preciada recompensa había suscitado en todos los mortales una celosa rivalidad. Esta circunstancia fue decisiva para acabar con todas las indecisiones de Psique. Ya estaba llegando a la puerta de su soberana, cuando se encontró con una de las sirvientas de Venus, llamada Costumbre. Ésta, sin preámbulo, exclama con toda la potencia de su voz: '¡Por fin, maldita criada, empiezas a comprender que tenías un ama! Y, dado el desparpajo que te caracteriza, ¿fingirás ignorar también todas las fatigas que nos ha costado correr en tu busca? Por suerte has caído precisamente en mis manos; estás bajo la mismísima zarpa del Infierno y en seguida vas a sufrir el castigo de tu rebeldía'. 4 5 6 7

9. »Y, cogiéndola brutalmente por los cabellos, la arrastraba sin que Psique opusiera la menor resistencia. En cuanto la introdujeron y presentaron a Venus, ésta, fijando en ella su mirada, soltó una ruidosísima carcajada, como hace la gente locamente enfurecida: luego, movimiento la cabeza y rascándose el oído derecho: '¿Por fin —dijo— te has dignado venir a saludar a tu suegra? O ¿has venido más bien a visitar a tu marido, cuya vida está en peligro como consecuencia de la herida que le causaste? Pero tranquilízate; tendrás de mi parte la acogida que se merece una buena nuera como tú'. Y añade: '¿Dónde están mis esclavas Inquietud y Tristeza?' Las llamó y les entregó a Psique para que la atormentaran. Siguiendo las órdenes de la soberana, ambas se pusieron a flagelar cruelmente a la pobre Psique y a infligirle toda clase de tormentos; luego, la llevan otra vez a presencia de la soberana. Entonces, Venus, entre nuevas risas, añade: '¡Mirad, pretende entermecerme con la exhibición de su oronda plenitud ya a punto de hacerme, al parecer, abuela feliz con el glorioso fruto de su vientre! ¡Gran felicidad en efecto la de oírse llamar abuela en la mismísima flor de la vida y cuando el nieto de Venus resulta ser el hijo de una vil esclava! Pero ¿qué estoy diciendo, tonta de mí? No puedo hablar de nieto: la condición de los contrayentes es ilegal^[59]; además, un matrimonio verificado en el campo, sin testigos, sin el 2 3 4 5 6

consentimiento paterno, no puede considerarse legítimo, y por consiguiente el hijo que nazca será bastardo; eso suponiendo que te dejemos llegar al término de la gestación’.

10. »Concluidas estas palabras, se abalanza sobre ella, hace trizas sus vestiduras y, arrancándole el cabello, le golpea la cabeza sin piedad. Luego, manda que le traigan trigo, cebada, mijo, semillas de amapola, garbanzos, lentejas y habas; lo mezcla todo en un solo montón y le dice: ‘Me parece que una criada tan fea como tú no puede conquistarse a sus amantes si no es sirviéndolos con esmerada eficacia; pues bien, quiero probar yo también lo que vales. Arréglate este montón de semillas entremezcladas; separa los granos uno por uno y tenlos debidamente clasificados antes del anochecer: una vez concluida la tarea, te daré mi aprobación’.

»Después de asignarle la faena de un montón de semillas tan diversas, Venus se fue a un banquete nupcial.

»Psique ni siquiera acerca la mano a esa masa informe e inextricable: aterrada por lo monstruoso de esta orden, sin decir palabra, se queda estupefacta. Entonces, la hormiga, ese minúsculo habitante del campo, bien enterada de la dificultad que suponía semejante tarea, compadeció a la compañera del gran dios del Amor y maldijo la crueldad de la suegra; corriendo activamente de un lado para otro, convoca y reúne a toda clase de hormigas por los alrededores: ‘Tened compasión, activas hijas de la tierra fecunda, tened compasión de la esposa del Amor: es una jovencita hermosa y está en peligro; de prisa, acudid rápidamente en su auxilio’. En oleadas sucesivas, este ejército de las seis patitas se lanza en masa y, en un alarde de actividad, clasifican todo el montón de granos uno por uno: los separan, los distribuyen, los agrupan por especies y en un instante desaparecen de la escena.

11. »A primera hora de la noche, Venus regresa del banquete nupcial, saturada de vino y destilando perfumes; guirnaldas de rosas ceñían todo su cuerpo con intenso colorido. Al observar la actividad que suponía la prodigiosa tarea, dice: ‘Este trabajo no es obra tuya, no, trasto inútil, no es obra de tus manos; es obra de aquel a quien tú has enamorado para desgracia suya’. Y, echándole un amargo pedazo de pan, se va a dormir.

»Cupido, entretanto, aislado en el sótano del palacio y cautivo en su habitación, estaba sometido a un duro asedio, tanto para evitar que su loca petulancia no agravara la herida como para impedir posibles citas con su amor. Así, pues, a distancia y en distintos departamentos, los dos enamorados pasaron una triste noche bajo el mismo techo.

»Ahora bien, en cuanto la Aurora llegó al trote de sus corceles, Venus

llama a Psique y le dice: ‘¿Ves aquel bosque que se extiende a lo largo del río ocupando toda la ribera y cuyos últimos arbustos se reflejan en las aguas que tienen debajo? Por allí andan pastando, sin pastor, unas ovejas cuyos vellones tienen el auténtico brillo del oro. Tráeme inmediatamente un mechón de aquella preciosa lana; arréglatelas como puedas: tal es mi voluntad’.

12. »Psique se puso en marcha; no pretendía ciertamente cumplir la orden de Venus, sino precipitarse al río desde una roca y acabar con sus penalidades. Pero desde el cauce de aquel río la verde Caña, órgano de melodiosa armonía, dejó oír, por divina inspiración, un leve susurro entre ligeras brisas; era la siguiente profecía: ‘Psique, aunque sometida a tan crueles pruebas, no mancilles la santidad de mis aguas con tu desgraciada muerte; no intentes tampoco acercarte en este momento a las temibles ovejas: mientras reflejan los ardientes rayos del sol, suelen estar poseídas de una truculenta rabia y, con sus acerados cuernos, con su testuz de roca y, a veces, incluso con sus mordiscos envenenados, atacan a los mortales hasta dejarlos muertos. En cambio, cuando el sol haya perdido su fuerza de mediodía y el rebaño descansa tranquilo respirando las frescas emanaciones que desprende el agua, podrás ocultarte muy bien bajo este frondosísimo plátano que bebe las mismas aguas que yo; y, en cuanto las ovejas, calmada su furia, se entreguen al reposo, te bastará sacudir la enramada de los árboles que tienes a tu lado para encontrar esa lana de oro: pues queda diseminada por el bosque enredada en la espesura’.

13. »He ahí cómo la Caña, con humana sencillez, revelaba a la desgraciada Psique un medio de salvación. Bien aleccionada por esos consejos (nunca le pesará de haberles hecho caso), recobra ánimos y, ateniéndose estrictamente a las indicaciones, le resulta fácil hacerse furtivamente con la sedosa lana dorada y volver ante Venus con el delantal bien repleto. Pero el éxito de esta segunda prueba tampoco mereció la aprobación de la soberana; al contrario, arrugando el ceño y con amarga sonrisa, Venus dijo así: Tampoco en esta ocasión logra engañarme tu pérfido consejero. Pero ahora voy a probar de una vez la energía de tu carácter y lo excepcional de tu prudencia. ¿Ves el agudo picacho que remata aquella altísima montaña? Allí brota una fuente tenebrosa cuyas aguas negruzcas se recogen en la cuenca del valle inmediato para pasar a la laguna del Estigio y alimentar la estruendosa corriente del Cocito. Sube a la cumbre aquella, y en el mismo punto en que el agua helada sale a la superficie de la tierra, llena esta jarrita y vuelve inmediatamente a traérmela’. Al mismo tiempo le entrega una jarrita de cristal tallado, añadiendo encima las más graves amenazas.

14. »Psique, decidida, acelara el paso dirigiéndose a la cumbre de la

montaña: allí encontraría por lo menos el fin de su mísera existencia. Pero, en cuanto alcanza las proximidades de la consabida cresta, ve la magnitud de la empresa y las dificultades mortales que supone.

»Pues había una roca de tamaño descomunal, alta, inaccesible por lo accidentado o lo resbaladizo del terreno. De sus mismas entrañas, esta roca vomitaba impresionantes chorros cuyas aguas, en cuanto surgían de las concavidades en desnivel, se deslizaban por la pendiente, se abrían paso por estrechas canalizaciones subterráneas y reaparecían al caer en el vecino valle. A derecha e izquierda, en unas cuevas excavadas en la roca, he aquí que se asoman estirando sus largos cuellos unos furiosos dragones con los ojos abiertos, sin pestañear, y las pupilas expuestas a la luz en permanente acecho. Por otra parte, las aguas, que sabían hablar, se defendían a sí mismas gritando sin parar: ‘¡Retírate! ¿Qué haces? ¡Cuidado! ¿En qué piensas? ¡Ojo! ¡Huye! ¡Te vas a matar!’.

»Así, pues, ante lo insuperable de la tarea, Psique se quedó de piedra: aunque materialmente presente, sus sentidos se hallaban ausentes; aplastada bajo el peso del insoslayable peligro, no podía acudir ni al supremo consuelo de las lágrimas.

15. »Pero las tribulaciones de esta alma inocente no pasaron inadvertidas a la atenta mirada de la bendita Providencia. Efectivamente, de improviso apareció, con las alas desplegadas, el ave real de Júpiter, el águila arrebatadora. Recordaba el antiguo servicio por el cual, bajo la dirección de Cupido, había raptado a un joven frigio^[60] para ser escanciador de Júpiter; y ahora quería, con una oportuna intervención, honrar al divino Cupido socorriendo a su esposa en peligro. Abandona, pues, las empíreas rutas del alto firmamento y, volando bajo la mirada de la joven, le dice: ‘¿Cómo? Sin sombra de picardía, sin experiencia en esta clase de asuntos, ¿esperas poder robar aunque sólo sea una gota de esta fuente tan sagrada como horripilante? ¿Esperas al menos llegar a ella? ¿No has oído decir que hasta los dioses, incluido el propio Júpiter, se sobrecogen ante las aguas del Estigio? ¿Y que, así como los mortales juráis por el poder de las divinidades, los dioses tienen la costumbre de jurar por la majestad del Estigio? Dame tu jarra’. El águila se la coge, la engancha entre sus garras y, balanceándose sobre sus pesadas alas extendidas como remos a derecha e izquierda, pasa entre los dragones rozando sus mandíbulas armadas de furiosos dientes y sus lenguas en que vibra un triple dardo; y cuando las aguas, resistiéndose y profiriendo amenazas, le ordenan que se retire sin profanarlas, el águila inventa un cuento diciéndoles que ha venido por orden de Venus, a cuyo servicio está adscrita. Ahora ya tiene mayores facilidades de paso.

16. »Psique recogió con alegría la jarrita llena y la llevó corriendo a Venus; pero tampoco ahora pudo aplacar la cólera de la enfurecida diosa. Amenazándola con mayores y peores suplicios, le dice con infernal sonrisa: 'Ahora veo que debes ser una gran hechicera, muy versada en magia, para poder cumplir tan pronto órdenes como las que yo te doy. Pero he aquí, encantadora chiquilla, el nuevo servicio que me vas a prestar. Coge esta cajita —se la dio— y vete corriendo al infierno, hasta la tenebrosa morada de Orco. Allí entregarás la caja a Prosérpina y le dirás: 'Venus te ruega que le mandes un poquito de tu hermosura, aunque sólo sea la mínima ración de un solo día. Pues lo que ella tenía se lo ha gastado y consumido hasta agotarlo cuidando a su hijo enfermo'. Pero no tardes mucho en volver: me hace falta esa crema para arreglarme e ir a una representación teatral a la que asisten muchos dioses'.

17. »Más que nunca sintió Psique que había llegado la última hora de su destino y comprendió que, ya sin rodeos, se la embarcaba a las claras y directamente para la muerte. ¿Cómo no, si se le obligaba a ir por su propio pie a presentarse espontáneamente en el Tártaro y entre los Manes? Sin más titubeos se dirige a una torre muy elevada, para precipitarse desde allí: creía que sería la vía más directa y más hermosa para bajar a los Infiernos. Pero la torre se soltó a hablar de improviso: '¡Pobre chiquilla! —le dice—; ¿te rindes por las buenas ante esta última prueba, este último trabajo? Cuando tu espíritu se haya separado del cuerpo, irás ciertamente al fondo del Tártaro, pero de ninguna manera te será posible salir de allí y regresar. Escúchame:

18. »'Lacedemonia, ilustre ciudad de Acaya, no dista mucho de aquí: en unos parajes solitarios de su demarcación se oculta la caverna del Ténaro^[61]: búscala. Es un respiradero de la morada de Plutón, y sus puertas entreabiertas dejan ver una senda intransitable; en cuanto traspases el umbral y te adentres un poco, un pasillo te llevará directamente al mismísimo palacio del Orco. Pero no debes ponerte en marcha con las manos vacías entre aquellas tinieblas: debes llevar en cada mano un pastel de harina de cebada amasado con vino y miel, e irás también con dos monedas en la boca. Cuando hayas recorrido buena parte de la ruta que lleva al país de la muerte, te encontrarás con un asno cojo, cargado de leña; su conductor, igualmente cojo, te rogará que le alargues unas ramas que van colgando de la carga; pero tú, sin decir palabra, pasa de largo en silencio. Inmediatamente después, llegarás al río de la muerte, a cuyo frente está Caronte; éste empieza por reclamar el importe del viaje, y, sin más requisitos, transporta a los viajeros a la orilla opuesta en su barca de cuero cosido. Es decir, hasta entre los muertos sigue en vida la avaricia, y Caronte, el poderoso y divino recaudador de Plutón, no hace nada

gratis; el pobre, al morir, debe proveerse del importe de su viaje, y si casualmente no va por delante la moneda en la mano, no se le permite exhalar el último suspiro. A ese viejo asqueroso has de darle, a título de peaje, una de tus dos monedas, pero cuidando un detalle: que él con su propia mano saque la moneda de tu boca. Otro detalle no menos importante: en la travesía, sobre las perezosas aguas, un viejo muerto, nadando sobre la superficie, tenderá hacia ti sus manos en descomposición y te suplicará que lo subas a la barca, pero no te dejes llevar por la compasión: está prohibida.

19. »Pasado ya el río y avanzando un poquito más, unas viejas hilanderas, en su tarea de tejer, te suplicarán que les eches una mano, sólo un momento: pero tampoco tienes derecho a tocar su obra. Pues Venus, en su astucia, suscitará todas esas trampas y otras muchas para que sueltes al menos uno de esos pasteles. Y no te vayas a figurar que carece de importancia una mala tarta de cebada: la pérdida de una de las dos supone el que se te niegue definitivamente el regreso a la luz del día. En efecto, hay un perro colosal con tres cabezas enormes, monstruoso y formidable animal, que con su garganta atronadora ladra a los muertos, a quienes ya no puede hacer ningún daño; está siempre al acecho, sembrando un vano terror ante el mismo umbral y el atrio sombrío de Prosérpina: guarda la morada desierta de Plutón. Para dominarlo, échale como cebo una de tus tartas y te será fácil pasar y entrar ya directamente en casa de Prosérpina; ésta te acogerá amable y bondadosa; hasta te invitará a sentarte cómodamente a su lado y a tomar un succulento almuerzo. Pero tú siéntate en el suelo, pide un simple pedazo de pan negro y cómetelo; después anúnciale el objeto de tu visita, recoge lo que se te dé y emprende el regreso. Líbrate del perro cruel con la tarta que te queda; dale después al avaro barquero la moneda que te has reservado y, cuando hayas atravesado su río, vuelve sobre tus primeros pasos hasta alcanzar nuestro cielo con su coro de estrellas. Pero entre todas mis recomendaciones, he aquí, a mi parecer, la más importante: no intentes abrir la caja y ver lo que llevas dentro: encierra un tesoro de divina hermosura: que tu curiosidad no haga experimentos con él’.

20. »Tal fue la minuciosa profecía de aquella torre previsoras. Sin pérdida de tiempo, Psique se dirige al Ténaro; debidamente preparada, con las monedas y tartas consabidas, desciende a toda prisa por la senda infernal, adelanta en silencio al tullido conductor del asno, da al transbordador la moneda para cruzar el río, no tiene en cuenta la instancia del muerto que flota sobre la superficie de las aguas, desprecia las insidiosas súplicas de las hilanderas, adormece la espantosa rabia del perro dándole a comer la tarta, y entra en la morada de Prosérpina. La diosa hospitalaria le ofrece un asiento

confortable y una comida exquisita; sin aceptar nada, Psique, sentándose a sus pies en el suelo y conformándose con un triste pedazo de pan, le refiere la misión que Venus le ha confiado. Fueron a llenar y cerrar la cajita en secreto; Psique la recibe al instante. Engaña al perro tapándole la boca con la segunda tarta, paga al barquero con la moneda que le queda y sube del Infierno mucho más animosa que cuando bajaba. Al recobrar y adorar la luz resplandeciente de este mundo, aunque tenía prisa por coronar la tarea encomendada, su alma se dejó llevar de una temeraria curiosidad: ‘¡Qué tonta soy! —dijo—. ¿Tengo en mis manos la divina hermosura y no voy a coger para mí una pizquita así? Con esto, a lo mejor, gustaría a mi hermoso amante’.

21. »Y, antes de terminar la frase, abre la cajita. Pero allí no había absolutamente nada: ni rastro de belleza; al contrario, tan sólo había un sopor infernal, el auténtico sueño del Estigio, que invadió a Psique en cuanto se levantó la tapa, envolvió todos sus miembros en una densa nebulosa soporífera y la hizo desplomarse en plena marcha.

»Yacía en el inerte suelo; estaba tan dormida como un cadáver. 2

»Pero Cupido, cuya herida había cicatrizado por completo, repuesto ya y sin poder aguantar más la prolongada ausencia de su Psique, se fugó por el tragaluz superior de la estancia en que esta se recluyó; sus alas se habían robustecido por el largo reposo; superando su propia velocidad de vuelo, acude junto a Psique, recoge con cuidado el Sueño, lo encierra de nuevo en la cajita, como estaba antes, despierta a Psique con una inofensiva picadura de su flecha y le dice: ‘Mira, desgraciada chiquilla, una vez más has sido víctima de tu curiosidad habitual. Pero no pierdas tiempo, cumple con diligencia la misión que mi madre te ha encomendado; de todo lo demás me encargaré yo personalmente’.

»Dichas estas palabras, el amante alado levantó el vuelo y Psique lleva corriendo a Venus el obsequio de Prosérpina.

22. »Entretanto, Cupido se sentía devorado por un exceso de amor; el dolor se reflejaba en su rostro; ante el horror de verse al instante entregado por su madre a la Sobriedad, vuelve a hacer de las suyas: en rápido vuelo alcanza la bóveda del cielo, presenta al gran Júpiter su súplica y consigue de él la aprobación de su causa. Júpiter, entonces, asiendo la mejilla de Cupido y acercándola a sus labios, le da un beso y le dice: ‘Es verdad, ilustre hijo mío, que nunca me has conferido los honores que por consentimiento de los dioses me corresponden; mi corazón ordena las leyes que rigen los elementos y el curso de los astros, y tú en cambio hieres continuamente con tus golpes ese corazón y lo deshonoras con sus frecuentes caídas bajo el impulso de terrenas pasiones; infringes la legalidad y concretamente la ley Julia^[62] y la moral

pública; comprometes con torpes adulterios mi honor y mi reputación, revistiendo los rasgos augustos de mi persona con el vergonzoso disfraz de la serpiente, del fuego, del animal salvaje, del ave o de una manada de bestias; no obstante, teniendo en cuenta mis normas de bondad y dado que te he visto crecer entre mis brazos, te concederé cuanto me pides, pero a condición de que sepas ponerte en guardia para no tener imitadores y que, si ahora en la tierra hay alguna muchacha de excepcional hermosura, me pagues con ella el favor que hoy te hago’.

5

23. »Así habló Júpiter. Manda luego a Mercurio que convoque inmediatamente a todos los dioses para una asamblea, advirtiéndole que si alguno faltara a la cita divina incurriría en una multa de diez mil sestercios. Esta amenaza hizo que se llenara en seguida el anfiteatro del cielo; y, sentado en su elevado trono, Júpiter, majestuoso, pronuncia el siguiente discurso:

»‘Dioses conscriptos^[63], cuyos nombres figuran en el blanco tablero de las Musas, he aquí a un jovencito a quien yo he criado con mis propias manos, como sin duda todos sabéis. He considerado conveniente poner un freno al ardor impetuoso de su primera juventud; bastante mala fama ha promovido ya el escándalo diario a que dan lugar sus adulterios y sus desórdenes de todas las clases. Hay que suprimir toda ocasión y contener su libertinaje juvenil sujetándolo con los lazos del matrimonio.

2

3

»‘Ha elegido a una muchacha y se ha hecho con su virginidad: sea para él, guárdela como suya; sea para siempre feliz unido a Psique, su amor’. Y, volviendo su mirada hacia Venus, añade: ‘Y tú, hija mía, no te apenes lo más mínimo; que esta alianza con una mortal no inspire reparos a tu ilustre linaje. Yo igualaré la categoría de los contrayentes, haré que la unión sea legítima y conforme a las normas del derecho civil’. E, inmediatamente, manda a Mercurio que rapte a Psique y la traiga al cielo. Ofreciéndole una copa de ambrosía, le dice: Toma, Psique, y sé inmortal; Cupido nunca romperá los lazos que a ti le ligan: el matrimonio que os une es indisoluble’.

4

5

24. »Se sirve al instante un espléndido banquete nupcial. Presidía el convite el recién casado, con Psique en sus brazos; seguía Júpiter con su esposa Juno, y sucesivamente todos los dioses en orden jerárquico. Circula la copa de néctar, que es el vino de los dioses; a Júpiter se la ofrece su escanciador, el consabido joven pastor^[64]; en cambio a todos los demás les servía Líber; Vulcano guisaba. Las Horas revestían todo con la púrpura de las rosas y otras flores; las Gracias derramaban el perfume del bálsamo, y las Musas hacían oír sus voces armoniosas. Luego, Apolo cantó al son de la cítara, Venus exhibió su gracia en la danza al compás de la deliciosa música cuya orquesta ella misma había organizado así: las Musas formaban el coro,

2

3

un Sátiro tocaba la flauta, y un discípulo de Pan acompañaba con su caramillo. Así, regularizada ya su situación, quedó Psique en poder de Cupido. A su debido tiempo tuvieron una hija, a quien llamamos Voluptuosidad».

25. He aquí lo que contaba a la niña cautiva aquella vieja extravagante, saturada de vino; yo, situado a corta distancia, lamentaba de veras no tener a mano tablillas y estilete para anotar tan delicioso cuento.

En aquel momento y tras no sé qué duro combate, llegan los ladrones cargados de botín; sin embargo algunos —los más decididos naturalmente—, dejando en casa a los heridos para curarse, están impacientes por ir a recoger el resto de su cargamento que, según decían, estaba escondido en cierta cueva. Engullen rápidamente su almuerzo, y acto seguido, a latigazos, nos sacan a la calle al caballo y a mí para cargar aquellas cosas; cuando estábamos hartos de subir cuestas y dar vueltas —ya al anochecer— nos meten en una cueva y, sin darnos tiempo a respirar, nos sacan otra vez cargados al instante con un sinfín de cosas. Tenían tanta prisa y nerviosismo que, a fuerza de golpes y empujones, me hicieron tropezar contra una piedra que había junto al camino; con una lluvia de palos bien asentados me hicieron levantar, aunque flaqueándome lastimosamente la pata derecha y el casco izquierdo.

26. Uno de los ladrones dijo: «¿Hasta cuándo vamos a mantener inútilmente a este burro reventado y ahora cojo por añadidura?». Y otro agregó: «¿No os parece que él es quien nos ha traído la mala pata? Desde que lo tenemos, nada bueno y lucrativo ha caído en nuestras manos; tan sólo hemos cosechado heridas y la muerte de nuestros mejores». Un tercero replica: «Por mi parte está decidido: en cuanto, por las buenas o por las malas, haya transportado esta carga, lo llevaré a despeñar: será un magnífico regalo a la voracidad de los buitres». Aún discutían mi muerte los caritativos personajes, cuando ya estábamos en casa, pues el pánico había cambiado mis cascos en alas. Retiran rápidamente la carga que llevábamos y, sin interesarse lo más mínimo por nuestra vida ni tampoco por mi misma muerte, llaman a sus compañeros que, por estar heridos, se habían quedado antes en casa, y se vuelven corriendo a completar el acarreo sobre sus propias espaldas, pues, según decían, estaban hartos de nuestra lentitud. Sin embargo, no era pequeña mi preocupación pensando en la muerte que amenazadoramente se me había prometido; y reflexioné: «¿Por qué pierdes el tiempo, Lucio? ¿Qué haces ahí esperando lo peor? La muerte, la muerte más cruel es lo que te aguarda por decreto de los ladrones. Y la ejecución no exige demasiados esfuerzos: mira los despeñaderos que hay al lado y sus agudísimas y prominentes aristas: desgarrarán tus carnes y dispersarán tus miembros antes de que tu caída sea

completa. Pues aquella famosa magia te ha dado tan sólo el aspecto y las miserias del asno, pero no el recio cuero del asno; al contrario, te ha revestido con una fina membrana de sanguijuela^[65]. ¿Por qué no te armas de varonil energía y velas por tu vida antes de que sea tarde? Tienes la gran oportunidad de huir ahora que los ladrones están ausentes. ¿O temes acaso la vigilancia de esa vieja moribunda, a la que podrás despachar de una sola coz aunque sea con la pata coja? ¿Pero en qué dirección has de huir? ¿Quién querrá darte hospitalidad? Consideración, ésa, bien tonta y en verdad muy digna de un asno; ¿qué viajero no se llevará, encantado, una montura si la encuentra?». 7
8
9

27. Y en el acto, de un estirón, rompo alegremente la correa que me sujetaba y me lanzo a galope. No obstante, me fue imposible escapar a la vista de gavilán de la maligna vieja. Pues, al verme suelto, desplegando una audacia superior a su sexo y a sus años, cogió las riendas y peleó por hacerme dar la vuelta y volverme atrás. Pero yo, sin olvidar las fatales intenciones de los ladrones, no siento la menor compasión y, lanzando contra ella los cascos de mis patas traseras, la hago desplomarse en seco. Ella, aunque tendida en el suelo, se agarraba tenazmente a la correa hasta el punto de seguirme un buen trecho, arrastrada en mi carrera. A la vez empezó a chillar desafortadamente, pidiendo el auxilio de un brazo más vigoroso. Pero su llanto era inútil, inútil el escándalo que armaba, porque no había allí nadie que pudiera socorrerla, nadie excepto la joven cautiva. Ésta, atraída por las voces, sale corriendo y asiste a una escena verdaderamente inolvidable y digna de verse: juna Dirce viejecita^[66] colgaba no de un toro, sino de un asno! Armándose de viril arrojo, se arriesga a una brillantísima hazaña. Arranca la correa de las manos de la vieja, con palabras melosas detiene mi impetuosa carrera, monta resuelta sobre mi espalda y me incita a reanudar la carrera. 2
3
4
5
6

28. Al ansioso deseo de huir se unía ahora en mí el afán de liberar a la joven; en tensión, además, por los golpes que ella me daba de vez en cuando para animarme, yo corría a velocidad de caballo; el suelo resonaba al compás de mis cuatro cascos y yo trataba de armonizar mis relinchos con la deliciosa voz de la jovencita. A veces, simulando rascarme la espalda, ladeaba la cabeza y besaba los preciosos pies de la niña. Ella entonces, suspirando hondamente y mirando al cielo con angustia, dice: 2

«Dioses de las alturas, acudid por fin en mi auxilio en este supremo momento de peligro; y tú, despiadada Fortuna, deja ya tu crueldad; date por satisfecha con los tormentos que me has hecho padecer. En cuanto a ti, amparo de mi libertad y de mi vida, si me llevas a casa y me devuelves sana y salva a mis padres y a mi hermoso pretendiente, ¡qué agradecida te voy a quedar! ¡Qué de honores te voy a conferir! ¡Qué piensos te voy a servir! Para 3
4
5

empezar, te peinaré bien esta melena y la adornaré con mis collares de soltera; desenredaré esas greñas de tu frente, separándolas con una raya bien hecha; la crin de tu rabo, por falta de agua, forma sucios pelotones: me cuidaré en seguida de dejarlo flamante; cuajado de colgantes de oro, briliarás como las estrellas del firmamento y serás recibido en triunfo en medio de la desbordante alegría popular; en mi mandil de seda te llevaré almendras y apetitosas golosinas; te daré un banquete diario por ser mi salvador. 6

29. »Cuenta con manjares deliciosos, con el reposo más absoluto y con toda la felicidad de la vida; pero, además, no te ha de faltar el recuerdo glorioso de tu gesta. He de consignar en un cuadro el perenne testimonio de mi aventura de hoy y de la divina providencia; las tablas que entronizaré en el atrio de mi casa representarán mi huida en este instante. La pintura, la tradición, la pluma de los literatos celebrarán eternamente la sencilla historia de *La joven princesa que huye del cautiverio sobre un asno*. Serás una más entre las maravillas del remoto pasado; y, ante la autenticidad de tu caso, ya creeremos que Frixo ha navegado sobre un borrego, que Arión ha pilotado a un delfín y que Europa ha viajado a cuestras del toro^[67]. Y, si es cierto que Júpiter pudo mugir transformándose en toro, tal vez mi asno encierre también su misterio, por ejemplo un rostro humano o el semblante de un dios». 2 3 4 5

Mientras la jovencita va haciendo esas consideraciones entremezclando frecuentes suspiros con sus votos, llegamos a una encrucijada. Allí, la niña, estirando mis riendas, hacía lo posible por desviarme a la derecha, sin duda porque aquel camino iba a parar a casa de sus padres. Pero, como yo sabía que por allí habían ido los ladrones en busca del resto de su botín, me resistía obstinadamente y, ya que no podía hablar, protestaba así en mi fuero interno: «¿Qué haces, desgraciada doncella? ¿Qué pretendes? ¿Qué prisa tienes por llegar al Tártaro? ¿A dónde quieres que te lleven mis patas? Te echas a perder y también me vas a echar a mí». Estábamos así estirando, en sentidos opuestos, como en un litigio por deslindar propiedades, o, mejor dicho, por señalar la franja de paso, cuando nos vemos frente a frente con los ladrones en persona, cargados con el fruto de sus rapiñas. Al claro de luna, nos habían reconocido ya desde lejos; nos saludan con sarcástica sonrisa. 6 7 8

30. Uno de la pandilla nos interpela así: «¿A dónde vais tan de prisa, viajeros nocturnos? ¿No os dan miedo los muertos y los duendes en las altas horas de la noche? Tú, intachable jovencita, tal vez tienes prisa por visitar a tus padres. Pues nosotros te daremos escolta en tu soledad y te mostraremos el camino más directo para ir a su encuentro». Y, añadiendo el gesto a las palabras, coge las riendas y me hace dar media vuelta, ello sin prescindir de los estacazos habituales con el nudoso bastón que llevaba. Ya en marcha, muy 2 3 4

a pesar mío, hacia el inminente suplicio, vuelvo a acordarme del casco dolorido y empiezo a cojear cabeceando. «¡Oh! —dice el que me había hecho volver atrás—. ¿Otra vez a trompicones? ¿Otra vez renqueando? ¿Tus patas pueden huir y no puedes ir al paso? ¡Si, hace sólo un instante, ni Pégaso con sus alas igualaba tu velocidad!» 5

Mientras el amable camarada me gastaba esas bromas sin dejar de darle al palo, ya habíamos llegado al recinto exterior de su casa. Lo primero que vemos es la vieja aquella con una soga al cuello, colgada a cierta rama de un alto ciprés. La descuelgan al instante y, tal como estaba, con soga y todo, la tiran al fondo del precipicio; acto seguido, dejando a la niña bien amarrada, se tiran como animales hambrientos sobre la cena que en su celo póstumo les había dejado preparada la infeliz viejecita. 6 7

31. Y, mientras engullen todo aquello con ávida voracidad, ya empiezan a deliberar entre sí sobre nuestro castigo y su venganza. Y, como es natural tratándose de un conciliábulo tumultuoso, hubo división de pareceres: el primero pedía que se quemara viva a la joven, el segundo aconsejaba arrojarla a las fieras, el tercero mandaba que la crucificaran, el cuarto prefería torturas y mutilaciones; lo cierto es que todos los votos, por el procedimiento que fuera, pedían pena de muerte. Entonces, un hombre, calmando el tumulto general, tomó solemnemente la palabra y dijo: «De acuerdo con las normas de nuestra sociedad, con nuestra mansedumbre individual y concretamente con mi personal moderación, no puedo autorizar una crueldad excesiva de vuestra parte y desproporcionada al delito. Dejaos de fieras, de patíbulos, de hogueras, de instrumentos de tortura; no os precipitéis tampoco condenándola a las tinieblas de una muerte prematura. Si queréis seguir mis consejos, otorgad a esa joven la gracia de la vida, pero de la vida que ella se merece. Sin duda recordáis vuestra reciente decisión relacionada con ese asno, eterno perezoso ciertamente, pero comilón sin igual y ahora, por añadidura, mentiroso (fingía estar estropeado), cómplice y auxiliar en la evasión de la muchacha. Propongo, pues, degollarlo mañana, vaciar totalmente sus entrañas, encerrar desnuda en su vientre a la joven que él nos ha preferido, y coserla después de modo que quede fuera tan sólo su cara, con todo el resto de su cuerpo aprisionado entre los flancos del animal; finalmente, ya bien relleno, expondremos el asno sobre una roca de aristas vivas para que se tueste a los rayos del sol. 2 3 4 5 6

32. »Así ambos sufrirán la totalidad de las penas que en estricta justicia habéis decretado: el asno tendrá la muerte que desde hace tiempo merece; ella, los mordiscos de las fieras, cuando los gusanos desgarran sus miembros, las quemaduras de las llamas cuando el irresistible calor del sol inflame el

vientre del animal, el suplicio del patíbulo cuando los perros y los buitres le arranquen las entrañas. Tened en cuenta todavía nuevas y dolorosas torturas: aun en vida habitará los flancos de una bestia muerta; un olor nauseabundo cortará su respiración; se consumirá lentamente por falta de alimento y no tendrá siquiera las manos libres para darse la muerte». 2

Cuando hubo terminado el discurso, los ladrones, sin desplazarse^[68] para emitir su voto, por aclamación unánime, se adhieren a su parecer. Al oír la sentencia con mis largas orejas, ¿qué podía hacer sino llorar sobre el cadáver en que me iba a convertir el día siguiente? 3

LIBRO VII

Para cubrir las bajas producidas en la compañía de los bandoleros, entra un nuevo recluta de extraordinarias condiciones: se hace pasar por el famoso Hemo, el terror de todas las provincias. Pero en realidad es Tlepólemo, el prometido de la cautiva, a quien logra liberar: la monta sobre el asno, la lleva a su casa y se realiza la boda (1-13). — La recién casada quiere recompensar debidamente los buenos servicios del asno. Pero el guardián, un zagal sin entrañas, le impone las más duras penalidades en lugar de la buena vida que era de esperar (14-28).

1. En cuanto la luz del alba hubo disipado las tinieblas y el resplandeciente carro del sol iluminó la naturaleza entera, apareció de improviso un individuo: era de la pandilla de los ladrones, como lo daba a entender la efusión de los saludos intercambiados. Se sentó en la misma entrada de la cueva, y cuando hubo recobrado aliento, porque estaba exhausto, comunicó a sus colegas las siguientes noticias: 2

«Por lo que atañe a Milón de Hipata, cuya casa hemos saqueado últimamente, podemos quitarnos ya de encima toda preocupación y sentirnos tranquilos. Cuando vosotros emprendisteis la marcha para regresar al campamento, arramblando con todo gracias a vuestra fuerza y sin igual valor, yo me mezclé a los corrillos que formaba la gente; fingiendo dolor e indignación, observaba qué decisión se iba a tomar para poner en claro el asunto: si se acordaría perseguir a los ladrones, y hasta qué punto se llevaría a la práctica. 3 4

»De acuerdo con la misión que me habíais confiado, quería traeros una información completa. Unos indicios nada dudosos, al contrario, con todas las apariencias de la realidad, hacían recaer todas las sospechas de la multitud sobre un tal Lucio, a quien se reclamaba como evidente autor de la fechoría. Se decía que, pocos días antes, mediante una falsa carta de recomendación y haciéndose pasar por excelente persona, había ganado tan incondicionalmente la confianza de Milón, que éste lo había acogido en casa y lo tenía como un familiar de los más íntimos; que había permanecido allí varios días y que, seduciendo a la sirvienta de Milón por fingir estar enamorado de ella, había examinado atentamente el dispositivo que cerraba la puerta y hasta había explorado muy de cerca los departamentos en que Milón solía encerrar toda su fortuna. 5 6

2. »Se alegaba como indicio más evidente de su culpabilidad el hecho de que aquella misma noche, y en el preciso momento del crimen, ese tal Lucio había desaparecido sin dejar rastro desde entonces por parte ninguna. Le fue fácil hallar el medio de asegurar su huida burlando a sus perseguidores por la mayor rapidez de maniobra y escondiéndose cada día más lejos; con ese fin se llevó el caballo blanco que tenía: para disponer de magnífica montura. Es cierto que se encontró al esclavo de Lucio en la misma casa en que se 2

hospedaba; se esperaba de él una información sobre los crímenes y proyectos de su amo; por orden de los magistrados se le arrestó y encerró en la cárcel de la ciudad; al día siguiente sufrió toda clase de torturas, se desgarraron sus carnes hasta dejarlo casi muerto: no se consiguió de él la menor declaración sobre el asunto. No obstante, se han enviado numerosos emisarios a la patria de ese tal Lucio para que se busque al acusado y se le imponga el castigo que su crimen merece».

3

Oyendo ese relato, yo comparaba mi situación de antaño con mi triste presente; y el parangón entre aquel Lucio feliz y este asno desgraciado me arrancaba gemidos del alma; me venía a la mente que no en vano los sabios de la remota Antigüedad habían imaginado y representado a la Fortuna ciega y hasta sin ojos: siempre reserva sus favores a los malvados que menos los merecen; el sano juicio nunca preside a su elección entre los mortales; al contrario, se inclina preferentemente por las compañías que debiera evitar y de las que se mantendría alejada si fuera vidente; y lo peor de todo, en fin, es que nos reparte la buena o mala fama al azar o, mejor dicho, al revés: el malo luce el título de hombre virtuoso y, al contrario, el más inocente suele recibir los palos que corresponderían a los criminales.

4

5

6

3. Así yo, por un cruel asalto de esta diosa, me he visto reducido a la condición de animal y soy el más vil de los cuadrúpedos; yo, con mi triste suerte, debía excitar justamente el dolor y la compasión del mortal más insensible; y, para colmo, se me reclamaba como culpable del saqueo ocasionado a un huésped que tenía todo mi afecto. Un crimen como éste resultaría ser más que un robo, un auténtico parricidio^[69]. Y no me era posible defender mi causa, ni siquiera negar mi culpabilidad con un simple monosílabo. Finalmente, para que mi silencio ante tan odiosa acusación no pudiera atribuirse al remordimiento e interpretarse como confesión, sin poder ya aguantar, quise al menos declarar brevemente: «No fui yo». Pero, si bien es verdad que pude emitir una y varias veces la primera palabra con sonoridad descomunal, todos mis intentos resultaron vanos al pretender articular la siguiente; me quedé pegado en la primera sílaba, vociferando siempre el mismo «No, no...», por más que me aplicara a redondear en rápida maniobra mis colgantes labios. Mas ¿para qué seguir quejándome de la crueldad de la Fortuna, si ni siquiera tuvo reparo en someterme a la misma esclavitud y al mismo yugo del caballo que estaba a mis órdenes y me servía de montura?

2

3

4

5

4. Fluctuaba yo así en ese mar de pensamientos, cuando me volvió a la mente aquella preocupación más apremiante, es decir, la determinación que habían tomado los ladrones de inmolarme a los manes de la muchacha; agachando repetidas veces la cabeza para verme el vientre, ya creía sentir las

angustias del parto para dar a luz a la desgraciada jovencita.

Sin embargo, el individuo aquel, al acabar de referir las calumnias que me afectaban, sacó mil piezas de oro que traía escondidas y cosidas bajo la ropa; según decía, las había robado a varios viajeros, y su honradez le imponía el deber de entregarlas a la caja común. Luego, empezó a hacer preguntas interesándose por la suerte de sus camaradas. Al saber que algunos o, mejor dicho, que los mejores habían sucumbido en circunstancias diversas, aunque igualmente heroicas, propone un breve período de paz en los caminos y una tregua total en los asaltos, para dedicarse ante todo a buscar compañeros de armas, a completar con nuevos reclutas los antiguos efectivos y a rehacer los cuadros de la marcial cohorte: es posible reducir por el terror a los que se les resistan; es posible atraer con recompensas a la gente de buena voluntad; y no habrá pocos que renunciarán voluntariamente a su vil existencia de esclavos para adherirse a una organización que los convierte, por decirlo así, en poderosos reyes. Él mismo, según dice, había encontrado ya días antes por su cuenta a un hombre corpulento y joven, a quien ni le falta vigor ni le tiembla el pulso; le había estado dando consejos hasta acabar convenciéndolo: era hora ya de aplicar sus manos, entumecidas por la larga inacción, a un oficio más lucrativo; era ya hora de sacar partido a los magníficos recursos de su salud; no debía alargar más su robusto brazo mendigando una mísera moneda, sino emplearlo a fondo en conquistas de oro.

5. Todos a una se adhirieron al parecer de ese orador. Se acuerda admitir al joven propuesto, cuya valía parecía suficientemente comprobada, y buscar a otros más hasta completar los efectivos. El camarada aquel se ausenta entonces y, sin hacerse esperar demasiado, vuelve con un joven, verdadero gigante como él había prometido, al que difícilmente podía compararse ninguno de los presentes: pues, sin hablar ya del resto de aquella corpulenta mole, descollaba entre todos sacándoles toda la extensión de la cabeza, y eso que aún empezaba entonces a asomar la primera barba de sus mejillas. Iba a medio vestir, cubierto de harapos dispares y mal cosidos entre los que lucía, cual coraza, la musculatura de su pecho y de su vientre.

Presentándose así, dice: «Salud, clientes del valeroso dios Marte; desde este momento sois mis fieles compañeros de armas; acoged gustosos a quien tiene el gusto de unirse a vosotros; tengo arrojo y decisión, prefiero recibir heridas en mi carne que rebajarme para llenar de oro mis manos; si muchos se espantan ante la muerte, mi moral se crece con su misma presencia. Y no me toméis por indigente o desgraciado, ni juzguéis de mi valor por mis harapos: he sido jefe de una banda heroica con la que he arrasado por completo a toda Macedonia. Yo soy el célebre bandolero Hemo de Tracia, cuyo nombre hace temblar hasta el último rincón de las provincias; mi padre fue Terón, otro

bandolero igualmente ilustre; alimentado con sangre humana, educado en las mismas filas de nuestra compañía, soy el heredero y rival de la bravura de mi padre.

6. »Pero aquel nutrido ejército de mis antiguos y heroicos camaradas, aquella brillante posición, todo lo perdí de la noche a la mañana. Pues un procurador imperial, que en su día había ganado doscientos mil sestercios, tuvo la mala suerte de caer en desgracia y verse destituido. Una mala inspiración del cielo hizo que yo lo asaltara cuando él pasaba de largo a mi alcance... Pero para explicar el caso, voy a proceder metódicamente.

»Había en la corte del César un personaje ilustre y distinguido por su brillante hoja de servicios; el propio emperador lo tenía en particular estima. Por despiadada envidia, ciertos acusadores hábiles lo precipitaron al destierro. Su esposa, llamada Plotina, mujer de rara fidelidad y ejemplar virtud, que en diez partos sucesivos lo había hecho padre de numerosa familia, menospreciando, sin darles la menor importancia, las comodidades y delicias de la ciudad, había seguido a su marido en el destierro para compartir su desgracia. Con el pelo cortado y disfraz masculino, ceñida con cinturones cargados de valiosísimos collares y de monedas de oro, esta mujer pasaba sin inmutarse entre los pelotones de guardia y sus espadas desenvainadas; se asociaba a todos los peligros de su marido, velaba por su vida sin desfallecer y soportaba continuas penalidades con temple varonil. Habían superado ya un sinfín de dificultades por tierra y por mar, cuando su expedición se dirigía a Zacinto: era la residencia temporal que había asignado el fatal decreto.

7. »Pero al tocar la playa de Accio, donde entonces, después de bajar de Macedonia, operábamos nosotros, el pasaje, dada la hora avanzada de la noche, para ahorrarse las molestias del oleaje, se había echado a dormir en una taberna que había en la costa, muy cerca de la embarcación. Nos lanzamos sobre ellos y arramblamos con todo. No fue poco el riesgo que corrimos, pero logramos retirarnos después de este golpe de mano. Al oír el primer ruido a la entrada, Plotina saltó al dormitorio, puso todo en movimiento con sus gritos de alarma, llamando individualmente a soldados y criados y pidiendo encima refuerzos a toda la vecindad; y, sin el pánico general, ya que cada cual se escondía para evitar el propio riesgo, no hubiéramos salido indemnes en la retirada.

»Pero acto seguido, aquella mujer admirable (hay que proclamar la verdad), aquella esposa de fidelidad incomparable conquistó simpatías por procedimientos lícitos, intercedió ante la majestad de César y obtuvo tan pronto regreso para su marido como plena venganza para nuestra agresión. En una palabra, César decidió la eliminación de la banda capitaneada por Hemo,

y en el acto la banda dejó de existir: ¡tal es el poder de la simple voluntad de un gran príncipe! Toda mi tropa, perseguida por destacamentos militares, acabó deshecha y triturada; únicamente yo pude evadirme escapando a duras penas de la boca del Infierno. He aquí cómo:

8. »Me puse una bata de señora, de un florido estampado, cuyo vuelo caía en ondulante cascada; me cubrí la cabeza con una bufanda de punto, calcé unos zapatos blancos muy finos, como los llevan las mujeres; sin que se me identificara, disfrazado bajo las apariencias del sexo débil y montado sobre un asno que acarreaba gavillas de cebada, pasé entre las líneas de los soldados que me perseguían; pues tomándome por la mujer del borriquero, me dejaban ir libremente; a ello contribuían entonces mis mejillas todavía imberbes, con la suavidad y frescura de la infancia. No he desmentido, no obstante, la gloria de mi padre ni mi valor personal: apenas recobrado del susto que supone el verse bajó el filo de espadas aguerridas, aproveché el disfraz de mi indumentaria impropia para asaltar, aunque fuera solo, varias granjas o poblados; recogí así una modesta reserva para mi viaje». Y, desabrochando entonces sus harapos, dejó caer al suelo, ante las miradas de todos, dos mil piezas de oro. Luego, añadió: «He ahí mi modesta gratificación, o, mejor dicho, la dote que tengo el gusto de pagar a vuestra sociedad; también me ofrezco para servirlos incondicionalmente como jefe, si no tenéis inconveniente en ello, y os prometo que en poco tiempo la roca que os cobija se convertirá en oro».

9. Sin aplazamientos ni titubeos, los ladrones, en votación masiva, le confieren el mando por unanimidad y le sacan un traje un poco más decente para que se lo ponga en lugar de aquellos harapos millonarios^[70]. Ya transformado, abraza personalmente a cada uno de los presentes; éstos lo colocan en el puesto de honor para inaugurar su mandato con un banquete entre copiosos brindis. A lo largo de la conversación se entera de la evasión de la muchacha, de mi colaboración al servirle de montura, de la muerte horrenda que nos esperaba a ambos; averigua en qué sitio la tienen, y lo llevan a verla: observó efectivamente cómo la tenían cargada de cadenas y se retiró con una mueca de desaprobación: «Ciertamente no cometeré la grosería, o, mejor dicho, no tendré la osadía —dice— de oponerme a vuestra decisión; pero sentiría hondos remordimientos de conciencia si silenciara cuál es, en mi opinión, nuestro deber. Pero, ante todo, pido un voto de confianza, ya que sólo me preocupa vuestro interés, y, en todo caso, si os desagradara mi parecer, siempre os queda el recurso de volver al asno. Yo estimo, pues, que un ladrón, es decir, un ladrón juicioso, no debe anteponer nada al lucro, ni siquiera la venganza, ya que con frecuencia ésta ocasiona también perjuicios a los que la

ejercen. Así, pues, si hacéis perecer a la joven embutiéndola en el asno, tan sólo habréis logrado satisfacer vuestro resentimiento, sin provecho alguno. Mi criterio personal es más bien que debemos llevarla a alguna ciudad y ponerla allí en venta. De unos abriles como los suyos podrá sacarse una bonita suma. Yo mismo conozco, hace tiempo, a varios profesionales: cualquiera de ellos es capaz de pagar al contado los hermosos talentos que, según creo, podéis exigir en justicia por esta jovencita de alcurnia, a quien llevarán a una casa pública sin que pueda ya volver a escaparse como hizo antes; finalmente (lo que también tiene su importancia), cuando la veáis reducida a la servidumbre del lupanar, vuestra venganza podrá darse por satisfecha. Tal es mi propuesta; os hablo con el corazón en la mano: la creo ventajosa. Pero vosotros sois quienes mandáis en vuestras decisiones y en vuestras pertenencias».

10. He ahí cómo, velando por la economía de los bandoleros, presentaba nuestra defensa aquel ilustre protector de la muchacha y del borrico. Pero la deliberación fue larga, y la espera ante la decisión general me torturaba el corazón, o, mejor dicho, me arrancaba el poco aliento que me quedaba. Por fin se accede a la propuesta del recién llegado e inmediatamente se libera a la joven de sus ataduras.

Ella, al ver a aquel hombre joven y oír hablar de prostitución y de alcahuete, empezó a dar tan irresistibles muestras de alegría, que me creí con derecho a pensar mal del sexo femenino en su totalidad; efectivamente, tenía ante mis ojos a una muchacha que había fingido amar a su joven pretendiente, que había añorado su digno matrimonio; y ahora de pronto era feliz ante el solo nombre de un inmundo y vergonzoso burdel. En aquel instante la censura del asno recaía, pues, globalmente sobre todas las mujeres y sobre su específica moralidad.

El joven, volviendo a tomar la palabra, dice: «¿Qué esperamos, pues? Vayamos a implorar la asistencia de Marte, ‘el Socio’, en la venta de la joven y en el reclutamiento de nuevos camaradas. Pero, por lo que veo, nos falta la víctima del sacrificio; ni siquiera tenemos vino para beber a discreción o al menos con tasa. Dadme diez hombres que me acompañen; me bastan diez para atacar el castillo vecino y procurarnos un banquete de pontifical»^[71]. Él se va. Los demás preparan un gran fuego y levantan al dios Marte un altar de verde césped.

11. Al poco rato llegan nuestros proveedores cargados de pellejos de vino y arreando un rebaño de ganado; eligen un macho cabrío, un ejemplar cargado de años, de tiasas melenas, y lo inmolan a Marte, Compañero y Guía. En el acto se dispone una opípara comida. Entonces, el anfitrión toma otra vez la palabra: «No sólo debéis apreciar mi capacidad de mando en vuestros saqueos

y rapiñas; también se ha de ver en las ocasiones placenteras de la vida». Y entrando en acción, realiza todos los servicios con notable destreza y rapidez. Barre, pone la mesa, guisa, arregla fuentes de carne, sirve con garbo y, sobre todo, llena grandes copas, una tras otra, hasta ahogarlos a todos. Entretanto, como yendo en busca de algo por las necesidades del servicio, no dejaba de acercarse a la muchacha: le pasaba discretamente bocadillos y le ofrecía, entre sonrisas, las copas que previamente él se había llevado a los labios. Ella aceptaba con mucho gusto, y cuando él, de vez en cuando, pretendía besarla, ella le devolvía cariñosamente los besos con la misma facilidad. Esta familiaridad no me gustaba absolutamente nada. «Oye, casta doncella, ¿te has olvidado de tu boda y del cariño que te unía a tu pretendiente? Así, aquel marido que yo no conozco, pero a quien te acaban de unir tus padres, ¿se verá ahora desbancado por este advenedizo, este matón cubierto de sangre? ¿No sientes remordimientos de conciencia? Después de pisotear tu cariño, ¿te resultará agradable la prostitución aquí entre lanzas y espadas? Y ¿qué pasará si los otros bandoleros llegaran casualmente a enterarse? ¿No volverás una vez más junto al asno para ser nuevamente el instrumento de mi perdición? Realmente estás jugando la piel del prójimo».

12. Mientras yo, exageradamente indignado, me entregaba a esos pensamientos calumniosos, algunas de sus palabras con doble sentido, pero muy claras para un asno inteligente, me hicieron comprender que aquel hombre no era Hemo, el famoso bandolero, sino Tlepólemo, precisamente el novio de nuestra jovencita. Pues a lo largo de la conversación, levantando ya sensiblemente la voz y sin importarle más mi presencia que la de un verdadero muerto, dijo: «Ten confianza, Gracia, mi dulce Gracia; pues todos estos enemigos tuyos serán muy pronto tus prisioneros». Y volviendo a la carga con más vigor, les sigue dando de beber sin parar; y lo que ahora sirve a sus compañeros ya vencidos y ahogados por la borrachera es vino puro y ligeramente tibio que él se guarda bien de probar^[72]. Y, por Hércules, me ha inducido a sospechar que en aquellas tinajas echaba alguna droga, algo así como un soporífero. El hecho es que todos, todos sin excepción, estaban por el suelo; ahogados en vino, todos parecían muertos. Entonces, sin la menor dificultad, los sujetó con fuertes ataduras, los inmovilizó a su antojo, cargó a la joven sobre mis espaldas y emprendió la marcha hacia su tierra.

13. En cuanto llegamos, la ciudad entera se lanzó a la calle a presenciar la ansiada escena. Corren a nuestro encuentro los padres, los amigos, los clientes, la dependencia, la servidumbre: todas sus caras estaban risueñas y radiantes de felicidad. Era digno de verse aquel cortejo en que tomaban parte personas de ambos sexos y de todas las edades: un espectáculo nunca visto y

ciertamente inolvidable, el de una doncella llevada en triunfo sobre un asno.

Yo mismo acabé por tomar parte en la alegría para no desentonar en aquellas circunstancias: estiré las orejas, me inflé las narices y me puse a rebuznar con energía, o, mejor dicho, a desgañitarme en una atronadora explosión sonora.

La joven había sido conducida a su habitación, donde sus padres la atendían debidamente; a mí, en cambio, Tlepólemo me hizo dar media vuelta inmediatamente con nutrida compañía de caballerías y de ciudadanos. No me pareció mal. Pues a mi curiosidad habitual se sumaba esta vez el deseo de asistir como espectador a la captura de los salteadores. Los sorprendimos todavía más apresados por el vino que por las cuerdas. Se rebuscó todo, se sacó al exterior, se nos cargó de oro, plata y demás objetos de valor; en cuanto a los bandoleros, en parte ligados como estaban, fueron arrastrados hasta los despeñaderos vecinos y precipitados al abismo; a los demás se les dejó donde estaban, después de decapitarlos con sus propias espadas.

Felices y contentos tras esta venganza, regresamos a la ciudad. Se confió al Estado la custodia de aquellos valores. Tlepólemo recibió en legítima posesión a la joven que había reconquistado.

14. La señora, desde entonces, llamándome su salvador, me prodigaba toda clase de atenciones; el mismo día de su boda manda que se me llene copiosamente el pesebre de cebada y que se me sirva una ración de hierba como para un camello de Bactriana^[73]. ¡Pero qué terribles imprecaciones, qué maldiciones —bien merecidas— lancé contra Fotis por no haberme transformado en perro en vez de convertirme en asno! ¡Pues había que ver a todos aquellos perros! ¡Cómo se cebaban e hinchaban hasta reventar con las sobras o las tajadas que robaban en aquella cena interminable!

Pasada la primera noche en las primicias del amor, la recién casada no dejó de proclamar ante sus padres y su marido el profundo agradecimiento que me debía, hasta hacerles prometerme un trato de lo más honroso. Se acabó convocando a los amigos más juiciosos y deliberando sobre el mejor procedimiento para premiar dignamente mis servicios. Uno proponía que se me tuviera encerrado en casa, sin hacer nada, y se me alimentara con cebada selecta, con habas y algarrobas; pero prevaleció otra opinión: la que, velando por mi libertad, proponía que se me dejara más bien correr y disfrutar por los campos de pastizales, entre los rebaños equinos, para dar a mis dueños, como semental de raza, muchas mulas de cría.

15. Se manda llamar inmediatamente al encargado de la yeguada y, tras un largo preámbulo, me dejan en sus manos. Por supuesto, iba trotando ante él, feliz y contento al despedirme de los fardos y pesadas tareas, y al verme

recobrar la libertad al principio de la primavera; esperaba encontrar sin duda algunas rosas entre la abundante hierba de las praderas. También se me ocurría un nuevo pensamiento: si se me prodigaban acciones de gracias y honores sin fin bajo aquella especie de asno, con mucho mayor razón se me colmaría de favores si un día recobraba mi personalidad de hombre. 2

Pero lejos de la ciudad, adonde me había llevado aquel escudero, no me esperaba el menor deleite, ni siquiera una sombra de libertad. Para empezar, su mujer, avara y pérfida criatura, me enganchó al yugo del molino y, arreándome sin parar con una recia vara, molía a expensas de mi cuero su pan y el de toda la familia. Y sin darse todavía por satisfecha con que mis fatigas la hicieran subsistir, aún alquilaba mis servicios de circunvalación^[74] para moler el trigo de los vecinos. Para colmo de desgracia, a cambio de tantos trabajos, ni siquiera me suministraba la ración estipulada. Pues la cebada que me correspondía, tostada y molida por la propia muela que yo arrastraba, la vendía a los colonos de la vecindad; y a mí, en cambio, después de penar todo el día uncido a la pesada máquina, sólo a última hora de la tarde me echaba unos puñados de salvado, sin cribar, sucio y lleno de ásperas arenillas. 3 4 5

16. Agobiado por tantos desastres, la Fortuna, en su crueldad, quiso todavía entregarme a nuevos tormentos, sin duda, como suele decirse, para que mis heroicos servicios en la paz como en la guerra me hicieran plenamente acreedor al glorioso y sabroso trigo candeal. En efecto, el bueno del pastor, haciendo caso un día, aunque tarde, a las órdenes del amo, me dejóirme con la yeguada. Feliz y saltarín, como asno, que alcanza por fin la libertad, exteriorizando mi impaciencia iba ya a paso lento en busca de las yeguas más apropiadas para ser mis esposas. Pero también esta sonriente esperanza acabó en total fracaso. Pues los sementales, saturados de pasto y cebados con tiempo para la remonta, adversarios siempre temibles y desde luego más potentes que cualquier asno, se sintieron celosos al verme llegar. Adelantándose a evitar lo que era a la vez un adulterio y una degeneración, sin tener en cuenta las leyes de Júpiter Hospitalario, se lanzan con toda la capacidad de su odio en furiosa persecución de su rival. Uno se encabrita; yergue su inmenso pecho, alarga el cuello, levanta la cabeza, y con sus cascos delanteros practica el pugilato a mis expensas; otro vuelve contra mí sus potentes y musculosas ancas para lanzar a coces un ataque ligero; un tercero, tras las amenazas de un indignado relincho, agacha las orejas y, luciendo su incisiva y blanca dentadura, tritura todo mi cuerpo a dentelladas; ése era el trato que un rey de Tracia, según había leído yo en la historia, daba a sus huéspedes: los echaba a sus salvajes corceles para que éstos los despedazaran y devoraran. El afán de aquel poderosísimo monarca por ahorrar cebada llegaba hasta el extremo de saciar el hambre de sus voraces caballerías 2 3 4 5

sirviéndoles cuerpos humanos en abundancia^[75].

17. Despedazado de igual modo por los diversos asaltos de aquellos caballos, añoraba otra vez mi movimiento circular arrastrando la muela del molino. Pero la Fortuna, con insaciable afán de atormentarme, me urdió una vez más un nuevo desastre. Efectivamente, se me asigna la tarea de acarrear leña del monte y se me pone a las órdenes de un joven esclavo, por supuesto el peor de todos. Como si no me agotara bastante la empinada cuesta del monte, como si me triturara poco los cascos tropezando contra las punzantes rocas, todavía tenía él que sacudirme la piel con una lluvia de garrotazos que me dejaban dolorido hasta la médula de los huesos; siempre pegaba sobre el anca derecha y, a fuerza de golpes en el mismo sitio, había hecho saltar la piel produciendo una inmensa llaga, mejor dicho, un hoyo o un ventanal, y, con todo, no dejaba de seguir machacando la herida sanguinolenta. Por otra parte, me aplastaba bajo tales cargas de leña, que, aparentemente, sólo un elefante, y no un asno, podría con aquella pila de haces. Y cuando la carga, mal equilibrada, se inclinaba a uno u otro lado, lo procedente hubiera sido ir quitando los troncos que colgaban y aliviarme aligerándome un poco; o en todo caso, hubiera debido igualar el peso trasladando esos troncos al lado opuesto; pero, al contrario, iba añadiendo piedras encima para remediar la falta de equilibrio.

18. Después de tantos desastres, aún no se daba por satisfecho con cargarme sin duelo. Si había que atravesar un río a lo largo del camino, para no mojarse las polainas, también él saltaba encima y se instalaba sobre mi grupa: ligera sobrecarga, al parecer, añadida al enorme peso transportado. Y si accidentalmente, sin poder aguantar el peso, resbalaba en el fango cenagoso de la orilla en acentuada pendiente y llegaba a caer, aunque era obligación del insigne borriquero echarme una mano, estirar del ramal, auparme por la cola, descargarme al menos en parte hasta que me pusiera de pie, no creáis que me prestara la menor ayuda al verme extenuado; al contrario, empezando por la cabeza, o más exactamente por las propias orejas, me zurraba en toda mi extensión con un enorme garrote, hasta que los mismos palos, a modo de tónico, me ponían de pie. El mismo sujeto, para martirizarme, ideó todavía el fatal dispositivo siguiente: cogió unos pinchos muy agudos y recios, con la punta envenenada; hizo con ellos un haz bien atado y anudado, y me lo colgó al rabo como cilicio; con el vaivén de la marcha, todas aquellas terribles púas me pinchaban y malherían cruelmente.

19. Ahora, pues, era doble mi desgracia. Si echaba a correr para escapar a su feroz persecución, me herían las púas con mayor violencia; si, para evitar ese dolor, aflojaba un poco el paso, los estacazos me obligaban a correr. El

maldito esclavo no parecía tener sino una obsesión: la de acabar conmigo como quiera que fuera; y tal es el fin que más de una vez me prometió entre amenazas y juramentos. Precisamente surgió una ocasión para estimular sus detestables instintos a tratarme con mayor dureza. Cierta día que su acentuada impertinencia había agotado mi paciencia, levanté contra él mis potentes cascos. Entonces se le ocurre hacerme la siguiente fechoría.

Me carga con un buen fardo de estopa, lo ata con buenas sogas y me pone en marcha. En la primera granja saca discretamente un tizón encendido y lo coloca en el mismísimo centro de la carga. De aquella brasa así recogida y alimentada por el ligero combustible surgieron unas llamaradas que me envolvieron por completo en un terrible incendio. En el extremo peligro no veo ningún recurso, ningún medio de salvación; la hoguera no admite demora y corre más que el buen consejo.

20. Pero en la tremenda situación, la Fortuna hizo brillar para mí un rayo de alegre esperanza. Tal vez quería reservarme para futuras pruebas; lo cierto es que me libró de la muerte inminente a que estaba sentenciado. Pues casualmente las lluvias de los días anteriores acababan de formar en las inmediaciones un charco de agua cenagosa; al verlo, me tiro dentro instintivamente y, apagadas las llamaradas por completo, vuelvo a salir liberado ya de mi carga y a la vez de la muerte. Pero aquel vil y atrevido mozalbete volvió contra mí toda la odiosidad de su comportamiento: dijo a todos los pastores que, al pasar junto a una hoguera cercana, yo había dado deliberadamente un trapiés y me había dejado caer para incendiarme; y riéndose de mí añadió: «¿Hasta cuándo mantendremos a esta mecha incendiaria sin el menor rendimiento?»

Pocos días más tarde montó contra mí otro ardid bastante más peligroso. Al pasar junto a una choza vendió toda la leña que yo transportaba y luego, llevándome de vacío, proclama que no puede con mi terquedad, que renuncia al durísimo oficio de borriquero, y urde una serie de acusaciones como las siguientes:

21. «¿Veis a ese perezoso, a ese dormilón, a ese burro por antonomasia? Dejando ya de lado sus restantes infamias, ahora me pone en compromisos nunca vistos y por demás peligrosos. En cuanto ve gente por el camino, ya sea una mujer bonita o una muchacha casadera o un chiquillo gracioso, al instante se deshace de su carga y a veces hasta de sus aparejos; se lanza como loco, atraído, aunque asno como lo veis, por la especie humana; bajo el impulso pasional, tira al suelo a las personas e intenta caprichos monstruosos e inauditos, complacencias bestiales; invita a un matrimonio que Venus condena. Simulando hasta besos imaginarios, estrecha a su víctima y la

mordisquea suavemente con sus inmundos labios. Esta conducta nos costará no pequeños líos, riñas y tal vez algún pleito criminal. Hace sólo un momento, a la vista de una joven de buena familia, tiró al suelo y dispersó la leña que acarrea, se lanzó sobre ella como en un arrebató de demencia, la tendió en el fango y entonces, cual galán enamorado, allí mismo y a la vista de todo el mundo, intentó someterla a sus caprichos. Y, de no mediar el llanto y las quejas de la mujer (a cuyos gritos de auxilio acudieron los transeúntes, la sacaron de entre las pezuñas del asno y la devolvieron a la libertad), la desgraciada aquella hubiera quedado maltrecha y estropeada; su suerte hubiera sido espantosa y a nosotros nos hubiera tocado responder a la justicia con nuestra vida».

22. Con mentiras de ese estilo, salpicadas de otros improprios a los que mi púdico silencio daba mayor peso, logró soliviantar a los pastores para que se deshicieran violentamente de mí. Uno de ellos acabó diciendo: «En consecuencia, tratándose de un marido tan descarado, o, mejor dicho, del vulgar corruptor de todas nuestras mujeres, ¿por qué no lo inmolamos como digna víctima expiatoria de las monstruosas uniones que a él se deben?» Y añade: «Oye tú, muchacho, decapítalo ahora mismo, echa sus entrañas a nuestros perros y reserva todo lo demás, es decir la carne, para dar de comer a nuestros trabajadores. En cuanto a la piel, la curtiremos con una ligera capa de ceniza y la llevaremos a nuestros amos. La disculpa es muy fácil: diremos que lo mató el lobo».

Sin más titubeos, mi perverso acusador, y ahora ejecutor de la sentencia de los pastores, saltando de alegría ante mi infortunio, porque recordaba aquellas coces —desgraciadamente ineficaces, hartó lo siento—, se ponía ya a afilar el cuchillo sobre una piedra.

23. Pero uno de aquella cuadrilla de campesinos tomó la palabra: «Sería un verdadero crimen matar así a tan hermoso ejemplar de asno y, so pretexto de libertinaje y desenfreno amoroso, privarse de sus valiosos servicios cuando, para evitar toda intentona venérea por su parte y ahorrarnos nosotros toda clase de preocupaciones, bastaría castrarlo, con lo cual, además, engordaría mucho el animal y adquiriría mayor corpulencia. Yo he visto a muchos asnos indolentes y hasta fogosísimos caballos víctimas de un excesivo apetito venéreo y que por esta circunstancia eran feroces y rabiosos; en cambio, con la referida operación, se volvían luego tratables y mansos, aptos para las tareas del transporte y hasta capaces de prestar cualquier servicio.

»En una palabra, si mi propuesta es de vuestro agrado y si me dais un corto plazo para pasar por el mercado como es mi intención, puedo ir a casa a

buscar todo el instrumental que requiere la intervención; será cuestión de un momento el volver a vuestro lado, despatarrar y castrar a ese brutal e indeseable galante; quedará más manso que un borrego».

24. Si es cierto que tal propuesta me arrancaba de las garras del Orco, seguía, no obstante, con la desolación de verme reservado para el más horrible de los suplicios y lloraba como si fuera a morir del todo al perder en parte mi integridad física. Pensaba, pues, en condenarme yo mismo a una prolongada abstinencia o en arrojarme a un precipicio para morir, sí, pero morir al menos sin previa mutilación. Pensaba, sin decidirme, en la clase de muerte que había de elegir, cuando, por la mañana, el mozo aquel, mi asesino, me saca una vez más camino de la montaña, como siempre. Acababa de atarme a una rama que colgaba de una enorme encina y, adelantándose unos pasos, se había puesto a cortar con el hacha una carga de leña. De pronto, sacando de la cueva inmediata su inmensa cabeza, se desliza al exterior un oso feroz. Al verlo me puse a temblar y, asustado ante la repentina aparición, cargo todo el peso de mi cuerpo en las patas traseras, alzo la cabeza estirando el cuello en toda su extensión, rompo la correa que me sujetaba y echo inmediatamente a correr a toda velocidad; no me llevan sólo las patas: todo mi cuerpo lanzado cuesta abajo rueda rápidamente hasta el fondo, donde me encuentro unos extensos llanos, y emprendo la carrera con todas mis ganas para escapar del oso temible y del mozo más temible todavía.

25. Entonces, cierto transeúnte, al verme solo y errante, sin pensarlo más montó a mi grupa y, arreándome con el bastón que tenía en la mano, me llevó por un atajo desconocido para mí. Me presté a correr de buena gana para alejarme así del peligro de castración. Además era ya bastante insensible a los estacazos, acostumbrado, por supuesto, a dejarme moler a palos.

Pero la Fortuna, ensañada con mi desgracia, cortando con desastrosa rapidez mi oportuna retirada, me urdió nuevas asechanzas. Efectivamente, mis pastores, que iban en busca de una ternera extraviada y recorrían la zona en todas las direcciones, toparon casualmente con nosotros; me reconocen al punto, me cogen del ramal y tratan de llevarme consigo. Pero el otro, tan atrevido como valiente, les opone fuerte resistencia y, jurando por todo lo divino y lo humano: «¿A qué viene —dice— este rapto y esta violencia? ¿Por qué me atacáis?»

«¿Cómo? ¿Pretendes que tengamos atenciones contigo, después de robarnos nuestro asno y llevártelo? Mejor sería que nos dijeras dónde has dejado escondido al joven que lo guiaba y a quien, por supuesto, habrás dado muerte». Y al mismo tiempo lo tiran al suelo, lo asaltan a puñetazos y lo trituran a patadas mientras él jura que no ha visto ni la sombra del conductor y

se había apresurado a echar mano a un animal suelto y extraviado para cobrar la prima de la declaración con el propósito, naturalmente, de devolverlo a su legítimo dueño. «¡Ah —añadió—, si este asno (ojalá mis ojos no lo hubieran visto nunca), si este asno pudiera hablar! Él mismo podría dar testimonio de mi inocencia: sin duda lamentaríais la injusticia que conmigo habéis cometido».

De nada servían todas estas protestas. Los pastores, enfadados, atan al asno una soga al cuello y lo vuelven camino del monte y del espeso bosque donde el mozo solía hacer la leña.

26. El muchacho no aparece por parte ninguna del campo; lo que sí ven es su cuerpo hecho trizas y diseminado por mil sitios. Yo no tenía la menor duda: los colmillos del consabido oso eran los responsables de aquella carnicería; y, desde luego, hubiera dicho lo que sabía si hubiese tenido la facultad de hablar. Pero sólo me quedaba una posibilidad: la de felicitar me en silencio por aquella venganza, aunque tardía. Cuando, reunidos los miembros dispersos, se reconstituyó a duras penas el cadáver, allí mismo recibió sepultura. En cuanto a mi Belerofonte^[76], a quien acusaban de ser el indudable autor del rapto y el sanguinario criminal, por de pronto se lo llevan bien atado a sus chozas en espera de hacerlo comparecer ante los magistrados al renacer el nuevo día e imponerle, como decían, el merecido castigo.

Entretanto, los padres del muchacho se deshacían en llantos y sollozos, cuando se presenta el campesino que, manteniendo fielmente su promesa, me reclama para la consabida operación. «Nuestra pérdida de hoy —dijo uno de los asistentes— no se remedia con eso; pero mañana tendremos mucho gusto en castrar a ese burro maldito y hasta en cortarle la cabeza por añadidura. Y no te faltará la colaboración de los aquí presentes».

27. El consiguiente resultado fue que mi catástrofe se aplazara para el día siguiente. Yo bendecía al bondadoso jovencito, ya que, al menos después de muerto, me había hecho un favor: el de aplazar por un breve día la operación del verdugo. Pero ni siquiera se me concedió ese mínimo plazo de satisfacción y tranquilidad pues la madre del mozo, deplorando la muerte cruel de su hijo, con los ojos inundados de lágrimas, vestida de luto y mesándose la blanca cabellera con ambas manos, entre sollozos y gritos de angustia, irrumpe en mi cuadra y, golpeándose y desgarrándose violentamente el pecho, exclama: «¡Mirad! Éste, tranquilamente recostado en su pesebre, da rienda suelta a su glotonería, no deja de comer hasta hincharse esa panza sin fondo e insaciable; no tiene ni compasión por mi desgracia ni un recuerdo por el desastroso desenlace de su difunto guía; está visto que desdeña y desprecia mis años, mi debilidad; se figura que va a salir impune de tan horrendo crimen. Tal vez se

las da de inocente: es, en efecto, muy propio de los criminales más atrevidos contar con su imperturbable seguridad ante los remordimientos de conciencia. Pues, en nombre del cielo, maldito cuadrúpedo, aunque se te concediera por un instante el uso de la palabra, ¿a quién, por necio que fuera, a quién podrías convencer de que no has tenido parte en esta atrocidad cuando estuvo a tu alcance el proteger a patadas y defender a mordiscos al pobre chiquillo? Si supiste, y más de una vez, perseguirlo a coces, ¿cómo, en cambio, no fuiste capaz de socorrerlo con el mismo celo al verlo morir? En todo caso hubieras debido cargar con él y llevártelo corriendo para arrebatarlo de las manos ensangrentadas del cruel malhechor; todo menos escapar solo, dejando abandonado a tu compañero de esclavitud, a tu guía, a tu camarada, a tu pastor. ¿Ignoras acaso que quien no presta eficaz ayuda a una persona en peligro de muerte suele ser castigado porque tal conducta es ya una falta ante la sana moral? Pero no seguirás alegrándote de mis desgracias por mucho tiempo, asesino; la naturaleza (yo me encargaré de demostrártelo) da fuerzas al desgraciado que sufre».

28. Y sin terminar la frase echó mano a la faja para quitársela, y, enrollándola sucesivamente a cada una de mis patas, las unió en apretado nudo, sin duda para que no me quedara ningún recurso de venganza; cogiendo luego la pértiga que solía sujetar las puertas del establo, no paró de darme estacazos hasta que, completamente agotada, se le cayó el palo de las manos por su propio peso. Entonces, maldiciendo el prematuro cansancio de sus brazos, corrió al llar, volvió con un tizón encendido y me lo clavó entre las ancas, hasta que, acudiendo al único remedio que me quedaba, solté un chorro de cierta materia semilíquida que le embadurnó la cara y los ojos. La ceguera y el nauseabundo mal olor le hicieron por fin echar a correr sin rematarme: de no ser así, el tizón de esta Altea en delirio hubiera acabado con el asno, cual nuevo Meleagro^[77].

LIBRO VIII

La felicidad de la joven ex-cautiva y de su heroico liberador dura poco: un amigo celoso asesina traidoramente a Tlepólemo en una cacería (1-7). — Venganza y muerte de la viuda (8-14).— Desbandada de los servidores de Tlepólemo: huyen cargando sus enseres a lomos del asno: trágicas peripecias del viaje (15-23). — Por venta, el asno Lucio va a parar a manos de los sacerdotes de la diosa Siria: lleva vida de mendigo con esa secta de sacerdotes mendigos (24-31).

1. Por la noche, a la hora de cantar el gallo, llegó de la vecina ciudad cierto joven, al parecer un servidor de Gracia, la jovencita aquella que había compartido conmigo entre los bandoleros las mismas penalidades. Traía extrañas y terribles noticias: su dueña había perecido, la desgracia se había abatido sobre toda la familia. Sentándose al amor de la lumbre, entre la numerosa cuadrilla de sus compañeros de esclavitud, refirió el siguiente relato: «Muleros, pastores y también vosotros, boyeros: nuestra Gracia ya no es de este mundo; la pobrecita ya no existe, un trágico destino se la ha llevado; sin embargo, ha ido al país de los Manes bien acompañada. Pero, para daros una información completa, os referiré los acontecimientos desde el principio. Un talento más hábil que el mío, una pluma más afortunada podría ponerlos por escrito y su libro parecería una historia.

»Había en la ciudad vecina un joven de familia muy conocida; ocupaba una brillante posición, con bastantes ingresos, pero se había entregado al vicio: frecuentaba mujeres de mala vida y se embriagaba hasta en pleno día. Tal conducta lo había llevado en mala hora a relacionarse con pandillas de malhechores e incluso se había manchado las manos con sangre humana. Se llamaba Trasilo y su fama respondía al significado de su nombre auténtico^[78].

2. »En cuanto Gracia llegó a ser muchacha casadera, Trasilo apareció entre los primeros pretendientes y con un especialísimo empeño por conseguir su mano. Aunque por su alcurnia aventajaba a todos los demás y aunque procuraba granjearse el asentimiento de los padres con valiosísimos regalos, su conducta era inaceptable y había sufrido un humillante fracaso. Trasilo, pues, al ver a la hija de nuestro amo cedida en matrimonio al virtuoso Tlepólemo, estaba firmemente decidido a cultivar aquel amor fracasado y, furioso ante la negativa a su propuesta matrimonial, buscaba la ocasión de cometer un sangriento delito. Acaba por encontrar la coyuntura favorable para introducirse en la casa y se dispone a realizar el crimen que tanto tiempo había meditado. El día que la muchacha, gracias a la habilidad y bravura de su prometido, se había liberado de los peligrosos puñales de los salteadores, Trasilo se sumó con ostensible alegría a la multitud que celebraba el acontecimiento: parecía regocijarse del venturoso presente y de la futura posteridad de los recién casados; en atención a su ilustre linaje, nuestra casa lo acogió entre los huéspedes distinguidos, mientras él disimulaba sus criminales

intenciones bajo la máscara de la más perfecta amistad. Se multiplicaron las entrevistas, las visitas se hicieron frecuentes; a veces se reunían para comer y beber; se le trataba cada día con mayor amistad, mientras él, sin darse cuenta, se iba deslizando gradualmente en el abismo de la pasión. ¿Cómo no? La llama cruel del Amor, débil al principio, nos deleita con suave temperatura; pero, cuando el Hábito la alimenta, se convierte en fuego que abrasa y consume al hombre por completo.

6
7

3. »Lo cierto es que Trasilo había deliberado con calma y a solas; pues no encontraba lugar adecuado para visitarla en secreto; veía que se le cerraba más y más cada día el paso hacia unas relaciones adúlteras y comprendía que era imposible romper los firmes lazos de aquel primer amor en progresión ascendente; aun suponiendo lo imposible, es decir, que la joven consintiera, había a su alrededor una multitud vigilante para perturbar cualquier iniciación en infidelidades conyugales; sin embargo, una terquedad funesta lo arrastra precisamente hacia ese imposible que él se representa como posible. Lo que de momento parece empresa difícil se le va figurando fácilmente realizable a medida que, con el tiempo, va creciendo su pasión. En pocas palabras, vais a ver (y, por favor, prestad oído muy atento a mis palabras), vais a ver a qué extremos pueden llegar los desafueros de una pasión desenfrenada.

2

4. »Cierta día, Tlepólemo había invitado a Trasilo a una cacería; quería cobrar unos animales feroces, es decir, tan feroces como pueden serlo unos cervatillos, pues Gracia no dejaba a su marido ir a la caza de animales con colmillos o cuernos peligrosos. Ya se había llegado a un cerro cubierto de bosque; la espesa enramada limitaba con su sombra la visibilidad de los ojeadores y servía de escondite a los ciervos. Se da la orden de lanzar a los perros (perros cazadores de pura sangre) para atacar a los animales agazapados en sus guaridas; despliegan al punto y, fieles a las lecciones de un hábil adiestramiento, cierran todas las salidas; dejan oír al principio un gruñido contenido; de pronto, a una señal dada, hacen resonar todo el bosque de frenéticos y discordantes ladridos. Lo que salta no es una cabra montés, ni un gamo asustadizo, ni el ciervo, más inofensivo que cualquier otro animal de monte; salta un enorme jabalí, de tamaño nunca visto; gordo, musculoso, con la piel curtida y poblada de alborotado y erizado pelaje; su lomo es una impresionante cresta de hirsutas cerdas; sus colmillos, que rechinan estrepitosamente, se cubren de espuma; sus ojos, de amenazadora mirada, despiden fuego, y el salvaje ímpetu de su hocico enfurecido constituye un auténtico rayo. Los perros más agresivos, que lo acosan más de cerca, son los primeros en caer reventados y despedazados por los topetazos que el jabalí reparte a diestra y siniestra; luego, pisoteando la leve redecilla y lanzándose

2
3
4
5

en su primitiva dirección, pasó de largo huyendo.

5. »Todos nos quedamos sobrecogidos de pánico. Sólo estábamos prácticos en cacerías inofensivas y, además, en aquel momento, sin armas ni medios de defensa, hubimos de guarecernos bajo la maleza o desaparecer entre los árboles. Pero Trasilo, creyendo que era el momento favorable a su engañosa perfidia, se dirige a Tlepólemo con estas capciosas palabras: '¿Cómo? ¿Vamos a ceder al miedo? ¿Nos dejaremos llevar de un vano terror como estos viles esclavos, o abandonaremos la partida como asustadizas mujeres dejando escapar la magnífica pieza que tenemos en la mano? ¿Por qué no montamos a caballo y nos lanzamos rápidamente en su persecución? Mira, toma ese venablo; yo cojo la lanza'. Y sin pensarlo más, saltan sobre los caballos y con todo su ardor tratan de alcanzar la pieza. Ésta, contando con su natural energía, se vuelve para atacar; tiene ardiente sed de sangre, afila sus colmillos y mira, indecisa, sobre quién ha de recaer su primer asalto. Tlepólemo, adelantándose, lanza sobre el lomo del animal el dardo que llevaba. Pero Trasilo, dejando en paz al jabalí, dirige su lanza contra el caballo que montaba Tlepólemo y le secciona los tendones de las patas traseras. El animal se desploma en un río de sangre y al caer de espaldas no puede evitar que su amo salga despedido, rodando por el suelo. Sin hacerse esperar, el furioso jabalí se precipita sobre el jinete derribado, despedazando en sucesivas dentelladas primero las ropas y luego el cuerpo de Tlepólemo, que intentaba levantarse. El virtuoso amigo no se inmutó ante la horrenda perfidia que acababa de cometer ni se dio al menos por satisfecho con ver en mortal peligro a aquella víctima ofrecida a su crueldad. Como Tlepólemo, acribillado de golpes y de heridas, trataba en vano de cubrir sus llagas y reclamaba angustiado la ayuda de su compañero, éste le clavó la lanza en el muslo derecho con la absoluta tranquilidad que le daba el pensar en la aparente identidad del corte causado por el hierro y del desgarramiento producido por los mordiscos. También sabemos que luego atravesó al animal con un golpe certero.

6. »Así, muerto ya el joven, saliendo cada cual de su respectivo escondrijo, acudimos, desolados, todos los servidores. Trasilo, aunque feliz de ver a su enemigo tendido en el suelo (con lo que quedaban cumplidos sus votos), disimulaba no obstante su alegría bajo una aparente postración; se finge afectado, abraza con avidez aquel cadáver, que es obra suya, representa hábilmente todas las manifestaciones del dolor, con un solo fallo: que no le quieren brotar las lágrimas. Uniéndose así a nuestras lamentaciones, que eran sinceras, atribuía a la fiera el crimen cometido por su brazo.

»Apenas cumplido el crimen, ya corre la Fama en todas las direcciones;

sus primeros pasos se dirigen a casa de Tlepólemo y hieren el oído de la infeliz esposa. Ésta, al enterarse de la noticia (la peor que se le podía dar), fuera de sí y descompuesta, se lanza, cual bacante en delirio, por las calles más frecuentadas, por los campos incultos, y, como loca, va pregonando a voz en grito la desgracia de su marido. Acuden cuadrillas de ciudadanos apenados, la acompañan transeúntes que se asocian a su dolor, toda la ciudad queda desierta por la curiosidad de ver el espectáculo. Ya llega ante el cadáver de su marido y, sin poder casi respirar, se deja caer sobre él con todo el peso de su cuerpo, faltando muy poco para rendir allí mismo la vida que le había consagrado. Retirada de allí a duras penas por intervención de los suyos, permaneció en el mundo de los vivos sin ganas de vivir. El cortejo fúnebre, al que acompañaba todo el pueblo, se dirige al lugar de la sepultura.

7. »Trasilo, entretanto, acentuaba cada vez más sus clamorosos lamentos y sollozos; las lágrimas que faltaban a sus primeras manifestaciones de duelo brotaban ahora, sin duda por desbordar de alegría; prodigaba los términos cariñosos hasta embaucar a la mismísima Verdad.

»Llamando con lúgubre acento al difunto, le añadía los calificativos de amigo, compañero, camarada, hermano, sin olvidarse de sujetar las manos de Gracia cuando se hería el pecho, de suavizar sus penas, de calmar sus sollozos, de amortiguar la violencia de su dolor con palabras amables y de recordarle, como consuelo, toda una serie de lugares comunes sobre el infortunio. Por lo demás, todos estos piadosos oficios eran tan sólo el pretexto para darse el gusto de acariciar a la viuda y fomentar su propio amor con una satisfacción de mala ley.

»Pero, cumplidos ya los deberes fúnebres, la joven se dispone en seguida a bajar junto a su marido. Piensa en todos los procedimientos y en particular en uno muy suave y tranquilo, que no exige arma de ninguna clase y se parece mucho a un plácido sueño: la desgraciada quiere dejarse morir de hambre. Despreocupada ya hasta de su aseo, retirada en el fondo de una oscura cueva, se había despedido de la luz del día.

»Ahora bien, Trasilo, con terca insistencia, en parte directamente y en parte valiéndose de sus amigos y allegados, o incluso de los propios padres de la joven, logra derrotar su firmeza; consigue que tome un baño y un poco de alimento para reanimar sus miembros amaratados, mugrientos y ya casi extenuados. Ella, como hija respetuosa ante la autoridad paterna, aunque muy a pesar suyo, acató una obligación sagrada. Sin que su rostro reflejara la menor ilusión, volvió con cierta serenidad a cumplir su misión en la vida, como le pedían. En su corazón, sin embargo, y hasta en lo más profundo de su ser, continuaba consumiéndose de pena y amargura; día y noche, sin la menor interrupción, vivía de añoranza y desconsuelo; había hecho unos retratos del

difunto con los atributos del dios Baco y se había constituido esclava de su culto divino, con lo cual su consuelo era a la vez su tormento.

8. »Pero Trasilo, tan impulsivo y presuntuoso como su nombre^[78 Bis] lo requiere, por una parte, sin dar lugar a que se hartara de llorar ni a que volviera de su enajenación mental, ni a que decayera con el tiempo lo que su duelo tenía de excesivo, y, por otra parte, cuando ella está todavía llorando a su marido, todavía se está rasgando las vestiduras y todavía se mesa los cabellos; pues bien, en estas circunstancias, Trasilo, sin titubear, le habla de matrimonio, le revela imprudentemente los íntimos secretos de su corazón y hasta su inconfesable felonía. 2 3

»Pero Gracia se horrorizó e indignó ante sus sacrílegas palabras; y como sobrecogida ante un gran trueno, ante un cataclismo sideral o ante el propio rayo de Júpiter, cayó al suelo sin sentido. Al poco rato volvía en sí lentamente, lanzando a intervalos salvajes alaridos; como ya comprendía con claridad el teatro montado por el infame Trasilo, frenó la impaciencia del pretendiente para madurar su decisión. En el intervalo, la sombra del malherido Tlepólemo, con toda la cara ensangrentada, pálida y desfigurada, se presenta a su esposa y la interpela en su casto lecho: 4 5 6

»‘Querida esposa, admito que otro hombre tenga en adelante derecho a darte ese mismo nombre. Pero, suponiendo que mi recuerdo se borre de tu corazón y que la desgracia de mi trágica muerte rompa el compromiso de nuestro amor, cástate con quien quieras y sé más feliz que conmigo, pero con una condición: que no se una tu mano con la mano sacrílega de Trasilo, que no le dirijas la palabra, que no compartas su mesa ni su lecho. Evita la mano ensangrentada de mi asesino. No pongas tu boda bajo los auspicios de un homicida. Aquellas heridas, cuya sangre lavaron tus lágrimas, no son todas debidas a los colmillos: quien me separó de ti fue la lanza criminal de Trasilo’. Agregó las demás circunstancias y puso en claro toda la escena del crimen. 7 8 9

9. »Gracia, recostada y triste desde un principio, con el rostro hundido entre los almohadones de su lecho, ni aun dormida deja de llorar: un torrente de lágrimas inunda sus mejillas y, como desvelada y atormentada por una pesadilla, reanuda su llanto, deja escapar prolongados suspiros, se rasga la ropa interior y con sus manos enfurecidas hiere sus preciosos brazos. Sin comunicar no obstante a nadie la aparición nocturna, al contrario, disimulando con cuidado la revelación del crimen, sin que nadie se entere, decide castigar al infame asesino y liberarse a sí misma de las penalidades de la vida. 2 3

»He aquí que el odioso pretendiente, cegado por la pasión, vuelve a importunar otra vez con propuestas matrimoniales los oídos voluntariamente 4

sordos de Gracia. Ella, cortésmente, evitaba entrevistarse con Trasilo, y ante sus apremiantes declaraciones amorosas, ante sus humildes súplicas, Gracia, representando maravillosamente su papel, contestaba: 5

»‘La imagen de tu hermano, es decir, de mi adorado marido, aquella bella imagen está aún presente a mis ojos: el perfume delicioso de su divina persona impresiona todavía mi olfato; el hermoso Tlepólemo vive todavía en mi corazón. Sería conveniente, y hasta indispensable precaución por tu parte, dar a la más desgraciada de las viudas el plazo mínimo y legal que requiere el luto, es decir, esperar los meses que faltan para que se cumpla el plazo de un año; este requisito afecta a mi honor y también a tu propia seguridad: con un matrimonio prematuro podríamos excitar la justa indignación de mi difunto esposo y sus manes irritados causarían tu perdición’. 6 7 8

10. »A pesar de las advertencias, Trasilo no quiere atenerse a razones; no se da por satisfecho con una promesa tan sólo diferida; continúa, como antes, importunando a Gracia en voz baja con odiosas insinuaciones, hasta que un día ella, fingiendo rendirse, le dice: ‘Concédeme al menos una cosa, te lo ruego encarecidamente, Trasilo: guardemos nuestras relaciones en el más absoluto secreto cierto tiempo, que ninguno de nuestros servidores pueda sospechar nada hasta cumplirse el año día por día’. 2 3

»Trasilo, vencido, sucumbió ante la proposición engañosa; consiente, encantado, a ese amor furtivo; suspira impaciente por que llegue la noche con su cerrada oscuridad; su única obsesión es poseer a Gracia sin más consideraciones. ‘Pero mira (le dice Gracia), envuélvete bien con el manto y que nadie te acompañe. A la hora de la primera vigilia has de estar ante mi casa; no digas una palabra, conténtate con dar un silbido, uno solo, y espera a mi nodriza —ya la conoces—, que estará de centinela en la puerta, aguardándote. Ella te abrirá, te hará pasar y, sin ninguna luz traidora, te acompañará a mi habitación’. 4 5 6

11. »Este cuadro escénico de un himeneo de muerte encantó a Trasilo. Sin sospechar ninguna tragedia, ofuscado por la espera, tan sólo se lamentaba de lo largo que era el día y de la tarde inacabable. Pero cuando, por fin, el sol cedió paso a la noche, se presenta con el atuendo indicado por Gracia y, dejándose engañar por la capciosa exactitud de la nodriza, entra en la habitación con ansias de esperanza. Entonces, la vieja, cumpliendo órdenes de la señora, lo entretiene con palabras amables, le saca sigilosamente unas copas y una jarra de vino que contenía una droga soporífera; él echa un trago tras otro, sin medida ni recelos, mientras ella disculpa el retraso de la señora que, al parecer, estaba atendiendo a su padre enfermo: le fue fácil sepultarlo en un profundo sueño. Cuando lo vio boca arriba a merced de cualquier maltrato, 2 3 4

llamó a Gracia, que entró furiosa y se echó sobre el asesino con decisión varonil y despiadado arrojo, diciendo:

12. »‘¡He aquí al fiel compañero de mi marido, he aquí al gran cazador, he aquí a mi adorado esposo! Aquí está la mano que derramó mi sangre; aquí, el corazón que urdió para mi desgracia las artimañas de la perfidia; aquí están los ojos que en mala hora se enamoraron de mí; ya presienten en cierto modo las tinieblas que los esperan y por adelantado se imponen el castigo que ven llegar. Duerme tranquilo, sueña feliz. No te he de atacar con una espada, no he de acudir al hierro. ¡Que no se me ocurra ponerte a la altura de mi marido dispensándote una muerte parecida a la suya! Morirán tus ojos, pero tú seguirás viviendo y tan sólo verás lo que veas en sueños. Te garantizo que la muerte de mi marido te parecerá una suerte frente a la vida que te espera. Ten por seguro que no verás la luz del día, que necesitarás una mano para guiarte, que Gracia nunca será tuya, que no conocerás la dicha de casarte con ella, que ni descansarás en la paz de la muerte ni tendrás la alegría de vivir; cual indefinido fantasma andarás errante entre las tinieblas del Orco y la luz del sol; andarás mucho tiempo en busca de la mano que destruyó tus pupilas, y lo más triste en tu desgracia será el quejarte sin saber a quién echar la culpa. Yo, entretanto, ofreceré libaciones en la tumba de mi Tlepólemo con la sangre de tus ojos, ojos que inmolaré a sus sagrados manes. Pero, ¿cómo? Te estás beneficiando de mi demora en infligirte el tormento que mereces; y tal vez estás soñando que me abrazas. ¡Sí, para tu desgracia! Abandona las tinieblas del sueño, despierta para penetrar en las sombras tenebrosas del castigo. Levántate con los ojos vaciados, reconoce mi venganza, comprende tu infortunio, calcula tus penalidades. He ahí cómo se enamoró de tus ojos una mujer honrada, he ahí las antorchas nupciales que iluminaron tu boda. Las Furias serán tus madrinas y formará tu escolta la Ceguera unida al eterno remordimiento de conciencia’.

13. »Tras semejante profecía, la mujer se lleva la mano a la cabeza, retira una aguja de sujetar el pelo y pincha ambos ojos de Trasilo, vaciándolos por completo. Mientras un dolor desconocido disipa a la vez su sueño y su borrachera, ella coge y desenvaina la espada que solía ceñir Tlepólemo y, por el centro de la ciudad, se lanza en furiosa carrera, obsesionada, evidentemente, por algún nuevo desatino; toma el camino más directo para llegar al sepulcro de su marido. La seguimos, la sigue el pueblo en masa —las casas quedaban desiertas— exhortándonos mutuamente con ahínco a arrancarle el hierro de sus manos enloquecidas. Pero Gracia, de pie junto al ataúd de Tlepólemo, hacía brillar la espada para alejar a la gente; y, al ver que todos lloraban a lágrima viva y se deshacían en lamentaciones diversas, dice:

‘Fuera esas lágrimas importunas, fuera ese duelo reñido con mis virtudes. Me he vengado del sanguinario asesino de mi marido, he castigado al abominable salteador de mi felicidad conyugal. Es hora ya de abrirme paso con esta espada y bajar al lado de mi querido Tlepólemo’.

14. »Contó con todo detalle cuanto le había revelado en sueños su marido y el ardid de que ella se había valido para sorprender a Trasilo; luego, se hundió el hierro bajo el pecho derecho y se desplomó bañada en la propia sangre; finalmente balbuceó unas palabras ininteligibles y rindió su alma varonil.

»Entonces los amigos más íntimos de la desventurada Gracia se apresuraron a lavar su cuerpo con el mayor esmero y, enterrándolo en la misma tumba, unieron para siempre a marido y mujer.

»Trasilo, entretanto, se había enterado de todo; sin ver a su actual desdicha salida más adecuada que una nueva desdicha, y convencido además de que ni la espada era suficiente castigo para su enorme maldad, pide que se le acompañe al mismo lugar de la sepultura, donde exclama repetidas veces: ‘¡Manes irritados, he aquí un voluntario que se ofrece a sí mismo como víctima!’ Cerró sobre sí las puertas con cuidado y decidió acabar su vida condenándose a sí mismo a morir de hambre».

15. He aquí el relato de aquel joven, relato entrecortado por hondos suspiros y a veces hasta por lágrimas; los campesinos se sintieron profundamente afectados. Entonces, por recelo ante el cambio de propietario y por lamentar muy de veras el infortunio de la casa señorial, se disponen a fugarse. Pero el mayordomo de las caballerías, a quien yo había sido confiado con especial recomendación, cargó sobre mi grupa y sobre la de las demás acémilas todos los objetos útiles que guardaba en su mísera choza; con ese botín abandonó su antigua morada. Llevábamos chiquillos, mujeres; llevábamos pollos, aves, cabritos, perritos: todo cuanto carecía de piernas ágiles y podía demorar nuestra huida, todo seguía la expedición a costa de nuestras patas. Y, por mi parte, no sentía el peso de la carga, aunque era enorme: huía encantado por alejarme del maldito capador que iba a operar a mis expensas.

Trasapamos la difícil cumbre de una montaña cubierta de bosques; también recorrimos la amplia llanura que seguía; por la tarde, ya casi anochecido, llegamos a un poblado importante y rico; la gente nos aconsejaba que no saliéramos de noche, ni tampoco muy temprano por la mañana; al parecer, merodeaban por allí muchos lobos, muy corpulentos, de gran poder y en extremo feroces; toda aquella zona era el escenario habitual de sus asaltos; se apostaban en los caminos y atacaban a los transeúntes como lo hacen los

bandoleros; más todavía, azuzados por el hambre, se vuelven rabiosos e irrumpen en las granjas de las cercanías acometiendo ya por igual a las personas o a los indefensos rebaños. A lo largo del camino que debíamos recorrer, había, según decían, cadáveres humanos medio roídos y el suelo parecía blanco bajo tantos huesos limpios de carnes. En consecuencia no debíamos ponernos en ruta sin extremar precauciones, empezando por las siguientes: no se ha de salir antes de que la visibilidad sea perfecta, antes de que el día esté bastante avanzado y el sol en todo su esplendor, para evitar ocultas emboscadas en cualquier momento, ya que la claridad en sí frena el ímpetu de esas temibles fieras; no ha de haber dispersos ni rezagados: hemos de caminar en grupo compacto —en cuña— si queremos salvar todas las dificultades.

16. Pero los malditos fugitivos que nos guiaban, con ciega e irreflexiva precipitación ante el miedo a posibles seguidores, no hicieron caso de los saludables consejos: sin esperar la luz del día, sobre la hora de la tercera guardia nocturna^[79], nos cargan y nos ponen en marcha. Yo entonces, previniendo el peligro que se nos había anunciado, procuraba a veces esconderme por todos los medios en el centro de la caravana, entre las apretadas filas de acémilas, para salvar así mis ancas del ataque feroz; y a veces me ponía ágilmente al frente de los caballos, causando general admiración. Pero aquella ligereza no era indicio de mi euforia, sino de mi pánico; acabé pensando por mi cuenta que debió ser el miedo lo que hizo volar al célebre Pegaso y que, si la tradición le ha dado alas, tiene mucha razón en dárselas precisamente cuando se planta en el cielo de un salto, horrorizado como estaba ante la Quimera^[80] que vomitaba llamas y lo quería morder.

Por otra parte, aquellos pastores que nos guiaban se habían armado como para entrar en combate: éste llevaba una lanza, aquél un venablo, otro un dardo, otro un garrote, sin contar las piedras que la rocosa senda suministraba en abundancia; había quienes blandían troncos de punta muy afilada; pero la mayoría ahuyentaban a las fieras con antorchas encendidas. Tan sólo faltaba una trompeta para completar el cuadro de un ejército en orden de batalla.

Ahora bien, pendientes de aquel peligro que nos inspiraba un temor tan inútil como inconsistente, caímos en una trampa mucho peor. Pues los lobos, tal vez asustados ante el estrépito de aquella apretada formación juvenil o ante la viva luz de las llamaradas, o tal vez por operar en otra dirección, ni nos salieron al encuentro ni se dejaron ver siquiera de lejos.

17. Pero, al pasar casualmente por una aldea, como éramos tantos, los labradores nos tomaron por una partida de bandoleros; bastante preocupados

por sus bienes y asustadizos en demasía, sueltan unos perros rabiosos, descomunales, más feroces que todos los lobos y osos del mundo, y además especialmente adiestrados para montar la guardia; con las exclamaciones habituales y con toda clase de gritos, los excitan contra nosotros; el barullo de los amos exaspera la ferocidad de los perros, que se nos tiran encima, se dispersan a saltos entre nuestras filas e indistintamente hieren a animales y personas, hasta acabar, tras larga pelea, dejándonos a la mayoría tendidos en el suelo. Espectáculo en verdad más deplorable que memorable: sobran perros y furia para cazar a los que huían, para hacer frente a los que permanecían inmóviles, para lanzarse sobre los que se caían al suelo y además para andar a mordiscos de un extremo a otro de nuestra caravana.

Y he aquí que a tan terrible peligro sucede otro todavía más grave. Pues desde lo alto de sus tejados y desde una colina próxima, aquellos campesinos hacen caer de repente sobre nosotros una lluvia de piedras: en esta situación no sabíamos si era mejor resguardarnos de los perros que teníamos encima o de las piedras que venían de lejos. Una de ellas hirió bruscamente en la cabeza a la mujer que cabalgaba a mi espalda. Por efecto del vivo dolor, se puso a llorar pidiendo auxilio a voces a su marido, que era el jefe de los pastores^[81].

18. Éste, invocando a los dioses como testigos y conteniendo la hemorragia de su esposa, chillaba más que ella: «¡Somos unos desgraciados cansados de caminar! ¿Por qué nos atacáis? ¿Por qué nos machacáis a pedradas? ¿Qué botín perseguís? ¿De qué perjuicios queréis vengaros? No vivís en cuevas como las fieras, ni entre rocas como los salvajes para que os divierta ver correr la sangre humana».

Apenas terminó él de hablar, cesó la lluvia de piedras, llamaron a los temibles perros y amainó por completo la tormenta. Un aldeano, que estaba en lo alto de un ciprés, exclamó: «No codiciamos vuestros despojos ni somos salteadores; sospechábamos esas malas intenciones de vuestro lado y por eso precisamente os rechazamos. Ahora ya podéis seguir en paz, sin miedo ni sobresaltos».

Tal fue su discurso. Nosotros reemprendemos la marcha, llenos de heridas: uno llevaba la señal de una pedrada, otro la de un mordisco, pero nadie salió ileso.

Recorrido ya un buen trecho, llegamos a un bosque con árboles muy altos entre verdes y sonrientes praderas. Nuestros conductores consideraron oportuno descansar allí un poco para reponerse y curar debidamente sus miembros malheridos. Tumbados, pues, al azar sobre la hierba, empiezan por recuperarse de su agotamiento; luego, aplican rápidamente a sus heridas variados remedios: uno desinfecta sus llagas en un arroyo que corría por allí, otro pone compresas de vinagre sobre sus carnes magulladas, otro sujeta con

un vendaje los tejidos desgarrados. Así cada cual procura cuidarse a sí mismo.

19. En esto, un viejo los estaba observando desde lo alto de un cerro; las cabras que pacían a su alrededor indicaban claramente que era un pastor. Uno de los nuestros le pregunta si podía venderles leche, leche natural o queso recién cuajado. Pero él, sacudiendo cachazudamente la cabeza, replica: «¿Se os ocurre pensar ahora en comer o en beber o en un refrigerio cualquiera? ¿Ignoráis acaso en qué sitio os habéis detenido?» Al mismo tiempo, arreando a sus ovejas, dio media vuelta y desapareció. Sus palabras y su marcha apresurada inspiraron a nuestros pastores un temor poco corriente. En su honda preocupación, se impacientan por averiguar lo que de particular tiene aquel lugar, sin ver a nadie que pudiera decírselo; de pronto, otro anciano, éste de elevada estatura, cargado de años, encorvado todo él sobre un bastón, arrastrando su cansancio y llorando a lágrima viva, se acerca a nosotros siguiendo el camino. Al vernos, redobla su llanto y, abrazando sucesivamente las rodillas de cada uno de nuestros jóvenes, les implora en los siguientes términos:

20. «Por la Fortuna, por el Genio^[82] de cada uno de vosotros, socorred a este anciano en su abandono, arracad del Infierno a un inocente y devolvedlo a mis canas; ojalá, en pago de ello, alcancéis llenos de salud y alegría edad tan avanzada como la mía.

»Era mi nietecito, la dulce compañía de mis pasos; cuando corría para cazar a un pajarito que cantaba en el seto, se cayó en el foso que hay al lado medio cubierto de zarzales; su vida corre ya gran peligro; su llanto y los reiterados gritos de auxilio llamando a su abuelo demuestran que sigue con vida; pero, ya veis mis deficiencias físicas, no lo puedo socorrer. A vosotros, en cambio, con vuestra juventud y vuestro vigor, os será fácil ayudar a este desventurado anciano devolviéndome sano y salvo mi último y único heredero».

21. Sus súplicas y el gesto de mesarse sus blancas canas conmovieron a toda nuestra gente. Uno de nuestros hombres, el de mayor arrojo moral, el más joven y robusto, y el único que había salido indemne en la batalla anterior, se puso en pie, muy satisfecho, y preguntó dónde había caído el chiquillo; el anciano señaló con el dedo unos espesos zarzales cercanos, y nuestro joven lo acompaña sin titubear. Entretanto, todo el mundo había recuperado fuerzas, nosotros^[83] pastando y nuestros guías curando sus heridas. Cada cual había recogido sus bártulos para reemprender la marcha; se llamó repetidas veces por su nombre al mencionado joven; luego, preocupados por su tardanza, envían a alguien en busca del compañero;

cuando lo hubiera hallado, debía traerlo advirtiéndole que era la hora de arrancar. Pero, al poco rato, vuelve el emisario, pálido como el boj, tembloroso y con sorprendentes noticias sobre el camarada: lo había visto boca arriba, un inmenso dragón se cebaba en él y había devorado ya más de medio cuerpo; en cuanto al desventurado anciano, no aparecía por parte ninguna. Relacionando esta circunstancia con las palabras del pastor, cuyas amenazas no podían sino aludir a este monstruoso huésped de la zona, abandonaron aquella región maldita huyendo a toda velocidad y arreándonos por delante bajo una lluvia de fuertes garrotazos. 3 4

22. Finalmente, tras una larga etapa rápidamente cubierta, llegamos a una aldea donde descansamos toda la noche. Allí se acababan de producir unos hechos dignos de mención. Os los quiero contar. Se trata de un esclavo a cuyo cargo el amo había dejado toda su servidumbre y la administración de la extensísima finca que nos alojaba. Aunque casado con una esclava de la misma casa, estaba perdidamente enamorado de una mujer libre de otra familia. Su esposa, resentida ante la infidelidad conyugal, destruyó, provocando un incendio, toda la contabilidad de su marido y todo cuanto había almacenado en el granero. Aun así le pareció poca venganza por el ultraje infligido a su lecho; vuelve su furor contra sus propias entrañas; se pasa un lazo al cuello, ata con la misma cuerda a un hijo que tiempo atrás le había dado ese mismo marido, y se tira de cabeza en un pozo muy profundo, arrastrando en su caída al chiquillo para completar el cuadro. El amo, vivamente afectado con esta muerte, cogió al esclavo cuya incontinencia había motivado tamaño delito y, después de untarlo con miel de pies a cabeza, lo amarró a una higuera en cuyo tronco carcomido anidaba un hirviente hormiguero. Nutridas oleadas de insectos surcaban su tronco en todos los sentidos. Cuando olfatearon aquel cuerpo endulzado con miel, se cebaron a pequeños pero innumerables e ininterrumpidos mordiscos hasta consumir en lenta tortura todas sus carnes y sus mismas entrañas; dejaron el cadáver totalmente descarnado, y lo que seguía pegado al árbol de muerte era un limpio y puro esqueleto de sorprendente blancura. 2 3 4 5 6 7

23. Abandonamos igualmente esta maldita mansión, dejando a aquellos labriegos en profundo duelo, y volvemos a ponernos en marcha. Una etapa de un día bien cumplido a través de la llanura nos llevó a cierta ciudad tan poblada como ilustre; llegamos cansados. Los pastores deciden establecer sus lares definitivamente y para siempre en aquel lugar, pues parecía ofrecer reductos seguros contra lejanas pesquisas, y resultaban atractivos los víveres de todas clases en feliz profusión. Los animales tuvimos tres días de reposo para que presentáramos mejor aspecto al salir en venta; nos llevan al mercado 2 3

y el pregonero, a voz en grito, proclama sucesivamente el precio de cada cual: los caballos y los otros asnos encuentran ricos compradores. Yo quedaba solo como sobrancero; casi todo el mundo pasaba a mi lado de largo y con desdén. Harto ya de los sobones que pretendían leer mis años en mi dentadura, como una mano sucia y maloliente me rascara sin parar las encías con sus dedos infectos, le di un mordisco y se la trituré por completo. Esto quitó a todos los presentes las ganas de comprarme: era demasiado peligroso. Entonces el pregonero, que se había desgañitado hasta enronquecer, se puso a hacer chistes a costa mía: «¿Hasta cuándo expondremos inútilmente en venta a este burro incapaz? Es viejo, no se sostiene sobre sus cascos desgastados, está tullido; y, con toda su pereza y modorra, es peligroso; sólo su piel es aprovechable para hacer un tamiz de gravilla. Lo mejor sería regalarlo, suponiendo que alguien esté dispuesto a perder sus hierbas».

24. Así promovía el bueno del pregonero las carcajadas de los asistentes. Pero la Fortuna, siempre enojada conmigo, a la que no podía sustraerme poniendo muchos países de por medio ni tampoco aplacar con mis desventuras pasadas, la Fortuna volvió una vez más su ciega mirada contra mí y, por uno de sus sorprendentes procedimientos, me hizo topar con el comprador más adecuado para eternizar mi dura situación. Ved qué clase de individuo: un invertido, y un invertido viejo, calvo, pero con algunos pelos colgando en rizos canosos; un maleante del hampa, hez de la sociedad, que va por las calles y plazas tocando los platillos y las castañuelas, con la diosa siria como compañera forzosa en su oficio de mendigo^[84].

Ese hombre, empeñado en comprarme, pregunta al pregonero por mi procedencia. «Es de Capadocia, y muy recio», le contestan. Quiere averiguar también mi edad; pero el pregonero, con ganas de bromas, dice: «Un astrólogo, que determinó su constelación, calcula que tiene cinco años, pero el propio animal te podrá dar más precisiones si le pides declaración. Aun a sabiendas de incurrir bajo el peso de la ley Cornelia^[85] por venderte como esclavo un ciudadano romano, te aconsejo que lo compres: es bueno y sobrio; te será útil tanto en las faenas del campo como en las caseras». Pero el maldito comprador seguía acosando con pregunta tras pregunta; y, finalmente, quiere saber, con mucho interés, si soy manso.

25. «Ya lo ves: es un cordero más bien que un asno —replica el pregonero—; se presta a cualquier tarea, no muerde, ni siquiera da coces; en su pellejo parece habitar un hombre pacífico. Y no es difícil comprobarlo: aplica tu cara contra él entre ambas ancas; tú mismo verás en seguida qué prueba de paciencia te va a dar».

He aquí cómo se divertía el pregonero a expensas de nuestro vagabundo;

pero él, advirtiendo la sorna, exclama con evidente indignación: «¡Ojalá te veas sordo y mudo como un cadáver, pregonero estúpido! ¡Que la diosa siria, madre universal y todopoderosa, que el augusto dios de Saba y Belona y la divina Cibele con su Atis, y la excelsa Venus con su Adonis hagan de ti un ciego por molestarme tanto con tus graciosas groserías. ¿Te figuras acaso, imbecil, que yo puedo confiar la estatua de la diosa a una caballería indómita para que se espante cuando menos lo pienses y tire al suelo la divina imagen, con lo que yo, desventurada de mí^[86], me veré obligada a salir corriendo, con la cabellera al viento, en busca de un médico para mi diosa estrellada en el suelo?»

4

Al oír sus palabras se me ocurrió lanzarme a correr como poseído de un repentino frenesí para que desistiera de la compra en vista de mi irritabilidad. Pero el comprador, con su impaciencia, se adelantó a mi idea pagando en el acto mi importe: diecisiete denarios que mi amo, harto de mí, aceptó encantado. Me ató al punto un bozal de esparto y me entregó a Filebo; tal era el nombre que daban a mi nuevo propietario.

5

6

26. Filebo, pues, se hizo cargo de su nuevo servidor para llevárselo a casa y, antes de entrar por la puerta, ya anuncia a gritos: «Mirad, hijitas mías, os he traído del mercado un esclavo encantador». Pero las «hijitas» aquellas eran en realidad un coro de invertidos. «Ellas» se ponen a dar saltos de alegría, dejando oír el discordante griterío de su voz cascada, ronca y afeminada: creían, naturalmente, que tendrían a su servicio un joven esclavo de verdad. Pero al ver no ya una cierva en lugar de una doncella^[87], sino a un asno sustituyendo a un muchacho, empezaron a hacer muecas y a ridiculizar a su director en todos los tonos: lo que les había traído, decían, no era un esclavo, sino un marido en regla y, evidentemente, para uso exclusivo del jefe. Y, dirigiéndose a él directamente: «Oye, no se te ocurra comer solo ese pollito delicioso; comparte alguna vez la ración con nosotras, es decir, con tus palomitas».

2

3

4

Entre bromas como esas y otras análogas me atan al lado, ante un pesebre. Había un joven muy fornido, habilísimo flautista coral, comprado entre todos por recaudación voluntaria en una venta de esclavos. Los acompañaba tocando su instrumento en las salidas procesionales con la diosa; en casa multiplicaba sus servicios como concubino de la comunidad. En cuanto me vio en casa, este hombre se apresuró a servirme abundante alimento y me dijo con alegría: «Por fin has llegado para sustituirme en mi penosísima tarea. ¡Ojalá vivas muchos años, ojalá caigas en gracia a tus amos y seas alivio para mis riñones agotados!» Al oír sus palabras, ya pensaba en las miserias que me esperaban.

5

6

27. Al día siguiente se ponen unas túnicas de abigarrado colorido; cada cual se arregla un monstruoso disfraz aplicándose una pasta arcillosa a la cara y sobrecargando sus ojos de pinturas. Salen a la calle con mitras y con blusones de amarillo-azafrán, unos de lino y otros de seda; algunos llevaban túnicas blancas adornadas con franjas de púrpura como puntas de lanza en desorden; un cinturón sujetaba su indumentaria, y sus pies lucían sandalias amarillas. Me confían el transporte de la diosa, envuelta en manto de seda; ellos, arremangándose hasta el hombro, blanden en sus brazos puñales y hachas enormes, y, como bacantes, saltan al son de la flauta cuya música estimula su frenética danza. Dejando atrás varias chozas, llegan a la casa de campo de un rico propietario, y ya en la entrada se anuncian con estrepitosos y discordantes alaridos; luego, irrumpen dentro como fanáticos, hacen largas reverencias entre lúbricas contorsiones, formando círculos con sus cabellos sueltos; a veces concentran en sí mismos su furor, mordiéndose la carne y acabando cada cual por clavarse en el brazo el puñal de doble filo que llevaba. Entretanto, uno de la cofradía se distingue por su acentuado frenesí: arrancaba del fondo de su corazón frecuentes suspiros y, como si en su persona rebosara el espíritu divino, fingía sucumbir a un delirio irresistible: como si ante la presencia de la divinidad los hombres no debieran superarse a sí mismos, sino, al contrario, empequeñecerse o enfermar.

28. Y para acabar, veréis cómo premió sus méritos la divina Providencia. El iniciado empezó por forjar una impostura proclamando a voces su culpabilidad: se acusaba a sí mismo de cierta profanación sacrílega y anunciaba que con sus propias manos se iba a imponer el castigo que su crimen exigía. Empuñó, pues, el látigo especial que llevan consigo esos eunucos (consistía en unos cabos fuertemente trenzados de lana natural, con abundante guarnición de tabas de borrego debidamente anudadas) y se puso a golpearse a latigazo limpio, resistiendo el dolor del suplicio con la previsible valentía.

Bajo el filo de los puñales, bajo los zurriagazos de los látigos, podía verse chorrear por el suelo la sangre impura de esos afeminados. El espectáculo me inspiró una viva inquietud: ante la sangre que manaba a borbotones de tantas heridas, yo veía la temible posibilidad de que a aquella extraña diosa se le antojara beber sangre de burro, como a ciertas personas se les antoja la leche de burra.

Pero cuando, finalmente cansados o, mejor dicho, hartos de desgarrarse la carne, interrumpieron la carnicería, desplegaron sus faldones para recoger las monedas de cobre y hasta de plata que mucha gente les echaba a porfía; también recibieron un cántaro de vino, leche, quesos y algo de harina o trigo;

hasta hubo quien dio cebada para el portante de la diosa. Ellos, insaciables, 6
arramblaban con todo, atiborraban los sacos expresamente preparados para
este negocio y los apilaban en mi espalda; por supuesto, yo sentí doblada así
mi carga y me vi convertido a la vez en granero y templo ambulante.

29. Vagabundeando de este modo saqueaban toda aquella comarca. Pero
en cierta plaza fuerte, sintiéndose de buen humor ante una colecta más 2
lucrativa de lo corriente, para celebrarla, organizaron una comida. Como
precio de una profecía que ellos se inventaron, piden a un labrador el más
gordo de sus carneros, cuyo sacrificio, decían, saciaría el hambre de la diosa
siria. Dispuesta ya una cena en regla, van al balneario. Al regresar del baño, 3
traen como invitado a un robustísimo labriego cuyas anchas y vigorosas
caderas se hallaban en debida forma. Apenas hubieron probado los entremeses 4
vegetales, antes de la comida propiamente dicha, aquellos inmundos
degenerados cedieron a los caprichos más extravagantes de una pasión
monstruosa. Puestos en corro alrededor del joven labriego desnudo y boca
arriba, lo asediaban con sus bocas execrables. Mis ojos no podían aguantar 5
mucho rato tanta abominación; intenté gritar: «¡Socorro, ciudadanos!». Pero,
sin más letras ni sílabas, tan sólo me salió una O clarísima, formidable, muy
propia de un burro y totalmente inoportuna. Pues unos cuantos jóvenes del 6
poblado vecino iban de noche en busca de un asno que les habían robado y
registraban muy minuciosamente todas las posadas; al oír mi rebuzno en el
interior del recinto, se figuraron que allí estaba escondida su presa, penetraron
de improviso en apiñado frente para apoderarse en el acto de lo suyo y
sorprendieron así a aquellos individuos realizando sus abominables
inmundicias. Movilizan a los vecinos de los alrededores para que se enteren
del vergonzoso cuadro, ensalzando además irónicamente la inmaculada
castidad de aquellos sacerdotes.

30. Consternados por este escándalo que, divulgado muy pronto de boca
en boca, con razón les había atraído el odio y la execración general, al filo de
la media noche recogen sus bártulos y desaparecen furtivamente del lugar.

Ya habíamos dejado atrás buena parte del camino antes de salir el sol, y, 2
cuando era claro día, llegamos a unos parajes solitarios y retirados. Allí, tras
larga y previa deliberación, se preparan para matarme. Apean a la diosa de su
litera —es decir, de mi espalda—, la dejan en el suelo, me quitan todos mis
aparejos, me atan a una encina y con aquel látigo —verdadera cadena cuyos
eslabones eran los huesos de cordero— se pusieron a golpearme hasta
dejarme medio muerto; hubo uno que con su hacha hacía además de cortarme 3
los tendones de las patas, sin duda como represalia por mi triunfo tan poco
honroso sobre su inocente pudor; los demás, sin importarles mi subsistencia,

pero sí la estatua que veían en el suelo, opinaron que se me dejara con vida. 4
Una vez más me cargan de bártulos y, dándome de plano con la espada, llegan 5
a una ciudad de importancia. Allí, un destacado ciudadano, piadoso en toda
circunstancia y especialmente devoto ante la divinidad, atraído por el tintineo
de los platillos, el sonido de los tambores y las suaves melodías de la música
frigia, salió corriendo a nuestro encuentro y, como si viera colmado el voto de
acoger en su casa a la diosa, nos instala a todos en el amplísimo recinto de su
casa y se desvive por granjearse el favor de la divinidad a fuerza de
reverencias y de preciadas víctimas.

31. Allí corrí yo el peligro de muerte más serio que recuerdo. Pues un
colono del mencionado personaje había enviado como regalo a su señor la
parte que le había correspondido en una cacería: era una pierna gordísima de
un ciervo gigantesco. Como, por descuido, la habían colgado a muy poca
altura tras la puerta de la cocina, un buen perro de caza se apoderó de ella en
secreto y al instante escapó, feliz con su presa, sin llamar la atención de los 2
vigilantes. Cuando el cocinero la echó de menos, se puso a maldecir su
negligencia y a lamentarse hasta acabar entre lágrimas que de nada servían.
Entretanto, el amo reclamaba la comida: el otro, preocupado y por supuesto
seriamente asustado, ya se había despedido de su hijito y, con una soga en la
mano, se disponía a morir ahorcándose. Pero este recurso desesperado no 3
cogió desprevenida a su fiel esposa, que agarró violentamente el funesto nudo
con ambas manos, gritando: «¿Cómo? ¿El presente contratiempo, con el
consiguiente susto, te hará perder la cabeza sin dejarte vislumbrar la
coyuntura que como solución te brinda la divina providencia? Si en el fatal 4
torbellino del infortunio puedes recobrar una pizca de sentido, despierta y
escúchame: aquí tenemos un asno forastero; llévalo a algún sitio apartado,
degüéllalo y quítale una pierna; será muy parecida a la que perdimos; la haces
picadillo, te esmeras en preparar un sabroso guiso y se lo sirves al amo como
si fuera la pierna del ciervo».

El detestable pícaro aprobó la idea de salvar su vida con mi muerte, y, 5
elogiando vivamente la sagacidad de su compañera, ya afilaba los cuchillos
para la matanza que había decidido.

LIBRO IX

Lucio escapa a dos inminentes peligros de muerte: una vez iba a morir en manos de un cocinero; la segunda vez se sospechaba que tenía la rabia (1-4). — Historia de un marido burlado por su mujer (5-7). — Arresto de los sacerdotes de la diosa Siria por robo (8-10). — Lucio, puesto nuevamente en venta, va a parar a un molino (11-13). — Historia de la molinera y de Filesitero: un amante muere asfixiado por vapores de azufre en el secadero que le servía de escondite (14-30). — Nueva venta de Lucio: lo compra un hortelano. Episodio de los tres hermanos que perecen en una reyerta (31-38). — Pelea y triunfo del hortelano sobre un legionario. El asno, asomado a la ventana, se delata y delata al hortelano escondido en la misma casa (39-42).

1. Así el maldito verdugo aquel armaba ya contra mí sus manos impías. Pero la inminencia de tan grave peligro precipitó mi resolución y, sin pararme a pensarlo, decidí huir para evitar el descuartizamiento que me amenazaba. De un tirón rompo el cordel que me sujetaba y echo a correr con toda la velocidad de mis patas, disparando abundantes coces para asegurar mi vida; cruzo en un vuelo el pórtico inmediato y sin titubear penetro en el comedor, donde el dueño de la casa celebraba la cena del sacrificio con los sacerdotes de la diosa; en mi arrebató hago añicos o echo a rodar buena parte de los enseres dispuestos para la comida, incluso las mesas y hasta las antorchas. Este lamentable estrago irritó al padre de familia que, por inoportuno y descarado, me entregó en seguida a uno de sus esclavos con la orden de encerrarme en lugar seguro para que no volviera a perturbar la paz del banquete con semejante impertinencia. Gracias a esta hábil maniobra, me vi bonitamente a salvo, pues había escapado de las propias manos del verdugo y me felicitaba por el seguro refugio que me ofrecía la cárcel. Pero, como es bien sabido, cuando la Fortuna no quiere, nunca tiene éxito un pobre mortal: ya puede acudir a cálculos previsores o a sutiles remedios; imposible soslayar o modificar los inmutables designios de la providencia. En mi caso, el propio subterfugio que, de momento, parecía haberme salvado, atrajo sobre mi cabeza un nuevo y grave peligro o, mejor dicho, una muerte inminente.

2. Pues un joven esclavo, con la cara desencajada y temblando del susto, irrumpe en el comedor mientras los invitados charlaban familiarmente entre sí, y anuncia al dueño que por la callejuela vecina un perro rabioso acababa de entrar con terrible furia por la puerta trasera; que había atacado con ardor de locura a los perros de caza, que luego se había dirigido a la cuadra colindante, donde, con el mismo encarnizamiento, se había tirado sobre la mayoría de las caballerías y, para acabar, que no había perdonado ni al propio personal; pues el mulero Mirtilo, el cocinero Hefestión, el camarero Hynpófilo, el médico Apolonio y unos cuantos más que intentaban espantarlo, todos recibieron algún mordisco más o menos grave; y desde luego algunos de los animales, por efecto de esas mordeduras venenosas, están excitados y padecen una rabia similar.

Esta noticia impresionó al punto a todos los presentes. Convencidos de que también yo era víctima del mismo contagio y de que en ello radicaba la causa de mi violencia, echan mano a toda clase de armas y, exhortándose mutuamente a conjurar la catástrofe común, se lanzan en mi persecución bajo el acceso morboso de una locura más real que la mía. Y, sin duda, con sus lanzas o dardos y, sobre todo, con las hachas de doble filo que a placer les procuraban los criados, me hubieran hecho trizas, si, en vista de la peligrosa y repentina tormenta, no me hubiera refugiado directamente en la habitación que ocupaban mis dueños. Entonces cerraron y trancaron sobre mí las puertas, sitiaron la posición y se dispusieron a esperar hasta que, sin ningún peligro para los sitiadores, los estragos mortales de aquella rabia hubiesen agotado mis fuerzas y causado mi muerte. Gracias a estas circunstancias, gozaba por fin de la libertad; aprovechando la suerte de verme solo, me dejé caer sobre una cama bien preparada, y así, tras larga temporada, volví a dormir y descansar como un ser humano.

3. Era ya pleno día y me encontraba en el blando lecho, repuesto de mi cansancio: en plena forma, me levanto y me pongo a escuchar a los guardianes que habían estado en vela para custodiarme y que discutían mi destino: «¿Qué os parece? ¿Sigue todavía el pobre borrico atormentado por la rabia?». «Estará más bien rendido, porque la virulencia habrá alcanzado su paroxismo».

Para acabar con las dudas, deciden venir a verme: ven por una rendija lo tranquilo que estoy, sin el menor síntoma de enfermedad o anomalía. Luego, se atreven a abrir la puerta poco a poco y cada vez más. Comprueban que me he vuelto manso. Pero uno de ellos, bajado del cielo evidentemente para salvarme, indica a los demás el siguiente procedimiento para reconocer mi estado de salud: me ofrecerían un cubo lleno de agua fresca para que bebiera; si la bebía sin titubear, normalmente y con ganas, sabrían a ciencia cierta que yo estaba sano y completamente libre de rabia; al contrario, si la vista del agua y su contacto me hacían retroceder horrorizado, quedaba demostrado con ello que seguía padeciendo una rabia funesta y pertinaz; se trata de una experiencia habitual y ya consignada en los libros de la Antigüedad.

4. Les gustó la receta. Fueron corriendo a traer de la fuente más próxima un enorme cubo de agua cristalina y, sin abandonar todavía las precauciones, me la presentan; yo, en cambio, sin la menor vacilación, me adelanté a su encuentro, pues tenía mucha sed, alargué el cuello, sumergí toda la cabeza en aquellas aguas realmente saludables y bebí. Entonces me dan palmadas, me acarician las orejas, me tiran del ramal y hacen todas las pruebas posibles; yo aguantaba con paciencia para que todos se convencieran de sus insensatas

prevenciones, de mis buenos modales.

De este modo evité un doble peligro. Al día siguiente, cargado otra vez con los ornamentos sagrados, al son de las castañuelas y de los platillos, me sacan a la calle como mendigo ambulante. Habíamos recorrido no pocas casas de campo y plazas fortificadas, cuando llegamos a cierta aldea construida, según decían sus habitantes, sobre las ruinas de una ciudad un día opulenta. Nos hospedamos en la primera posada; allí conocimos la graciosa historia de un pobre hombre engañado por su esposa. Quiero dároslo a conocer también a vosotros.

5. Era un pobre operario que se debatía en estrecheces económicas y malvivía con el reducido salario de su trabajo. Tenía, no obstante, una esposa, con tan pocos recursos como él, pero muy conocida por su extremado libertinaje. Cierta día, pues, aquel hombre se va temprano a su tarea y he aquí que, de pronto, se introduce en su casa un galán atrevido. Ahora bien, mientras ambos amantes satisfacen sus antojos con la mayor libertad, el marido, que lo ignoraba todo y ni siquiera tenía la menor sospecha, vuelve de improviso a su hogar. Encuentra la casa cerrada y trancada; y ponderando ya la virtud de su esposa, llama a la puerta y hasta anuncia su llegada con un silbido. Entonces, la mujer, que era astuta y muy práctica en hazañas de esa clase, liberándose de los fuertes brazos de aquel hombre, para esconderlo lo encierra en una tinaja medio enterrada en el rincón y que precisamente estaba vacía; abre luego la puerta y, sin esperar a que su marido entrara, lo acoge con una dura reprimenda: «¿Sin dinero, pues, y sin ganas de trabajar, te dedicarás a pasear con las manos en los bolsillos? ¿Dejarás de acudir a tu tarea habitual sin pensar en nuestra subsistencia y en buscar algo que comer? ¡Pobre de mí! A mí me toca dislocarme los dedos hilando lana noche y día para que al menos no falte en la habitación la luz de una simple candela. ¡Cuánto más feliz es mi vecina Dafne! De buena mañana bebe y come hasta reventar mientras retoza con sus amantes».

6. El marido, desorientado por tal diatriba, le dice: «¿Por qué hablas así? Mira: aunque nuestro empresario, para atender a un pleito, nos ha dado fiesta, no obstante me he preocupado de la cena de esta noche. ¿Ves esa tinaja que siempre está vacía, que ocupa tanto sitio inútilmente y que en realidad tan sólo sirve de estorbo en nuestro hogar? La he vendido por seis denarios y aquí viene el interesado a pagarla y a llevar la mercancía. Anda decídetes, échame una mano: arranquémosla ahora mismo de su sitio para entregarla al comprador».

Con aplomo y mucha astucia, la mujer soltó una carcajada, diciendo: «Tengo un gran marido, muy entendido en negocios: una cosa que yo, mujer,

y sin salir de casa, he vendido por siete denarios, él se deshace de ella por menos dinero».

Encantado de la plusvalía, el marido pregunta: «¿Y quién es el que la ha comprado a tan buen precio?» «Tonto, hace un siglo que se ha metido dentro para comprobar de cerca su solidez».

7. El otro no dejó en mal lugar a la mujer. Saliendo resueltamente, dice: «¿Quieres, madre de familia, saber la verdad? Tu tinaja es demasiado vieja, está cascada y tiene muchas y amplias grietas». Y volviéndose al marido, aparentando no conocerlo, le dice: «Oye, buen hombre, quienquiera que seas, tráeme en seguida una luz, para rascar cuidadosamente la suciedad interior y ver si vale todavía para algo. ¿O te figuras que me resulta fácil ganar el dinero?»

Sin demora ni sospecha, el agudo y excelente marido enciende la lámpara y añade: «Retírate, hermano, y siéntate tranquilamente hasta que yo mismo te la presente debidamente limpia». Y, sin terminar de hablar, se quita la ropa, se mete dentro con la luz y se pone a rascar la añeja roña de la corroída tinaja. Por su parte, el galán, el apuesto galán, mientras la esposa del operario se asomaba a la tinaja, se ciñe estrechamente a ella y la manosea a su gusto. Ella, con la cabeza dentro de la tinaja, se burlaba de su marido con la astucia de una cortesana: «Has de rascar por aquí, por allí, más allá, más allá todavía», y le va señalando con el dedo, hasta que terminada la operación dentro y fuera de la tinaja, el desgraciado operario recibe sus siete denarios y, con el recipiente a cuestas, se ve obligado a transportarlo al domicilio del galán.

8. Después de permanecer allí algunos días sobrealimentándose gracias a la munificencia pública, aquellos dignísimos sacerdotes, ya bien cargados con los cuantiosos honorarios de sus profecías, imaginan un nuevo medio de ganarse la vida. Redactaron una respuesta única para embaucar así a los numerosísimos clientes que venían a consultarlos sobre diversos problemas. El oráculo decía así:

«POR ESO TRABAJAN LA TIERRA LOS BUEYES UNCIDOS PARA QUE EN EL FUTURO SURJAN RICAS MIESES».

Con esto, si casualmente se les preguntaba sobre un proyecto matrimonial, contestaban que la respuesta estaba clara: había que someterse al yugo del matrimonio y la rica mies serían los hijos. Si la consulta se refería a la compra de una finca: con razón —decían— habla el oráculo de bueyes, de yugo y de campos con cosechas florecientes. Si alguien, preocupado ante un proyectado viaje, deseaba oír el oráculo divino: ya estaban a punto y uncidos los animales más mansos del mundo, y las bellas cosechas anunciaban un viaje fructífero.

A punto de dar una batalla o de lanzarse en persecución de una pandilla de atracadores, ¿se pretendía saber si la empresa sería feliz o desgraciada? La victoria, según los sacerdotes, estaba asegurada por ese presagio alentador: los enemigos doblegarían la cabeza bajo el yugo y el saqueo proporcionaría un abundantísimo y preciado botín.

Nuestros adivinos, con su capciosa astucia, habían recogido no poco dinero.

6

9. Pero al verse al descubierto a fuerza de repetir su respuesta ante las interminables consultas, vuelven a ponerse en ruta: una ruta mucho peor que todo lo que habíamos recorrido de noche. No cabe comparación: llena de peligrosos atolladeros, cubierta unas veces por el agua encharcada y otras veces por una capa de cieno resbaladizo. Tras muchos tropezones e incesantes traspies que me magullaron las patas, pude a duras penas y agotado llegar por fin a una senda en la llanura. Entonces logrando con dificultad contener a las caballerías en su desenfrenada carrera, se lanzan ávidamente sobre Filebo y sus demás compañeros, los agarran del cuello tratándolos de sacrílegos, de infames; les propinan entretanto algunos puñetazos, los esposan fuertemente a todos y les instan con apremio a que saquen inmediatamente el cántaro de oro, es decir, que saquen la prima cobrada en su contrato criminal: efectivamente, con motivo de una pretendida ceremonia solemne celebrada en secreto, sin que nadie lo advirtiera, habían cogido ese cántaro de oro sobre los mismos almohadones de la madre de los dioses; y, pretendiendo evitar el castigo debido a tan grave delito, habían salido clandestinamente y abandonado el recinto de la ciudad sin esperar el pleno día.

2

3

4

5

10. Hubo quien, echando mano a mi espalda y registrando el propio seno de la diosa que yo transportaba, descubrió el cántaro de oro y lo sacó ante la mirada de todos. Pero ni el descubrimiento de tan horrendo sacrilegio desconcertó e intimidó a aquellos viles personajes; al contrario, los impostores, con risa fingida, dan una interpretación graciosa del caso: «¡Vaya indignidad, vaya crueldad! —dicen—. ¡Qué corriente es acusar a personas inocentes! ¡Por una simple copa que la Madre de los dioses ha ofrecido a su hermana, la diosa siria, como presente de hospitalidad, van a tratar a los ministros del culto como criminales y a entablar contra ellos un proceso capital!»

2

3

Pero en vano susurraron esos cuentos y otros parecidos. Los campesinos los hacen retroceder y, sin más consideraciones, los encierran cargados de cadenas en el calabozo del lugar^[88]. El cántaro y la propia estatua que yo transportaba fueron depositados, como objetos sagrados, en el tesoro del templo. En cuanto a mí, me llevaron al mercado el día siguiente y una vez

4

más me vi puesto en venta por el pregón del alguacil. Por siete sesteracios más de lo que yo había costado antes a Filebo, me compró un panadero de la aldea vecina. Acto seguido, como acababa de comprar también trigo, me cargó sin duelo y, por un camino erizado de piedras y sembrado de malezas de todas clases, me llevó al molino que explotaba. 5

11. Allí había muchísimas caballerías describiendo múltiples círculos y arrastrando muelas de diversos calibres. No bastaba el día; la maquinaria seguía girando sin parar durante la noche y fabricando aquella harina como fruto de la noche en vela. Pero a mí personalmente, sin duda para no asustarme con las primicias del servicio, el nuevo dueño me trató con todos los honores de un huésped distinguido. Pues aquel primer día me dio fiesta y abasteció mi pesebre con pienso en abundancia. Pero aquella felicidad del descanso y la sobrealimentación acabó con la jornada: al día siguiente me veo enganchado de buena mañana a la muela mayor que, al parecer, había; al punto me tapan la cabeza y me ponen en marcha sobre el ruedo de aquella pista sinuosa. En aquel círculo sin principio ni fin, pisando sin cesar mis propias huellas, podía correr libremente sin perder el rumbo. 2 3

No obstante, como no había perdido por completo mi sagacidad y prudencia, me mostré torpe en el aprendizaje del oficio; y aunque, cuando vivía como hombre entre los hombres, había visto funcionar máquinas de esta clase, sin embargo, aparentando no tener experiencia ni idea de la tarea, me hacía el tonto y permanecía inmóvil. Me figuraba que, si me consideraban un tanto inepto y bastante inútil para ese menester, me darían otro trabajo cualquiera, pero siempre más llevadero, o tal vez hasta me mantendrían sin empleo. Pero en vano acudí a esa estratagema: salí perdiendo. En efecto, de pronto, me rodeó una multitud armada de estacas, y cuando, por tener tapados los ojos, menos me lo esperaba, a una señal convenida, dan una voz y descargan sobre mí una lluvia de estacazos; la algarabía me aturde de tal modo que, abandonando todos mis cálculos, cargo en seguida y de la manera más adecuada todo mi peso sobre la soga de esparto y doy unas vueltas a paso ligero. El cambio repentino de mi conducta hizo reír a toda la compañía. 4 5 6

12. Había transcurrido ya la mayor parte del día y me hallaba agotado, cuando me desengancharon la soga de esparto y, libre ya del brazo de la máquina, me llevan al pesebre. Aunque sumamente cansado, con ansias de reponer fuerzas y muerto de hambre, no obstante, distraído y pendiente de mi curiosidad habitual, sacrifiqué la copiosa comida que tenía delante para examinar con cierto agrado la organización de aquella indeseable empresa. ¡Bondad divina! ¡Qué desechos humanos había allí! Aquella gente tenía la piel marcada de arriba abajo por las moraduras del látigo; su espalda 2 3

cicatrizada, más que cubierta parecía sombreada por andrajos entrecosidos; algunos tan sólo cubrían su bajo vientre con un paño reducido a la mínima expresión; desde luego, todos iban vestidos como para lucir su cuerpo a través de los harapos: tenían letras grabadas en la frente, la cabeza medio rapada, los pies con anillas; desfigurados ya por su color lívido, el humo de los hornos y el vapor del fuego les ha chamuscado los párpados hasta dejarlos medio ciegos. Y así como los atletas se salpican de arena fina antes del combate, esta gente lleva una sucia máscara blanca que es mezcla de ceniza y harina. 4

13. Y ahora, refiriéndome a mi compañía de caballerías, ¿qué podría decir y en qué términos me podría expresar? ¡Qué vejestorios, los mulos aquellos! ¡Qué recua de jamelgos impotentes! Alrededor del pesebre, donde sumergían sus cabezas, trituraban montañas de paja: resollaban los cuellos ulcerosos y purulentos, las flácidas membranas de sus fosas nasales se distendían bajo el impulso de una tos incesante, su pescuezo estaba gangrenoso por la rozadura permanente de la soga de esparto, sus flancos estaban desollados hasta los huesos a fuerza de latigazos; sus pezuñas se habían ensanchado enormemente en la interminable marcha sobre el ruedo; y su piel era toda asperezas como consecuencia de los años, de la sarna y de la decrepitud. 2

El deplorable cuadro de tal sociedad era para mí un temible augurio. Me acordé de Lucio y de su pasada fortuna; reducido sin remedio a este extremo de miseria, agaché la cabeza entristecido. En mi vida de tormento, mi único consuelo era el de ver satisfecha mi curiosidad natural, observando cómo todo el mundo, sin tener para nada en cuenta mi presencia, hace y dice lo que le apetece. 3

Con razón el divino creador de la antigua poesía griega, cuando quiso encarnar la humana sabiduría, cantó las incomparables virtudes que su héroe adquiere recorriendo muchas ciudades y conociendo a diversos pueblos. También yo estoy sumamente agradecido al asno en que me convertí, porque, oculto bajo su apariencia y aleccionado por variadas experiencias, le debo, si no una gran sabiduría, al menos una buena suma de conocimientos^[89]. 4 5

14. He aquí ahora una buena historia, excepcionalmente bonita y picante. He decidido contárosla. Empiezo.

El molinero que por compra me había adquirido, por lo demás buena persona y de las más normales, había tropezado con la peor de las mujeres, con la esposa más detestable del mundo: su matrimonio y su hogar eran tan sumamente desgraciados que, en verdad, yo mismo compadecía muchas veces en silencio su suerte. No hay defecto que se echara de menos en aquella monstruosa criatura; al contrario, todas las infamias se habían dado cita en su alma, como en una cenagosa cloaca: maliciosa, cruel, depravada, borracha, 2 3

pendenciera, tozuda; tan avara en sus ignobles rapiñas como pródiga en sus vergonzosos gastos, estaba reñida con la buena fe y era enemiga declarada del pudor. Despreciaba y pisoteaba los poderes divinos; por toda religión, proclamaba sacrílegamente la existencia de un dios único^[90]: vanos simulacros sin contenido real con los que embaucaba a todo el mundo. Burlaba a su pobre marido, se embriagaba desde por la mañana y se entregaba a la prostitución a lo largo del día.

15. Ese ejemplar de mujer sentía contra mí un odio extraño. Ya antes de amanecer y sin esperar a levantarse, daba voces para que se enganchara a la máquina el asno recién llegado; luego, en cuanto amanecía, se colocaba a mi lado y exigía que en su presencia se me administrara una solemne paliza; y cuando era la hora del almuerzo y se soltaba a las demás caballerías, ordenaba que no se me llevara al pesebre hasta pasado un buen rato.

Dicha manía había excitado muy particularmente mi natural curiosidad por penetrar en su carácter. Yo me daba cuenta de que un joven entraba con mucha frecuencia en su habitación: tenía el mayor interés por verle la cara, si en alguna ocasión la venda que me cubría la cabeza dejaba un instante de libertad a mis ojos. No me hubiera faltado habilidad para descubrir, por el procedimiento que fuera, la depravación de aquella mujer malvada. Había una vieja que era cómplice de sus liviandades y mensajera de sus galanes; pasaba el día a su lado: eran inseparables. Empezaban por desayunar juntas; luego, competían en servirse mutuamente copas de vino puro y acababan montando el escenario infernal de las malas pasadas que harían al pobre marido. Por mi parte, aunque gravemente resentido contra Fotis, que, por equivocación, había hecho de mí un asno cuando pretendía sacar un pájaro, no obstante, en mi deplorable deformidad disfrutaba al menos de una compensación: la de tener unas orejas muy grandes que me permitían oírlo todo con la mayor facilidad y a bastante distancia.

16. Un buen día acabaron por llegar a mis oídos las siguientes palabras de aquella vieja y cautelosa comadre: «Allá te las hayas, ama querida, con ese amante lento y cobarde que te has agenciado sin consultarme; falto de valor, tiembla ante el ceño fruncido de tu aburrido e insoportable marido; por eso decae su amor y causa con su frialdad el tormento de tus ardientes abrazos. Filesitero es incomparablemente mejor: joven, guapo, elegante, valiente, perseverante ante las vanas precauciones de los maridos. En verdad es el único que merezca los favores de cualquier dama, el único que merezca lucir en su cabeza una corona de oro, aunque sólo sea por la jugada que ideó recientemente y con maestría sin igual contra un marido celoso. Escucha y compara el carácter opuesto de los amantes.

17. »¿Conoces a un tal Bárbaro, decurión^[91] de nuestra ciudad, a quien la gente da el apodo de Escorpión por lo agrio de su carácter? Su esposa era de buena familia y de excepcional hermosura; él la tenía encerrada en casa con toda clase de precauciones, como en una ciudadela maravillosamente fortificada».

Insistiendo en estas últimas palabras, la esposa del molinero añade: «¿Cómo no? La conozco perfectamente. Estás hablando de Areté, mi compañera de escuela». «Si es así —replicó la vieja—, ¿también conocerás toda su historia con Filesitero?» «En absoluto —dice—, pero me encantaría conocerla, y te ruego, madrecita, que me la cuentes en sus más mínimos detalles».

Sin demora, aquella, vieja e infatigable charlatana empieza así: «El mencionado Bárbaro, disponiéndose a realizar un viaje imprescindible, quiso garantizar con toda clase de precauciones la virtud de su querida esposa. Da instrucciones en secreto a un joven esclavo, llamado Myrmex, cuya rara fidelidad tenía bien comprobada, y le confía con plenos poderes la guardia de su esposa, amenazándolo con el calabozo, la cadena perpetua y finalmente la muerte (la muerte lenta del hambre), si un hombre cualquiera, aunque fuera de paso, la tocara con la puntita del dedo; confirma sus amenazas con juramento y toma por testigos a todos los poderes divinos. Dejando, pues, al aterrorizado Myrmex como insobornable guardián al lado de su esposa, emprende tranquilamente el viaje. Entretanto, el angustiado Myrmex, con terca intransigencia, prohibía a su señora toda salida: si, en casa, ella se dedicaba a hilar la lana, él se sentaba inseparablemente a su lado; por la tarde, como era ineludible la salida para ir al baño, él se pegaba a ella y no la soltaba: llevaba cogido de la mano el borde de su vestido. Cumplía con admirable maestría la misión que se le había confiado.

18. »Pero la belleza de la noble dama no podía pasar inadvertida al ojo avizor del ardiente Filesitero. El mismo renombre de tan sólida virtud y las precauciones tan exageradas como originales sirvieron de estímulo e incentivo a su pasión: decidido a intentarlo todo, a arriesgarlo todo, dispone todas sus fuerzas para derrotar la férrea disciplina de la casa. Sabe muy bien que la fidelidad humana es cosa frágil, que no hay obstáculos insuperables para el dinero y que el oro suele abrir hasta las puertas de bronce. Aprovecha una ocasión para hablar a solas con Myrmex, le declara su amor y le suplica humildemente que alivie su tormento: pues está resuelto y decidido a suicidarse en seguida si no ha de ver pronto satisfecha su pasión. ‘La cosa resulta fácil y no hay nada que temer, pues en la soledad del anochecer, resguardado y protegido en una discreta oscuridad, sería cosa de un instante el

introducirse y desaparecer'. A estos y otros argumentos igualmente convincentes, añade, para terminar, una cuña capaz de romper violentamente la más dura resistencia de un esclavo: alargando el brazo, le muestra unas monedas de oro recién acuñadas y deslumbrantes: veinte, dice, serían para la joven señora, y con mucho gusto ofrecería otras diez al propio Myrmex.

4

19. »Myrmex se horrorizó ante la inaudita proposición y, tapándose los oídos, echó a correr. Sin embargo, no pudo perder de vista el flameante resplandor del oro: a pesar de la distancia, y ya en casa tras la veloz carrera, aún veía los bellos reflejos de las monedas y ya consideraba como suyo aquel rico botín. El desgraciado, bajo el influjo de un extraño mareo y de pensamientos incoherentes, se sentía atraído y arrastrado a decisiones opuestas: el deber por un lado, el lucro por otro; por un lado la tortura, por el otro el placer. A la postre, sin embargo, el oro pudo más que el temor a la muerte. Ni un instante dejaba de suspirar por las bellas monedas; la maldita codicia le había quitado hasta la tranquilidad del sueño; y, aunque las amenazas del amo lo retenían en casa, con todo la voz del oro lo incitaba a salir fuera. Entonces, sobreponiéndose a la deshonra y acabando con los titubeos, lleva a oídos de la señora el recado que se le dio. Lejos de desmentir la natural ligereza de su sexo, la mujer sacrifica en el acto su virtud al execrable metal. Desbordando de alegría, vuela a rematar irremisiblemente su fidelidad. Myrmex está ansioso de recoger y hasta simplemente de palpar el dinero que para su desgracia ha visto. En un transporte de alegría y ponderando la propia y difícil intervención, anuncia a Filesitero que sus aspiraciones son ya realidad; acto seguido reclama el premio prometido; y ya oprime Myrmex el oro en su mano, en aquella mano que no conocía ni el cobre.

2

3

4

20. »A hora avanzada de la noche, Myrmex trae a casa al audaz enamorado, solo y bien disfrazado; lo introduce en la habitación de la señora. Apenas habían iniciado entre abrazos su primer sacrificio al Amor, apenas habían cruzado sus primeras armas al servicio de Venus aquellos soldados a cuerpo descubierto, cuando, contra toda sospecha y al amparo propicio de la noche, se presenta el marido de improviso.

2

»Da golpes en la puerta, llama a voces, vuelve a golpear el portón, esta vez con una piedra: la larga espera excita más y más sus sospechas; amenaza con espantosos suplicios a Myrmex. A este desgraciado, aturdido por el súbito contratiempo y temblando del susto, se le ocurre como única disculpa alegar la oscuridad de la noche, que le impide encontrar, según dice, la llave cuidadosamente escondida. Entretanto, Filesitero, que ha oído el estrépito, enfundándose al instante en su túnica, pero, con la precipitación, sin pensar en

3

4

calzarse, salta fuera del aposento. Entonces, por fin, introduce Myrmex la llave en la cerradura, abre la puerta y deja entrar al amo, que todavía está jurando por todos los dioses; y, mientras el marido se dirige corriendo al dormitorio, Myrmex facilita la salida secreta de Filesitero. Libre ya el galán fuera del recinto, Myrmex se siente personalmente seguro, cierra la casa y vuelve a acostarse.

21. »Pero, al amanecer, cuando Bárbaro va a salir del dormitorio, ve bajo la cama unas sandalias desconocidas: las que llevaba Filesitero al introducirse. Por este detalle sospechó todo lo sucedido. Entonces, sin manifestar el dolor de su corazón ni a su mujer ni a ningún familiar, coge las sandalias, las esconde furtivamente bajo su manto y da simplemente a los esclavos la orden de prender a su compañero Myrmex y de arrastrarlo hacia el foro. Él, conteniendo sus repetidos gemidos, se dirige rápidamente en la misma dirección, seguro que el indicio de las sandalias le haría descubrir sin dificultad el rastro del seductor. Ya aparece Bárbaro por la calle con el rostro congestionado y el ceño fruncido; avanza furioso, y tras él va Myrmex cargado de cadenas; éste, aunque no se había visto sorprendido en flagrante, confundido por el más grave de los remordimientos, se deshace en torrentes de lágrimas y con desesperados lamentos excita una vana compasión. Precisamente, aunque con una finalidad muy distinta, les sale al paso Filesitero; ese espectáculo imprevisto le impresiona vivamente; pero sin dejarse desconcertar, cae en la cuenta del descuido que tuvo en su precipitación e imagina sagazmente todo lo demás; al punto, y procediendo con su habitual sangre fría, se abre paso entre los esclavos y, gritando escandalosamente, arremete contra Myrmex, cuyas mejillas cubre de inofensivos puñetazos: ‘¡Ah, mezquino y vil traidor! —dice—. ¡Ojalá tu amo aquí presente y las divinidades todas del cielo a quienes tú invocaste temerariamente en tus falsos juramentos, ojalá acaben contigo de tan mala manera como tu maldad lo requiere! ¡Fuiste tú quien me robaste ayer mis sandalias en el balneario: bien te mereces, sí, bien te mereces arrastrar esas cadenas hasta desgastarlas y aguantar, por añadidura, las tinieblas de un calabozo!’

»Engañado por la oportuna estratagema del joven audaz, o mejor dicho, sintiéndose halagado y creyéndolo a pies juntillas, Bárbaro regresa a casa, llama a Myrmex, le entrega las sandalias, lo perdona de corazón y le aconseja que devuelva a su legítimo dueño las sandalias que le ha robado».

22. Sin dejar que la vieja terminara con su palabrería, ya la molinera la interrumpe: «¡Feliz mujer aquella por tener un amigo tan decidido y desenvuelto! A mí, desgraciadamente, me ha tocado uno que se asusta hasta

del ruido de la muela y del aspecto de ese burro sarnoso que ahí ves».

La vieja, entonces, replica: «Yo te aleccionaré debidamente a ese amante y lo haré acudir con decisión y entusiasmo a tus citas». En esto, promete volver por la tarde y se retira de la sala.

La casta esposa dispone en seguida un banquete de pontifical^[92], decanta vinos de marca, combina carnes frescas con embutidos, abastece copiosamente la mesa; en una palabra, espera la visita del amante como la de alguna divinidad. Además, muy oportunamente, su marido cenaba fuera de casa con un batanero vecino. Llegaba, pues, el término de la jornada; liberado, por fin, de la collera y entregado a mi tranquilo reposo, no me alegraba tanto, por Hércules, el verme libre de penar cuanto el ver retirada la venda de mis ojos y poder contemplar libremente todas las maniobras de aquella malvada fémina. El sol había desaparecido ya bajo las aguas del Océano e iluminaba las regiones inferiores del mundo, cuando se presentó la maldita vieja llevando del brazo al amante temerario: era todavía un chiquillo y aún conservaba una notable frescura y suavidad en sus mejillas; todavía podía atraer él mismo a otros galanes. La dama lo acoge con profusión de besos y lo invita a instalarse para cenar en aquella mesa ya servida.

23. Pero, cuando el joven echaba mano a la copa inaugural y acercaba sus labios a los primeros entremeses, aparece el marido con inesperada antelación. Su virtuosa esposa, tras cargarlo entonces de las peores maldiciones y hacer votos porque se fracturara ambas piernas, esconde al pálido y despavorido galán bajo una artesa de madera que les servía habitualmente para limpiar el trigo ya triturado y que por casualidad estaba entonces por en medio. Luego, con su natural astucia, disimula la infamia de su conducta y, aparentando la mayor serenidad, pregunta a su marido por qué había abandonado la mesa de un amigo tan íntimo y se había dado tanta prisa en volver. Él, entonces, con hondo pesar y reiterados suspiros, dice: «Por serme insoportable la ignominia e increíble maldad de cierta mujer perdida, me liberé de ella escapando. ¡Ay! ¡Bondad divina! ¿Es posible que una madre de familia como ella, tan fiel y tan sensata, haya podido mancillarse con una conducta tan indigna? Por la divina Ceres que nos preside, juro que ni aun ahora puedo creer de parte de esta señora lo que mis propios ojos han visto».

La mujer, instigada por esas palabras de su marido, pretende con el más impertérrito aplomo conocer la aventura y no cesa de importunarlo para que le explique toda la historia desde el principio. No descansa hasta que el marido se rinde a su voluntad y, sin sospechar lo que pasa en su propia casa, se pone a contarle las desdichas de la casa ajena.

24. «La esposa de un batanero, compañero mío, era mujer, por lo visto, de

probada virtud; rodeada de una constante aureola regía dignamente el hogar conyugal; en esto concibió una pasión secreta por cierto galán; tenía con él frecuentes citas furtivas; y, por último, en el preciso momento en que salíamos del baño y nos instalábamos en la mesa, ya se entregaba al amor en brazos del citado joven. Sorprendida, pues, y atolondrada por nuestra presencia, se le ocurrió de pronto ocultar a su compinche bajo una jaula de mimbre, cuya trabazón circular se remataba en cono por la parte superior y servía de tendedero para blanquear las telas al vapor de azufre^[93]. Imaginándose que el escondite ofrecía la mayor seguridad, ella viene tranquilamente a ocupar su sitio entre nosotros. Muy pronto el joven, al aspirar el ácido y penetrante tufo del azufre, se sentía asfixiado bajo las emanaciones, y el metaloide, por efecto de sus virtudes naturales, le hacía estornudar a cada instante.

2

3

25. »La primera vez, al oír del lado de su mujer el estornudo que salía de más atrás, el marido se había figurado que era ella quien estornudaba; y pronunció la fórmula votiva habitual^[94]; lo mismo hizo la segunda vez y unas cuantas más, hasta que, intrigado por la excesiva reiteración, acaba cayendo en la cuenta del caso. Empuja bruscamente la mesa, retira la jaula y saca a un hombre cuya respiración acelerada funcionaba a duras penas. Inflamado de cólera ante la indignante afrenta, reclama una espada, y se disponía a apuñalar al moribundo, si yo, en atención del riesgo que todos corríamos^[95], no hubiera logrado retenerlo en aquel arrebatado de locura, asegurándole que, sin ninguna responsabilidad para nosotros ni para él, su enemigo sucumbiría en seguida ante los violentos efectos del azufre. Calmado ya, no tanto por mis consejos cuanto por la fuerza de las circunstancias, pues el otro estaba ya medio muerto, lo arrastró a un rincón de la calle más cercana. Yo, entonces, aconsejé discretamente a su esposa y logré convencerla de que debía ausentarse una breve temporada: debía dejar la tienda y refugiarse en casa de alguna amiga suya hasta que el tiempo calmara los ánimos de su marido; pues, bajo el impulso de tanto acaloramiento y tanta rabia, no cabía la menor duda de que iba a tramar algún golpe lamentable contra su propia vida y contra la de su esposa. Tal escena a la mesa de un compañero me resultó tan repulsiva, que salí corriendo hacia mi propia casa».

2

3

4

5

6

26. Durante el relato del molinero, su mujer, con la veteranía del descaro e insolencia, cargaba de imprecaciones y maldiciones a la esposa del batanero: «Su infidelidad, su crimen constituye un solemne oprobio para todas las mujeres del mundo. ¡Ha sacrificado su honra, ha pisoteado el contrato matrimonial! ¡Ha mancillado el hogar conyugal con la infamia del lupanar! ¡Ha perdido la dignidad de esposa y se ha granjeado el calificativo de prostituta! ¡A tales mujeres —añadía— habría que quemarles vivas!»

Sin embargo, atormentada por el secreto remordimiento de su conciencia impura y pensando en liberar cuanto antes a su seductor de aquel molesto cobertizo, insinuaba una y otra vez a su marido que ya era hora de irse a dormir. Él, en cambio, como había escapado al iniciarse el banquete y sin probar bocado, insistía amablemente en que era mejor ponerse a cenar. Ella entonces le sirvió en seguida la mesa y, naturalmente, muy a pesar suyo, porque la había preparado para otro comensal.

2
3

En cuanto a mí, me desgarraba las fibras más íntimas del corazón tanto la conducta anterior de aquel monstruo de mujer como su actual cinismo, y me preguntaba angustiado si no podría acudir a algún medio para señalar y revelar el fraude, es decir, para ayudar a mi amo, y, volcando la artesa donde el individuo estaba agazapado como una tortuga, dejarlo al descubierto ante todos los presentes.

4

27. En el tormento que suponía para mí el ultraje inferido a mi amo, la divina providencia acabó por dirigirme una mirada. Era la hora en que el viejo cojo, a cuyo cargo estábamos, nos llevaba a beber a la fuente; íbamos todos los animales en manada. Esta circunstancia me ofreció la gran ocasión de la venganza. Pues, al pasar junto al galán, observé que, por falta de espacio, le asomaban las puntas de los dedos bajo la artesa: pisé lateralmente y sin compasión hasta hacerlos papilla. El dolor intolerable le hizo estremecerse, dar un grito y, por fin, sacudirse bruscamente la artesa. Su aparición puso de manifiesto ante la mirada de los profanos todas las maniobras de aquella mujer desvergonzada.

2

El molinero, sin embargo, no parecía demasiado afectado por el menoscabo de su honor; mientras el jovenzuelo temblaba yerto y pálido, el marido, con ademán pacífico y tranquilizador, se dirige a él con cariño: «Hijo mío, no tengas miedo, no recibirás ningún daño de mi parte. No soy un bárbaro ni hallarás en mí la grosería de un campesino; tampoco voy a asfixiarte con emanaciones de azufre, como haría un cruel batanero; ni siquiera voy a invocar el rigor de la ley sobre el adulterio para reclamar la pena de muerte contra un muchacho tan simpático y tan bien parecido; nada de eso: voy a proponer que mi mujer y yo compartamos por igual tus favores. No pretendo una separación de bienes, sino un convenio para disfrutarlos en común, de tal manera que sin controversias ni discusiones convivamos los tres en un solo y único lecho. Por de pronto, yo he vivido siempre en tan perfecta armonía con mi mujer que, siguiendo una sana filosofía, siempre hemos estado los dos de acuerdo en todo. Pero tampoco es justo que la mujer tenga prerrogativas a expensas del marido».

3

4

5

28. Mientras le hablada con esta suave ironía, ya se iba llevando hacia el

dormitorio al muchachito; éste, aunque de mala gana, le seguía no obstante; y, tras encerrar a su virtuosísima esposa en otra habitación, él, a solas con el chiquito, saboreaba el delicioso placer de vengar la propia deshonra conyugal.

Pero, en cuanto el resplandeciente carro del sol devolvió la luz del día, llamó a dos de sus más robustos esclavos y, mientras ellos sostenían al joven en volandas y a toda la altura que podían, él lo azotaba con una vara, diciendo: «¡Ah! ¡Conque eres tú, tan tierno y delicado, tan niño todavía, eres tú quien burlas a los que se enamoran de tu encanto juvenil y vas a correrla con las señoras, aunque sean de condición libre y estén comprometidas en legítimo matrimonio! ¡Conque te dedicas a seducir y pretendes granjearte una prematura fama de conquistador!»

Tras estas y otras muchas palabras de amonestación, acompañadas de latigazos a profusión, lo echó a la calle. Aquel campeón sin igual entre los conquistadores, al verse libre contra toda esperanza, aunque muy dolorido de la tarea nocturna y diurna, huyó cabizbajo. No por ello dejó el molinero de notificar el repudio a su mujer, a quien desde aquel instante cerró la puerta de su casa.

29. Pero, sin tener ya en cuenta su innata maldad, ella, hondamente resentida y exacerbada ante la afrenta, por muy justa que fuera, vuelve a las andadas y acude con ardor a los artificios propios de su sexo. A fuerza de indagar, descubre a cierta consumada hechicera ante cuyas devociones y maleficios nada, al parecer, resultaba imposible. Se asegura su concurso a fuerza de súplicas, la colma de obsequios y le pide una de estas dos cosas: o que calme a su marido y reconcilie el matrimonio, o, si esto no le fuera posible, que suscite al menos algún fantasma, alguna divinidad infernal para poner violentamente fin a sus días.

Entonces, la hechicera aquella, capaz de movilizar a los dioses, empieza por poner en juego las armas más comunes de su arte criminal. Quiere enternecer el corazón vivamente ofendido del marido y orientarlo por el camino del amor. Como el resultado no respondía a su esperanza, se indigna contra los poderes divinos; la recompensa prometida, y sobre todo la humillación de que es objeto, la estimulan a dar ya el golpe de gracia al desdichado marido excitando contra él la sombra de una mujer muerta a mano armada.

30. Tal vez, lector quisquilloso, te meterás con mi relato y formularás la siguiente objeción: «Si eras un borrico (todo lo listo que se quiera) encerrado entre las cuatro paredes de un molino, ¿cómo podías enterarte de lo que esas dos mujeres habían fraguado, según dices, en el mayor secreto?» Pues bien, vas a ver cómo el hombre muy despierto que habita bajo esta apariencia

animal llegó a conocer todo cuanto se ideó contra la vida de mi molinero.

A eso del mediodía se presentó de pronto en el molino una mujer con el 3
atuendo de los acusados y desfigurada por una indecible tristeza: vestida a
medias con míseros andrajos, los pies desnudos por completo; su palidez
igualaba la del boj; horriblemente demacrada; su cabellera canosa, alborotada
y manchada de ceniza, le caía por delante tapándole casi totalmente el
rostro^[96]. En estas condiciones pasa suavemente su brazo por la espalda del 4
molinero, como si tuviera que contarle algún secreto; lo arrastra hacia su
habitación, donde permaneció largas horas con la puerta cerrada. Pero, como
entretanto se había terminado el trigo que los obreros estaban moliendo y 5
había que pedir más, los esclavos de antecámara se pusieron a llamar al dueño
y a reclamarle una tarea suplementaria. Después de llamar a voz en grito una
y otra vez sin que el amo diera la menor respuesta, se ponen a golpear 6
fuertemente la puerta y, como estaba muy bien sujeta por las barras,
empezaron a temer lo peor; de un violento empujón, haciendo saltar el gozne
o rompiéndolo, logran por fin abrirse paso. La mujer no aparece por parte 7
ninguna, y se encuentran con el amo colgado de una viga, estrangulado y ya
sin aliento. Le sueltan la soga que tenía al cuello y lo sacan de allí; entre los
más angustiosos suspiros y los más vivos lamentos, le administran las últimas
abluciones. Y, cumplidos esos deberes fúnebres, lo acompañan a la sepultura
en nutrido cortejo.

31. Al día siguiente acudió su hija, que vivía casada en una aldea cercana.
Llegó angustiada, dando tirones a su cabellera suelta y golpeándose el pecho
con ambas manos. Nadie le había dado noticias de la catástrofe familiar, pero
estaba enterada de todo porque, en sueños, se le había aparecido su padre en
lamentable estado —todavía llevaba el nudo atado al cuello— y le había
revelado en detalle la conducta criminal de su madrastra, con sus infidelidades
y sus maleficios; además también le explicó cómo había sido él mismo 2
víctima de un fantasma y conducido a los infiernos. Después de atormentarse
largo rato y hartarse de llorar, la intervención de sus familiares acabó de
calmar su dolor. A los ocho días, cumplidos ya junto a la sepultura los
solemnes ritos fúnebres, sacó a subasta toda la herencia: esclavos, muebles y 3
animales. Así se rompe la unidad del hogar en una dispersión sin más ley que
la del caprichoso azar de una venta improvisada.

Yo fui a parar a manos de cierto hortelano que me compró por cincuenta
sestercios: era mucho dinero, según decía, pero esperaba ganarse la vida con
nuestro trabajo común.

32. Me parece oportuno exponer ahora mis deberes en este nuevo servicio.
Por la mañana mi amo solía llevarme a la ciudad cercana con una pesada

carga de verdura; allí entregaba la mercancía a los revendedores y, montando a mi grupa, se volvía al huerto. Entonces, mientras él cavaba, regaba y, siempre encorvado, realizaba las demás tareas, yo disfrutaba tranquilamente de un grato descanso. Pero he aquí que los astros seguían su curso regular y el año, al cumplirse el ciclo exacto de sus días y sus meses, dejaba atrás la estación otoñal con las delicias de la vendimia para penetrar en las brumas invernales de Capricornio, con sus frecuentes lluvias y sus escarchas nocturnas. Y entonces, al raso en una cuadra sin techumbre, me moría de frío día tras día y sin remedio, pues mi amo, extremadamente pobre, ni siquiera podía comprar para él —no digamos para mí— una vulgar colchoneta o una miserable manta, y había de conformarse con vivir en una choza de hojarasca. Además, por la mañana era para mí un verdadero martirio andar descalzo entre fríos lodazales y cuchillas de hielo, y eso sin poder llenarme la panza con la ración habitual; es cierto que mi alimentación estaba en todo a la altura de la de mi amo, pero no por ello dejaba de ser una miseria: lechugas correosas y amargas, espigadas y desabridas como enormes escobas podridas por el tiempo y reducidas a una amarga pasta cenagosa.

33. Cierta noche, un propietario del poblado vecino, con el contratiempo de una densa oscuridad en un cielo sin luna, calado hasta los huesos por una lluvia torrencial y extraviado en su marcha, había venido a parar junto a nuestra huertecita con su caballo ya rendido. Lo acogimos con el afecto debido en tales circunstancias; y, si no encontró a nuestro lado muchas comodidades, encontró al menos el saludable descanso que tanto necesitaba. Quiso remunerar la bondadosa hospitalidad y prometió regalar al hortelano trigo y aceite de sus propiedades y, además, dos cántaros de vino. Sin perder tiempo, mi amo, provisto de un saco y de dos botas vacías, me monta a pelo, dispuesto a recorrer un trayecto de sesenta estadios^[97]. Al llegar a esa distancia, nos encontramos con la mencionada finca, donde mi amo es acogido desde el primer momento con la más atenta hospitalidad y comparte un espléndido desayuno. En el momento en que los dos comensales brindaban con sus respectivas copas frente a frente, ocurrió un prodigio de los más maravillosos. Una de las gallinas de casa empezó a recorrer el corral en todos los sentidos y a cacarear exactamente como si quisiera poner un huevo. El dueño, mirándola, dice: «¡Qué bien me sirves y qué fecundidad la tuya! Hace tiempo que día tras día nos suministras el alimento de tus huevos. Una vez más, ahora, piensas, por lo que veo, en obsequiarnos con tu regalito». Y añade en seguida: «Oye, muchacho, coloca como siempre en el rincón la cesta del ponedor».

El esclavo cumplió las órdenes recibidas; pero la gallina, sin hacer caso del nido en que solía cobijarse, depositó a los pies de su amo un fruto

prematureo, motivo en adelante de gran preocupación. Aquello no era efectivamente un huevo como los conocidos; era un pollo perfectamente formado, con sus plumas, sus uñas, sus ojos, y hasta sabía piar. En cuanto nació, echó a andar al lado de su madre.

34. Y por si esto fuera poco, se produjo otro hecho mucho más prodigioso todavía, susceptible de inspirar a cualquiera un fundado terror. Bajo la propia mesa en la que estaban las sobras del desayuno, se agrietó la tierra y de sus entrañas brotó un caudaloso chorro de sangre, cuyas gotas, al salpicar en abundancia, ensangrentaron toda la mesa. Y en el momento en que los asistentes, sobrecogidos de horror, contemplan despavoridos los divinos presagios, he aquí que llega corriendo de la bodega un criado y anuncia que todo el vino —aunque ya llevaba tiempo envasado— en los toneles hervía a borbotones como si fermentara o se hallara sobre inmensa hoguera. También se vio en el intervalo una comadreja que entre los dientes arrastraba fuera de su guarida a una culebra muerta; de la boca de un perro de pastor saltó una rana de zarzal; y el propio perro se vio asaltado por un carnero que estaba a su lado y que lo estranguló a la primera dentellada. Tantos y tan notables prodigios habían asustado de tal modo al amo y a toda su servidumbre, que se sentían totalmente acobardados e indecisos. ¿Por dónde empezar? ¿Por dónde continuar? ¿Qué sería mejor, qué sería peor para calmar las amenazas de los poderes divinos? ¿Cuántas víctimas se sacrificarían, y de qué clase?

35. En el atolondramiento general frente a la presumible tragedia, llega un joven esclavo ante el propietario anunciándole los mayores y últimos desastres acaecidos en su finca. Efectivamente, este hombre tenía tres hijos ya mayores, muy instruidos y honrados: eran el orgullo de su vida. Estos jóvenes mantenían desde antiguo estrechas relaciones de amistad con un hombre pobre, dueño de una humilde barraca. Ahora bien, esta casita lindaba con las grandes y ricas propiedades de un poderoso vecino, rico, joven, de ilustre familia, pero que abusaba del prestigio de su estirpe: con el apoyo de importantes facciones a su servicio, organizaba a su antojo toda la administración de la ciudad. Como en tiempo de guerra, invadía los pobres dominios de su humilde vecino, degollaba sus rebaños, le robaba ganado vacuno y le pisoteaba las cosechas antes de que llegaran a granar. No contento con privarlo de todos los productos de la tierra, aún quería echarlo de su pobre terruño y, promoviendo un vano litigio de deslinde, reivindicaba la propiedad de todo el terreno. Entonces, el campesino, con todos los respetos, al verse despojado por la avaricia del rico vecino, quiso defender la herencia paterna para salvar al menos la propia sepultura; y, vivamente alarmado, convocó a muchos amigos como testigos en el deslinde. Entre otros, habían acudido los

tres hermanos para ayudar como fuera al amigo arruinado.

6

36. La presencia de tantos ciudadanos no asustó ni desconcertó siquiera a aquel forajido. En modo alguno atenuó, si no ya sus rapiñas, al menos su altanería verbal. Cuando los demás le exponían serenas consideraciones y trataban de suavizar en términos conciliadores su exaltado humor, él, de buenas a primeras, jurando solemnemente por su vida y la de sus seres más queridos, declara que le tiene sin cuidado la presencia de tantos mediadores y que su gente cogería de las orejas al importuno vecino para sacarlo al instante de la barraca y tirarlo a buen trecho de la misma. Estas palabras colmaron de indignación a cuantos las oyeron. Entonces, uno de los tres hermanos, sin titubear y con cierta vivacidad, le replicó que él contaba en vano con sus riquezas para amenazar despóticamente, puesto que también los pobres, al amparo liberal de la legislación, podrían recurrir contra la insolencia de los ricos. Como aceite añadido al fuego, como azufre echado a una hoguera, como un látigo en manos de las Furias, tal fue el efecto de esta réplica: inflamó a nuestro truculento personaje. En un acceso de locura y fuera de sí, proclamó que ya podían irse a la horca todos ellos con todas sus leyes. Como tenía perros de pastor y perros de presa para guardar la granja, todos ellos de casta y corpulentos, acostumbrados a comer la carroña abandonada por el campo y adiestrados además a atacar indistintamente a los transeúntes o viajeros, mandó soltarlos y azuzarlos hasta acabar con aquella gente. La jauría, a la señal habitual de los pastores, se enfurece y en su ardor se precipita con furiosa rabia, con discordantes y horrendos ladridos sobre aquellas víctimas a las que hieren y despedazan de mil maneras distintas. Ni aun perdonan a los fugitivos, y hasta los persiguen con mayor saña.

2

3

4

5

37. La carnicería fue causa de empujones entre la multitud despavorida. El más joven de los tres hermanos, al tropezar contra una piedra y herirse los dedos de los pies, cae derribado ofreciendo espantoso pasto a la tremenda furia de aquellos perros; al encontrarse, en efecto, con esta presa en el suelo, hacen pedazos en un instante al desdichado joven. Y, cuando los otros dos hermanos oyen sus gritos de muerte, vuelan angustiados en su auxilio: se cubren con la mano izquierda envuelta en un palmo de su manto y a pedrada limpia tratan de alejar a los perros para salvar a su hermano. Pero no les fue posible vencer ni espantar a la feroz jauría. El infortunado joven sólo pudo pronunciar esta última frase: «Vengad sobre ese abominable rico la muerte de vuestro hermano menor». Y en el acto expiró hecho trizas. Entonces, los dos hermanos supervivientes, menos por desesperación que por no importarles ya la propia vida, se lanzan contra el rico; en el ardor de su ímpetu y de su ciego arrebató lo atacan a distancia con una granizada de piedras. Pero el hombre

2

3

4

sanguinario, el práctico asesino que ya tenía a su cargo muchos crímenes análogos, lanza su dardo y ensarta, alcanzándolo en pleno pecho, a uno de los dos hermanos. Aunque herido de muerte o muerto del todo, no cayó sin embargo al suelo; pues el dardo que lo atravesaba sobresalía en casi toda su longitud por la espalda y se había clavado en tierra bajo el vigoroso impulso, constituyendo un punto de apoyo que mantenía el cadáver erguido y en equilibrio. En esto, uno de los criados, alto y robusto, sale en auxilio del asesino: da impulso a una piedra que tira desde lejos, apuntando al brazo derecho del tercer hermano; pero falla el golpe y la piedra pasa rozando apenas la punta de los dedos y cae contra toda esperanza sin hacer ningún daño.

38. Esta suerte relativamente favorable hizo concebir a la viva sagacidad del joven una ilusión de venganza. Finge, pues, que la mano le ha quedado inútil e interpela así a su cruel adversario: «Sé feliz por haber acabado con toda nuestra familia, ceba tu insaciable crueldad con la sangre de los tres hermanos y triunfa gloriosamente de tus conciudadanos abatidos; pero has de saber que por mucho que extiendas tus posesiones privando al pobre de sus bienes, te encontrarás siempre con que sigues teniendo un vecino. En este caso he aquí el brazo que te hubiera cortado la cabeza; pero ha caído herido por una injusticia del destino».

Esas palabras exasperaron todavía más al furioso bandolero, que, echando mano a la espada, se adelanta ávidamente a rematar de un golpe al desdichado joven. Pero había desafiado a quien no era menos valiente que él y se encontró con una resistencia que estaba lejos de esperar. El joven, en un fuerte abrazo, le sujeta la mano derecha y en un supremo esfuerzo blande el hierro, asestando al rico una serie de golpes que le hacen rendir su alma impura; luego, para liberarse de las manos de los criados que acudían, vuelve en seguida contra sí mismo el arma, todavía manchada con la sangre de su enemigo, y se corta la garganta.

He aquí lo que significaban los prodigios misteriosos, he aquí lo que se había anunciado al infortunado padre de familia. El anciano, rodeado de tantas desgracias, no pudo proferir una palabra, ni siquiera verter una lágrima en silencio. Cogió el cuchillo que acababa de utilizar para repartir el queso y todo cuanto había servido en la mesa, y, a ejemplo de su infortunado hijo, también él se cortó el cuello con una serie de golpes hasta que cae de cabeza sobre la mesa, cubriendo con un nuevo río de sangre las manchas de aquella sangre profética.

39. De este modo, en un brevísimo instante, se hundió la familia. Mi hortelano, lamentando el infortunio y vivamente afectado por lo que del

contratiempo le tocaba, pagó con lágrimas el desayuno y dio unas cuantas palmadas con sus manos limpias; acto seguido, montó a mi grupa y reemprendió la marcha por el camino que nos había traído hasta allí. Pero tampoco el regreso careció de percances. Pues un individuo muy corpulento, que, por lo que daban a entender su exterior y sus modales, era legionario, se nos cruzó en el camino y en tono descortés y arrogante pregunta a dónde iba, de vacío, aquel burro. Mi amo, angustiado todavía y que además no entendía el latín, seguía adelante sin contestar. El soldado no pudo contener su habitual insolencia e, indignado ante el silencio como ante una afrenta, de un estacazo con un cepo de viña que tenía en la mano lo tiró de mi grupa al suelo. Entonces, el hortelano contestó humildemente que, por desconocimiento de la lengua, no podía saber lo que el otro le decía. El militar añadió, pues, en griego: «¿A dónde llevas este burro?». El hortelano contesta que se dirige a la ciudad vecina. «Pero yo —replica el militar— necesito sus servicios; con otros animales debe acarrear del fuerte próximo los bártulos de nuestro jefe». Y echando mano a la correa de mis riendas, empieza a estirar de su lado. El hortelano, secándose la sangre que manaba de su cabeza como consecuencia del porrazo anterior, vuelve a suplicarle que trate con más cortesía y mejores modales a un ex combatiente como él. Y conjurándolo por las más halagüeñas esperanzas, dice: «Pero si este burro no sirve para nada; además da mordiscos y va a morir de una peligrosa enfermedad; apenas vale para acarrear unos puñados de verdura desde el huerto próximo, y aun se arrastra con la lengua fuera. ¿Cómo ha de servir para el transporte de cargas más pesadas?»

40. Pero al advertir que el soldado, lejos de enternecerse por ningún ruego, se excitaba cada vez más y, dispuesto a acabar con él, ya daba la vuelta al cepo para romperle el cráneo con el nudo más gordo, nuestro hortelano acude a un último recurso: se agacha como pidiendo misericordia y con el ademán de tocarle las rodillas^[98]; en esta posición de sumisión y reverencia, lo coge por ambas piernas, lo levanta del suelo, luego lo deja caer con todo su peso y acto seguido a puñetazos, a codazos, a mordiscos y hasta con un morrillo que coge en el camino le magulla toda la cara, las manos y las costillas. El otro, en el suelo y de espaldas, no pudo replicar ni cubrirse de ninguna manera; pero continuaba no obstante amenazando de firme: si lograba levantarse, decía, con su espada haría picadillo al hortelano. Estas palabras fueron una buena advertencia: el hortelano le arrebató la espada, la tira lo más lejos posible y continúa golpeándolo con redoblado furor. El otro, tendido en el suelo, plagado de heridas y sin posible escapatoria, acude al único recurso que le quedaba: se hace el muerto. El hortelano, entonces, recoge la espada, salta a mi grupa y se va al trote camino de la ciudad y, sin preocuparse de dar un vistazo a su huertecillo, se refugia en casa de un amigo. Le cuenta todo y le

ruega que le ayude en aquel momento crítico ocultándolo por unos días a él y al asno: si se mantenía escondido por espacio de dos o tres días, ya creía ahorrarse un requerimiento capital. El otro, en atención de la antigua amistad que los unía, lo acoge sin poner reparos; a mí, replegándome las patas, me suben a pulso por una escalera hasta el piso superior; el hortelano se queda en la tienda de la planta baja, se acurruca en un cesto y le plantan la tapadera encima para que pase inadvertido.

5

41. Sin embargo, el soldado —me enteré posteriormente— recobró por fin el sentido como después de una gran borrachera; tambaleándose, magullado y dolorido por tantos golpes, teniéndose apenas de pie y apoyado en un bastón, llega no obstante a la ciudad. Por vergüenza, no mencionó en la ciudad ni su desmán ni su derrota, sino que devoraba en silencio su injuria hasta que se encontró con unos camaradas y, a solas, les contó el desastroso percance. Acordaron que él permaneciera en el cuartel sin dejarse ver (pues, sin tener ya en cuenta la afrenta personal, como había perdido la espada, temía las consecuencias de esta infracción al juramento militar) y ellos entretanto, tomando nota de nuestras señas personales, se dedicarían activamente a localizarnos y a vengarlo. Entre los vecinos no faltó un traidor para denunciar en seguida nuestro escondrijo. Los compañeros del soldado acuden a las autoridades y afirman falsamente que han perdido en la calle un vasito de plata que era de su comandante y valía mucho dinero; que lo había encontrado un hortelano y que, negándose a devolverlo, se había refugiado en casa de un amigo.

2

3

Entonces, los magistrados, previa información sobre perjuicios y personalidad del comandante, se presentan a la puerta de nuestro refugio y reclaman del propietario que nos hospedaba nuestra entrega inmediata —sobre el hecho del encubrimiento no había sombra de duda— so pena de hacer peligrar la propia vida. Él, sin inmutarse lo más mínimo y pensando tan sólo en salvar a su protegido, declara que no sabe absolutamente nada de nosotros y pretende que lleva unos cuantos días sin ver siquiera a dicho hortelano. Los soldados, por su parte, sostenían y juraban que estaba escondido allí y no en otro sitio. Por último, los magistrados, ante la rotunda negativa del encubridor, deciden efectuar un registro. Mandan, pues, entrar a los lictores y demás agentes de la autoridad para que registren cuidadosamente todos los rincones de la casa; salen declarando que en el interior de aquellas paredes no han visto a ningún hombre ni tampoco al asno.

4

5

6

7

42. Entonces la discusión cobra mayor violencia por ambas partes: los soldados se mantienen en sus afirmaciones sobre nuestro paradero y siguen invocando inalterablemente el nombre de César; el otro persiste en sus

negaciones poniendo sin descanso al cielo por testigo. Al oír el estrepitoso griterío de la discusión, con mi natural curiosidad y mi intempestiva indiscreción de asno, se me ocurrió asomarme de refilón por una buhardilla para ver qué significaba aquel enorme barullo; y entonces, uno de los soldados, que por casualidad había vuelto los ojos hacia mi sombra, invoca el testimonio de todos los presentes. Surge al instante un inmenso clamor: en un brinco trepan por la escalera, se hacen conmigo y me bajan como prisionero. 2 3

No subsistiendo ya la menor duda, se registra todo con mayor atención, también se destapa el consabido cesto: aparece el pobre hortelano, lo sacan fuera y lo presentan a los magistrados. Como, al parecer, merecía la pena capital, se lo llevan al calabozo público. En cuanto a mí, no acaban de mirarme y de reír a carcajadas. De ahí arranca el proverbio tan conocido: «Donde está la sombra está el asno». 4

LIBRO X

Un crimen memorable: una madrastra, enamorada de su hijastro, intenta envenenarlo porque se resiste a sus pretensiones; por un capricho de la Fortuna, consume la pócima el hijo menor del matrimonio; un senador, tan sabio como prudente, descubre el crimen cuando ya se iba a condenar al hijo inocente (1-12). — Nueva venta de Lucio: lo compran dos hermanos, panadero el uno y cocinero el otro. Lucio conoce ahora la vida regalada; pero un buen día se le sorprende comiendo los más exquisitos manjares humanos: se descubren sus facultades extraordinarias. Ha de exhibirse en el teatro con una mujer depravada (13-23). — Los crímenes de esa mujer (24-28). — El gran festival artístico en el teatro. Lucio se escapa cuando iba a llegar el turno de su abominable exhibición con la mujer condenada por criminal (29-35).

1. ¿Qué fue, al día siguiente, de mi amo el hortelano? No lo sé. Por lo que a mí toca, el soldado aquel que por su exagerada desfachatez había recibido la solemne paliza, me soltó del pesebre y me llevó sin que nadie protestara. Luego, recogiendo en su tienda unos enseres que por lo visto eran suyos, los cargó a mi espalda; así, equipado y armado a lo militar, me saca a la calle. Me veía, pues, con un casco de reluciente esplendor y un escudo todavía más brillante; también era notable la lanza por las dimensiones colosales de la vara. Al disponer así su armamento, no había pretendido, naturalmente, atenerse a las ordenanzas: lo había colocado encima, sobre los demás bultos, como en tiempo de guerra, de modo bien visible y estudiado para asustar a los pobres viajeros. Tras una marcha sin serias dificultades a través de la llanura, llegamos a una pequeña ciudad y paramos no en una posada, sino en casa de un decurión. Me deja al cuidado de un joven esclavo y él se va en seguida, muy preocupado, a presentarse a su jefe, que estaba al frente de mil hombres.

2

3

2. A los pocos días y precisamente en aquella casa, como bien recuerdo, se fraguó un odioso y horrendo crimen. Lo insertaré en el libro para que también lo conozcan mis lectores.

El dueño de la casa tenía un hijo joven, muy culto y, como es de esperar en tal caso, ejemplar de piedad y modestia: a cualquiera le gustaría ser padre de ese joven o tener un hijo parecido. Su madre había muerto hacía muchos años y el padre había rehecho su hogar por un nuevo matrimonio. La segunda mujer le dio otro hijo, que ya había cumplido también los doce años. Pero la madrastra, más por su belleza que por sus virtudes, imponía la ley en el hogar de su marido; y ya sea por impulso natural al libertinaje, ya por voluntad del destino, cayó en la monstruosa indignidad de fijarse en su hijastro. Ahora, querido lector, ten presente que estás leyendo una tragedia, no un cuento; dejemos las sandalias y calcemos el coturno^[99].

2

3

4

Así, pues, mientras el tierno Cupido se mantuvo en las primeras etapas de su desarrollo, aquella mujer resistía en silencio sus asaltos todavía poco peligrosos, cuya manifestación era un leve rubor, fácil de reprimir. Pero cuando su corazón se vio todo él envuelto en crueles llamaradas, cuando Amor desbocado lo abrasó en un delirio apasionado, tuvo que sucumbir ante

5

la violencia del dios. Finge decaimiento y oculta la herida de su alma bajo las apariencias de un pretendido malestar físico. Por lo demás, como todo el mundo sabe, los síntomas generales y las alteraciones del rostro son exactamente los mismos en caso de enfermedad o de crisis amorosa: palidez horrible, mirada lánguida, piernas cansadas, sueño inquieto, suspiros tanto más hondos cuanto más dura el tormento.

6

Se hubiera creído que la consumía una ardiente fiebre, si no fuera porque estaba siempre llorando. ¡Ay! ¡Qué ignorancia la de los médicos! ¿Qué denota un pulso agitado, unas facciones de color irregular, una respiración dificultosa, unas palpitaciones frecuentes y periódicas de uno y otro lado? ¡Dios mío! ¡Qué fácil es diagnosticarlo, aun sin estudiar medicina, pero con una leve idea de la ansiedad amorosa, cuando se ve a una persona ardiendo sin que su cuerpo acuse temperatura!

7

8

3. Incapaz, pues, de dominar la loca pasión que agita el fondo de su alma, rompe por fin su prolongado silencio y manda llamar a su hijo. ¡Su hijo! Si fuera posible, ¡con qué gusto borraría en él este nombre que la cubre de vergüenza! El joven obedece sin demora a su madre enferma; triste y la frente llena de arrugas como un viejo, se presenta en la habitación con el respeto debido en cualquier circunstancia a la esposa de un padre y a la madre de un hermano. Ella, harta de aguantar tanto tiempo un silencio que la martiriza, y sumergida, por así decir, en un mar de dudas, vuelve a condenar una vez más, por nuevas vacilaciones de su pudor, todas las expresiones que momentos antes parecían tan adecuadas a la entrevista actual; no sabe cómo empezar, no se decide.

2

El joven, sin sospechar todavía nada malo, se adelanta a preguntar con sumisa deferencia el motivo de su malestar en aquel momento. Entonces, ella aprovecha la fatal ocasión de la estancia a solas para dar libre curso a su audacia: soltando un torrente de lágrimas y velándose el rostro con la orla de su vestido, le dirige con voz temblorosa estas breves palabras:

3

4

«La causa, el único motivo del mal que me aqueja, como también el único y exclusivo remedio de mis males, eres tú, tú en persona. Tus ojos han penetrado por los míos hasta el fondo de mi corazón y han promovido una llama que me abrasa hasta la médula. Ten, pues, piedad de una mujer que por ti se muere; que no te detenga ningún escrúpulo pensando en tu padre: su esposa ha de morir sin remedio, y tú se la salvarás. Yo reconozco en ti su viva imagen: es natural que te quiera. La soledad en que nos hallamos te sirve de absoluta garantía y te da la tranquila oportunidad de consumir lo inevitable. Pues una cosa que nadie sabe, no llega a ser auténtica realidad».

5

6

4. El inesperado compromiso desconcertó por completo al joven; y,

aunque horrorizado al oír la monstuosa propuesta, creyó que, lejos de exasperar a la señora con una rotunda y dura negativa, era mejor calmarla hábilmente acudiendo a promesas diferidas. Le prodiga, pues, buenas palabras, la invita insistentemente a animarse, a cuidarse y a reponerse, hasta que algún viaje de su padre deje libre campo a sus diversiones; acto seguido se sustrae a las culpables miradas de su madrastra. Ahora bien, tan grave desastre familiar exige, a su parecer, una consideración más detenida; sin perder tiempo, consulta el caso con un anciano de acreditada solvencia que había sido preceptor suyo. Tras larga deliberación pareció que lo más acertado sería huir rápidamente para evitar la tormenta de un destino implacable. Pero la señora, incapaz de admitir la menor dilación, imagina no sé qué pretexto y con maravillosa habilidad convence en seguida a su marido para que se vaya inmediatamente a unas finquitas que tenían en una zona muy lejana. Logrado ese objetivo con la loca esperanza de ganar tiempo, reclama ya descaradamente la cita prometida a su pasión. Pero el joven, alegando ahora un pretexto, luego otro distinto, va dando largas a la execrable entrevista, hasta que ya ella, por la variedad de las disculpas, ve claramente que el joven no está dispuesto a mantener sus promesas, y entonces, en repentina maniobra, pasa del amor sacrílego a un odio mucho más funesto todavía.

Sin pérdida de tiempo, se asocia a un esclavo de los que había recibido en dote, ser abyecto y maestro consumado en materia de crímenes; lo pone al tanto de sus pérfidas intenciones; ninguna solución les parece más acertada que la de acabar con la vida del desdichado joven. Envía, pues, al criminal en busca de un veneno fulminante; ella lo deslíe cuidadosamente con vino y dispone la poción que causaría la muerte del hijastro inocente.

5. Ahora bien, mientras los dos siniestros personajes deliberan entre sí sobre el momento más oportuno para servir la pócima, por una pirueta de la Fortuna, el menor de los dos hermanos —el que era precisamente hijo de la maldita mujer—, con sus tareas escolares de la mañana ya cumplidas, entra en casa después de desayunarse; como tiene sed y se encuentra con la copa de vino secretamente envenenada, sin sospechar nada de la trampa encerrada allí, se lo bebe de un trago. Apenas acaba de beber la muerte preparada para su hermano, cae al suelo sin vida. Su preceptor se alarma ante el ataque repentino del niño, y a sus gritos de angustia acude la madre y toda la servidumbre. Pronto se vio la explicación del caso en la bebida mortal y todos los presentes apuntaban en mil direcciones señalando al presunto autor del espantoso crimen. Pero la tremenda señora, insuperable encarnación de la maldad de las madrastras, sin inmutarse ante la trágica muerte del hijo ni ante el remordimiento del asesinato impío ni ante la desgracia de su casa ni ante el duelo del marido o la desolación del entierro, aprovechó la catástrofe familiar

como una buena oportunidad de venganza. Envió en seguida un mensajero para anunciar al marido ausente la catástrofe de su hogar. Él vuelve precipitadamente, y a su regreso, ella, con descaro de consumada artista, da a entender que su hijo ha muerto envenenado por culpa del hermanastro. Y en esto no mentía del todo, ya que el chiquillo se había adelantado a recibir el golpe mortal dirigido contra su hermano mayor. Pero lo que pretendía hacer creer era que el menor había sido víctima de una represalia criminal del mayor porque, cuando éste había tratado de violarla, ella no había accedido a sus inconfesables pretensiones. Y no satisfecha con tan monstruosa calumnia, aún añadía que él la había amenazado con un puñal en caso de denuncia. El pobre padre, aterrado ante la pérdida de ambos hijos, va a la deriva entre las agitadas olas de su inmenso dolor. Está asistiendo al entierro de su hijo menor y sabe que el otro ha de ser irremisiblemente condenado a muerte por incesto y parricida. Por otra parte, quiere demasiado a su esposa, cuyos fingidos lamentos le inspiran para su propia sangre un odio despiadado.

4

5

6

6. Apenas terminaron las pompas fúnebres y el acto del sepelio, desde el mismo emplazamiento de la pira, el desdichado anciano, con el rostro todavía inundado de las recientes lágrimas y mesándose los cabellos cubiertos de ceniza, se dirige directamente al foro. Allí, con nuevo llanto en los ojos y en su actitud suplicante abrazando incluso las rodillas de los decuriones, sin la menor sospecha de las infernales imposturas de su esposa, se esforzaba con todo empeño en buscar la ruina del hijo que le quedaba: su hijo era un incestuoso, porque había profanado el lecho paterno; un fratricida, porque había dado muerte a un hermano; y un asesino, porque había amenazado con apuñalar a su madrastra. Fue tal la simpatía, tal la indignación que su angustia suscitó en el senado y hasta en la plebe, que sin admitir los fastidiosos trámites legales, sin comprobar la veracidad de la acusación ni oír la refutación sutil y bien estudiada de la defensa, por aclamación general, se emitió el siguiente veredicto: «Por constituir una pública vergüenza, hay que matarlo a pedradas en la plaza pública».

2

3

Sin embargo, los magistrados se alarmaron ante el peligro que corrían. Y para que la naciente indignación no desembocara en revuelta y comprometiera el orden y seguridad pública, algunos de ellos trataron de disuadir a los decuriones, mientras otros intentaban calmar al pueblo, para que se volviera al procedimiento judicial regular y se dictara una sentencia fundada en el examen imparcial de las razones alegadas por ambas partes; no se podía condenar a nadie sin oírlo, como sucede en los pueblos sin civilización ni cultura o en regímenes despóticos; en plena paz y tranquilidad no se podía dar al mundo tan lamentable espectáculo.

4

7. Prevalció el sano juicio, y en seguida se llamó al pregonero para que convocara una reunión de senadores. En cuanto éstos ocupan los asientos que reglamentariamente corresponden a su jerarquía, vuelve a oírse el pregonero para que pase en primer lugar el acusador. Sólo entonces se cita al acusado y lo traen ante el tribunal. A ejemplo de la legislación ateniense y del procedimiento seguido en el Areópago, el pregonero recuerda a los abogados de la causa la prohibición de recurrir a preámbulos y de excitar la compasión. 2

Que todo ello fue así, lo supe al oír múltiples conversaciones sobre el tema. En qué términos se expresó el acusador, qué argumentos le opuso el acusado y, en una palabra, cuáles fueron los discursos y réplicas, nada de eso pude saber por hallarme ausente y en mi cuadra; por consiguiente, si no lo sé, tampoco os lo puedo comunicar. No obstante, sí consignaré en mi libro lo que haya averiguado a ciencia cierta. 3 4

En cuanto terminó el debate contencioso, se acordó que para establecer la realidad de los hechos y admitir las acusaciones, hacían falta pruebas convincentes y que una decisión tan grave no podía fundarse en simples sospechas: ante todo, se consideraba indispensable la declaración de aquel esclavo que, al parecer, era el único que conocía la trama de los hechos. 5 6

El ruin personaje, sin inmutarse lo más mínimo ante las decisivas consecuencias de tan grave juicio, ni ante la nutrida asamblea senatorial, ni tampoco ante el remordimiento de su propia conciencia, se pone a contar un cuento de su invención, declarando y afirmando que dice la pura verdad: «El joven, indignado de los desplantes de su madrastra, acudió a mí; para vengar la propia afrenta, me encargó matara al hijo de su madrastra, prometiéndome un gran premio para comprar mi silencio; como yo no aceptaba la propuesta, me amenazó de muerte; me había entregado el veneno ya preparado por él personalmente para que yo se lo diera a su hermano; y sospechando que yo no tendría en cuenta sus órdenes y que podría guardar la copa como pieza convincente de acusación, acabó por dar él mismo el veneno a su hermano». 7 8 9

Tal declaración, perfectamente verosímil y expuesta por el miserable charlatán con estudiado horror, puso fin al debate. 10

8. Ni uno solo de los decuriones guardaba ya suficiente serenidad ante el caso del joven para titubear en la sentencia: puesto que su culpabilidad quedaba comprobada hasta la evidencia, había que meterlo en un saco y coserlo dentro^[100]. Ya las papeletas, todas iguales —pues todos habían coincidido en escribir la misma fórmula—, iban a recogerse, según costumbre inmemorial, en una urna de bronce; y, una vez depositados dentro los votos, ya era irrevocable la suerte del acusado, sin que ningún recurso posterior pudiera cambiar nada: su cabeza pasaba a manos del verdugo. En ese instante, 2

uno de los senadores, un anciano del mayor prestigio y reconocida honorabilidad, que, además, merecía especial solvencia como médico, tapó con su mano el orificio de la urna para que nadie votara con precipitación y habló en estos términos a la asamblea: «A mis años, es para mí gran satisfacción haber conservado siempre vuestra estima a lo largo de mi vida; y no puedo tolerar que se consume un homicidio manifiesto en la persona de un acusado, víctima de falsas imputaciones; os habéis comprometido por juramento a ejercer siempre la justicia: no puedo tolerar que las mentiras de un vil esclavo os induzcan a perjurar. Yo no puedo pisotear la voluntad de los dioses y engañar a mi propia conciencia emitiendo una sentencia inicua. Oíd, pues, de mis labios lo que hay en este asunto.

9. »Este indeseable, en su afanosa búsqueda de un veneno fulminante, había venido a verme últimamente con la oferta, en pago, de cien escudos de oro. Decía que necesitaba el veneno para una persona gravemente enferma cuya dolencia antigua e incurable le hacía desear la muerte como liberación de sus males. Yo vi el fondo del cuento que urdía el siniestro charlatán y las incongruencias de sus explicaciones. Me convencí de que fraguaba algún delito; le di, no obstante, la pócima, se la di: pero, como medida de seguridad ante una posible indagación judicial, no acepté en el acto el dinero que se me ofrecía: ‘Por si acaso (le dije) alguna de tus monedas fuera falsa o de mala ley, las vamos a meter en esta bolsa que tú sellarás con tu anillo; y mañana, en presencia de un cambista, se efectuará el contraste’. Se dejó convencer y selló la suma; hace un momento, al ver aquí en la sala a mi individuo, mandé a uno de mis hombres al despacho para que trajera corriendo la bolsa. Ya está en mi poder: aquí la tenéis. Que el esclavo la vea y compruebe su sello. Y ahora, ¿cómo es posible imputar al hermano lo del veneno, si es este individuo quien lo ha comprado?»

10. Una enorme agitación se apoderó al instante del criminal: a su color normal de persona viva sucedió una palidez de muerte y por todos sus miembros chorreaba un sudor frío: cambiaba de postura sin sentirse firme en ninguna de las dos piernas, se rascaba la cabeza por un lado y por otro, balbuceando, con la boca entreabierta, no sé qué fútiles pretextos, de modo que nadie, absolutamente nadie podía creerlo ya exento de culpabilidad. Pero de pronto recobra su aplomo, se pone a negar con la mayor firmeza y no para de llamar mentiroso al médico. Éste, aun prescindiendo de sus escrúpulos como juez, al ver zaherida públicamente su dignidad personal, pone mayor ahínco en refutar al vil personaje; los agentes públicos por orden de la autoridad, acaban maniatando al maldito esclavo para cogerle el anillo de hierro^[101] y confrontarlo con el sello de la bolsa.

La comparación confirmó las sospechas anteriores. La rueda, es decir, el potro del mundo griego, estaba ya dispuesta para la tortura; pero el esclavo resistió el tormento con maravillosa entereza sin sucumbir a los latigazos ni al mismo suplicio del fuego.

4

11. Entonces el médico replicó: «No toleraré, por Hércules, no toleraré que, contra toda equidad, ordenéis el suplicio de un joven inocente ni que este otro burle nuestra justicia y escape al castigo que su crimen merece. Os voy a dar una prueba fehaciente de la realidad de los hechos. Yo veía las ansias de ese malvado por conseguir un veneno fulminante; por otra parte, mis convicciones no me permitían ofrecer a nadie una sustancia mortal; había aprendido que la medicina no tiene por objeto matar a los hombres, sino salvarles la vida. Temía no obstante que en caso de cerrarme, una rotunda negativa de mi parte diera paso a un crimen, es decir, que ese hombre se fuera a otra parte a comprar su pócima de muerte o incluso llevara adelante su proyecto abominable recurriendo al puñal o a otra arma cualquiera. Le di, pues, una droga, pero era un soporífero, el famoso narcótico de la mandrágora, tan conocido por su virtud letárgica y por el sueño, muy parecido a la muerte, a que da lugar. Y no es extraño que este malhechor (sin la más leve esperanza ante el inevitable castigo que, según costumbre tradicional de nuestros padres, le espera), no es extraño que aguante fácilmente estas torturas como mucho más llevaderas. Ahora bien, si es cierto que el chiquillo ha tomado la pócima que mis manos prepararon, está vivo, está descansando, está dormido; no tardará en sacudirse el letargo del sueño y volverá a ver la luz del día. Pero, si de verdad está muerto, entonces, ya podéis buscar otras causas a su defunción».

2

3

12. Esta elocuencia del anciano conquistó al auditorio. Acuden en masa con gran impaciencia al sepulcro que contenía el cadáver de la criatura. Ni en el senado, ni en la aristocracia, ni en la misma masa del pueblo dejó nadie de acudir allá con expectante curiosidad. Allí está el padre: con sus propias manos retira la tapa del ataúd; en aquel instante, su hijo acababa de disipar el sueño de muerte y volvía al mundo de los vivos; le da un estrecho abrazo e, incapaz de expresar su felicidad del momento, lo presenta al pueblo. Y tal como estaba, es decir, envuelto con los sudarios mortuorios que lo cubrían, llevan a la criatura ante el tribunal. Ahora, puesto ya en claro el asunto y bien al descubierto los crímenes de un maldito esclavo y de una mujer peor que él todavía, aparecía a los ojos de todos la pura verdad: se condena a la madrastra a destierro perpetuo y al esclavo a morir en cruz; por unanimidad se deja al excelente médico en posesión de los escudos de oro, como precio del oportuno soporífero. Y el anciano padre vio su famosa y trágica aventura

2

3

4

5

terminar en un desenlace digno de la divina providencia, ya que en muy poco tiempo, o mejor dicho en un brevísimo instante, corrió el riesgo de verse sin hijos y se encontró de pronto con que tenía dos ya mayorcitos.

13. He aquí ahora las incidencias que por entonces me deparaba mi propio destino. El soldado que me había comprado sin tratar con ningún vendedor y, sin pagar nada, me había llevado como suyo, por orden de su tribuno y en acto de servicio tenía que ir a Roma con un mensaje para el soberano. Me vendió, pues, por once denarios a dos hermanos de la vecindad: eran dos esclavos cuyo amo tenía extraordinarias riquezas. Uno de ellos, como panadero y pastelero, preparaba los panes y las deliciosas tartas de miel; el otro, como cocinero, guisaba al horno unas carnes succulentas, con las más sabrosas salsas. Compartían la misma habitación y hacían toda la vida en común; me habían comprado para transportar los múltiples cacharros indispensables para atender las muchas necesidades de su amo, que, a la sazón, viajaba sin parar de un país a otro. Heme aquí, pues, como tercer socio en compañía de los dos hermanos: nunca me había visto tan mimado por la Fortuna. Cada noche, después de una cena succulenta y espléndidamente servida, mis amos solían traer a su celda un racionamiento sin tasa: uno venía con trozos de cerdo, de pollo, de pescado, de carne de todas clases: eran sobras, pero en abundancia; el otro venía con panes, pasteles, buñuelos, anzuelos, lagartos^[102] y otras muchas maravillas del arte de la confitería. Cuando ellos echaban el cerrojo a la puerta para irse al balneario a reponerse, yo me hartaba hasta reventar de aquellos manjares bajados del cielo. Ni era tonto, ni tan burro de veras como para dejar de lado aquellas golosinas y levantarme el paladar comiendo heno rasposo. 2 3 4 5 6 7

14. Durante una buena temporada me fue de maravilla aquella hábil ratería, pues yo andaba con cuidado y precaución: sólo cogía un poquito entre tantas cosas buenas, y ellos no tenían la menor sospecha de que un asno los estafara. Pero al cobrar mayor confianza en seguir inadvertido, ya me lanzaba a devorar sin consideración los mejores trozos, y saboreaba las golosinas más selectas. Una sospecha nada inconsistente empezó a apuntar en la mente de los dos hermanos y, sin meterme todavía a mí en nada de por medio, trataron de descubrir al autor de aquella sisa diaria. 2

Con el tiempo acabaron por acusarse mutuamente de ladrones y sinvergüenzas; entonces ya ponían más cuidado y atención en la vigilancia; hasta hacían el recuento de los lotes. Por último, uno de ellos, sin poder ya aguantarse, interpela así a su hermano: «¡Ah! Tu proceder es injusto y hasta inhumano: día tras día escamoteas los trozos más selectos para venderlos y engrosar secretamente tu peculio; luego, reclamas un reparto equitativo de lo 3 4 5

que dejas. En fin de cuentas, si te disgusta nuestra asociación, podemos romper la comunidad de intereses sin dejar de ser buenos hermanos en todo lo demás. Pues veo que, a fuerza de pelearnos indefinidamente por las estafas, se va creando una profunda desavenencia entre nosotros».

«Por Hércules —contestó el otro—, aplaudo tu valentía; pues, dada la merma diaria y misteriosa de los lotes, has conseguido adelantar unas quejas que yo rumiaba en silencio desde hace mucho tiempo, para no dar el espectáculo de acusar a mi hermano de sórdida rapiña. Pero todo irá bien empleado si, puesto el asunto sobre el tapete, buscamos ambos un remedio a esas pérdidas y no damos lugar a que en silencio surja entre nosotros una hostilidad como entre Eteocles y Polinice»^[103].

15. Tras este altercado y otras recriminaciones similares, ambos juran que ellos no han hecho la menor trampa ni han cometido estafa de ninguna clase. Acuerdan, pues, indagar por todos los medios hasta descubrir al ladrón que operaba a expensas de ambos; pues —decían— el asno, que se quedaba solo dentro, no se sentía atraído por esos manjares; sin embargo, cada día desaparecían los trozos más selectos y en su reducida habitación no había moscas tan monstruosas como las Harpías de antaño, capaces de arramblar con la comida de Fineo.

Entretanto, con un régimen tan exquisito, cebándome con comestibles humanos y sin tasa, había engordado hasta alcanzar una pronunciada obesidad: una abundante capa de grasa había suavizado la aspereza de mi piel; mi pelo estaba limpio, lustroso y bien nutrido. Pero este físico tan agraciado causó gran desgracia a mi honorabilidad. Efectivamente, mi gordura llamó la atención de los dos hermanos, y más al ver que mi ración de heno quedaba intacta uno y otro día: ya centran en mí toda su atención. A la hora habitual, cierran la puerta como siempre, para irse al baño. Pero se quedan mirando por un agujerito cómo husmeaba entre aquella variada exposición de manjares. Y, sin importarles ya nada los perjuicios sufridos, se ríen hasta reventar del paladar inverosímil que tiene el asno; llaman a uno de sus compañeros, luego a otro, después a muchos más para que contemplen el inaudito refinamiento de aquella ruda caballería. Por último, todos se contagiaron de unas carcajadas tan ruidosas que llegaron a oídos del amo al pasar cerca.

16. Preguntó qué deliciosa aventura excitaba las risas de su gente; al saber lo que pasaba, también se puso a mirar por el mismo agujero y se divirtió extraordinariamente. A su vez le cogió una risa tan desorbitada que le causó auténtico dolor de vientre. Manda abrir en seguida la puerta de la sala y se coloca a mi lado para observarme de cerca: yo veía que la Fortuna me ponía en cierto modo una cara sonriente; también me inspiraba tranquilidad el

regocijo de los presentes; por lo cual no me inmuté un tanto así, y seguía comiendo.

Finalmente, el amo de la casa, encantado de la espectacular novedad, mandó que me llevaran, o mejor dicho me llevó él en persona al comedor. Hizo que instalaran una mesa y mandó que me sirvieran toda clase de piezas enteras y fuentes todavía intactas. Aunque ya estaba bastante atiborrado, por afán de complacerlo y hacer méritos a sus ojos, me lanzaba sobre los manjares servidos como si estuviera hambriento. Discurrían en busca de los gustos más impropios de un asno y, para probar hasta dónde llegaba mi amaestramiento, era eso lo que precisamente me servían: carnes adobadas con laserpicio, aves sazonadas con pimienta, pescados con salsas exóticas. Entretanto, resonaban en el comedor las mayores carcajadas. Como remate, un gracioso de la compañía gritó: «Servidle a este buen amigo un trago de vino puro».

Siguiendo el consejo al pie de la letra, el dueño replicó: «No, golfillo, no es tan disparatada tu ocurrencia; es muy posible que a nuestro camarada le apetezca también una copita de vino dulce». «Oye, esclavo —añade—, enjuaga bien aquel cántaro de oro, llénalo de vino dulce y ofrécelo a mi invitado; no te olvides de decirle que yo ya he brindado antes a su salud».

Hubo gran expectación entre los comensales. Pero sin sofocarme lo más mínimo, con mucha tranquilidad y no poca inspiración, estirando y redondeando mi labio inferior en forma de lengua, me bebí de un trago aquel enorme recipiente. Surgió un clamor unánime de felicitación entre los asistentes.

17. El dueño irradiaba una inmensa alegría. Manda llamar a los esclavos que me habían comprado; ordena que se les restituya cuatro veces mi importe y —previa recomendación con gran interés— me confía a uno de sus libertos preferidos y mejor dotados económicamente.

Este hombre me trataba con bastante consideración y suavidad; y, para granjearse la simpatía de su patrono, ponía todo su empeño en divertirlo a expensas de mis habilidades. En primer lugar me enseñó a instalarme en la mesa apoyándome sobre el codo, luego a luchar e incluso a bailar con las patas delanteras en alto; pero sobre todo y como máxima atracción, me enseñó a hablar con gestos adecuados: una inclinación de cabeza hacia atrás significaba «no», y la inclinación hacia delante significaba «sí»; si tenía sed, miraba al aguador y le pedía bebida guiñando alternativamente ambos ojos. Me era muy fácil aprender todo eso y, por supuesto, lo hubiera sabido hacer sin que nadie me lo enseñara. Pero me reservaba por miedo: si imitaba muy de cerca los modales del hombre sin atenerme a las lecciones recibidas, la gente podría tomarme por siniestro agüero y, como monstruo sobrenatural, acabarían cortándome el cuello para engordar los buitres a mis expensas.

No se hablaba ya más que de mis maravillas; era ya célebre y famoso personaje: «Ahí va el que tiene por compañero y comensal al burro sabio: el burro que lucha, que baila, que entiende el lenguaje humano, que piensa y sabe expresarse por señas».

6

18. Pero antes de proseguir —y por ahí debiera haber empezado— os voy a explicar ahora quién era mi dueño y de dónde procedía. Se llamaba Tiaso y era oriundo de Corinto, su tierra natal y capital de toda la provincia de Acaya. Después de desempeñar gradualmente todos los cargos a que era acreedor por la nobleza de su cuna y por sus méritos, le llegó el nombramiento de magistrado quinquenal^[104]. Y para que su toma de posesión de los fascios se celebrara con el debido esplendor, había prometido dar durante tres días seguidos un grandioso combate de gladiadores. Para que su munificencia fuera más deslumbrante, en su afán de popularidad, había llegado hasta Tesalia en busca de animales de pura sangre y de gladiadores de renombre. Después de organizarlo todo a su gusto efectuadas ya sus compras, se disponía a volver a casa. Pues bien, dejó de lado sus lujosos vehículos, no hizo caso de sus cómodas carrozas que, con sus cortinas en parte echadas y en parte levantadas, seguían vacías en la cola de la caravana; tampoco utilizó sus caballos tesalios u otras monturas galas de raza selecta y muy estimada. Sólo yo contaba: me puso jaeces de oro, albarda colorada, mantas de púrpura, frenos de plata, riendas repujadas y cascabeles de fino tintineo; Tiaso iba montado a mi grupa; yo era su máximo cariño; de vez en cuando se hacía mieles para hablarme y decía que entre tantas cosas buenas su mayor felicidad era tenerme a mí a la vez como compañero de mesa y como montura.

2

3

4

19. Al término del viaje, realizado ya por tierra, ya por mar, llegamos a Corinto; la población acudió en masa; según pude observar, no la atraía tanto el interés de aplaudir a Tiaso como la curiosidad de verme a mí. Pues la fama de mi nombre se había divulgado tanto en aquel país que fui para mi guardián una respetable fuente de ingresos. Cuando veía a mucha gente agolparse con ganas de ver mis mañas, él cerraba la puerta y sólo los dejaba pasar uno por uno: con las propinas que iba recogiendo solía sacarse al final de la jornada un sueldo bastante aceptable.

2

Hubo en el círculo de mis admiradores una señora distinguida y de gran posición. Pagó como los demás para verme y se quedó encantada de mis múltiples monerías; insensiblemente pasó de la constante admición a una increíble pasión; sin poner remedio a su extraño capricho, cual nueva Pasifae^[105], pero enamorada de un burro, suspiraba ardientemente en espera de mis abrazos. Acabó proponiendo al encargado de cuidarme una elevada suma como precio de una sola noche en mi compañía; él, sin pensar para nada

3

4

si ello redundaría en mi propio provecho y pendiente tan sólo de su interés personal, aceptó la propuesta.

20. Concluida la cena, ya nos habíamos retirado del comedor del dueño y, al entrar en mi dormitorio, nos encontramos a la señora que llevaba ya rato esperando. ¡Bondad divina! ¡Qué lujo de preparativos! Cuatro eunucos a punto con todo un equipo de blandos almohadones llenos de suaves plumas, disponen en el suelo nuestro lecho, sobre el cual extienden con cuidado una alfombra bordada en oro y púrpura de Tiro; encima aún ponen otros cojines, pequeños desde luego pero en cantidad, de esos que usan las señoras elegantes para mullir sus mejillas y sus nuca. Y para no demorar más por su presencia las delicias de la señora, cierran la puerta de la habitación y se retiran. En el interior, unos cirios flamantes disipaban con su intensa iluminación las tinieblas de la noche.

21. Ella entonces se despoja de todas sus vestiduras e incluso del sostén que sujetaba su hermoso busto femenino; y, de pie junto al foco de luz, saca de un frasco metálico un aceite perfumado con el que se frota bien, ella primero, y luego se eterniza frotándose igualmente a mí con el mismo perfume, insistiendo con especial empeño en mi hocico. Me cubre entonces de tiernos besos, pero no como los que envían las prostitutas en los lupanares para mendigar moneditas o rendir a clientes reacios a pagar; no, al contrario, eran besos de verdad y desinteresados, acompañados de las más dulces palabras, como «Te amo», «Te deseo», «Eres mi único cariño», «Sin ti no puedo vivir», y de todas esas expresiones a que acuden las mujeres para seducir al prójimo o manifestar sus propios sentimientos. Luego, me cogió por la brida y le fue fácil hacerme acostar de la manera que me habían enseñado. Nada había en ello para mí nuevo ni difícil, sobre todo cuando tras una continencia tan prolongada veía llegar los abrazos apasionados de una mujer tan bella. Además, me había reconfortado previamente con vino abundante de la mejor marca; por último, el más delicioso perfume estimulaba de antemano el ardor de mis deseos.

22. Pero estaba vivamente angustiado; me daba verdadero horror pensar cómo podría acercarme con tantas patas y de tan notables dimensiones a tan delicada criatura. ¿Cómo abrazarían mis duros cascos aquellos miembros tan transparentes, tan tiernos que parecían hechos de leche y miel?

Sus finos y sonrosados labios destilaban una divina ambrosía: ¿cómo besarlos con una boca tan amplia, tan enorme y descomunal, cuyos dientes eran verdaderos bloques de piedra? Y, por último, aunque la lujuria consumiera sus miembros hasta las uñas, ¿cómo podría una mujer resistir una unión tan desproporcionada? «¡Pobre de mí, si estropeará a una noble dama!

Me echarían a las bestias como un número más del espectáculo que prepara mi amo».

Ella, entretanto, continuaba con sus provocaciones, con sus besos ininterrumpidos, con sus tiernos suspiros y con sus miradas de fuego; y, como colofón, «Ya eres mío —exclamó—, ya es mío mi palomito, mi gorrioncito». Con ello demuestra que son vanas mis preocupaciones, que no tienen el menor fundamento mis reparos. Apretándome en estrecho abrazo, pudo con todo mi ser, con todo, como digo. Y cuando yo, por delicadeza, intentaba retirarme, ella volvía a la carga con mayor furia y se ceñía más de cerca agarrada a mi espalda. Por Hércules, hasta creí en mi impotencia ante sus ansias y comprendí que la madre del Minotauro buscara sus delicias en un amante mugiente. 3 4

Tras una noche laboriosa y en vela, para evitar la indiscreta luz del día, la mujer desaparece, pero no sin acordar antes el mismo precio para la noche siguiente. 5

23. Mi guardián no tenía reparo en dejarme a merced de sus caprichos: por un lado veía en ello una buena fuente de ingresos, y por otro veía la perspectiva de un espectáculo inédito para el amo. No tardó en explicarle hasta el último detalle de nuestra escena amorosa. Tiaso da una magnífica recompensa a su liberto y decide exhibirme en público espectáculo. Pero no cabía pensar en mi valiente esposa, dada su posición social, ni en ninguna otra mujer, por mucho que se pagara su actuación. Se buscó, pues, a una vil criatura, condenada a las bestias por decisión gubernativa, para que bajara conmigo a la arena del anfiteatro y sacrificara ante el público su pudor. He aquí la historia de su condena tal como me la han referido. 2

Se había casado con un joven, cuyo padre, al salir de viaje, había ordenado a su propia mujer, es decir, a la madre de dicho joven —pues la dejaba encinta—, que si no le nacía niño, diera muerte al fruto de sus entrañas. Ahora bien, lo que tuvo en ausencia de su marido fue niña; pero su sensibilidad natural, su amor de madre, pesó más que la obediencia y, en vez de cumplir las órdenes de su marido, dio la niña a criar a unos vecinos. Al volver el marido, le anunció el nacimiento de la niña y el consiguiente infanticidio. Pero, al llegarle a la jovencita en la flor de los años la hora de casarse y no serle posible a la madre dar a su hija una dote en consonancia con su posición sin que el marido se enterara, no tuvo más remedio que revelar a su hijo el gran secreto. Por otra parte, temía mucho que por cualquier circunstancia, y al calor de la fogosidad juvenil, el hermano sedujera a su hermana ya que ni él la conocía a ella ni ella a él. El joven, un modelo de virtud, concilia escrupulosamente la obediencia como hijo y sus deberes como hermano. Extiende un velo de respetuoso silencio sobre ese secreto familiar y 3 4 5 6

muestra exteriormente una simpatía corriente por la joven, pero decidido a cumplir con ella los deberes inalienables que le impone el parentesco, hasta el punto de dar asilo en su propia casa a su vecina abandonada y sin apoyo de ningún familiar. Luego la dota espléndidamente a expensas de sus bienes para casarla con un íntimo amigo y compañero suyo.

24. Pero estas medidas tan acertadas, esta conducta tan edificante, no podía escapar a los funestos caprichos de la Fortuna: a su impulso, los celos crueles tomaron por objeto inmediato la casa de aquel joven. Su mujer, la que como consecuencia de este lío iba a ser ahora víctima de las fieras, empezó por ver en la jovencita a una rival que intentaba quitarle el marido; de las sospechas pasó al odio, y acabó haciéndola caer en las redes de la muerte más espantosa. He aquí la hazaña que perpetró.

Se hizo con el anillo de su marido y se fue al campo. Como tenía un esclavo que le era tan fiel a ella como desleal a la Buena Fe, lo manda desde allí con un mensaje para la joven: le decía que el joven se había ido a la casa de campo y le mandaba venirse a su lado; que debía presentarse lo antes posible, sola, sin ningún acompañante. Y para que la joven se pusiera en ruta sin reparos, la mujer entrega al esclavo el anillo que había hurtado a su marido; con sólo presentarlo garantizaría la veracidad de sus palabras. La hermana, de acuerdo con el encargo de su hermano —sólo ella le daba este nombre— y confiada además al ver el sello que le presentaban, se pone en marcha sin dilación, como se le había mandado, y sin compañía. Ya había caído en la trampa de la más inicua impostura, ya estaba en la red de la perfidia. Entonces, aquella preclara esposa, sin frenos ante el impulso de la furia amorosa, hace desnudarse a su cuñada y empieza por acribillarla a latigazos interminables. Luego, por más que la desgraciada proclamase la verdad y repitiese sin cesar la palabra «hermano», reiterando que no había entre ellos relaciones adúlteras y que aquella explosión de cólera carecía de todo fundamento, la otra, como si todo eso fueran embustes e imposturas, le clavó entre las piernas un tizón al rojo vivo, rematándola entre los más espantosos tormentos.

25. Al tener noticias de esa muerte cruel, acuden presurosos el hermano y el marido, y después de rendir tributo de dolor y de lágrimas a la joven, dan también sepultura a su cadáver. Pero el joven, demasiado afectado para sobrellevar con resignación la muerte tan trágica y tan sumamente injusta de su hermana, conmovido hasta la médula de los huesos por la dolorosa pérdida y exacerbado por una aguda crisis atrabiliaria, ya sin conocimiento, sufría una fiebre tan ardiente que también él parecía reclamar especial cuidado. Su mujer, sin recordar ya ni el nombre ni la fidelidad de su condición de esposa,

va a visitar a cierto médico conocido por su falta de escrúpulos, ya famoso por sus múltiples hazañas y por los nobles trofeos de su mano asesina. De buenas a primeras le ofrece cincuenta mil sestercios por una compraventa: él le vendería un veneno fulminante; ella le compraría la muerte de su marido.

Concluido este trato, se inventa la necesaria receta de un calmante intestinal y un purgante biliar a base de la archiconocida pócima que los sabios designan con el nombre de «pócima sagrada»; pero en su lugar echan otra sustancia que también es «sagrada», pero sólo para mayor gloria de Prosérpina^[106].

Ya en presencia de la servidumbre, de algunos amigos y parientes, el citado médico tendía su mano al enfermo con la copa debidamente dosificada.

26. Pero la sinvergüenza, pretendiendo con una sola jugada deshacerse del cómplice de su crimen y recuperar el dinero que había prometido, echa mano a la copa diciendo: «¡No, eminencia médica! No darás esta poción a mi adorable marido, si antes no tomas tú mismo buena parte de ella. ¿Quién me asegura que no contiene algún fatal ingrediente? Tal precaución nada tendrá de ofensivo a los ojos de un hombre tan prudente y tan sabio como tú: si, como esposa, adoro a mi marido y me preocupa su enfermedad, ¿cómo no he de hacer por él todo lo humanamente posible?»

Ante la extraña y desesperante salida de la abominable mujerzuela, el médico quedó desconcertado y desarmado. Sin pensarlo más, en la angustiada y apremiante situación y sin dar lugar a que cierta preplejidad o la misma vacilación en sí pudieran interpretarse como síntomas de intranquilidad de conciencia, echó en el acto un buen trago de aquella bebida. El joven ya no tuvo reparo en seguir el ejemplo y, tomando a su vez la copa, acabó de un sorbo lo que le ofrecían. Concluida así su misión, el médico se disponía a volver a casa cuanto antes: tenía prisa por llegar a tiempo de contrarrestar con un saludable antídoto los fatales efectos del veneno que acababa de tomar. Con perseverancia impía por concluir la empresa iniciada, la truculenta fémica no le permitió despegarse de su lado ni en la anchura de una uña: «Demos tiempo decía— a que tu medicamento se asimile y surta sus efectos». De mala gana, pero harta ya de peticiones y súplicas, acabó por dejarlo marchar. Entretanto, el mal invisible e implacable había caído por completo hasta lo más íntimo de las entrañas: ya muy decaído y en un sopor semiinconsciente, logra llegar a casa con mucha dificultad. Vive lo justo para contarle todo a su mujer y decirle que reclame al menos la recompensa prometida por el doble atentado; luego, el muy ilustre médico expira entre violentas contorsiones.

27. El joven, por su parte, le había sobrevivido muy poco; entre las

lágrimas fingidas y mentirosas de su mujer había corrido la misma suerte fatal. Enterrado ya el joven y transcurridos unos días —los dedicados a cumplir con los muertos las honras fúnebres—, se había presentado la viuda del médico reclamando el importe del doble atentado. Pero la otra, siempre igual a sí misma, matando a la buena fe sin dejar de cubrirse con su sombra, la acoge con cariño, la colma de buenas palabras y promesas, se compromete a pagarle sin demora el precio convenido, con tal que se le proporcione todavía un poquito más de aquella misma pócima para concluir la empresa que traía entre manos. En resumen, la mujer del médico cae en las redes de la negra perfidia y consiente sin reparos; para asegurarse los favores de la rica señora, se va corriendo a casa y le trae en el acto el gran frasco metálico con todo su mortífero contenido. La criminal, bien abastecida de material para atentados, dilató a sus anchas el campo de su actuación sangrienta. 2 3

28. Tenía una hija, todavía muy niña, del marido que acababa de matar. Como legalmente debía recaer sobre esa pequeña toda la herencia paterna, la madre, sin poder resignarse a ello, quería poner fin a los días de su hija y entrar así en posesión de todo su patrimonio. Convencida de que una madre con tal de sobrevivir a su hijo, aunque haya mediado el crimen, es siempre su heredera, adopta ahora como madre la misma actitud que antes había adoptado como esposa: organiza un banquete de circunstancia y mata a la vez, con el mismo veneno, a la esposa del médico y a su propia hija. Ahora bien, la niña, de menor resistencia, como delicada y tierna criatura, acusó al instante en sus entrañas los mortíferos efectos del veneno; la mujer del médico, en cambio, al sentir el execrable líquido que, como huracán devastador, le cortaba las vías respiratorias, tuvo tiempo de sospechar la verdad; luego, ya demasiado convencida, por acentuarse su ahogo, se va directamente a la casa del gobernador, implora a grandes gritos su protección y suscita un tumulto popular; ha de revelar tales monstruosidades, según dice, que el gobernador, sin vacilar, le abre las puertas de su casa y le concede audiencia. 2 3

Apenas había empezado a narrar los pormenores de todas las atrocidades cometidas por aquella mujer sanguinaria, cuando de pronto se nubla su mente y le coge un desmayo: sus labios semiabiertos hasta entonces se cierran con rigidez, sus dientes se entrechocan y emiten un prolongado castañeteo hasta que cae sin vida ante los mismos pies del gobernador. El magistrado, persona de gran experiencia, sin dar tiempo a que, por inacción, se enfriaran los ánimos ante los múltiples crímenes de esa peligrosa víbora, manda traer inmediatamente a sus asistentes de cámara y a fuerza de torturas les sonsaca la verdad. La culpable, aunque más se merecía, a falta de otro suplicio proporcionado a su maldad, fue simplemente condenada a las bestias. 4 5

29. He ahí la mujer con quien yo debía casarme pública y solemnemente; grande era mi angustia y mi incertidumbre al ver llegar la fecha del espectáculo. Más de una vez sentí la tentación de matarme antes de sufrir el contacto ignominioso de esa mujer criminal o la infamia degradante de la pública exhibición.

Pero privado de mis manos y mis dedos de hombre, sólo con un casco esférico y desgastado, me resultaba totalmente imposible desenvainar una espada. Una leve esperanza me aliviaba en el colmo de mis desgracias: ya apuntaba la primavera que lo esmaltaba todo de floridos capullos y vestía los campos de esplendorosa púrpura; reventando sus fundas espinosas y destilando su delicioso perfume, pronto brotarían las rosas que podrían devolverme mi primitiva personalidad de Lucio.

Ya había llegado no obstante la fecha fijada para la fiesta. Me llevan hasta el recinto de las graderías, seguido de una multitud desbordante de entusiasmo. Mientras dura la actuación de los coros que abren el espectáculo, yo me quedo fuera, pastando muy a gusto el frondoso verde que crecía en la misma entrada; de vez en cuando, recreaba mi curiosidad mirando por la puerta abierta de par en par. El cuadro escénico era una maravillosa perspectiva. Jóvenes de ambos sexos, en la flor de los años, todos ellos de notable hermosura y lujosamente ataviados, avanzaban con expresivos gestos, como bailando la pírrica griega^[107]. En sabia ordenación y graciosas evoluciones, tan pronto representaban una rueda en movimiento como desfilaban formando los anillos de una cadena o se agolpaban en compacto pelotón cuadrangular para separarse luego en dos escuadras. En cuanto un toque de trompeta anunció el final de ese número y disolvió la complicada formación del conjunto, desapareció el telón y se retiraron los bastidores para dar paso al decorado de la escena.

30. Era una montaña de madera que recordaba el célebre monte Ida, cantado por el poeta Homero. De dimensiones gigantescas, se habían plantado en él enramadas y verdaderos árboles de hoja perenne; la mano del artista había hecho brotar en su cumbre una fuente que derramaba agua a raudales. Un hatajo de cabras pacían el tierno césped; un joven representaba al pastor frigio Paris: llevaba una hermosa túnica y manto oriental colgando a su espalda con abundante vuelo; una tiara de oro cubría su cabeza; y hacía como que guardaba el ganado. De pronto aparece un jovencito muy llamativo, desnudo, o, mejor dicho, con una clámide de efebo que sólo le cubría el hombro izquierdo; su rubia cabellera atraía todas las miradas, y de entre sus rizos sobresalían unas alitas de oro dispuestas con perfecta simetría; su varita permite reconocer en él a Mercurio. Se adelanta bailando, con una manzana

de oro en la mano derecha, y la entrega al joven que hacía el papel de Paris; le da a entender por señas el mensaje de Júpiter y, retirándose en seguida con gracioso ademán, desaparece.

Viene luego una joven de aspecto majestuoso; representaba el papel de Juno. Una diadema blanca ceñía su cabeza; además llevaba un cetro. De pronto salió otra en la que era fácil reconocer a Minerva por el casco resplandeciente que cubría su cabeza y por la corona de olivo que, a su vez, envolvía el casco; iba con el escudo en alto y blandiendo la lanza en su conocida actitud de combatiente^[108].

31. Tras ellas apareció una tercera: su hermosura deslumbrante, la gracia y el color sobrenatural de su tez permiten reconocer en ella a Venus, pero una Venus todavía virgen. Su cuerpo proclama la belleza y perfección de un escueto desnudo; es cierto que una leve gasa de seda difumina sus secretos juveniles; pero el viento, un tanto curioso al soplo del amor, tan pronto oreaba caprichosamente ese velo para dejar visible la flor de los años, como lo ceñía con impertinencia al cuerpo para marcar la voluptuosa línea de sus miembros. Había un sensible contraste de colores en la aparición de la diosa: sobre la blancura inmaculada de su cuerpo bajado del cielo destacaba el azul de su manto oriundo del seno de los mares.

Cada una de las jóvenes, en su papel de diosas, tenía su correspondiente séquito. Cástor y Pólux acompañaban a Juno; llevaban en la cabeza un yelmo ovoide^[109] con resplandeciente cimera de estrellas^[110]; también los dos hermanos eran actores muy jóvenes. Esta Juno avanza a los acordes variados de la flauta jónica, con gravedad, sin afectación, y, con noble mímica, promete al pastor Paris que, si él le asigna el premio de la hermosura, ella le concederá el imperio sobre todo el ámbito de Asia. La que con su atuendo guerrero figuraba a Minerva, iba escoltada por dos jóvenes, guardaespaldas de la diosa combatiente, el Terror y el Pánico: éstos iban dando saltos con las espadas desenvainadas. Detrás seguía un flautista que, en melodía doria, tocaba un himno guerrero: armonizando tonos graves con notas agudas, como las de una trompeta, animaba la danza enérgica y movida. Minerva agita la cabeza, lanza miradas amenazadoras y, con una mímica rápida y complicada, da a entender a Paris que si él le concede la palma de la hermosura, ella hará de él un héroe ilustre por sus trofeos de guerra.

32. He aquí ahora a Venus: se lleva todas las simpatías del público; se detiene en el mismo centro del escenario, encantadora y sonriente, rodeada de todo un pueblo de bulliciosos chiquillos: al ver sus cuerpecitos rechonchos y blancos como la leche, se diría que eran auténticos cupidos escapados en aquel instante del cielo o del mar; sus alitas, sus minúsculas saetas y todo el

disfraz en su conjunto estaba maravillosamente adaptado a su papel; y, como si su reina tuviera que asistir a un banquete nupcial, ellos iban delante iluminando sus pasos con el resplandor de sus antorchas. Luego, desfilaba un bello enjambre de muchachas solteras; eran, de un lado, las Gracias con toda su gracia; y de otro lado, las Horas con toda su hermosura: todas ellas iban sembrando guirnaldas y pétalos de flores deshojadas en honor de la diosa; formaban el más lindo de los coros ofreciendo a la reina de las delicias todas las galas de la primavera. Ahora unas flautas de múltiples orificios lanzan al aire suaves melodías lidias, deliciosas caricias para el corazón del auditorio; pero mucho más delicioso fue ver a la propia Venus animarse poco a poco: primero, sin prisas, es un paso lento y una ligera ondulación del busto, que insensiblemente se va transmitiendo a la cabeza. Sus delicados movimientos siguen el compás de la dulce melodía de las flautas; tan pronto sus vivas pupilas se velan suavemente como lanzan miradas abrasadoras; a veces, lo único, que baila en ella son los ojos. En cuanto llegó a presencia del juez, el ademán de sus brazos parecía prometer que, si ella triunfaba sobre las otras diosas, concedería a Paris una esposa encantadora, tan hermosa como lo era ella misma. En aquel instante, el joven frigio, con mil amores, entrega a la muchacha, como prenda de victoria, la manzana de oro que llevaba en la mano.

2

3

4

33. ¿Por qué os sorprende, vilísimos meollos, o mejor dicho, borregos forenses, o más exactamente, buitres con toga, por qué os sorprende que los jueces de hoy, todos sin excepción, vendan a precio de oro sus sentencias, cuando ya en los orígenes del mundo hubo corrupción por favoritismo en un litigio entre dioses y mortales? ¡Y era la primera sentencia, de un juez además propuesto por el gran Júpiter, con toda su sabiduría! Pues bien, el campesino, el pastor, por satisfacer un capricho amoroso, vendió la justicia, aunque ello arrastrara la ruina de toda su estirpe. Y, por Hércules, se repite el caso en otros juicios posteriores celebrados entre los más ilustres capitanes aqueos: por ejemplo, cuando falsas acusaciones hacen que se condene por delito de traición al sabio y valeroso Palamedes; cuando, ante el gran Áyax, guerrero de sin igual bravura, se da la palma del valor al mediocre Ulises. Y ¿cómo calificar aquel juicio que emitieron ante los atenienses sus agudos legisladores y sus maestros en toda clase de ciencia? ¿No hubo un anciano con doctrinas divinas, proclamado por el dios de Delfos como el más sabio de los mortales, que sucumbe ante la intriga y envidia de una abominable facción?^[111]. Acusado de corromper a la juventud, cuando en realidad moderaba sus impulsos, ¿no murió condenado a beber el jugo de una planta venenosa? Ello constituye para sus ciudadanos una mancha de eterna ignominia, pues aun hoy día hay eminentes filósofos que profesan su sublime doctrina y juran por su

2

3

nombre en inmenso afán de felicidad.

Bueno, no quiero que nadie me eche en cara este arrebatado de indignación y diga en su interior: «¿Vamos a aguantar ahora a un burro dando lecciones de filosofía?» Por lo cual volveré a la escena que dejé interrumpida.

34. Concluido el juicio de Paris, Juno y Minerva, igualmente contrariadas y enfadadas, se retiran del escenario manifestando por sus gestos la indignación que les causaba el fracaso. Venus, en cambio, satisfecha y sonriente, exteriorizaba su alegría bailando con todo su séquito. Al momento, desde la cumbre de la montaña, por un conducto invisible, se elevó por los aires una cortina líquida: era azafrán diluido en vino, que luego caía en forma de lluvia perfumada sobre las cabras que pacían por los alrededores, dando lugar a un precioso cambio: por efecto de las salpicaduras, sus vellones, de por sí blancos, se volvían oro-azafrán. Cuando todo el teatro se vio inundado de suave perfume, la montaña de madera desapareció hundiéndose en las entrañas de la tierra.

Entonces, un soldado sale corriendo por el pasillo central del teatro; a petición del pueblo, iba en busca de la mujer encerrada en la cárcel pública, mujer que, como dije anteriormente, estaba condenada a las bestias por sus múltiples crímenes y a quien ahora querían casar conmigo en sonada ceremonia. Para disponer lo que iba a ser nuestra cámara nupcial, se preparaba muy primorosamente un lecho con brillantes esmaltes indios, mullido con abundante pluma y cubierto de floridas sedas. No obstante, sin hablar ya de la vergüenza que me inspiraba tal himeneo público, ni de la repugnancia que sentía ante el contacto de aquella mujer manchada de sangre, lo que más me angustiaba era un presentimiento de muerte; yo me hacía las siguientes reflexiones: «Si en plena escena amorosa soltaran una fiera cualquiera para devorar a la mujer, ese animal no va a ser tan despierto, ni va estar tan adiestrado, ni dominará tanto su apetito como para tirarse sobre la mujer que está a mi lado dejándome a mí tranquilo, por verme libre de condena y de culpa».

35. Así, pues, ya no era el pudor, sino mi propia vida lo que me inquietaba; ahora bien, mientras mi instructor atendía a disponer adecuadamente el lecho, mientras la servidumbre en parte se dedicaba a preparar la cacería y en parte estaba absorta contemplando el espectáculo, yo daba rienda suelta a mis pensamientos, sin que nadie se preocupara de vigilar a un asno tan manso como yo; poco a poco, sin llamar la atención, me fui acercando a la salida más cercana y escapé galopando a toda velocidad. Después de recorrer seis millas sin parar, llego a Cencreas, ciudad considerada como la más ilustre colonia de Corinto, y bañada a la vez por el

mar Egeo y el golfo de Salónica. Allí hay un puerto que constituye un refugio muy seguro para las naves y que se ve siempre muy concurrido. Yo procuré evitar las aglomeraciones, buscando una playa retirada para tumbarme y descansar sobre la finísima arena, muy arrimado a la orilla para refrescarme al vaho del oleaje. 4

El carro del sol había traspasado ya la meta del día, y la tranquilidad de la tarde me había traído la dulzura de un profundo sueño. 5

LIBRO XI

Saludable descanso del asno después de su evasión; sale la luna; ferviente plegaria de Lucio y consiguiente aparición de Isis (1-6). — Fiesta de Isis. En la magna procesión, Lucio come las rosas que el sumo sacerdote llevaba en la mano y recobra así su condición de hombre (7-13). — Agradecido, Lucio se pone al servicio de la diosa Isis y se hace iniciar en sus sagrados misterios (14-25). — Lucio sale para Roma: nuevas iniciaciones y entrada del héroe en el colegio sacerdotal de la diosa (25-30).

1. Sobre la hora del primer relevo nocturno^[112] me despertó una súbita pesadilla: veo el disco de la luna llena, que en aquel instante salía del seno de las olas irradiando un vivo resplandor. Me sentí al amparo de la sombra, del silencio y del recogimiento nocturnos; creí además en la augusta diosa y en su soberano poder; me convencí de que su providencia rige a su albedrío los destinos humanos y que, tanto los animales domésticos como las fieras indómitas y hasta la misma naturaleza inanimada, todo subsiste por la divina influencia de su luz y de su bendito beneplácito; pensé que en la tierra, en el cielo o en el mar, los seres vivos se desarrollan con la luna creciente y pierden vitalidad en su menguante; por último, dado que el destino ya estaba satisfecho con tantos y tan graves desastres como me había infligido y que, aunque tarde, me ofrecía una esperanza de salvación, decidí implorar la veneranda imagen de la diosa que tenía a la vista. Me sacudo en seguida de encima el sopor y la pereza; me levanto alegre y decidido; con ansias de purificarme inmediatamente, me tiro al mar, hundo la cabeza bajo el agua por siete veces, ya que ese número es el más adecuado a cualquier rito, según el divino Pitágoras. Luego, con lágrimas en los ojos dirijo a la diosa omnipotente la siguiente súplica:

2. «Reina del cielo^[113]:

ya seas la Ceres nutricia, madre inventora de las mieses, que en la alegría de encontrar de nuevo a tu hija enseñaste a los hombres a dejar como pasto de animales la antigua bellota, para comer alimentos más agradables, y que ahora habitas los fértiles campos de Eleusis;

ya seas la Venus celestial, que, en los primeros días del mundo, uniste los sexos opuestos dando origen al Amor para perpetuar el género humano en una eterna procreación, y que ahora recibes un culto en el santuario de Pafos entre las olas;

ya seas la hermana de Febo, que, aliviando con solicitud a las parturientas, has alumbrado tantos pueblos, y que ahora te ves venerada en el ilustre templo de Éfeso;

ya seas la terrible Prosérpina, la de los aullidos nocturnos, la de la triple faz, que reprimes la agresividad de los duendes, cierras sus prisiones subterráneas, andas errante por los bosques sagrados y te dejas aplacar por un variado ritual;

tú, que con tu pálida claridad iluminas todas las murallas, con la humedad de tus rayos das vigor y fecundidad a los sembrados y en tu marcha solitaria vas derramando tenues resplandores; 3

sea cual fuere el nombre, sea cual fuere el rito, sea cual fuere la imagen que en buena ley hayan de figurar en tu advocación, tú, asísteme en este instante colmado de desventuras, 4
tú, consolida mi tambaleante suerte,
tú, pon término a mis crueles reveses
y dame la paz.

Basta ya de fatigas,
basta ya de peligros.
Despójame de esta maldita figura de cuadrúpedo;
devuélveme a mi familia,
devuélveme mi personalidad de Lucio,
y si alguna divinidad ofendida me persigue con su implacable cólera,
séame al menos lícito morir, ya que no me es lícito vivir».

3. Después de explayarme así en súplicas salpicadas de sentidos lamentos, me vuelve la modorra y sucumbo, como presa del sueño, en el mismo sitio y en el mismo lecho. Apenas había cerrado los ojos, he aquí que, del seno de las aguas, surge un divino rostro cuya mirada infundiría respeto a los mismos dioses; luego, poco a poco, salió el cuerpo entero; agita violentamente las aguas y se planta inmóvil ante mis ojos. ¡Qué maravillosa aparición! Trataré de daros una idea, suponiendo que la pobreza del lenguaje humano o la propia divinidad quieran hacer posible la descripción suministrándome todos los recursos de la más expresiva oratoria. 2 3

En primer lugar su rica y larga cabellera, un tanto rizada, caía suavemente sobre su escote divino en ondulaciones sueltas y dispersas. Una corona de variadas clases de flores e irregularmente dispuestas ceñía, como remate, su cabeza; en su centro y coincidiendo con la frente había un disco plano que, como un espejo, o mejor dicho, cual luna simbólica, reflejaba una blanca claridad. A derecha e izquierda, el disco descansaba sobre las anillas de unas víboras a punto de incorporarse, y para mayor realce colgaban por encima unas espigas como atributo de Ceres. Su túnica multicolor, de un finísimo lienzo, pasaba del más esplendoroso blanco al oro del azafrán más florido, y luego al más vivo granate de la rosa. Pero lo que ante todo y sobre todo deslumbraba mis ojos, era su manto de un oscuro tan intenso que irradiaba reflejos de puro negro. Ese manto envolvía su busto pasando bajo el hombro derecho y cubriendo el izquierdo a manera de escudo; uno de sus extremos 4 5

caía en artísticos pliegues hasta rematarse en su orla inferior con unos graciosos flecos.

4. Todo el remate bordado y hasta el lienzo de fondo estaba sembrado de radiantes estrellas, y, en el centro de ese firmamento, una luna llena desprendía rayos de fuego. Ello no impedía, sin embargo, que sobre el vuelo del insigne manto se hubiera añadido un nuevo bordado con una corona integrada por toda clase de flores y de frutas. Los atributos que llevaba la diosa eran muy diversos: en la mano derecha tenía un sistro de bronce cuya plancha fina y moldeada a manera de cinturón circundaba unas varillas que al ritmo de la triple cadencia de su brazo emitían un sonoro tintineo. De su mano izquierda colgaba una naveta de oro, a cuya asita, en su parte más saliente, servía de remate un áspid con el cuello en alto y extraordinariamente hinchado. Sus divinos pies llevaban como calzado unas sandalias confeccionadas con hojas de palmera, el árbol de la victoria.

2

3

Tal era la estampa y empaque sobrecogedor de la diosa, cuando, exhalando aromas de la Arabia Feliz, se dignó dirigirme la palabra:

5. «Aquí me tienes, Lucio; tus ruegos me han conmovido. Soy la madre de la inmensa naturaleza, la dueña de todos los elementos, el tronco que da origen a las generaciones, la suprema divinidad, la reina de los Manes, la primera entre los habitantes del cielo, la encarnación única de dioses y diosas; las luminosas bóvedas del cielo, los saludables vientos del mar, los silencios desolados de los infiernos, todo está a merced de mi voluntad; soy la divinidad única a quien venera el mundo entero bajo múltiples formas, variados ritos y los más diversos nombres. Los frigios, primeros habitantes del orbe, me llaman diosa de Pessinonte y madre de los dioses; soy Minerva Cecropia para los atenienses autóctonos; Venus Pafia para los isleños de Chipre; Diana Dictymna para los saeteros de Creta; Prosérpina Estigia para los sicilianos trilingües; Ceres Actea para la antigua Eleusis; para unos soy Juno, para otros Bellona, para los de más allá Rhamnusia; los pueblos del Sol naciente y los que reciben sus últimos rayos de poniente, las dos Etiopias y los egipcios poderosos por su antigua sabiduría me honran con un culto propio y me conocen por mi verdadero nombre: soy la reina Isis. He venido por haberme compadecido de tus desgracias; heme aquí favorable y propicia. Déjate ya de llorar, pon fin a tus lamentos, desecha tu pesimismo; ahora, por mi providencia, empieza a amanecer el día de tu salvación. Presta, pues, religiosa atención a las órdenes que te voy a dar.

2

3

4

»Desde los tiempos más remotos la piedad ha puesto bajo mi advocación un día^[114]: es el día que nacerá de esta noche, día en que amainan los temporales del invierno, se calman las olas del proceloso mar, vuelve a ser

5

posible la navegación, y mis sacerdotes me consagran una nave recién construida como para ofrecerme las primicias del tráfico. Has de esperar esa ceremonia sin impacencias ni ilusiones profanas.

6. »Pues yo daré instrucciones al sacerdote para que ate una corona de rosas al sistro que él ha de llevar en la mano derecha durante el solemne ritual. Así, pues, sin titubear, te abrirás paso entre la multitud e irás con todo fervor a formar en mi séquito; cuenta con mi beneplácito. Cuando estés bien cerca, muy devotamente, como si fueras a besar la mano del sacerdote, das un mordisco a las rosas y al punto te quitarás de encima el pellejo de ese maldito animal que, ya hace tiempo, me resulta inaguantable. No te asustes ni consideres difícil ninguna de mis recomendaciones. Pues en el mismo instante que te estoy hablando a ti, me estoy apareciendo, en sueños, a mi sacerdote para decirle lo que ha de hacer después. Según mis instrucciones, la densa masa del pueblo se retirará para dejarte paso; ante la alegría del ritual y la espectacularidad de la fiesta, nadie se escandalizará del horrible disfraz que llevas encima, nadie pensará mal ni tendrá la malicia de acusarte al ver la repentina metamorfosis.

»Pero has de recordar ante todo (y sea ésta una convicción grabada para siempre en el fondo del corazón) que el resto de tus días, hasta exhalar el último suspiro, te debes a mi servicio. Es justo que si alguien te hace el favor de devolverte tu puesto entre los hombres, tú te consideres deudor suyo toda la vida. Por lo demás, tu vida será feliz y gloriosa bajo mi amparo, y cuando, llegado al término de tu existencia, bajas a los infiernos, también allí, en el hemisferio subterráneo, como me estás viendo ahora, volverás a verme brillante entre las tinieblas del Aqueronte y soberana en las profundas moradas del Estigio; y tú, aposentado ya en los campos Elisios, serás asiduo devoto de mi divinidad protectora. Y si tu escrupulosa obediencia, tus piadosos servicios y tu castidad inviolable te hacen digno de mi divina protección, verás también que sólo yo tengo atribuciones para prolongar tu vida más allá de los límites fijados por tu destino».

7. Aquí terminó el oráculo venerando y se desvaneció la imagen de la invicta divinidad. Al punto me desvelo por completo entre el temor y la alegría; acto seguido, inundado de abundante sudor, me pongo en pie profundamente admirado ante la clarísima aparición de la poderosa divinidad, corro a bañarme en las aguas del mar y, sin pensar más que en sus augustos mandatos, iba repasando punto por punto sus recomendaciones. De pronto, en cuanto se disiparon las sombras de la oscura noche y apuntaron los áureos rayos del sol, he aquí que, como un día de romería y de verdadero triunfo, grupos animados discurren por doquier y llenan todas las calles. Con tanta

alegría, unida a la mía propia, el mundo entero me parecía rebosar felicidad: toda clase de animales, todas las familias y hasta el aire que se respiraba me daban una impresión de paz y satisfacción. A la bruma de la víspera había sucedido de pronto un día claro y apacible: hasta las avecillas, con sus trinos bajo el delicioso y templado aliento primaveral, entonaban armoniosos conciertos para regalar el oído con dulces melodías a la madre de los astros, creadora de las estaciones y reina del universo entero. Más todavía: hasta los árboles, tanto los fecundos frutales como los que se conforman con darnos el producto estéril de su sombra, todos se desarrollaban al soplo del Austro, se engalanaban con los brotes de nuevos pimpollos y susurraban leves murmullos moviendo suavemente sus brazos. Había cesado el rudo fragor de las tormentas, el mar había calmado la furia turbulenta de su oleaje y besaba la arena en suave ondulación.

Y el cielo se había quitado su velo de bruma e irradiaba en su natural pureza toda su transparente luminosidad.

8. Ya desfilan, a paso lento, en cabeza de la solemne comitiva y abriéndole paso, los bellísimos disfraces votivos que cada cual se ha amañado a su gusto. Uno llevaba un corraje y hacía de soldado; otro, con su capa, sus polainas y sus venablos, hacía de cazador; un tercero llevaba zapatos dorados, bata de seda y un aderezo de valiosas joyas; su peluca postiza y su movimiento de caderas completaban el disfraz femenino. Otro llamaba la atención con sus rodilleras, su escudo, su casco y su espada: parecía salir de la escuela de gladiadores. Había quien, precedido por los fascios y vestido de púrpura, hacía de magistrado; y quien, con un manto, un bastón, unas sandalias de fibra vegetal y una barba de macho, hacía de filósofo. Había un cazador de pajaritos con cañas y liga, y un pescador con otra clase de cañas y anzuelos. También vi una osa mansa: iba en litera, disfrazada de dama distinguida; un mono con un gorro de paño, con vestido amarillo a la moda frigia y con una copa de oro en la mano recordaba al pastor Ganimedes; un asno al que habían aplicado un par de alas caminaba junto a un viejo achacoso: querían ser respectivamente Belerofonte y Pegaso: ambos daban mucha risa^[115].

9. Entre estas diversiones y algaradas populares de libre organización, ahora emprendía la marcha la verdadera procesión de la diosa protectora. Unas mujeres con vistosas vestiduras blancas, con alegres y variados atributos simbólicos, llenas de floridas coronas primaverales, iban caminando y sacando de su seno pétalos para cubrir el suelo que pisaba la sagrada comitiva. Otras llevaban a su espalda unos brillantes espejos vueltos hacia atrás: en ellos la diosa en marcha podía contemplar de frente la devota multitud que seguía sus pasos. Algunas llevaban peines de marfil y con gestos

de sus brazos y movimiento de los dedos parecían arreglar y peinar a su reina. Entre ellas las había que, como si gota a gota perfumaran a la diosa con bálsamo y otras materias olorosas, inundaban de aromas las calles. Además, una gran multitud de ambos sexos llevaban lámparas, antorchas, cirios y toda clase de luces artificiales para atraerse las bendiciones de la madre de los astros que brillan en el cielo. Seguía, en deliciosa armonía, un conjunto de caramillos y flautas que tocaban las más dulces melodías. Detrás venía un coro encantador, integrado por la flor de la juventud con su traje de gala, tan blanco como la nieve: iban repitiendo un himno precioso, letra y música de un poeta mimado por las Musas: la letra contenía ya como una introducción a los votos más solemnes. Formaban en el cortejo los flautistas consagrados al gran Serapis^[116], que con su instrumento lateralmente dispuesto y apuntando al oído derecho, repetían el himno propio del dios y de su templo. Independientemente estaba el nutrido grupo de quienes chillaban porque se dejara paso libre a la piadosa comitiva.

10. Entonces llega la riada masiva de los iniciados en los divinos misterios: hombres y mujeres de todas las clases sociales, de todas las edades, flamantes por la inmaculada blancura de sus vestiduras de lino. Ellas llevaban un velo transparente sobre sus cabellos profusamente perfumados. Ellos, con la cabeza completamente rapada, lucían la coronilla, como astros terrestres de gran veneración. Sus sistros de bronce, de plata y hasta de oro formaban una delicada orquesta. Los pontífices sagrados, como grandes personajes, iban enfundados en blancos lienzos que les ceñían el pecho y les caían sin vuelo ninguno hasta los pies; llevaban los símbolos augustos de los dioses todopoderosos. El primero sostenía una lámpara de gran luminosidad, pero que no recordaba en nada las que iluminan nuestras comidas vespertinas: era una naveta de oro, que en el centro de su cubierta echaba una abundante llama. El segundo, de igual indumentaria, sostenía con ambas manos un altar, es decir, un altar «del Amparo», pues debe su nombre específico a la auxiliadora providencia de la diosa soberana. El tercero llevaba una palma de oro artísticamente forjada y además el caduceo de Mercurio. El cuarto exhibía el símbolo de la justicia, esto es, la palma de la mano izquierda completamente abierta: por su peculiar torpeza, su absoluta inhabilidad para trucos de prestidigitación, parecía ser más apta que la derecha para representar a la Justicia; también llevaba un pequeño vaso de oro, moldeado en forma de tetina^[117]; con ese vaso iba haciendo libaciones de leche. Un quinto ministro llevaba una zaranda de oro llena de ramitas de oro; y el sexto iba cargado con una ánfora.

11. Inmediatamente detrás, accediendo a caminar sobre piernas humanas,

marchan ahora los dioses. El primero, de aspecto sobrecogedor, era el gran mensajero que enlaza el cielo y el infierno: rostro negro o dorado^[118], pero ciertamente sublime, sobre su largo y erguido cuello de perro; se llama Anubis; lleva un caduceo en la mano izquierda y agita con la derecha una palma verdosa. Le iba a la zaga una vaca levantada en ancas; esa vaca, símbolo de la fecundidad, encarnaba a la diosa como madre universal; iba apoyada a la espalda de un santo sacerdote que la sostenía sin perder su hierática compostura. Otro sostenía la cesta de los misterios: guardaba celosamente en su interior los secretos de la sublime religión. Otro llevaba sobre su bienaventurado corazón la venerable imagen de la divinidad suprema, sin encarnarla ya en forma de un animal doméstico, de un ave, de una fiera, ni tampoco de un ser humano; por un ingenioso descubrimiento, cuya novedad en sí ya inspiraba respeto, ideó un símbolo inefable para esa religión envuelta en el mayor y más misterioso secreto: se acudió a la forma material —en oro puro— de una pequeña urna muy artísticamente vaciada, de fondo perfectamente esférico y cuyo exterior iba decorado con maravillosas figuras del arte egipcio. Su orificio de desagüe, no muy alto, se prolongaba por un caño a modo de largo chorro; del lado opuesto sobresalía en amplia curva el contorno del asa, a cuyo vértice iba anudado un áspid con la cabeza muy erguida y el dilatado cuello todo erizado de escamas.

12. Ahora veo llegar la gracia que mi divina protectora me había prometido: con mi destino y mi vida en la mano, se acerca el sacerdote, precisamente en la actitud que anticipadamente me había descrito la divina anunciación: para la diosa, traía un sistro en la mano derecha, y para mí, una corona, corona bien merecida por cierto, ya que, con tantas y tan rudas pruebas como había aguantado, con tantos peligros como había corrido, ahora la gran diosa, en su providencia, me concedía la victoria sobre la Fortuna que tan encarnizadamente me había perseguido. No obstante, sin dejarme llevar de una súbita alegría ni de un arrebató precipitado, con la debida cautela para que la imprevista irrupción de un cuadrúpedo no perturbara el orden pacífico de la ceremonia religiosa, a marcha lenta, midiendo las pisadas como lo haría una persona, muy poco a poco y de refilón, me fui deslizando insensiblemente entre la multitud, que, por evidente inspiración divina, me iba dejando paso.

13. Ahora bien, el sacerdote, aleccionado por el oráculo nocturno —como pude comprobar— y maravillado de ver las circunstancias adaptarse con tanta precisión a la misión que se le había confiado, se detuvo de pronto y, alargando por propio impulso la mano derecha, colocó la corona al alcance de mi hocico. Yo, entonces, temblando de emoción, con el pulso acelerado y el corazón palpitante, me tiré sobre aquella corona de frescas y llamativas rosas,

y ansioso de ver realizarse la promesa, las tragué de un bocado. No salí defraudado por la celestial promesa: al punto se esfumaron las horribles apariencias de animal que me envolvían. Empezó por caerme el basto pelambre; se me afina luego la recia piel, me desaparece la obesidad abdominal, los cascos de los pies dan paso a unos dedos con uñas, mis manos ya no son pies y se prestan a las funciones de miembros superiores, mi largo cuello recobra sus debidas proporciones, mi rostro y mi cabeza se redondean, mis enormes orejas vuelven a su reducido tamaño primitivo, aquellos dientes que parecían cascotes recobran proporciones humanas, y de aquella cola que antes era mi mayor suplicio... ¡no había ni rastro! El pueblo no vuelve de su asombro, las almas piadosas adoran a la divinidad que ha manifestado tan claramente su supremo poder y cuya grandeza iguala la fantasía de las visiones nocturnas; todos pregonan a voz en grito y sin discrepancias lo fácil que ha sido la metamorfosis; todos tienden los brazos al cielo, como testigos del insigne favor de la diosa.

14. Yo, estupefacto, atónito, sin decir palabra e inmóvil, no podía con la felicidad tan repentina y tan completa que sentía. Ante todo, ¿qué podría decir y cómo empezar? ¿De dónde sacaría un exordio para estrenar mi voz? ¿Qué palabras serían de feliz augurio con ocasión de haber recobrado el lenguaje? ¿Qué términos serían bastante elocuentes para expresar mi agradecimiento a la augusta diosa?

El propio sacerdote, bien enterado, por divina inspiración, de toda la serie de mis desgracias, aunque no por ello menos conmovido él también ante el insigne milagro, mandó, por gestos, que ante todo se me diera un manto de lino para cubrirme; pues en cuanto el asno me había quitado de encima su nefando envoltorio, yo me había encogido y aplicado las manos estrechamente como velo natural para cubrir mi desnudez en la medida de lo posible.

Entonces, uno de los que integraban la piadosa escolta se quitó sin vacilar su túnica exterior y me la echó instantáneamente encima. Después de esto, el sacerdote, con ademán de inspirado y expresión verdaderamente sobrenatural, extasiado en mi presencia, habla en los siguientes términos:

15. «Después de tantas y tan variadas pruebas, después de los duros asaltos de la Fortuna y de las más terribles tormentas, por fin, Lucio, has llegado al puerto de la Paz y al altar de la Misericordia. Ni tu nacimiento ni tus méritos o tu destacado saber te han servido nunca de nada; la flor resbaladiza de una juventud ardiente te ha hecho caer en la esclavitud de la pasión, y has cosechado la amarga recompensa de una desdichada curiosidad. Pero la Fortuna, con toda su ceguera y con la pretensión de exponerte a los

más graves peligros, en su imprevisora maldad, ha guiado tus pasos hacia la felicidad de nuestra religión. Ahora ya se puede ir, ya puede dar libre curso a su furor y buscarse otra víctima para saciar su crueldad; pues las vidas que la majestad de nuestra diosa ha tomado a su servicio ya no están al alcance de un golpe hostil. Salteadores, fieras, esclavitud, idas y venidas por los más escabrosos caminos, diarias amenazas de muerte, ¿de qué ha servido todo ello a la implacable Fortuna? Ahora ya estás bajo la tutela de una Fortuna^[119], pero ésta es clarividente y hasta ilumina a los demás dioses con su esplendorosa luz. Pon ya una cara más alegre, en consonancia con tus blancas vestiduras, y súmate con paso triunfal al cortejo de la divinidad salvadora. Abran sus ojos los impíos, vean y reconozcan su error: ahí va, libre de sus pasadas angustias por la providencia de la gran Isis, ahí va Lucio, feliz y triunfante vencedor de su destino. No obstante, para mayor seguridad y garantía, alístate en esta sagrada milicia, para la cual hace pocas horas la diosa requirió tu juramento, conságrate desde este instante al servicio de nuestra religión y sométete voluntariamente al yugo de ese ministerio. Pues, cuando hayas entrado al servicio de la diosa, entonces sí que sentirás las dulzuras de tu libertad».

16. Así habló el inspirado y egregio pontífice con voz cansada y entrecortada. En cuanto calló, me sumé a la marcha del sacro cortejo, como un asistente más a la ceremonia. Toda la ciudad me conocía; la gente me señalaba con el dedo y la cabeza como a un personaje célebre. Todo el mundo hablaba de mí: «He ahí al que hoy ha recobrado su personalidad humana por obra y gracia de nuestra augusta diosa. ¡Afortunado mortal ciertamente y tres veces feliz el que, por la inocencia y probidad de su vida anterior, mereció del cielo tan preclara protección! Ha vuelto a nacer en cierto modo, y al instante se consagra al servicio divino».

Entretanto, en medio del tumulto y alegría de la fiesta, fuimos avanzando poco a poco hasta llegar a orillas del mar y precisamente al sitio en que el día anterior se había cobijado aquel asno que era yo mismo. De acuerdo con los ritos, allí dispusieron las sagradas imágenes. Había una nave construida según la técnica más depurada; unas maravillosas pinturas egipcias decoraban su contorno con la mayor variedad. El sumo sacerdote, después de pronunciar con sus castos labios las solemnes oraciones, purificó la nave con toda la pureza de una antorcha encendida, un huevo y azufre: la puso bajo la advocación de la diosa y se la consagró. Sobre esta nave feliz, flotaba al viento una lujosa vela con una inscripción bien visible bordada en letras de oro; esas letras formulaban un voto por la feliz reanudación de la nueva temporada marinera. Ya se eleva el mástil: un pino bien redondeado y majestuosamente plantado, cuyo cabrestante llamaba grandemente la

atención. La popa, rematada en cuello de oca y revestida de chapas de oro, irradiaba brillantes destellos; daba gusto ver toda la quilla en pulida y reluciente madera de tuya.

De pronto, todos los asistentes, tanto los profanos como los iniciados, traen zarandas llenas de aromas u ofrendas similares y liban sobre las olas un puré con leche, hasta que, rebosante la nave de obsequios y ofrendas votivas de feliz augurio, se sueltan las amarras que la tenían anclada y, al favor de un viento suave y propicio, la dejan libre sobre las aguas. La nave se aleja, y, cuando ya no es para nosotros sino un punto imperceptible en el horizonte, los portantes, cargando otra vez con los objetos sagrados que cada cual había traído, emprenden, alegres, el regreso al templo con el mismo ceremonial y adecuada solemnidad.

17. Cuando llegamos a la entrada del templo, el sumo sacerdote, con los portantes de las sagradas imágenes que le precedían y los que llevaban mucho tiempo iniciados en los sacros misterios, entran en el camarín de la diosa y colocan en su sitio las imágenes llenas de vida. Entonces, uno de ellos, a quien todos llamaban el escriba, de pie ante la puerta, convocó como para una reunión a la corporación de Pastóforos —tal es el nombre de la sacrosanta cofradía^[120]—, e inmediatamente, desde un elevado púlpito, leyó en un libro oraciones por la felicidad del gran emperador, del senado, del orden ecuestre y de la totalidad del pueblo romano, así como también por la de todos los marineros y las naves que acatan la autoridad de nuestro Imperio. Termina con la fórmula griega de ritual, proclamando la apertura de la navegación. Una aclamación general acogió estas palabras como mensaje de feliz augurio. La gente, desbordando de alegría, traía brotes, ramos, coronas; y, tras besar los pies de la diosa, cuya estatua de plata descansaba sobre una gradería, cada uno se vuelve a su casa. Yo, en cambio, no podía pensar en apartarme un tanto así de aquel lugar; en presencia de la diosa y con los ojos fijos en su imagen, repasaba en mi recuerdo todas mis desventuras pretéritas.

18. Sin embargo, la Fama, sin dar lugar a dilaciones perezosas ni permitir descanso a sus alas, ya había volado directamente a mi país; allí había divulgado el bendito favor que la diosa me había dispensado y también la memorable fortuna que sobre mí había recaído. Al punto, mis amigos, mis criados y todos mis parientes más próximos se quitan el luto que se habían impuesto al oír la falsa noticia de mi muerte, y en su alegría tan grande como inesperada acuden cargados de regalos diversos para comprobar sobre el terreno mi regreso de las moradas infernales a la luz del día.

Animado yo también al ver en mi presencia a tantas personas que daba por perdidas, agradezco en todo su valor los generosos obsequios de mis

familiares, pues se habían cuidado con notoria previsión de abastecerme generosamente y proporcionarme una decorosa subsistencia.

19. Después de atender a todos con la debida cortesía y de contarles brevemente tanto mis antiguas desventuras como mi felicidad presente, me vuelvo ante la dulcísima imagen de la diosa. Alquilé unas habitaciones en el recinto del templo para fijar allí provisionalmente mi residencia; tomaba parte, todavía como los simples fieles, en los servicios divinos, siempre unido al colegio sacerdotal y adorador perpetuo de la augusta divinidad. Ni una sola noche ni un solo instante en las horas del descanso dejó la diosa de manifestármese cara a cara y de darme sus instrucciones. Me repetía una y otra vez cuál era su voluntad: yo estaba predestinado desde antiguo a la iniciación, y ésta no debía diferirse ya por más tiempo. Pero, por mucho que fuera el fervor que me animaba, me retraía un religioso temor: me había informado bien de las dificultades de la santa regla, del rigor de la castidad y continencia, de la prudencia y circunspección que han de rodear a esta vida expuesta a múltiples caídas. Y reflexionando siempre sobre estos puntos, no sé cómo, a pesar de mi celo, iba dando largas al asunto. 2 3

20. Una noche creí ver ante mí al sumo sacerdote: me ofrecía el contenido de su manto repleto de cosas; y al preguntarle qué era aquello, me contestó que eran envíos mandados de Tesalia a mi nombre y que también acababa de llegar un esclavo de mi propiedad, llamado Cándido. Al despertarme, daba vueltas y más vueltas en mi pensamiento a aquella aparición: qué significado podía tener aquello, sobre todo dado que yo estaba seguro de no haber tenido nunca ningún criado llamado así. De todos modos, cualquiera que fuera el presagio de mi sueño, me convencí de que la llegada de aquella partida significaba un indudable beneficio. Con la impaciencia que supone el estar pendiente de un feliz acontecimiento, aguardaba, pues, la apertura matutina del templo. Las cortinas blancas ya se han corrido hacia los lados y ya estamos adorando la venerable imagen de la diosa; el sacerdote da la vuelta a los diversos altares, tributando el culto divino según las fórmulas consagradas y vertiendo con el vaso de las libaciones el agua sacada del fondo del santuario: ahora, cumplidas esas ceremonias rituales, se oye el clamor de los fieles que saludan al nuevo día y anuncian la hora prima. En ese preciso instante llegan de Hipata los servidores que yo había dejado allí cuando me enredó el funesto error de Fotis^[121]. Por supuesto, habían tenido noticias de mis aventuras y hasta me devolvían mi antiguo caballo, pues, aunque había pasado de mano en mano, lo habían reconocido por una señal que tenía en la espalda y lo habían recobrado. No acababa de admirar la precisión de mi sueño, pues no sólo era realidad el anuncio de una ganancia, también lo era la 2 3 4 5 6 7

alusión a mi servidor Cándido, con la cual se me anunciaba la devolución de mi caballo, «cándido»^[122] de color.

21. Esta circunstancia redobló mi fervor: cumplía con toda puntualidad mis deberes religiosos; los favores presentes eran garantía de mis esperanzas para el futuro; mis ansias por recibir la consagración no podían menos que aumentar de día en día. Me presentaba con muchísima frecuencia ante el sumo sacerdote, le pedía con la mayor insistencia la gracia de iniciarme en los misterios de la sagrada noche. Pero él, como hombre prudente y cumplidor, de proverbial austeridad religiosa, me recibía con la bondad y cariño de un padre que modera los impulsos prematuros de sus hijos: daba largas a mi impaciencia y al propio tiempo calmaba mi inquietud con el consuelo de la esperanza: es la diosa quien, por una manifestación de su voluntad, señala el día en que uno debe ser iniciado; asimismo es su providencia quien elige al sacerdote consagrante y quien da también instrucciones sobre el presupuesto que ha de destinarse a sufragar los gastos de las ceremonias. Todos nosotros, decía, hemos de acatar esas disposiciones con exacta sumisión. En mi caso particular debía estar muy alerta para no pecar ni por precipitación ni por indocilidad, para evitar el doble riesgo de no hacerme esperar cuando se me llamara ni el de adelantarme sin ser convocado. Por otra parte, ningún miembro de su clero estaba tan loco o tan decidido a morir, como para aventurarse alegremente, sin recibir órdenes concretas de la diosa, en una intervención sacrílega y cargar con un pecado que arrastra a la muerte; efectivamente, la diosa tiene en su mano tanto las llaves del Infierno como la garantía de la salvación; la misma entrega de los iniciados simboliza una muerte voluntariamente aceptada y una concesión gratuita de la divinidad para seguir viviendo.

Si, al llegar los mortales al término de la existencia y traspasar el umbral que separa la luz de las tinieblas, hay alguno a quien se pueda confiar tranquilamente los augustos secretos de la religión, entonces la diosa suele tomarlo a su servicio; su providencia lo hace renacer en cierto modo y lo coloca otra vez ante un horizonte con nuevas posibilidades de salvación. Por consiguiente, también yo debía acatar la divina voluntad, aunque desde hacía tiempo había pruebas palpables y evidentes de que la gran divinidad se había dignado llamarme y tomarme a su bendito servicio. Al igual que todos los demás iniciados, ya debía empezar entonces a abstenerme de alimentos profanos e impuros, para llegar antes a participar en los sublimes misterios de la religión más depurada.

22. Así habló el pontífice. La impaciencia ya no perturbaba mi docilidad; con gran atención, con apacible tranquilidad de espíritu y con ejemplar

recogimiento asistía puntualmente, día tras día, a las sagradas ceremonias del servicio divino. La saludable bondad de la augusta diosa no defraudó mi esperanza ni me infligió el tormento de una larga demora: la diosa, en la oscuridad de la noche, pero sin ninguna oscuridad en sus manifestaciones, me dio a entender sin lugar a dudas que había llegado el día tan anhelado de mi alma en que mi aspiración más ardiente iba a verse realizada. También me fijó el importe que debía satisfacer para costear las rogativas y el celebrante que intervendría en la ceremonia: sería Mitra, el sumo pontífice en persona, pues, según decía la diosa, una providencial conjunción astral enlazaba su destino con el mío.

La augusta divinidad reconfortó mi alma con esas instrucciones y otras no menos bondadosas. Sin esperar a que acabara de amanecer, sacudí el sueño y me fui directamente al despacho del gran sacerdote; precisamente salía entonces de su habitación; me adelanto a saludarlo. Yo iba más decidido que nunca a reclamar, esta vez como un derecho, mi iniciación en los misterios. Pero él, anticipándose a hablarme, me dijo en cuanto me vio: «¡Oh Lucio! ¡Feliz de ti! ¡Dichoso tú, a quien la augusta divinidad se digna mirar con tanta benevolencia y cariño!» Luego, añade: «¿A qué esperas ahí parado? ¿Habrá alguna indecisión de tu parte? Ha llegado el día que te hacía suspirar con incesante ardor, el día en que mis manos, a invitación de la diosa de los mil nombres, te introducirán en las sacrosantas profundidades de nuestros misterios».

Y, colocando sobre mi espalda su mano derecha, el anciano, bondadosísimo, me acompaña en seguida hasta la misma puerta del imponente edificio; procede en la forma ritual a la apertura del templo y celebra el sacrificio matutino. A continuación saca de un departamento secreto del santuario ciertos libros cuya escritura es desconocida: en unos hay dibujos de toda clase de animales y son símbolos de formularios litúrgicos abreviados; en otros hay trazos nudosos, o circulares, ya sea en forma de ruedas, ya de apretadas y caprichosas espirales para velar el texto a la curiosidad de los profanos. Leyendo en aquel libro, me fue diciendo los requisitos indispensables que debía reunir para proceder a la iniciación.

23. Sin perder tiempo ni reparar en gastos, realizo, personalmente o por medio de mis amigos, todas las compras necesarias.

Ya había llegado, según decía el sacerdote, la hora propicia: me conduce, pues, acompañado de piadosa escolta, a la piscina cercana; me manda bañarme como de costumbre, y, después de implorar la protección divina, completa mi purificación con aspersiones de agua lustral; me acompaña nuevamente al templo y, transcurridos ya dos tercios del día, me coloca ante los mismos pies de la diosa para darme en secreto ciertas instrucciones que el

lenguaje humano no puede revelar; luego, me recomienda en voz alta y ante toda la asistencia que durante diez días seguidos me abstenga de los placeres de la mesa: no debía probar carne de ningún animal ni beber vino. Observé esa abstinencia con todo, rigor. Por fin llegó el día fijado para la divina cita. El sol en su declive hacía caer la tarde. He aquí que de todas partes afluyen multitudes de gente para agasajarme, según rito sagrado tradicional, con variados obsequios. Luego, el sacerdote manda que se alejen todos los profanos, me viste con una túnica de lino por estrenar, y, cogido de la mano, me lleva al mismísimo tabernáculo del templo.

Tal vez, lector estudioso, preguntarás con cierta ansiedad qué se dijo, qué pasó luego. Te lo diría si fuera lícito decirlo; lo sabrías si fuera lícito oírlo. Pero contraerían el mismo pecado tus oídos y mi lengua: impía indiscreción en mi caso, temeraria curiosidad en el tuyo.

No obstante, en atención del probable fondo de piedad que anima tu impaciencia, no quiero atormentarte prolongando tu angustia. Escucha, pues, y ten fe: vas a oír la verdad.

Llegué a las fronteras de la muerte, pisé el umbral de Prosérpina y a mi regreso crucé todos los elementos; en plena noche, vi el sol que brillaba en todo su esplendor; me acerqué a los dioses del infierno y del cielo; los contemplé cara a cara y los adoré de cerca. Ésas son mis noticias: aunque las has oído, estás condenado a no entenderlas. Así, pues, me limitaré a contarte únicamente los detalles que, sin sacrilegio, pueden revelarse a la inteligencia de los profanos.

24. La mañana siguiente, al concluir las ceremonias de ritual, salí revestido con doce túnicas sagradas: por muy santa que sea esa indumentaria, nada me impide hablar de ella, ya que todo discurre entonces ante una nutridísima concurrencia. En el mismo centro de la mansión sagrada y ante la imagen de la diosa, se levantó una tribuna de madera a la que se me mandó subir. Llamaba la atención el fino tejido de lino que me cubría, y sobre todo el florido bordado que lo realzaba. De mi espalda colgaba por detrás hasta los talones una preciosa clámide. Por los cuatro costados lucía el variado colorido de mi bordado con dibujos del reino animal; aquí había dragones indios, allí grifos hiperbóreos, cuadrúpedos de otro mundo, con alas como las aves. Esa prenda es la que, en el lenguaje de los iniciados, se llama «estola olímpica». En la mano derecha llevaba encendida una gran antorcha; una hermosa corona de palmera ceñía mis sienes, y sus hojas doradas sobresalían alrededor de mi cabeza como una aureola radial. Revestido así con los atributos del sol, me colocan como si fuera una estatua; de pronto, se retiran unas cortinas y empieza el desfile del pueblo para contemplarme. Después de esta ceremonia celebré mi feliz nacimiento a la vida religiosa con exquisitos manjares en

alegre banquete. El tercer día se repitió la misma ceremonia, así como el desayuno ritual: con ello se completaron las formalidades de la iniciación.

Seguí luego allí unos días saboreando a mis anchas la inefable dicha de la contemplación ante la sagrada imagen a quien nunca mis servicios podrían agradecer bastante la protección que me habían dispensado. Pero, por consejo de la diosa, después de pagarle mi tributo de agradecimiento no con la medida adecuada, sino con la de mis humildes posibilidades, llegó el día de pensar por fin en mi regreso al hogar: me era casi imposible romper los lazos del ardiente cariño que allí me retenía. Me postré ante la sagrada imagen; largo rato enjuagué con mi rostro sus pies empapados de mis lágrimas; en medio de incesantes sollozos que interrumpían mi discurso y ahogaban mi voz, le dije:

25. «¡Oh tú, santo y perpetuo amparo del humano linaje, alivio siempre generoso de los mortales! Tú manifiestas el dulce cariño de una madre ante el infortunio de los desgraciados. No pasa un día ni una noche, ni siquiera un breve instante, sin que quede marcado por tus favores, sin que tu protección cubra a los hombres en la tierra y en el mar, sin que tu mano salvadora aleje de ellos las tempestades de la vida. Tú deshaces la enredada e inextricable trama del destino, calmas las tormentas de la Fortuna y compensas el nefasto influjo de las constelaciones. Los dioses del Olimpo te veneran, te respetan los dioses del Infierno; tú mantienes el mundo en órbita, tú suministras al sol sus rayos de luz, tú riges el universo, tus plantas pisan el Tártaro. A tu llamada responden los astros, vuelven las estaciones; eres la alegría de los dioses, la reina de los elementos. Por indicación de tu voluntad soplan los vientos, se forman los nubarrones, germinan las semillas y se desarrollan los gérmenes. Ante tu majestad se estremecen las aves que surcan el cielo, las fieras que andan por los montes, los reptiles que se esconden bajo tierra y los monstruos que nadan por las aguas. ¡Ay! Es muy pobre mi ingenio para celebrar tus glorias, muy corto mi patrimonio para ofrecerte sacrificios. Mi voz es insuficiente para expresar los sentimientos que me inspira tu grandeza; serían insuficientes mil bocas con otras tantas lenguas y sus discursos en serie prolongándose incansablemente durante toda la eternidad. Una sola cosa es posible al alma piadosa por pobre que sea, y al menos en eso seré fiel cumplidor: los rasgos de tu divino rostro y tu sacratísima imagen tendrán un templo en el fondo de mi corazón y en mí un adorador perpetuo».

Tal fue mi oración a la suprema divinidad. Abracé luego al sacerdote Mitra, mi padre desde entonces; colgado a su cuello y cubriéndolo de besos, le pedía perdón por no poder corresponder dignamente a tantas atenciones de su parte.

26. Me entretuve largo rato multiplicando los términos que le expresarían

toda mi gratitud; finalmente me despido y, con ansias de volver a ver mis lares patrios tras tan larga ausencia, emprendo la marcha por el camino más corto; a los pocos días de estar en casa, por inspiración de la diosa omnipotente, recojo de pronto mis bártulos, me embarco en una nave y salgo con rumbo hacia Roma. Con la feliz coyuntura de vientos favorables, llego muy pronto al puerto de Augusto^[123]; desde allí un carro ligero me llevó en un vuelo y, al anochecer, la víspera de los idus de diciembre, entraba en la ciudad sacrosanta. Mi preocupación más esencial desde entonces fue la de ofrecer diariamente mi tributo de oraciones a la divina majestad de la reina Isis, a quien llaman la diosa «campestre» por el emplazamiento del templo^[124] en que se le tributa piadosa veneración. Yo fui asiduo adorador de su altar; aunque extranjero en el templo, pertenecía por nacimiento a su culto.

Después de recorrer su órbita estelar, el gran sol había completado ya un año, cuando he aquí que, una vez más, interrumpe mi sueño la diosa que velaba por mí con solícito cuidado: una vez más me habla de iniciación, una vez más me habla de sagrados misterios. Esperaba con sorpresa a ver lo que pretendía de mí, lo que me diría su oráculo. No podía ser menos, ya que, por mi parte, desde hacía tiempo, me creía iniciado en toda la extensión de la palabra.

27. Pero en parte examinando mis escrúpulos a la luz de mi propio entendimiento, y en parte sometiénolos al juicio de nuestros sacerdotes, llego a un descubrimiento sorprendente, sensacional: yo estaba desde luego iniciado en los misterios de Isis, pero me faltaba todavía la iluminación que confieren los misterios del gran dios, padre supremo de los dioses, Osiris, el Invencible. Pues, a pesar de la estrecha relación, o mejor dicho de la unidad esencial de las dos divinidades y respectivos cultos, hay una diferencia capital en lo que atañe a la iniciación: por consiguiente también yo debía tener conciencia de mis obligaciones al servicio del gran dios.

Mi incertidumbre fue de corta duración. La noche siguiente se me apareció un sacerdote revestido de lino: traía tirso, hiedras y ciertas cosas que no se pueden decir; lo colocó todo ante mis propios lares y, ocupando el sitio que me correspondía, me anunció un banquete relacionado con la augusta religión. El sacerdote, sin duda para darme alguna señal precisa que me permitiera identificarlo, tenía el talón del pie izquierdo ligeramente desviado; por ello iba despacio y cojeando. Tan clara manifestación de la voluntad divina disipaba toda mi incertidumbre y oscuridad. En cuanto concluí mi saludo matutino a la diosa, me fui fijando con la mayor atención en cada uno de los sacerdotes para ver si alguno de ellos tenía los andares que yo había visto en sueños. No me defraudó la esperanza. Pronto vi que uno de los Pastóforos tenía la señal del pie y, además, que su estatura y todo su aspecto

correspondían exactamente con la aparición nocturna. Después supe que se llamaba Asinio Marcelo, nombre claramente relacionado con mi metamorfosis. Sin pérdida de tiempo, me voy derecho a su encuentro; por su parte conocía muy bien el asunto que le iba a exponer, pues una comunicación paralela a la mía le había mandado proceder a mi consagración. En efecto, la noche anterior, también él había tenido un sueño: cuando preparaba las coronas para el gran dios, éste, con aquella boca que dicta el destino de cada cual, le había anunciado que se presentaría a él un ciudadano de Madaura, muy pobre: debía iniciarlo sin demora en los sagrados misterios; pues su providencia reservaba a ese individuo un gran renombre literario y al propio sacerdote pingües ganancias.

28. De este modo quedaba en firme mi compromiso para la iniciación; pero la escasez de recursos demoraba mis anhelos. En efecto, los gastos del viaje habían consumido los últimos residuos de mi patrimonio y los precios en Roma superaban extraordinariamente a los que antes pagaba en las provincias. Por consiguiente, las duras exigencias de la pobreza, como dice el antiguo adagio, me colocaban entre la espada y la pared: un verdadero suplicio. Y, no obstante, el dios seguía apremiándome con la misma insistencia. Más de una vez me puso en grave aprieto con sus invitaciones repetidas y, por último, con sus órdenes terminantes. Acabé deshaciéndome de mi vestuario, y, por modesto que fuera, logré reunir la pequeña suma que hacía falta. Esta medida extrema obedecía a una orden concreta: «¿Cómo? —me había dicho el dios—. Si pretendieras buscarte algún placer, no te importaría deshacerte de tus harapos; ahora, cuando se trata de abordar tan sagrados misterios, ¿te asusta caer en una pobreza que nunca has de lamentar?»

Dispuestos todos los preparativos adecuados, una vez más durante diez días sólo tomé alimentos que nunca habían tenido vida y, además, me hice rapar la cabeza. Iluminado por las orgías nocturnas del dios supremo, ya frecuentaba, seguro de mí mismo, el culto sagrado de la religión hermana. Esto era un inmenso consuelo en mi estancia fuera de la patria; no constituía menor aliciente como medio de ganarme desahogadamente la vida, ya que llevado en alas del Éxito propicio hice algún dinerillo en el foro defendiendo causas en latín.

29. Al poco tiempo, nuevas órdenes de los dioses —órdenes inesperadas y cada vez más sorprendentes— vuelven a perturbarme: he de someterme todavía a una tercera iniciación.

No poco preocupado, o, mejor dicho, en el colmo de la perplejidad, me perdía en interminables consideraciones: ¿qué objeto podría tener aquella nueva e inaudita pretensión del cielo? ¿Qué requisito podría faltar en la

reiterada iniciación? «Sin duda, en mi caso, tanto el primero como el segundo de los sacerdotes se equivocaron u omitieron algún detalle». Por cierto, ya empezaba a poner en duda la honradez de ambos. Yo flotaba en este mar de cavilaciones, mi estado de ánimo rayaba en locura, cuando una benévola aparición nocturna me dio la siguiente aclaración: 3

«No hay motivo alguno para que te intranquilece la serie de sucesivas consagraciones, como si hubiera en las anteriores alguna omisión. Al contrario, ha de alegrarte el continuo interés que por ti se toman los dioses; regocíjate, pues; más todavía, salta de alborozo por conseguir tres veces lo que otros logran a duras penas una sola vez; el número en sí ya te augura eterna felicidad. En cuanto a la iniciación que vas a tener, es absolutamente necesaria; ten en cuenta ahora un solo detalle: tú has revestido el hábito de la diosa en una provincia; y así, los días de fiesta en Roma, ni podrás revestirte para practicar tus devociones ni, dado el caso, podrás lucir tus magníficas galas. Por consiguiente, vete con optimismo y sea enhorabuena: con el alma rebosante de alegría, acude una vez más a iniciarte: dioses poderosos te protegen». 4 5

30. Luego, la soberana consejera de los divinos sueños me indicó lo que iba a necesitar. Acto seguido, sin demora, sin remitir por dejadez el asunto al día siguiente, al instante me fui a dar cuenta de mi visión al sacerdote. Desde aquel momento abrazo el yugo de la abstinencia total de carnes. Practico y hasta prolongo voluntariamente el plazo de los diez días de austeridad fijado por ley inmemorial. Dispongo con largueza los preparativos materiales de la iniciación, teniendo más en cuenta el ardor de mi celo que la medida de mis posibilidades. Es cierto, sin embargo, que no hube de lamentar mis sacrificios ni mis gastos: como no podía ser menos, la providencia y generosidad divinas me han tratado bastante bien con los honorarios del foro. Y, para terminar, muy pocos días más tarde, el primero entre los grandes dioses, el más grande entre los primeros, el mejor entre los más augustos y el que reina entre los mejores, es decir, Osiris, se me apareció en sueños —no disfrazado bajo una extraña apariencia cualquiera, sino mostrándoseme cara a cara— y se dignó dejarme oír su voz veneranda: me animó a continuar resueltamente en el foro la gloriosa carrera ya emprendida de abogado, sin dejarme intimidar por las críticas malévolas que mi ardua labor de erudito y mi cultura habían suscitado en Roma. Y para no verme confundido con la masa de adoradores en el ejercicio de su culto, me admitió en el colegio de sus Pastóforos y hasta me ascendió a la dignidad de decurión quinquenal. Una vez más me hice rapar la cabeza, y sin velar ni cubrir mi calvicie, sino luciéndola por los cuatro costados, cumplía con alegría las funciones propias de aquel antiquísimo colegio, fundado en tiempos de Sila. 2 3 4 5

Notas

[1] En esta misma «Biblioteca Clásica Gredos» pueden verse, al principio del volumen dedicado a Petronio, unas sumarísimas observaciones generales sobre la novela en el mundo latino y, lo que es más importante, la excelente bibliografía de estos últimos años dedicada a la novela en el mundo clásico. <<

[2] TH. SINKO, «Apuleiana», *Eos* XVIII (1912), págs. 137 y sigs.; E. COCCHIA, *Romanzo e realtà nella vita e nell'attività letteraria di Lucio Apuleio*, Catania, 1915.

<<

[3] Como en el caso de Petronio, tampoco conocemos más que el gentilicio de Apuleyo. Se le da generalmente el *praenomen* de *Lucius*, pero tal nombre no está atestiguado nunca en las citas de los antiguos ni tiene apoyo firme en la tradición manuscrita. En realidad arranca de la novela del Asno, donde el protagonista narra su historia en primera persona, y ello ha motivado la confusión del héroe y del autor de la novela. El cognomen *Theseus*, que nunca se ha generalizado, también arranca de la novela (libro I 23). <<

[4] ST. GSELL, *Inscriptions latines de l'Algérie*, I, París, 1922, 2115. <<

[5] *Flórida XVIII y XX.* <<

[6] *Ibid.* XVIII. <<

[7] *Apología* 55. <<

[8] *Ibid.* 72. <<

[9] *Flórida, passim*, y sobre todo, XVII y XVIII. <<

[10] *Ibid.* IX. <<

[11] *Ibid.* XVII. <<

[12] C. MORELLI, «Apuleiana», *Studi Ital. di Filol. Class.* (1913), 145-188; (1915), 91-157; P. G. WALSH, *The roman novel*, 1970, páginas 248 y sigs. <<

[13] La IX. <<

[14] La XX. <<

[15] LEON HOMO, *El Imperio Romano*, ed. cast., Espasa-Calpe, Madrid, 1936, págs. 55-56. <<

[16] Obras perdidas de Apuleyo: Una traducción del *Fedón* de Platón; El Hermágoras; Sobre los proverbios; Compendio de Historia; Sobre la República; un tratado de Música; un tratado de Aritmética; un tratado de Arboricultura; un tratado de Agricultura; un tratado de Física; un discurso pronunciado con ocasión de la estatua que en su honor erigieron los habitantes de Oea; un discurso sobre Esculapio; un himno en griego y en latín en loa de Esculapio; un poema sobre las virtudes de Escipión Orfito; Cuestiones de mesa; unos Pasatiempos; unas Sátiras y unos logogrifos. Entre las obras dudosa se le atribuyen varios tratados de medicina, botánica médica, etcétera. <<

[17] *Metamorfosis I* 1. <<

[18] Entre las últimas discusiones del problema señalamos la de G. BIANCO, *La fonte greca delle Metamorfosi di Apuleio*, Brescia, 1971. <<

[19] PHOTIUS, *Bibliotheca*, cod. 129; MIGNE, *Patrología Griega*, tomo CIII; E. COCCHIA, «Della relazione che intercede secondo Fozio tra Lucio di Patra e Luciano», *Riv. d'Ist. Class.* (1919), 358-365. <<

[20] E. COCCHIA, *Romanzo e realtà nella vita e nell'attività letteraria di Lucio Apuleio*, Catania, 1915. <<

[21] B. E. PERRY, *The Metamorphoses ascribed to Lucius of Patrae, its content, nature and authorship*, Princeton, 1920; P. G. WALSH, *The roman novel*, Cambridge, 1970, págs. 147 y sigs. <<

[22] Cf. *infra*, pág. 26; B. E. PERRY, «The significance of the title in Apuleius' *Metamorphoses*», *Classical Philology* (1923), 229-238. <<

[23] *Ciudad de Dios* XVIII 18. <<

[24] *Metamorfosis* V 4. <<

[25] *Ibid.*, V 29. <<

[26] R. MARTIN, «Le sens de l'expression 'asinus aureus' et la signification du roman apulien», *Revue des Études Latines* 48 (1970), 332-354. <<

[27] *Tristes* II 413-414 y 443-444. <<

[28] *Vida de Craso* 32. <<

[29] JULIO CAPITOLINO, *Clodio Albino* 12, 12; A. MAZZARINO, *La Milesia e Apuleio*, Turín, 1950. <<

[30] D. S. ROBERTSON - P. VALLETTE, *Apulée, Les Métamorphoses*, I, págs. XXXII y sigs., «Les Belles-Lettres», París, 1940. <<

[31] La exégesis multiseular sobre el significado y valor de *El Asno de Oro* sigue en nuestros días tan activa como siempre en su afán de interpretación. He aquí algunos trabajos modernos sobre el tema: B. LAVAGNINI, «Il significato e il valore del romanzo di Apuleio», *Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa* 29 (1923); E. PARATORE, *La novella in Apuleio*, 2.^a ed., 1942; P. SCAZZOSO, *Le Metamorphosi di Apuleio: Studio critico del significato del romanzo*, Milán, 1951. Ultimamente buenos conocedores del tema vuelven a insistir en la tesis del significado oculto y trascendental de *El Asno de Oro*: así B. E. PERRY, *The ancient Romance*, 1967; A. SCOBIE, *Aspects of the ancient romance and its heritage*, 1969; R. MARTIN (véase nota 26), «Le sens de l'expression 'asinus aureus' et la signification du roman apuléien» (1970); P. G. WALHS (véase nota 42). <<

[32] En su curiosísima *Mitología* en tres libros. Fulgencio ha tenido notable y larga influencia en los mitógrafos de los siglos posteriores. <<

[33] SIDONIO APOLINAR, *Epístolas* IV 3, 1. <<

[34] Sobre la transmisión del texto del *Asno de Oro* puede consultarse el estudio de D. S. ROBERTSON en *Apulée, Les Métamorphoses*, París, 1940, tomo I, págs. XXXVIII-LIX. <<

[35] M. MENÉNDEZ PELAYO, *Orígenes de la Novela*, I, Edición Nacional, Madrid, 1953, pág. 25. <<

[36] MENÉNDEZ PELAYO, *Bibliografía Hispano-Latina*, I, Edición Nacional, Madrid, 1950, pág. 176. <<

[37] O. c., pág. 176. <<

[38] HONORIO CORTÉS, «Algunas reminiscencias de Apuleyo en la Literatura Española», *Rev. de Filología Española* (1935), 44-53; «Apuleyo y *El Asno de Oro* en la Literatura Española», *Studium* (Bogotá, 1952), 245-258. <<

[39] J. M. DE COSSÍO, *Fábulas mitológicas en España*, Madrid, 1952, pág. 257. <<

[40] M. J. ASENSIO, «Más sobre el *Lazarillo*», *Hispanic Review* (1960), 245-250. <<

[41] J. CEJADOR, *Historia de la lengua y literatura española*, IV, Madrid, 1916, pág. 135. <<

[42] En los últimos años destacamos: A. SCOBIE, *Aspects of the Ancient Romance and its Heritage*, 1969 (un capítulo especial dedicado a nuestra picaresca, págs. 91-100); P. G. WALSH, *The Roman novel. The Satyricon of Petronius and the Metamorphoses of Apuleius*, 1970 (un largo capítulo sobre la picaresca, págs. 229-293); J. M. WALKER, *The Satyricon, the Golden Ass and the Spanish Golden Age picaresque novel*, 1971. <<

Notas Libros

[1] Véase la Introducción, págs. 19-20. <<

[2] «Este papiro»: hoy diríamos «las hojas de este libro». El papiro es la planta que proporcionaba a los antiguos las láminas utilizadas entonces como papel; Egipto, por la calidad y cantidad de sus papiros, era emporio de primera categoría en la industria de material escriptorio. Sobre el papiro se escribía con finas cañas afiladas a modo de pluma. <<

[3] Plutarco es el conocido autor de las *Vidas Paralelas*. En cambio, de su sobrino Sexto apenas tenemos noticias. Cultivó la filosofía estoica; J. Capitolino (*Historia Augusta*, M. Antoninus Philosophus 3 y Verus 2) lo cita como uno de los maestros de Marco Aurelio. <<

[4] Según el gramático Festo (edición Lindsay, pág. 98), los nudos del caduceo de Esculapio son el símbolo de las dificultades de la Medicina. La serpiente, como el perro, es el animal consagrado al dios de la Medicina. <<

[5] Los jueces provinciales eran cuatro para toda Italia; cada uno tenía en su distrito competencia administrativa y judicial. A ellos incumbía la designación de tutores. <<

[6] Una de las dos Etiopías correspondía aproximadamente a la Etiopía actual; la otra se extendía por el África Central hasta la zona del Níger y el Océano (cf. *Odisea* I 22 ss.). <<

[7] Se alude aquí a una legendaria operación mágica de Medea para vengarse de Jasón, que la había abandonado y se había casado con la hija del rey de Corinto, Creón. Medea envió a su rival como regalo de boda un fino velo y una corona de oro; ambos objetos iban impregnados de materias inflamables y, en el momento previsto, abasaron a la novia y provocaron un incendio general que redujo a cenizas el palacio de Creón. <<

[8] Endimión, joven y hermoso cazador de quien se había enamorado la Luna. Ésta lo visitaba de noche y lo besaba mientras él dormía. <<

[9] Penteo pretendió evitar una bacanal que las mujeres de Tebas celebraban en el Citerón; pero las bacantes lo despedazaron lamentablemente, capitaneadas por la propia madre de Penteo, que creyó ver en su hijo a un animal salvaje. <<

[10] Suplicio reservado a las clases sociales más humildes. <<

[11] Ante la posible muerte de Sócrates, Aristómenes quería tener algún testigo para descartar la sospecha de asesinato por su parte. <<

[12] Normalmente, los hombres comían acostados y las mujeres sentadas a su lado, como puede comprobarse en varias representaciones iconográficas. Sin embargo, esa costumbre ya no se observaba en el Imperio con mucho rigor (VALERIO MÁXIMO, II 1, 2). <<

[13] Hecale fue una humilde campesina que acogió maternalmente a Teseo cuando éste se dirigía a combatir el toro de Maratón (PLUTARCO, *Teseo* 14). <<

[14] «Abastecemos», en plural, porque el héroe piensa también en su esclavo. <<

[15] Un denario valía cuatro sestercios; el comprador se llevó, pues, la mercancía por ochenta sestercios en lugar de los cien que pedía el comprador. <<

[16] Por lo que aquí se dice, se ve que las funciones de este edil venían a coincidir con las de un inspector de abastos. <<

[17] El cazador Acteón había sorprendido a Diana bañándose; como castigo de su indiscreción, la diosa lo metamorfoseó en ciervo e hizo que lo devoraran sus propios perros (OVIDIO, *Metamorfosis* III 131-252). <<

[18] Los caldeos tenían el monopolio de las artes adivinatorias. <<

[19] «Cerdón», en griego, significa «ganancioso». <<

[20] «Ambos timones»: las medallas y otros documentos antiguos nos muestran con frecuencia dos timones en las popas de las naves. <<

[21] Normalmente, en la Antigüedad no se tomaba el vino puro, sino mezclado con agua; para preparar la mezcla se prefería el agua caliente a la fría. <<

[22] Las ánforas y vasijas en general se cerraban herméticamente con pez o con yeso. Se destapaban con una herramienta parecida a una hacha (*ascia*) o un cincel. <<

[23] El fecial era un heraldo que los romanos enviaban a la frontera para declarar oficialmente la guerra al enemigo. <<

[24] Esos bellos muchachos, ricamente ataviados, encargados de recibir a los invitados o de servir la mesa, eran un lujo habitual en las grandes familias ya en época republicana. <<

[25] Las «tablillas» de cera (tablas con revestimiento de cera), con el pergamino y el papiro (ver *supra*, nota 2), hacían para los antiguos el oficio de nuestro papel; las tablillas eran lo más económico y usual para escritos de poca extensión. Si se usaban para redactar un documento, se aplicaban una sobre otra, de manera que quedara tapada la escritura, y se cosían con un hilo lacrado y sellado para asegurar la inviolabilidad del documento. Según el número de tablillas encuadradas se formaba un díptico o un tríptico. <<

[26] Recuérdese lo dicho anteriormente en la nota 21. <<

[27] Al ponerse a disposición de la señora para menesteres como el de la velada fúnebre, Telifrón parecía desear nuevos duelos familiares. <<

[28] El orgulloso aonio es Penteo, rey de Tebas (cf. *supra*, nota 9); Aonia es el nombre poético de Beocia. El cantor inspirado de Pieria es Orfeo. <<

[29] El sistro es instrumento característico del culto de Isis. Más adelante (libro XI, cap. 4) veremos que la diosa llevaba uno en la mano. Coptos, Menfis y Paros son aquí simples denominaciones del alto y bajo Egipto. <<

[30] Recuérdese que es Telifrón quien está hablando. <<

[31] El nombre de una persona plasma en sí toda la personalidad del individuo que lo lleva. En la magia, pues, conocer y pronunciar el nombre de una persona o de un ser superior es medio infalible de actuar sobre esa persona o ese ser superior y de hacerse obedecer. Gracias a la homonimia del difunto y su guardián se explica esta mutilación del segundo en lugar del primero. <<

[32] Gerión: monstruo de triple cabeza y triple busto al que Hércules atacó y mató. <<

[33] Ahí tenemos una exacta descripción del conocido cronómetro de agua llamado clepsidra. <<

[34] Era la actitud normal de los suplicantes. Estos ramos de olivo solían llevar cintas de lana entrelazadas a sus varas. <<

[35] La tortura, en términos generales, no es invento griego; la practicaron los romanos y todos los pueblos más o menos con similar refinamiento y crueldad. Lo que sí parece específicamente griego, según CICERÓN (*Tusculanas* V 24), es el suplicio concreto de la rueda, a la que se ligaban los miembros del paciente para someterlos, girando gradualmente, a la tensión que se quisiera. <<

[36] Áyax, hijo de Telamón, rabioso de ver asignar a Ulises las armas de Aquiles que él pretendía, se lanzó enloquecido sobre un rebaño y lo degolló creyéndose que degollaba a sus enemigos. <<

[37] A la victoria de Hércules sobre Gerión nos hemos referido en la nota 32. Otro de los éxitos de Hércules consistió en bajar a los infiernos y sacar encadenado al Can Cérbero, monstruo temible con una, dos, tres, cincuenta y hasta cien cabezas, según las diversas tradiciones. <<

[38] *Lupa* («loba») es denominación usual aplicada a las prostitutas en la Antigüedad; ello dio origen a nuestra palabra «lupanar». Aquí, Fotis aplica el término a las posibles rivales capaces de arrebatarle al amante por arte de magia, como suelen hacerlo las mujeres en Tesalia, o por cualquier otro procedimiento. <<

[39] Epona o Hipona es la diosa de las caballerías o carreteros; sus estatuas o imágenes solían figurar en las cuadras y se colocaban en humildes nichos dispuestos al efecto en las paredes o pilastras (cf. JUVENAL, VIII 157). <<

[40] «La Tebas de las siete puertas», fundada por Cadmo, estaba en Beocia; otra Tebas, «la de las cien puertas», fundada por Baco, era la gran ciudad egipcia. <<

[41] *Críseros*, en griego, significa «codicioso de oro». <<

[42] Los detalles referidos aquí por Apuleyo demuestran que las cerraduras, o al menos ciertos tipos de cerraduras, se parecían muy poco a las que usamos actualmente. <<

[43] La mayoría de los nombres de *El Asno de Oro* quieren expresar el carácter de los personajes que los llevan. Trasileón es nombre compuesto que, en griego, significa «león audaz». <<

[44] Los banquetes de los sacerdotes salios eran proverbiales (cf. HORACIO, *Odas* I 37, 2; CICERÓN, *A Ático* V 9, 1). Estos sacerdotes de Marte recorrían periódicamente las calles de Roma en una procesión durante la cual ejecutaban danzas militares que terminaban en un banquete de la cofradía. La procesión más solemne era la del mes de marzo: duraba diez días consecutivos con un banquete diario (FESTO, comentario a la palabra «salios»). <<

[45] Attis, según una tradición bastante oscura, se mutiló el mismo día de su boda y precisamente cuando se estaba cantando el himno nupcial. Protesilao fue el primero de los griegos que, al desembarcar en Troya, cayó bajo los dardos de Héctor. Había salido de casa el día siguiente al de su boda, sin poder terminar el palacio donde asentaría su hogar y dejando a la recién casada lacerándose las mejillas por el dolor de la separación (HOMERO, *Ilíada* II 700). <<

[46] Pafos (Chipre), Cnido (Asia Menor) y Citera (Peloponeso) son los principales centros del culto de Venus. <<

[47] Se trata de los almohadones en que se instalaban las imágenes de los dioses en las grandes solemnidades; dichos almohadones solían estar al pie de los altares de las respectivas divinidades. <<

[48] Alusión al célebre juicio de Paris, que veremos lujosamente escenificado en libro X, capítulos 30-33. <<

[49] Es decir, el oráculo de Apolo, cuyo santuario en las afueras de Mileto era uno de los más concurridos en el siglo n de nuestra Era. <<

[50] El típico comedor de los romanos, llamado *triclinium*, se componía, como es bien sabido, de tres lechos paralelos respectivamente a tres de los cuatro lados de una mesa cuadrada (el cuarto lado quedaba libre para efectuarse los servicios de la mesa). En cada lecho se instalaban normalmente tres comensales, que comían recostados. En el Imperio desaparecen los ángulos de la mesa y los tres lechos se sustituyen por uno solo en forma semicircular, como se dice en este pasaje. <<

[51] «Llévate todo lo que te pertenece; devuélveme lo que es mío», era la fórmula que proclamaba el divorcio entre los romanos. <<

[52] «El heroico y sin par guerrero» es Marte, el amante de Venus, frente a su marido legítimo, que es Vulcano, como se dirá más adelante en el libro VI, capítulo 6. <<

[53] La leyenda del rapto del Prosérpina es bien conocida: crecía feliz entre las Ninfas y en compañía de sus hermanas, sin preocuparse de matrimonio; su tío, Plutón, se enamoró de ella y, con la ayuda de Júpiter, la raptó y la llevó a los Infiernos. Eleusis fue el lugar del rapto (las distintas tradiciones sitúan la escena en puntos muy diversos). Ceres emprende una larga peregrinación, con una antorcha en cada mano, en busca de su hija, sin que ésta aparezca por parte ninguna. Interviene nuevamente Júpiter y logra un compromiso por el cual Prosérpina abandonará el Infierno con los primeros brotes primaverales para irse con su madre, pero volverá al reino de las sombras en la temporada de la sementera. <<

[54] Hera, hija de Kronos y Rhea, se identifica con la Juno romana. Sigue en la invocación de Psique la cita de los principales centros de su culto en los países mediterráneos. <<

[55] Hera Zygia es el equivalente del latín *Juno iugalis*; el adjetivo, derivado de *iugum* («yugo»), alude a Juno como divinidad protectora del matrimonio, es decir, como divinidad que une a los sexos bajo el yugo del matrimonio. <<

[56] *Lucina* (Juno *Lucina*), derivado de *lux*, alude a la misma divinidad en su calidad de protectora de los alumbramientos o nacimientos. <<

[57] «El hermano arcadio» es Mercurio, hijo de Júpiter y de la ninfa Maya; había nacido en el monte Cileno, en Arcadia. Venus era hija de Júpiter y Dione. <<

[58] «Tras las columnas murcianas», es decir, «tras el templo dedicado a Venus en el valle Murcia», entre el Aventino y el Palatino. <<

[59] Un esclavo no podía contraer matrimonio legal. <<

[60] Alusión a la conocida fábula de Ganimedes, raptado por el águila de Júpiter para servir de escanciador en el Olimpo. <<

[61] En el promontorio del Ténaro, al sur del Peloponeso, existía una cueva que, según la leyenda, conducía al Infierno. <<

[62] La *lex Julia de adulteriis*, promulgada por Augusto hacia el año 17 antes de J. C., imponía duras sanciones al adúltero. <<

[63] Parodia del tratamiento usual dado a los senadores romanos, a quienes se llamaba *patres conscripti*. <<

[64] Sobre el escanciador de Júpiter, recuérdese la nota 60. Líber es para los latinos el dios del vino, como Baco para los griegos. <<

[65] El narrador contradice aquí, por inadvertencia, lo que dijo antes en libro III, capítulo 24: «mis pelos se endurecen como cerdas...». <<

[66] Lykos, rey de Tebas, había derrotado y dado muerte a Epopeo; luego, se llevó a su corte, como cautiva, a la esposa del mismo Epopeo, llamada Antíope; ésta tuvo dos hijos en el cautiverio, hijos que había concebido de Zeus antes de casarse con Epopeo. Lykos y su mujer, Dirce, mandaron exponer a los recién nacidos y maltrataban a su madre Antíope; pero los niños se salvaron por los cuidados de un pastor; cuando fueron adultos, para vengar a su madre, mataron a Lykos y ataron a Dirce a las astas de un toro, que destrozó su cuerpo; acto seguido, los jóvenes arrojaron el cadáver a una fuente que desde entonces llevó el nombre de Dirce. <<

[67] Frixos, cuando se le iba a inmolar en el altar de Zeus, huyó cabalgando sobre un carnero a través de las aguas del mar; así llegó a Cólquida, donde consagró a Marte el legendario vellón de oro. Su hermana Hele, que lo acompañaba, se ahogó sobre ese mismo mar, llamado desde entonces Helesponto. El poeta lírico Arión (siglo VII antes de J. C.), viajando desde Italia hacia Corinto, se vio asaltado por los marineros de la nave en que había embarcado: pretendían matarlo para robarlo. El poeta logró una última oportunidad para entonar una última canción sobre la cítara y, acto seguido, se arrojó al mar: un delfín, encantado por la música del artista, lo recogió y lo transportó al cabo Ténaro. La leyenda de Europa, más vulgarizada, nos muestra a esta joven, hija de Fénix, rey de Tiro, raptada por Zeus en forma de toro y transportada desde la corte de su padre a la isla de Creta o a Beocia, según las tradiciones. <<

[68] Una manera habitual y rápida de votar a favor o en contra de una propuesta en las asambleas senatoriales consistía en invitar a los votantes a «desplazarse» y agruparse a la derecha (a favor) o a la izquierda (en contra) de la mesa presidencial. <<

[69] Las relaciones de hospitalidad eran sagradas para los antiguos; su transgresión constituía un execrable crimen, un auténtico parricidio; el término resulta más exacto todavía si recordamos la expresión que usó Lucio en el libro III, capítulo 7: «hasta el bueno de Milón, mi padre hospitalario». <<

[70] El adjetivo se explica por la fortuna que aquella vil indumentaria había disimulado hasta aquel momento. <<

[71] El original vuelve a decir aquí «un banquete de salios»; recuérdese lo dicho en la nota 44. <<

[72] Téngase presente, como ya dijimos, la costumbre de rebajar el vino con agua tibia o caliente. <<

[73] Bactriana, región situada al norte del Afganistán, aún sigue dando su nombre actualmente a una variedad de camellos muy apreciados por su excepcional vigor y resistencia. <<

[74] Es decir: «mis vueltas alrededor de la muela del molino». <<

[75] El rey de Tracia aludido aquí fue Diomedes, que echaba a sus caballerías los extranjeros que llegaban a las costas de su reino. Hércules acabó con sus abusos e hizo sufrir al rey vencido el mismo suplicio, entregándolo igualmente a la voracidad de sus propios caballos. <<

[76] Belerofonte, montado sobre un caballo alado, llamado Pégaso, venció a la Quimera y a las Amazonas (ver *infra*, libro VIII, capítulo 16). En nuestro texto el asno es «Pégaso»; y el transeúnte que se apropió el animal es «Belerofonte». <<

[77] Cuando Altea daba a luz a su hijo Meleagro, vio a las tres Parcas echando al fuego un tizón y diciéndole: «Tu hijo vivirá tanto tiempo como dure este tizón». La madre, entonces, se levantó en cuanto se retiraron las Parcas, retiró el tizón y lo guardó cuidadosamente. Pero, años más tarde, con motivo de una reyerta familiar, Meleagro mató a sus tíos; Altea, entonces, para vengar a sus hermanos, volvió a echar al fuego el profético tizón: Meleagro y el tizón se fueron consumiendo a fuego lento y acabaron simultánea y paralelamente su existencia. <<

[78] Trasiló, en griego, significa «audaz». <<

[78 Bis] Recuérdese, como se dijo *supra*, pág. 222, n., que Trasilo significa «audaz».

<<

[79] «Sobre la hora de la tercera guardia nocturna»; es decir, «sobre las doce de la noche». En la vida castrense, cuatro turnos se repartían la guardia de noche y se relevaban a intervalos de igual duración; si empezaban a las seis de la tarde y terminaban a las seis de la mañana (la hora varía según las estaciones), tocaban, pues, a unas tres horas de guardia por relevo. <<

[80] Ver nota 76. <<

[81] Ver libro VII, capítulo 15. <<

[82] El «Genio» es la divinidad protectora de cada hombre. <<

[83] «Nosotros», es decir, los animales. Recuérdese que el narrador es un asno. <<

[84] «La diosa siria», dice Apuleyo sin especificar su nombre. No están de acuerdo los comentaristas en la identificación de esta divinidad. Desde luego no puede mantenerse la identificación corriente con Cibele, ya que Apuleyo distingue claramente a ambas en el libro IX, cap. 10, donde leemos: «Por una simple copa que la madre de los dioses (o sea Cibele) ha ofrecido a su hermana la diosa siria...». Probablemente la diosa siria es Atargatis. Lo cierto es que el clero de esta divinidad era muy poco honorable, si hemos de acoger como exactos todos los pormenores de las costumbres que en esta descripción atribuye Apuleyo a esos sacerdotes. <<

[85] Es desconocida tal ley Cornelia que castigaría la apropiación de una persona libre y su consiguiente venta como esclava. Se supone que el pregonero apela aquí por recurso a una ley inexistente, a la que arbitrariamente da un nombre al estilo de los que figuran en la auténtica legislación romana. <<

[86] Estos afeminados hablan de sí mismos en femenino, como lo hace Catulo hablando de Attis después de su mutilación voluntaria (LXIII 88 y sigs.). <<

[87] Alusión al desenlace de la *Ifigenia en Áulide*, de Eurípides, donde vemos a Diana traer a una cierva en sustitución de la doncella, como víctima propiciatoria en el sacrificio que en el puerto de Áulide ofrecían los griegos para impetrar un viento favorable. <<

[88] El texto latino dice: «los encierran... en el Tuliano». El Tullianum es el gran calabozo subterráneo de Roma, donde perecieron numerosos personajes, como, por ejemplo, los cómplices de Catalina (cf. SALUSTIO, *Catilina* 55). Aquí se toma el nombre propio como el de «calabozo público» en general. <<

[89] HOMERO, *Odisea*, I 1 y sigs. <<

[90] Por los detalles que aquí cita, Apuleyo parece tener una idea del cristianismo (¿o judaísmo?): una idea vaga, como la suelen tener otros autores paganos del siglo II que lanzan sobre los cristianos sarcasmos análogos a los de Apuleyo. <<

[91] Decurión es el nombre que se da a los miembros de los consejos locales que rigen las pequeñas ciudades provinciales; a imitación de la gran urbe de Roma, esos consejos toman el prestigioso nombre de senado. <<

[92] Una vez más nos encontramos en el original con la expresión «cenas salias» que hemos comentado antes (nota 44). <<

[93] Bajo esas jaulas se quemaba azufre, cuyos vapores blanqueaban los tejidos. <<

[94] Evidentemente alguna fórmula análoga al «Jesús» que con tanta frecuencia se oye entre nosotros en el mismo caso. <<

[95] El riesgo de complicidad. <<

[96] Todos esos detalles entraban normalmente en la actitud de los acusados al comparecer ante el juez. <<

[97] Unos diez kilómetros. <<

[98] Este ademán era el habitual de los suplicantes. <<

[99] Es decir: «dejemos el tono cómico y hablemos con la seriedad que requiere lo trágico del caso». Los actores cómicos calzaban zapato bajo y sencillo (*soccus*), mientras que los actores de la tragedia calzaban un zapato muy alto (*coturnus*). <<

[100] Tal suplicio era normal en la Antigüedad para ciertos delitos particularmente graves. Después de flagelar al culpable, se le cosía en un saco de cuero que se arrojaba al mar o al río. <<

[101] El sello con el anillo equivalía para los antiguos a la firma en los tiempos modernos. Como ya sabemos, los esclavos no podían llevar sino anillos de hierro; el anillo de oro era distintivo exclusivo del orden ecuestre. <<

[102] Nombres dados, evidentemente, a los dulces por la configuración de la pasta. <<

[103] Hijos de Edipo y tipos eternos de la enemistad fraterna; sus contiendas han servido de tema a múltiples tragedias en la literatura griega: *Las Fenicias*, de Eurípides; *Edipo en Colono*, de Sófocles; *Los siete contra Tebas*, de Esquilo. <<

[104] Es decir, de «*duumvir quinquennalis*». <<

[105] Pasifae, la madre del Minotauro, había concebido de un toro. <<

[106] Entiéndase que esa segunda droga es mortal de necesidad: por lo tanto, cuantos la toman van al otro mundo a engrosar el reino de Proserpina. <<

[107] La «pírrica griega» era una danza guerrera; se atribuía su invento a Pirro, que la ejecutó por vez primera ante la tumba de Patroclo, el íntimo amigo de su padre. <<

[108] Es su actitud habitual en las representaciones iconográficas. <<

[109] Cástor y Pólux (los Dioscuros) llevan el yelmo ovoide en recuerdo del huevo de Leda, su madre, a quien Zeus sedujo metamorfoseándose en cisne. <<

[110] «La cimera de estrellas» alude a la constelación que lleva el nombre de Cástor y Pólux (*Gémini*, es decir, «los Gemelos»); dicha constelación era bien conocida de los navegantes —porque les servía de orientación— y dio lugar a la veneración de los Dioscuros como divinidades protectoras de la navegación. <<

[111] Alusión al juicio y muerte de Sócrates. <<

[112] Sobre esta expresión del lenguaje castrense, véase nota 79. <<

[113] Aquí nos ofrece Apuleyo un bello modelo del *carmen sacrum*, composición religiosa intermedia entre la forma poética y la prosa, de la que quedan abundantes muestras como el *Carmen* de los hermanos Arvales (*Carmina Epigraphica* 1), el *Carmen* de CATÓN (*Agricultura* 141), los muchos que transcribe TITO LIVIO (por ejemplo, VIII 9, 6), MACROBIO (*Saturnales* III 9, 9), etc. <<

[114] El 5 de marzo, fecha en que se reanudaba la navegación en el Mediterráneo. La «barca de Isis» inauguraba la temporada. <<

[115] Cf. nota 76. <<

[116] Divinidad egipcia identificada con Osiris, el marido de Isis. <<

[117] Símbolo de la fecundidad de la naturaleza o de la Madre Isis. <<

[118] El doble color (oro y negro) corresponde al doble carácter de su poder, que se extiende al Cielo y al Infierno. <<

[119] *Týchē*, es decir, Fortuna, figura entre las denominaciones de Isis. <<

[120] Sacerdotes egipcios que deben su nombre a las «homacinas» (*pastos* en griego) que llevaban en andas, con una imagen de Isis instalada dentro. <<

[121] Ver *supra*, libro III, capítulos 24 y 25. <<

[122] Es decir, «blanco». <<

[123] El puerto de Ostia. <<

[124] El templo estaba situado en el Campo de Marte. <<